MORAL UNIVERSAL

Ó

DEBERES DEL HOMBRE

FUNDADOS EN SU NATURALEZA.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL BARON DE OLBACH;

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. MANUEL DIAZ MORENO.

PRÁCTICA DE LA MORAL.

Natura enim duce utendum est:
Hanc ratio observat, hanc consulit.
Idem est ergo beate vivere, et secundum naturam.
SENECA, *de vita beata, cap.* 8. *init.*

SEGUNDA PARTE.

MADRID.
IMPRENTA DE D. MATEO REPULLÉS.
1821.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO SEGUNDO.

SEGUNDA PARTE.

PRÁCTICA DE LA MORAL.

SECCION CUARTA.

MORAL DE LOS PUEBLOS, DE LOS SOBERANOS, de los Grandes, de los Ricos, &c. ó Deberes de la Vida Pública y de los diferentes estados.

MORAL UNIVERSAL.

SECCION CUARTA.

MORAL DE LOS PUEBLOS, DE LOS SOBERANOS, DE LOS GRANDES, DE LOS RICOS, ECT. Ó DEBERES DE LA VIDA PÚBLICA, Y DE LOS DIFERENTES ESTADOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del Derecho de Jentes, ó de la Moral de las Naciones, y de sus deberes recíprocos.

En la primera parte de esta obra hemos procurado establecer los principios de la Moral sobre la naturaleza del hombre; analizando y definiendo las virtudes y los vicios, hemos dado á conocer las ventajas inapreciables de las unas y las consecuencias deplorables de los otros; por medio de este exâmen hemos manifestado los motivos naturales mas poderosos para escitar á los hombres al bien, y retraerlos del mal, motivos que se fundan sobre sus propios intereses. En fin, hemos indagado la naturaleza y el fin de la vida social, y los deberes que esta impone. Apliquémos ahora los hechos, ó las esperiencias morales que hemos recojido, á las diferentes sociedades de la tierra. Considerémos los deberes del hombre en sus varios estados, ó bajo las varias relaciones que puede tener con las criatu-

ras de su especie, comenzando por el exámen de los deberes recíprocos de las naciones, que han repartido entre sí las diferentes partes de nuestro globo.

El jénero humano entero forma una vasta sociedad, de la cual son miembros las diversas naciones que ocupan la superficie de la tierra, alumbrados y fomentados sus individuos por un mismo sol, rodeados de las aguas de un mismo Occeano, formados de una misma manera, y animados de un mismo deseo de conservarse, de conseguir su bienéstar, y de alejar de sí el dolor. La naturaleza ha hecho semejantes en esto á todos los ciudadanos del mundo; de donde se infiere que la conformidad de su esencia los atrae y los reune, establece relaciones entre ellos, hace que todos obren del mismo modo, y que sus acciones tengan una influencia necesaria sobre su existencia, ó sobre su felicidad ó infelicidad recíprocas.

De estos principios incontestables se concluye evidentemente, que los pueblos estan ligados entre sí por los mismos vínculos y con los mismos intereses que cada hombre en una nacion ó sociedad particular está ligado á cada uno de sus conciudadanos: por consecuencia, cada nacion debe observar para con las otras naciones los mismos deberes y reglas que la vida social prescribe á cada individuo para con los miembros de una sociedad particular. Una nacion está obligada, por su propio interés, á practicar las mismas virtudes que todo hombre debe mostrar á su semejante, aunque sea estranjero ó desconocido. Un pueblo debe ser justo con los otros, es decir, está obligado á respetar sus derechos, sus posesiones, su libertad y su bienéstar, por la misma razon que todo pueblo quiere que estas cosas que disfruta, sean respetadas. Si, como suficientemente se ha probado, la justicia es el oríjen y manantial comun de todas las virtudes sociales, se si-

gue necesariamente que ésta prescribe á cada pueblo que preste á los otros pueblos los socorros de la humanidad, y que les muestre benevolencia y compasion en sus calamidades, proteccion en su flaqueza y debilidad, y sinceridad, buena fe y fidelidad en las convenciones recíprocas ó tratados. Se sigue ademas de los mismos principios que para mantener la union y la paz tan útiles á la mútua felicidad de las naciones, un pueblo, en fuerza de estas ventajas, debe mostrarse jeneroso con los otros pueblos, debe sacrificar alguna parte de sus derechos en obsequio de la concordia y de la gloria, y debe, en fin, no faltar á los respetos y consideraciones, que los ciudadanos del mundo tienen derecho á exîjir los unos de los otros.

Los pueblos limítrofes se deben ciertamente la asistencia y los buenos oficios que se deben recíprocamente los vecinos de una misma ciudad. Los pueblos aliados, esto es, unidos mas intimamente por sus comunes intereses, son amigos, y deben por lo tanto observar los deberes siempre sagrados de la amistad. Las naciones distantes entre sí se deben por lo menos recíprocamente justicia y humanidad, las cuales no deben ser desconocidas de ningun habitante de la tierra. Las naciones que estan en guerra deben por su interés mismo limitar su ódio, su cólera y sus venganzas por la equidad, por la justa defensa propia, por la humanidad y por la piedad, tan poderosas para recobrar sus derechos de los hombres racionales, y para enternecerlos sobre la suerte de los desgraciados.

Estos son evidentemente los deberes que la naturaleza impone así á las naciones como á todos los hombres. Estos son los principios del *Derecho de Jentes*, el cual, en el fondo, no es mas que *la Moral de los Pueblos*. Por no prestar la debida atencion á unas verdades tan claras, se ha creido que

la Moral, destinada á ser la regla de las acciones de los particulares, no hablaba con los Pueblos, ó con los Jefes que los representan. Se ha pretendido que los Soberanos y los Estados se hallaban siempre en el *estado de naturaleza*, opuesto constantemente al estado de sociedad. Mas semejante estado de naturaleza es visiblemente una quimera, una pura abstraccion. Siempre hubo una familia, la cual, multiplicándose, produjo muchas familias ó sociedades, de las qué nacieron las naciones que elijieron sus Soberanos. Jamás, como se ha probado, el hombre estuvo solo ó aislado en la tierra. Luego que hubo muchas familias, sociedades ó naciones, establecierón entre sí relaciones mas ó menos íntimas, en razon de su situacion y de sus necesidades recíprocas; y estas relaciones ó necesidades producen los deberes, cuya reunion ó suma es el objeto de la Moral.

Ademas de esto, si la Moral debe fundarse en la naturaleza del hombre, debe convenir al hombre en su estado de naturaleza, y por consiguiente es la regla de la conducta de las naciones, aun en el estado mismo de naturaleza, en el que se supone que han quedado. Asíqué, por cualquer aspecto que se considere á los hombres, bien sea dispersos ó reunidos en grandes ó pequeñas masas, estan siempre bajo el imperio de la Moral; las mismas reglas comprenden á todos; á los mismos deberes se hallan sujetos; y todos están obligados á conformarse á estas reglas y deberes, só pena de incurrir tarde ó temprano en los castigos impuestos por la naturaleza misma de las cosas á la violacion de sus leyes.

Los hombres, separados ó en cuerpo, en todos tiempos y en todo lugar son unos mismos. Las naciones son capaces de las mismas pasiones, y atormentadas de los mismos vicios que los individuos, puesque ellas no son mas en efecto que las agregaciones de estos mismos. Las costumbres nacionales,

los usos buenos ó malos, las opiniones verdaderas ó falsas, no son mas que los resultados de la ignorancia, ó de la razon mas ó menos cultivada del mayor número de los individuos que componen el cuerpo político. Un pueblo no es guerrero, sino porque las pasiones del mayor número se han convertido ácia la guerra: un pueblo es altivo y orgulloso, porque todos los ciudadanos se ensoberbecen con la prosperidad, la buena suerte, las riquezas, &c. Un pueblo es comerciante, porque los deseos de todos, ó de un gran número de sus ciudadanos, se dirijen á los metales y bienes que proporciona el comercio. Un pueblo, en fin, es injusto, inhumano y sanguinario, porque los hombres que le componen, están criados y nutridos con principios insociables.

Los Legisladores y los Jefes de los pueblos son los que regularmente fomentan en ellos las pasiones, los gustos, los vicios, las preocupaciones y las locuras que los atormentan. El bandido Rómulo reunió bandidos y asesinos de todas partes: estos formaron, para desgracia de la tierra, una raza de bandidos ó guerreros, que no conocieron otra virtud, otro honor, ni otra gloria que el oprimir ó vencer á todos los pueblos del mundo. El ambicioso Mahoma formó una tropa de Arabes, de furiosos y frenéticos, los cuales se propusieron por principio de relijion el conquistar y difundir los delirios del Alcoran.

La gloria atribuida en casi todos los paises á las conquistas, á la guerra, al brio y al valor, es un resto visible de las costumbres salvajes, que subsistian entre todas las naciones antes de su cultura: aun en el dia de hoi no hai pueblos que se halien del todo desengañados de esta preocupacion tan fatal al reposo del universo. Las mismas sociedades, que deberian conocer mejor las ventajas de la paz, admiran las grandes hazañas, conciben la mas noble idea

de la guerra, y no sienten todo el horror que se merecen las injusticias y los crímenes que lleva tras de sí.

¿Qué es, en verdad, la guerra (fuera del caso de una junta y necesaria defensa) sino la violencia mas cruel de los derechos sacrosantos de la justicia y de la humanidad¿ Si un asesino, un ladron, un salteador de caminos, son unos hombres detestables, ?qué indignacion no deberia escitar en todos los corazones un pueblo conquistador que por satisfacer su ambicion, por aumentar sus dominios, por saciar su venganza y su rabia, y algunas veces por contentar los caprichos de su vanidad, condena á perecer millares de hombres, inunda los campos de sangre, reduce los pueblos á cenizas, arruina en un momento las esperanzas del labrador, y, elevado insolentemente sobre las ruinas de las naciones y de los tronos, hace alarde de sus crímenes, y se vanagloria de los males sin número que ha hecho sufrir al jenero humano ? *En tiempo de guerra*, dice Thucydides, *despierta la avaricia*, *la justicia es hollada*, *reinan la fuerza y la violencia*, *la disolucion toma un libre vuelo*, *el poder pasa á manos de los mas perversos de los hombres*, *los buenos se ven oprimidos*, *la inocencia arruinada*, *ultrajadas las matronas y las vírjenes*, *las comarcas destruidas*, *los templos asolados*, *violados los sepulcros*. . . . . *En fin el hambre y la peste acompañan siempre á la guerra.*

Estos son los objetos que sirven de recreo y entretenimiento á los pueblos furiosos, guiados por unos jefes injustos y crueles. Si alguna cosa hace al hombre inferior á las fieras, es sin duda la guerra. Los leones y los tigres combaten sólo para satisfacer el hambre que los agita: el hombre es el único animal que, con intencion determinada, corre á la destruccion de sus semejantes, y hace alarde de su esterminio. Durante la dilatada permanencia de la República Romana, será quizá mui dificil hallar una

solá guerra justa y lejítima; si el Romano bárbaro y feroz se vió atacado por otros pueblos, fue por lo comun para castigarle por alguna empresa injusta, ó por algun atentado á que él primeramente dió causa.

Mas la naturaleza cuida de castigar tarde ó temprano á los pueblos odiosos y aborrecibles, que se declaran enemigos del jénero humano: forzados á comprar sus conquistas y sus victorias á precio de su misma sangre, ellos mismos se debilitan; las riquezas acumuladas por la guerra los corrompen ó los dividen. (1) Las guerras civiles vengan á las naciones oprimidas; el pueblo enemigo de todos los pueblos es acometido por todas partes; su imperio viene á ser la presa de cien naciones bárbaras, cuya cólera habian provocado sus victorias. Tal fué la suerte de Roma, la cual, despues de haber despojado, destruido y desolado al mundo conocido, vino á ser por último la presa de los Godos, Visigodos, Hérulos, Lombardos, &c.

Á mas de esto, un pueblo continuamente sobre las armas no puede gozar por largo tiempo ni de un buen gobierno, ni de una felicidad verdadera y permanente. La guerra trae siempre consigo la licencia: las leyes callan durante el ruido de las armas: los soldados bárbaros é insolentes creen que estas no han sido hechas para ellos: (2) los jefes se dividen, se combaten y se hacen dueños del Estado enflaquecido con sus terribles convulsiones: el

---

(1) . . . . *Saevior armis*
Luxuria incumbuit, victumque ulciscitur orbem.
Juvenal. Satyr. 6. vers. 292.

(2) "Vuestra Capital, decia Numa á los Romanos, está »tan acostumbrada á las armas, y de tal modo engreida con »sus triunfos, que se deja bien conocer que no desea mas que »engrandecerse y dominar á los demas pueblos: asiqué sería »mui ridículo, querer enseñar á obedecer á los dioses, amar

vencedor, creyendo asegurar su conquista, se convierte en un tirano: así el despotismo acaba arruinando hasta sus fundamentos la felicidad pública; así aniquila de un golpe la justicia, la libertad y las leyes. ¡Este es el regularmente el escollo en que dan las naciones embriagadas con la vanidad de las conquistas! ¡de este modo, con sus injustas guerras, los grandes pueblos de la tierra no han tenido otra gloria que la fatal de arruinarse sucesivamente los unos á los otros!

Un pueblo siempre en guerra no puede ser libre, ni bien gobernado. *Marte*, dice el Poeta Timotheo, *es el tirano, y la justicia la señora del mundo.* Un pueblo siempre armado es un furioso, que tarde ó temprano convierte su rabia contra sí mismo. No hai nacion que no tenga el mayor interés en el mantenimiento del órden, de la justicia y de la paz. (1) Las guerras frecuentes son incompatibles con la poblacion, la agricultura, el tráfico, la industria y las artes útiles, las cuales pueden solamente hacer los Estados afortunados y dichosos. La guerra, por los dispendios que exîje, oprime y desalienta al ciudadano laborioso, entorpece su actividad, pone trabas al comercio, despuebla los campos, y arruina regularmente un reino, por conquistar una fortaleza ó una provincia, antes desoladas que poseidas. *Mas deseo*, decia Marco Aurelio, *conservar un solo ciudadano, que destruir mil enemigos.* La economía de la sangre humana es la primera de las virtudes

»la justicia, y odiar la violencia y la guerra á un pueblo que »apetece mas el seguir en los combates á un Jeneral, que el »obedecer á un Rei en la paz."

Plutarco, Vida de Numa Pompilio.

(1) Plutarco llama *Divino* el amor que Nicias profesaba á la paz. Plutarco en la Vida de Nicias y en la de Demetrio.

que debiera enseñarse á los Soberanos, ó hacer que la practicáran.

Si consultamos los anales del mundo, verémos que la guerra fue siempre el principio de la ruina de los Imperios mas formidables, y que al parecer podian gloriarse de la mas larga duracion. Los mas vastos Estados no producen á los que injustamente se han engrandecido, sino la funesta ventaja de tener continuamente que combatir nuevos enemigos, siendo los primeros, los vecinos alarmados por los proyectos de los conquistadores ambiciosos. Ningun pais mejorará su suerte por las vastas conquistas; el mas grande Estado es comunmente el peor gobernado. Con la estension de límites jamas los Reyes han aumentado su poder verdadero, ni la felicidad de sus pueblos. *Las guerras largas*, dice Xenofonte, *se terminan siempre con la destruccion é infelicidad de ambos partidos.* Agésilao en vista de la guerra del Peleponéso, tan fatal á los Griegos, exclamó: *¡ó infeliz Grecia! que has hecho perecer tantos ciudadanos como necesitabas para vencer á todos los bárbaros!* (1)

Las naciones belicosas tienen el delirio de sacrificar lo que poseen á la esperanza incierta de dominar, de hacer un gran papel, y de engrandecerse. Las mas vastas Monarquías que se han formado con las guerras y las victorias, se han abrumado con el peso mismo de su propia grandeza. En una palabra, bajo cualquier aspecto que la guerra sea considerada, es una calamidad aun para aquellos mismos que la hacen con los mas felices sucesos. El vencedor y el vencido entrambos quedan desolados. (2) ¿Podrá

(1) Plutarco, *Dichos notables de los Príncipes.*
(2) *Flet victus, et victor interiti.* Erasm. Apopht. -- Plutarco atribuye la decadencia de Esparta á su pasion de engran-

un Imperio gozar de verdadera prosperidad, cuando su ambicion es causa de que los ciudadanos jiman en la miseria, ó arriesguen y pierdan sus vidas sólo por estender sus límites?

Aunque los Príncipes y los pueblos no han llegado todavia á detestar y proscribir enteramente la guerra, la humanidad sinembargo influye poderosamente hace algunos siglos encuanto al modo de hacerla. Antiguamente los pueblos feroces mataban sin piedad á los vencidos que caian en sus manos, ó al menos les hacian sufrir el yugo de una esclavitud, á veces mas cruel que la misma muerte; mas hoi la voz santa de la humanidad se deja oir aun enmedio de los combates, y unas costunmbres mas dulces y suaves han abolido la esclavitud; porque se ha conocido, que un enemigo era un hombre, y que para adquirir el derecho de ser tratado con humanidad en los reveses de fortuna era necesario conservar y tratar humanamente á los vencidos. *Es una bestia feroz, y no un hombre*, dice Tito-Libio, *el que se figura que la guerra no tiene sus reglas y medidas como la paz.* (1)

Las injusticias de la guerra, y las desgracias que la acompañan ¿no son harto terribles, para que los hombres reconozcan la necesidad de refrenar sus furores? Ellos en cierto modo oyen los gritos de la naturaleza que les dice, que es una infamia ejercer su crueldad contra un enemigo, cuando ya no puede ofender, y rinde las armas.

Mas humanos, en fin, justos y prudentes, los

---

decerse y dominar sobre la Grecia; y añade, que Licurgo estaba mui persuadido de que un pueblo que quiere ser feliz, no ha menester las conquistas. Plutarco, Vida de Agésilao.

(1) *Truculenta est fera, non homo, qui in bellis nulla esse belli, ut pacis, jure censet: sed quidvis tùm licere judicat, neque ea jura sancte servat.* Tit. Liv. Histor.

pueblos ponen término á sus guerras por medio de tratados, que son unos verdaderos contratos ó unos convenios recíprocos. La equidad, la buena fe y la razon debieran concurrir para que fuesen respetables estas convenciones solemnes, en las cuales regularmente las partes contratantes ponen al cielo por testigo de sus promesas; mas los hombres sin equidad no respetan al cielo: estos tratados, por lo comun arrancados por la fuerza á la debilidad abatida, ó ganados con la astucia, son casi siempre rotos ó eludidos. Mas esto no debe sorprendernos: la violencia, el fraude y la mala fe presiden ordinariamente á los empeños y tratados entre los que desconocen la rectitud; y asi la justicia se vé en la forzosa necesidad muchas veces de romper unos vínculos formados por la iniquidad. Los hombres justos, y que tratan de buena fe, son los únicos que pueden adquirir unos derechos que la justicia haga sagrados é inviolables. (1)

Esta ambicion tan vana y orgullosa, ¡no se avergüenza y se confunde de ocurrir cobarde y torpemente á la mentira y al fraude para llegar á sus fines! ¡El perjurio, la perfidia y la traicion les parecen unos medios lícitos y honrosos á las grandes almas de esos héroes que corren á la gloria! Lejos de nosotros semejantes ideas: los pueblos y los Reyes se desacreditan y deshonran siempre que faltan á la buena fé. Los embusteros descubiertos ya no pueden enga-

---

(1) Plutarco en la Vida de *Pirro*, hablando de los políticos injustos, dice: "la guerra y la paz, nombres tan respetables, »son para ellos dos especies de moneda de que usan segun sus »intereses, y nunca conforme á la justicia. Mas laudables son »todavia cuando hacen una guerra abierta, que no cuándo dis»frazan y encubren con los nombres santos de justicia, de amis»tad y de paz, lo que en realidad no es mas que una tregua de »injusticias y de crímenes."

ñar, y dejan sus nombres manchados á la posteridad. La mejor política para los Príncipes y los pueblos, lo mismo que para los particulares, será siempre la de ser sinceros y veridicos. Mas para serlo, es necesario ser justo; la iniquidad se vió y se verá siempre obligada á seguir sendas oblicuas y tenebrosas, incompatibles con la rectitud y la sinceridad. El que forma proyectos injustos y torpes, se vé precisado á emplear el artificio, la simulacion y los recursos viles y bajos del fraude, de la mentira y de la supercheria.

Entre las pasiones que ajitan á los pueblos y á los particulares, se deben contar la avaricia y la concupiscencia, causas mui frecuentes de sus pendencias y usurpaciones. Así vemos naciones arrastradas de esta vil pasion, concebir el proyecto ridículo, impracticable é injusto de estancar en sus manos el comercio esclusivo del mundo. Polybio observa con mucha razon, que *en los Estados marítimos y entregados al comercio, nada parece vergonzoso si es provechoso y útil*: principio destructor de las costumbres y de la probidad: principio, que hace á todo ciudadano injusto ó avaro: principio, en fin, que hace venales todas las almas. Ademas, la codicia de los pueblos siempre se castiga á sí misma, y frustra todos sus designios. Las guerras emprendidas de continuo para aumentar la masa de las riquezas nacionales, consumen las que tienen adquiridas por obtener las que realmente son imajinarias; un pueblo avaro sacrifica incesantemente su bienéstar, su reposo y su comodidad á la esperanza de enriquecerse, y se encuentra pobre y miserable, cuando aspira á ser rico y opulento. (1)

(1) He aquí la pintura alegórica que un escritor moderno hace de la política del dia. "Un coloso sin proporciones al-

Por otra parte, esta misma opulencia nô tarda en conducir una nacion á su ruina, porque es causa del luxô, que viene siempre acompañado de la molicie, de la disolucion y de toda clase de vicios. La codicia fué y será siempre el principio de la destruccion de los Imperios. *Un Estado es infelíz, cuando contiene ciudadanos ó mui ricos ó mui codiciosos.* (1) Platon se negó á dar leyes á los Cirineos, porque eran demasiadamente ricos. Los Arcadios y los Tébanos pidieron tambien un cuerpo de leyes á este mismo Filósofo, el cual quiso establecer entre ellos una mas perfecta igualdad; mas como los ricos se negasen á esto, Platon los abandonó á su mala suerte, á sus discusiones intestinas y á sus vicios. Un Gobierno da las pruebas mas claras y seguras de imprudencia y de locura, cuando inspira á sus súbditos una fuerte pasion á las riquezas, la cual por su naturaleza embebe prontamente en sí todas las demas pasiones, y hace que desaparezcan todas las virtudes necesarias á la sociedad.

Asíque, las naciones, lo mismo que los particulares, sufren la pena de las pasiones de que se dejan arrastrar. Concluyamos, pues, que la moderacion y la templanza son tan necesarias á la conservacion

"gunas en su enorme estatura: su disforme cabeza se eleva orgullosa y soberbia sobre un cuerpo estenuado y enjuto. . . sus pies se apoyan sobre los dos mundos: en su mano derecha tiene una espada, y en la izquierda la pluma calculadora de los tributos y la balanza del comercio: impetuosa y sensible, un soplo la ajita y la pone en convulsion: todas las partes de la tierra se estremecen á sus menores movimientos; sinembargo fria en su furor, y metódica en sus violencias, calcula sobre la guerra, valúa los hombres con el dinero, y pesa la sangre con las mercadurías." Discours sur les Moeurs, par M. Servan.

(1) Este pensamiento es de Avidio Casio, segun lo refiere Vulcacio Galicano in vita Avid. Cassii cap. 13. Vid. Histor. aug. script. tom. 1. Edit. Lugd. Batav. 1671.

y á la felicidad de los Imperios, como á la de los individuos: que la Moral es la guia de los Soberanos y de las naciones: en fin, que nunca la política puede impunemente separar sus intereses de los de la virtud, siempre útil á los hombres, bajo cualquier aspecto que sean considerados.

Es preciso repetirlo: la Moral es una misma para todos los habitantes del mundo; los pueblos todos están obligados á observar sus deberes recíprocos; y no pueden violarlos sin perjudicarse á sí mismos. La política esterior, para ser recta y sana, debe ser la Moral aplicada á la conducta de las naciones; "la política, dice mui bien el sábio traductor »de Plutarco, sólo es digna de alabanza, cuando »es empleada por la justicia para obtener un fin ho»nesto y laudable." (1)

Si los pueblos y sus jefes diesen oidos atentos á la razon, ésta les ordena que sean justos; que gocen, y dejen gozar á los otros del suelo y de las ventajas que el destino les ha concedido; que renuncien para siempre á esas conquistas criminales, que atraen á los conquistadores el ódio del jénero humano; que maldigan y detesten esas guerras, que reunen en sí á la vez todos los azotes y castigos con que los hombres se oprimen y se hacen infelices; que no recurran al menos á estos medios terribles, sino cuando son indispensables y forzosamente necesarios á su conservacion, á su seguridad y á su felicidad verdadera; que jiman y lloren esas victorias sangrientas, compradas con las vidas, las riquezas y el bienéstar de la patria; que reunan sus fuerzas

(1) Dacier, *Comparaison D' Alexandre et de César*, pag. 316. Este mismo autor dice en otra parte, "la sana política enseña »que vale mas ganar á los hombres con la buena fe, que do»minarlos con las armas." Idem, *Comparaison de Phocion et de Caton*, pag. 551. tom. 6.

para reprimir los proyectos insidiosos de los pueblos turbulentos, ó de los Soberanos ambiciosos, que fijan su gloria en turbar la tranquilidad de los otros; que amen la paz, sin la cual ningun Estado puede llegar á verse floreciente y dichoso; que sacrifiquen de todo corazon en obsequio de este bien tan apetecible todos los frívolos intereses, indignos siempre de ser comparados con él; que obren con franqueza, y respeten la buena fe, la cual sola puede producir y mantener la confianza; que renuncien á los efugios y rodeos de una política tortuosa, igualmente perjudicial y deshonrosa á los Soberanos que á los pueblos, y que sólo sirve comunmente para eternizar sus sangrientas contiendas; que sofoquen y estingan para siempre esos ódios nacionales, tan contrarios á los derechos santos de la humanidad y á la benevolencia universal que deben mostrarse los de una misma especie; que contengan dentro de justos límites el amor de la patria, el cual se convierte en un atentado contra el jénero humano, cuando es injusto y cruel; que cultive y fomente cada pueblo las costumbres, la agricultura y las artes útiles y agradables; que entre sí hagan florecer un comercio justo, equitativo y mutuamente ventajoso; que se abstengan de una codicia inquieta y sin límites; y sobre todo, que se preserven de los efectos destructores del luxo, el cual aniquila constantemente el amor del bien público y de la virtud, para ensalzar sobre sus ruinas los vicios, la venalidad, la injusticia, el robo, la disolucion, la indiferencia por la felicidad jeneral; en una palabra, las disposiciones mas contrarias al bien de la sociedad.

Estas son, en pocas palabras, las verdades y preceptos que la Moral enseña á todas las naciones de la tierra. Estos son los principios de la verdadera política, la cual no es otra cosa que el arte de hacer felices á los hombres. Estos principios son cono-

cidos y adoptados por todos los Príncipes instruidos, cuyos verdaderos intereses, gloria y seguridad están inseparablemente unidas al bienéstar y á las virtudes de los pueblos.

Se nos habla sin cesar *de la gloria de las naciones*, *del honor de las coronas*; esta gloria sólo puede consistir en un gobierno que haga dichosos á los pueblos; consiste únicamente en la felicidad pública; este honor consiste tambien solamente en merecer la estimacion de las otras naciones.

Los pueblos se deshonran, y se hacen culpables á los ojos de los otros pueblos con los mismos crímenes y las mismas acciones que hacen odiosos y despreciables á los individuos. Los atentados, las perfidias y las iniquidades de los Soberanos recaen siempre sobre las naciones, que son miradas como cómplices de los escesos que ni contradicen ni reclaman. Hé aquí como los pueblos enteros adquieren muchas veces la reputacion de turbulentos, inhumanos, engañadores y sin fé: y como pierden la confianza, y se atraen la indignacion, el ódio y el furor de las otras sociedades. Un gobierno que falta á sus empeños, y que viola sus promesas ácia sus súbditos ó con los estrangeros, en nada se diferencia de un fallido fraudulento que arruina sus acreedores; él destruye su crédito, se priva de todo recurso, autoriza el fraude y la mala fe de sus súbditos, suscita sospechas entre ellos, y los hace despreciables á los ojos de todos los pueblos del mundo. De los Soberanos depende la buena ó mala reputacion de las naciones, las cuales debieran ser infinitamente celosas de su honra y de su verdadera gloria, como interesados fuertemente en ellas todos los ciudadanos. Los pueblos, como los particulares, hacen consistir su grandeza y su gloria en poder hacer daño, en dar la ley á los otros, en acumular una gran masa de riquezas, en ser injustos impunemente; en una palabra, el orgullo nacional consiste en una necia vanidad, cuando debiera consistir en la equidad, en la providad y en un gobierno sábio, que produjese la felicidad y la justa libertad, sin las cuales un pueblo no tiene razon alguna para ensoberbecerse, ó para creerse superior á los otros. (1)

Los hombres aprueban sin exâmen y por hábito, ó procuran imitar lo que desde su infancia han oido celebrar ó encarecer; este es el oríjen ordinario de las preocupaciones nacionales, de que el vulgo está imbuido, y de que aun las personas mas ilustradas con dificultad se desprenden enteramente. Nada mas apropósito para corromper el entendimiento y el alma de los Príncipes y de los pueblos que la veneracion mal reflexionada que se inspira comunmente á la juventud para con los grandes hombres, los guerreros, los conquistadores de la antigüedad, que las mas veces desconocieron todos los principios de la Moral. Los ayos y preceptores imprudentes siempre hablan con énfasis de Griegos y de Romanos, presentândolos como modelos de sabiduría, de virtud y de política. Desde la mas tierna edad se aprende á reverenciar como virtudes el valor ardiente, la bárbara ferocidad, los atentados felices, así de los héroes fabulosos celebrados por los poetas, como de los grandes Capitanes que sojuzgaron las naciones, é hiciéron á las suyas famosas. Se representa como hombres divinos y raros á los Lacedemonios feroces, injustos y sanguinarios; á los Atenienses, frecuentemente cubiertos de horrorosos crímenes; y sobre todo á los Romanos, siempre prontos á violar los mas santos derechos de la humanidad, y á sacrificar to-

---

(1) Habiendo oido Agésilao dar al Rei de Persia el nombre de *gran Rey*, esclamó diciendo: ¡ah! ¿cómo será él mas grande que yo, no siendo mas justo y mas virtuoso?
Plutarco, *Dichos notables de los Lacedemonios.*

dos los habitantes de la tierra á la insaciable patria, que les prescribia y ensalzaba los mas horrendos delitos.

Por estas instrucciones y documentos tan fatales, los hombres se acostumbran á respetar la violencia, la injusticia y el fraude, con tal que sean útiles á su pais; los Soberanos se creen grandes, cuando ellos son bastante fuertes para cometer grandes crímenes á la faz del universo; los pueblos se figuran cubiertos de gloria, cuando han sido los instrumentos viles de las iniquidades de sus jefes, los cuales bien pronto se hacen sus tiranos. Segun estas ideas, apenas se halla quien no admire y justifique al furioso Macedonio, cuya cruel temeridad trastornó el trono de los Persas; son reverenciados los Emilios; se llena uno de admiracion al sólo nombre del destructor de Cartágo; son aplaudidos en un César el talento y los trabajos con que, despues de haber inundado de sangre las Gaulas, se puso en estado de encadenar á sus conciudadanos.

De este modo en los Soberanos y en los súbditos se perpetuan la ambicion, la manía de hacer un gran papel, el furor de hacer temblar á sus vecinos, y la locura de las conquistas. Los ejemplos de tantos pretendidos héroes producen, de siglo en siglo, insensatos y perversos, que comunican su delirio y frenesí á sus imprudentes pueblos, y que, seguros de los aplausos, se hacen famosos con los delitos que se llaman *hazañas*; alentados con los elojios de los poetas y de un vulgo imbecil, los Príncipes se creen poderosos por haber hecho mucho mal al jénero humano, y los pueblos se imajinan apreciables, cuando han tenido el honor de segundar con valor sus infames proyectos. La grandeza, en la opinion de los mas de los hombres, consiste en la funesta ventaja de hacer un sin número de infelices y desgraciados.

Lejos de ofrecernos por modelos á los pueblos que han destruido y asolado la tierra, la historia deberia hacernos ver que las naciones injustas han trabajado en forjarse ellas mismas sus prisiones; que las conquistas hacen tiranos, y que jamás han hecho afortunado á pueblo alguno. Las leyes sábias, apoyadas en la voluntad constante de las naciones, debieran atar las manos para siempre á los Potentados fogosos y violentos que, incapaces de ocuparse en el bienéstar de sus propios súbditos, sólo tratan de hacer sentir sus golpes á los pueblos vecinos. Un pueblo, para ser grande y respetable, debe ser feliz: ni sus ejércitos, ni sus riquezas, ni la estension de sus provincias le producirán una verdadera felicidad, efecto solamente de sus virtudes. Una nacion será poderosa y respetada, si se compone de ciudadanos sometidos á jefes virtuosos. Una nacion guerrera, turbulenta, atrevidamente codiciosa del bien de las otras, se hace objeto del ódio universal, y tarde ó temprano viene á ser abatida y sojuzgada por los enemigos cuya venganza ha provocado.

CAPÍTULO II.

Deberes de los Soberanos.

Gobernar á los hombres, es tener derecho de usar y emplear las fuerzas que la sociedad ha puesto en las manos de una ó de muchas personas, para obligar á todos sus miembros á que se conformen con los deberes de la Moral. Estos deberes, como hemos probado antes, están contenidos en el pacto social, por el cual cada uno de los asociados se obliga á ser justo, á respetar los derechos de los otros, á prestarles los socorros que pueda, y á concurrir con todas sus fuerzas á la conservacion del cuerpo social, bajo la condicion de que, en cambio

de su obediencia y fidelidad, la sociedad protejerá su persona y los bienes lejítimamente adquiridos con su trabajo é industria.

Segun los principios establecidos en esta Obra, es evidente que este pacto encierra todos los deberes de la Moral, pues que obliga á todo ciudadano á conformarse con las reglas de la equidad, que es la base de todas las virtudes sociales, y á que se abstenga de todos los delitos ó vicios, que son, como hemos visto, violaciones mas ó menos patentes de este contrato, que comprende y liga á todos los miembros de la sociedad.

Mas como las pasiones de los hombres les hacen perder de vista sus obligaciones y promesas, ó como su lijereza les hace frecuentemente olvidar el que su propia felicidad está unida con la de los demas asociados, fué menester en cada sociedad una fuerza siempre subsistente, que velase sobre los miembros del cuerpo político, y fuese capaz de hacerles cumplir de contínuo los deberes que pudiesen descuidar. Esta fuerza se llama *Gobierno*, que podemos definir, la fuerza ó poder de la sociedad, destinado á obligar á sus miembros á cumplir las promesas y obligaciones del pacto social. Por medio de las leyes el Gobierno espresa la voluntad jeneral, y prescribe á los ciudadanos las reglas que deben seguir para la conservacion, tranquilidad y armonía social.

La autoridad del Gobierno es justa, puesto que tiene por objeto procurar á todos los miembros de la sociedad las ventajas que sus deseos inconsiderados, sus intereses discordantes y mal entendidos, su inesperiencia y su debilidad les impedirian obtener por sí mismos. Si todos los hombres fuesen ilustrados ó racionales, no tendrian necesidad de ser gobernados; mas como ignoran ó desconocen al parecer, tanto el fin que deben proponerse como los medios de llegar á él, es menester que el Gobierno, presentándoles la razon pública espresada en la ley, los ponga y conduzca en el camino, del que ellos podrian descarriarse por sí solos. *El Magistrado*, dice Ciceron, *es una ley que habla.* (1)

Con arreglo á sus diversas circunstancias y necesidades, las naciones han dado diferentes formas á sus Gobiernos; las unas han puesto la autoridad pública en manos de un hombre, y este Gobierno se llama *Monárquico*: otras han depositado el poder de la sociedad en manos de un número mayor ó menor de ciudadanos distinguidos por sus virtudes, sus talentos, sus riquezas y su nacimiento, y este Gobierno se llama *Aristocrático*: otras han conservado la autoridad toda entera; entonces el pueblo se gobierna á sí mismo, ó por majistrados de su eleccion, y este Gobierno ha sido llamado *Democrático*. Otras naciones han hecho una mezcla de estos diferentes modos de gobernar, creyendo ser mas ventajoso el combinar juntas las tres formas de Gobierno, de qué acabamos de hablar; esta mezcla produce el que se llama Gobierno *mixto*. Gobierno *absoluto* es aquel en que la nacion no ha limitado los derechos por convenciones espresas; y *limitado* aquel, cuya autoridad está restrinjida por reglas espresas, impuestas por la nacion á los que gobiernan. Los depositarios de la autoridad social se llaman *Soberanos*, cualquiera que sea la forma de Gobierno adoptada por una sociedad.

Los políticos han disputado larga é inutilmente sobre cual era la mejor forma de Gobierno, es de-

---

(1) *Verè dici potest magistratum legem esse locuentem, legem autem, mutum magistratum,*
Cicero, de Legib. lib. 3. cap. 1.

cir, la mas conforme al bien de las sociedades y á la felicidad de las naciones. Mas el fin ú objeto de todo Gobierno es siempre uno mismo; la conservacion y el mayor bien de la sociedad gobernada: sus derechos son siempre los mismos, cualquiera que sea la forma que se le diere, puesto que la equidad sola puede conferir unos derechos reales y valederos. Su autoridad, hayanle sido ó no puestos límites, está siempre atemperada ó limitada igualmente por las ventajas que debe procurar á la sociedad sobre quien se ejerce: una autoridad ejercida sin provecho de la sociedad, ó contraria á sus intereses ó á su voluntad, cambiaria de naturaleza, y sólo sería una usurpacion manifiesta, una verdadera tiranía, á la cual la sociedad sólamente podria estar sometida por la violencia, que nunca da ni constituye derecho alguno.

Todas las formas de Gobierno son buenas, cuando son conformes á la equidad. Todo Soberano ejerce una autoridad lejítima siempre que, conformándose con el objeto invariable de la sociedad, observa relijiosamente, y hace observar á todos los ciudadanos sin distincion las promesas del pacto social, del cual es el guardian y depositario. El Soberano absoluto puede hacer todo lo que quiera; mas no debe querer sino aquello que sea conforme al bien de la sociedad, cuya salud es la ley primitiva y fundamental que la naturaleza impone á todos los que gobiernan á los hombres. *Un buen Gobierno*, dice Plutarco, *es aquel donde los buenos mandan, y los malvados no tienen autoridad alguna.*

Júpiter mismo, dice en otra parte este Filósofo, *no puede gobernar bien sin justicia.* Sinembargo se ha disputado mucho, y se disputa aun, sobre si el Soberano absoluto debe estar sujeto á las leyes; si está ligado por los empeños y promesas del pacto social, que ligan y comprenden á todos los miembros del cuerpo político. ¿Mas cómo unos entes racionales

han podido disputar con seriedad sobre si el Soberano, cuyo único destino es mantener la justicia, conservar los derechos de todos y de cada uno, y velar incesantemente por el bien público, está obligado á ser justo, y á cumplir unas condiciones que, aun cuando no hayan sido espresadas, se encierran y contienen en el poder y la autoridad que él ejerce en la sociedad? ¿Ha podido dudarse de buena fé que un Soberano, el Jefe de una nacion, ligado al cuerpo político, del cual es la cabeza, pudiera separarse del tronco y de sus miembros, y que no se resienta de los males que sufren estos? ¿Se puede reducir á problema si los hombres reunidos por sus mútuas necesidades para gozar con seguridad de las ventajas de la vida social, para ser defendidos contra las pasiones de sus semejantes, han podido jamás conceder á sus Jefes el derecho de que destruyan y aniquilen por sí solos aquellos mismos bienes, por cuya conservacion viven en sociedad? En fin, las naciones ¿han podido, á no estar locas, conferir á los que han hecho depositarios de sus derechos, el de hacerlas constantemente desgraciadas? *La jurisdiccion*, dice Montagne, *no se da en favor del Juez, sino en favor del juzgado.* (1)

---

(1) *Essais de Montagne, lib. 3. cap. 6.* "Los que elevan la »autoridad de los Soberanos hasta decir que estos no tienen »otro Juez que á Dios, por mas que se empeñen, muéstrenme »si ha habido nunca nacion alguna que, á sabiendas y no por »el temor ó la fuerza, se haya olvidado de sí misma al estre»mo de someterse á la voluntad de algun Soberano, sin la con»dicion espresa ó tácitamente entendida de ser gobernada con »justicia y equidad. . . . Aun cuando un pueblo á sabiendas y »de su entera voluntad consintiese en una cosa que de suyo es »manifiestamente irrelijiosa y contra el derecho natural, se»mejante obligacion nunca puede ser válida. . . Seria cierta»mente una cosa la mas inicua el no conceder á una nacion en»tera lo que la equidad otorga á las personas particulares, co-

Bajo cualquier aspecto, pues, que la autoridad soberana sea considerada, está siempre sometida á las leyes inmutables de la equidad; y destinada á mantenerlas, no puede violarlas sin dejenerar en tiranía: las leyes que prescriban, deben ser justas y conformes á la naturaleza del hombre en sociedad; las leyes positivas nunca pueden ser contrarias á las leyes de la naturaleza, sino estas mismas leyes naturales aplicadas á los intereses particulares de los pueblos que han de rejir; ellas, ensuma, no pueden en ningun caso atentar contra la felicidad pública que se proponen asegurar y defender. De aquí proceden con evidencia todos los deberes de los Soberanos.

En el capítulo precedente hemos visto los deberes de los pueblos y de sus jefes para con los otros pueblos; ahora vamos á dar una rápida ojeada sobre los deberes de estos jefes para con las naciones que gobiernan; en cuyo exâmen todo nos probará, que la Moral prescribe á los Príncipes las mismas reglas y los mismos deberes que á los miembros mas obscuros de la sociedad, sin que la autoridad suprema haga mas que estender estos indispensables deberes á un mayor número de objetos. Si cada ciudadano

"mo á los menores de edad, á las mujeres, á los dementes, á "los que han sido engañados en mas de la mitad del justo pre- "cio, sobre todo si aparece la mala fé de la persona con quien "estos han contratado.... Los pueblos ¿son acaso esclavos? y "aun conforme el derecho Romano, el esclavo á quien, ha- "llándose enfermo, no se le proveia de lo necesario por su se- "ñor, se le tenia por manumitido.... Lo que alegan de que un "Rey no está sujeto á las leyes, no puede ni debe entenderse "con la jeneralidad que vociferan los aduladores de los Reyes "y los enemigos de las naciones... Debe, pues, concluirse, "que los Reyes ó no son hombres, ó están sujetos y obligados "á las leyes divinas y humanas ó naturales." Véase un libro intitulado *De Droit des Magistrats sur les Sujets*, publicado en 1550.

dentro de su corta esfera está obligado, por su propio interés, á ser virtuoso, el Soberano está obligado, en la dilatada esfera que le rodea, á desplegar con mayor enerjía las virtudes de su estado; sus acciones influyen no solamente sobre su nacion, sino tambien sobre los otros pueblos de la tierra; los delitos y vicios del particular tienen unas consecuencias limitadas, en vez de que los vicios y defectos de los Príncipes producen la infelicidad de las generaciones presentes y futuras. Las malas leyes, las resoluciones imprudentes, los procedimientos precipitados, son comunmente causa de males y desgracias que se transmiten á la posteridad mas remota.

La virtud, dice Confucio, *debe ser comun al labrador y al Monarca.* La virtud primera y fundamental del Soberano, como de todo ciudadano, debe ser la justicia; esta basta para mostrarle todos sus deberes, y para descubrirle el camino que debe seguir. La justicia de los Reyes no se diferencia de la del ciudadano sino en su mayor estension. El Soberano tiene relaciones no sólo con su propio pueblo, sino tambien con los otos pueblos de la tierra. Su ambicion, regulada por la justicia, se vé satisfecha ejerciendo su poder sobre unos súbditos felices; no trabaja ni se afana por apoderarse de las provincias ó territorios de los otros, porque halla que es bastante grande, cuando reina sobre una nacion que le ama y le respeta. El Monarca humano y justo se estremece al solo nombre de la guerra, porque, aun acompañada de la victoria, ella siempre arruina y despuebla un Estado. Es fiel â sus tratados, porque la equidad y la buena fe le harán superior á los políticos engañadores, enemigos constantes del universo entero. El buen Príncipe es pacífico, porque en el seno de la paz puede trabajar libremente en la felicidad de sus ciudadanos.

En el seno de la tranquilidad, un Soberano ver-

daderamente grande puede mostrar su sabiduría, sus talentos y su injenio: semejante al astro del dia, cuyos rayos iluminan y fecundan todo el globo, el Príncipe justo vivifica todos los cuerpos, las familias y los individuos de la sociedad, y mantiene con firmeza la justicia y la igualdad entre todos sus súbditos. La acepcion, el favor, la amistad, la piedad misma no le impiden en manera alguna sostener invariablemente las reglas de la equidad, que hace iguales al fuerte y al débil, al grande y al pequeño, al rico y al pobre. La beneficencia y la sensibilidad del Príncipe no se atienen á solos los individuos, sino que abrazan el Estado y el pueblo todo entero; su piedad se enternece, no de las quejas y llantos de la codicia que le rodea, sino de la miseria mas cierta y segura de la multitud que no vé, y de las lágrimas de los infelices que comunmente se procura no lleguen á su noticia. Una justicia permanente é inmoble constituye la beneficencia y la piedad de un Monarca, á cuyos ojos su pueblo está siempre presente. Él se halla mui seguro de que los ricos y los grandes se abrirán camino para llegar á los pies del trono; mas teme no lleguen á sus oidos los gritos del inocente y del pobre. Los derechos, la libertad, los bienes y los intereses de todos le son mas respetables que las pretensiones y súplicas de los cortesanos que le rodean. Á ninguno concede el funesto derecho de oprimir, porque sabe que no podria sin justicia atribuirsele á sí propio. . . Sabe que es el defensor, y no el dueño de los bienes de sus súbditos. . . Sabe que un impuesto ó tributo es un robo, cuando no tiene por objeto la conservacion del Estado. . . Sabe que una ley ó un edicto no harian nunca lejítima una violacion manifiesta de los derechos del ciudadano. . . Reconoce que los tesoros del Estado son y pertenecen al Estado, y que no pueden, sin prevaricacion, ser consagrados á sus propios placeres. . . Sabe que aún su tiempo mismo no es suyo, sino que pertenece á su pueblo, á quien debe todos sus afanes y desvelos; él condenaria en sí mismo como delitos, una vida muelle, indolente y disipada, y los recreos y diversiones ruinosas para su pais. . . Sabe que la vida de un Soberano es molesta y laboriosa, y que no debe ser únicamente destinada á los placeres. . . Se abstiene sobre todo de aquellos que corromperian evidentemente las costumbres de su pueblo, porque sabe que un pueblo sin costumbres no puede ser bien gobernado. . . Sabe, en fin, que él es responsable de la conducta de aquellos sobre quienes descarga los pormenores ó partes de la administracion, que sus crímenes se harian suyos, y que él mismo padeceria por su neglijencia. Destruye y aniquila esos privilegios injustos que hacen á los privados superiores á las leyes, y les permiten emplear su crédito y su fuerza en arruinar la inocencia. El no cree que todo su pueblo es injusto y falto de razon, cuando se queja de las opresiones de un Visir. Su favor desaparece luego que se trata de la justicia; ó ántes bien su favor y sus beneficios son guiados por esta misma justicia, la cual le muestra á los ciudadanos mas útiles, mas virtuosos y mas aventajados en méritos, como los dignos únicamente de las recompensas, de los empleos y de las gracias. Cualquiera que osa turbar con sus crímenes la felicidad pública, sea de la clase que fuere, es abandonado á la severidad de las leyes; todo el que se deshonra con sus acciones, deja de merecer su gracia; todo el que es neglijente en el cumplimiento de los deberes de su estado, es privado de su destino, el cual la equidad sólo asigna á los que son capaces de desempeñar sus cargos dignamente. En fin, un Soberano inviolablemente atenido á la justicia, corrije sin dilacion el vicio, mostrándole un rostro severo y te-

mible; y fortifica la virtud, convidándola con los honores.

La Moral será siempre inútil, en tanto que sus lecciones no estén apoyadas por el ejemplo y la voluntad de los Soberanos. (1) Los pueblos serán corrompidos, miéntras los jefes que arreglan sus destinos, no conozcan el interés que tienen en ser virtuosos; con poco fruto la relijion amenazará á los mortales con la cólera del cielo para retraerlos de sus vicios y de su perversidad; con poco fruto les prometerá las recompensas infalibles de la vida futura para estimularlos á la virtud; la voz poderosa de los Reyes, las recompensas y los castigos de la vida presente serán siempre los medios mas eficaces para mover á los que, ocupados de sus intereses actuales, sólo lijera y débilmente piensan en su futura suerte. La Moral, bien demostrada, puede sí convencer los espíritus de un pequeño número de gentes que piensan; mas no influirá sobre las acciones de todo un pueblo, sino cuando haya recibido la sancion de la autoridad superior.

Todo Príncipe, amigo de la justicia, puede facilmente atraer á sus súbditos al cumplimiento de sus deberes, hacer que los practiquen con gusto, alentar el mérito y los talentos, y reformar las costumbres. Los hombres aprecian en tan alto grado el favor de sus Señores, conciben tal temor de disgustarlos, y se afanan tanto por merecer su benevolencia, que la virtud del Príncipe basta para hacer que reine en poco tiempo la virtud en su Imperio, y para establecer con ella la felicidad pública, como su inseparable compañera.

---

(1) *Rex velit honesta, nemo eadem volet.*
Seneca in Thyest.

Si la conducta de un Monarca sábio y justo desagrada á ciertos malvados cortesanos, á ciertos grandes orgullosos, á los hombres corrompidos que desean aprovecharse de los vicios y debilidades de sus amos, esta misma conducta escitará el entusiasmo de un pueblo entero, que no cesará de bendecir á un Soberano, cuyos beneficios esperimentará toda la sociedad. Semejante Príncipe se hará el ídolo de los ciudadanos; su nombre será pronunciado con los mayores y mas dulces afectos de la ternura; cada uno de sus súbditos le mirará como á su protector y su padre; y él vivirá entre ellos como en el seno de su familia. Sus dias preciosos serán defendidos por su nacion, interesada en conservar en él la prenda de su felicidad. Agasicles, Rei de Esparta, decia que *un Rei no necesitaba de guardias, cuando gobernaba á sus súbditos como un padre gobierna á sus hijos.* Plinio dice á Trajano que *nunca un Príncipe está mas fielmente guardado que con su virtud y su inocencia.*

Un Soberano bueno y bienhechor no es aquel que prodiga sin eleccion los tesoros del Estado entre la tropa hambrienta de aduladores que le rodean; un Príncipe clemente no es tampoco el que perdona los atentados cometidos contra su pueblo; ni un Monarca benigno, el que derrama sus gracias entre cortesanos y privados sin mérito; sino aquel que recompensa el mérito con justicia. Un Príncipe, cuando es justo, no concede gracias ó favores gratuitos; todos sus beneficios son actos de equidad, con los cuales paga los bienes y servicios hechos á su nacion, en cuyo nombre y á cuya costa distribuye las dignidades, las pensiones y los honores. Un Soberano digno de amor no es un hombre fácil, ni un bobo que se deja guiar ciegamente por sus privados ó Ministros: un Monarca respetable no es el que se distingue con una etiqueta orgullosa, con enormes

dispendios, con un luxô desordenado, ó con edificios y obras suntuosas.

El Soberano verdaderamente bueno es aquel que es bueno para todo su pueblo, que respeta sus derechos, y que se vale y sirve de sus tesoros con economía para escitar el mérito y los talentos necesarios á la felicidad del Estado. Un Príncipe clemente para con los culpados, es cruel para la sociedad. Un antiguo decia que *es perder á los buenos el perdonar á los malos.* Un Soberano que se deja gobernar por cortesanos aduladores, no sabe jamás la verdad, y tolera el que se haga á sus súbditos desgraciados. Un Monarca orgulloso, que pone la gloria sólo en un vano aparato, en ruinosas prodigalidades, en una magnificencia sin límites, en costosos placeres, ó en crueles é inhumanas conquistas, es un Soberano, cuya pequeña alma no conoce la verdadera gloria que la virtud sola puede conceder. *Es mucho mas honroso para un Príncipe*, dice Plinio á Trajano, *ser tenido en la posteridad por bueno, que por dichoso.* ¿Puede tenerse por feliz y dichoso un Príncipe, cuando sus súbditos están sumerjidos en la miseria? Un Soberano no puede ser poderoso y afortunado, sino cuando funda su grandeza y su poder en la libertad y en el bien de su pueblo.

Al ver la conducta de la mayor parte de los Príncipes, pudiera decirse que su estado á nada los obliga: ellos no parece que exîsten en el mundo sino para destruirle, esclavizarle, devorar á los pueblos, ó para vivir en continuos placeres y recreos, sin hacer nada útil para las naciones. ¿Es por ventura reinar, el abandonar las riendas del Gobierno á sus favorecidos, miéntras que el que debiera gobernar vive en una ociosidad ignominiosa, ó sólo piensa en distraer su molesto fastidio con placeres muchas veces vergonzosos, con fiestas y funciones ruinosas, con edificios inútiles, todo á costa del su-

dor y las lágrimas de un pueblo afanado para saciar los vicios y la vanidad de un Jefe que nada hace en su favor?

¿La necia vanidad podrá tener entrada en el corazon de un Monarca? Una pasion tan vil y pequeña ¿no debiera ser desterrada de una alma verdaderamente noble? La verdadera grandeza de los Reyes consiste en la felicidad de los pueblos: su verdadero poder, en el cariño y aficion de estos: su verdadera riqueza, en la riqueza y la actividad de sus súbditos: su verdadera manificencia, en la abundancia que ellos hagan reinar. En los corazones de las naciones es donde los Príncipes deben erijir sus monumentos, mucho mas lisonjeros y dignos de admiracion, que no esos soberbios edificios hechos á costa de la felicidad nacional: las pirámides de Egipto, que todavia subsisten; los monumentos de Babilonia, que han perecido; los palacios arruinados de los tiranos de Roma, sólo traen á la memoria la locura de los que los erijieron. Montagne dice con mucha razon que "es una especie de pusilanimidad »en los Monarcas, y una prueba de falta de aten»cion á los deberes de su estado, el trabajar única»mente en distinguirse por medio de dispendios enor»mes." (1) *El mejor Rey, y mas grande*, dice Zoroastro, *es aquel que hace la tierra mas fértil.* (2)

Los ayos y preceptores de los Príncipes, en vez de mostrarles la gloria en la guerra, en las injustas conquistas, en un fausto brillante, en frívolos y escesivos dispendios, debieran habituarlos desde la infancia á combatir sus caprichos, proponiéndoles la conquista de los corazones de sus súbditos como el objeto á que deben dirijirse todos sus deseos. En lu-

(1) *Essais*, lib. 3. cap. 6.
(2) Véase el *Zend-avesta*, ó el libro sagrado de los *Parsis*.

gar de hacer insensibles á los Príncipes, en vez de enseñarles á menospreciar á los hombres, sus maestros debieran mover su imajinacion con la pintura poderosa de las miserias, á que tantos millones de sus semejantes están condenados para que ellos vivan en el luxô y la ostentacion. Los pueblos y sus Soberanos serian mucho mas felices, si, en lugar de persuadir á estos que son dioses ó criaturas de un órden superior, se les repitiese de contínuo que son hombres, y que, sin este mismo pueblo despreciado, serian infelices y miserables.

Carnéades decia que *los hijos de los Príncipes nada aprendian con tanto cuidado como el arte de montar á caballo, porque en todo otro estudio cada cual les da la preferencia, en lugar de que el caballo no es tan atento y cortesano, pues lo mismo tira al suelo á un hijo de un Rey como al de un villano.* El Emperador Sejismundo decia que *todo el mundo se abstenia de ejercer un oficio que no habia aprendido, y que solo el oficio de Rey, el mas dificil de todos, se ejercia sin saberse.* Sinembargo el gran Ciro confesaba que á ningun hombre toca el mandar, si no es mejor que aquellos á quien manda. (1) *No hagas ó presumas de Príncipe*, dice Solon, *sino has aprendido á serlo. Aprende á gobernarte á tí mismo, antes de gobernar á los otros.*

La educacion de los hijos de los Reyes, mui léjos de ilustrarlos y de darles un corazon sensible, sólo parece que se propone sofocar en ellos las semillas de la justicia y de la humanidad: no se les habla sino de combates y conquistas: sus conversaciones no se refieren mas que á su grandeza y á la pe-

(1) Plutarco, *Dichos notables de los Príncipes.* En otra parte dice: que *gobernar un Estado y ser filósofos, es una misma cosa.* Pitaco decia que *es dificil mandar y ser hombre de bien.*

queñez y miseria de los demas: se les muestra á los pueblos como unos viles rebaños, de que pueden disponer á su antojo, quitarles el pellejo y devorarlos impunemente. Se les dice que ellos no deben dar oidos á sus quejas y lamentos, como importunas, molestas, y destituidas siempre de razon. He aquí porqué los Príncipes son raras veces equitativos y sensibles. De este modo se los forma unos ídolos inaccesibles á sus súbditos, sobre quienes, sin saberlo ellos, se ejercen las mas estrañas crueldades: así tambien se los hace ingratos, que niegan constantemente al mérito sus justas recompensas, prodigándolas á la bajeza y la adulacion. En fin, de esta manera en el seno de los placeres, de la pompa y de las diversiones, los Soberanos viven en una embriaguez contínua, adormecidos en una fatal seguridad, que tarde ó temprano los pierde infaliblemente. (1)

La naturaleza, siempre justa en sus castigos, no perdona á ninguno de cuantos desconocen sus leyes. Los malos Príncipes hacen á sus súbditos infelices, y las infelicidades de los súbditos recaen necesariamente sobre sus injustos señores. Las provincias agotadas con guerras inútiles, sólo presentan labradores desalentados con el rigor de los impuestos. El comercio desaparece por las trabas que se le ponen á cada paso. Un gobierno neglijente acude siempre á las violencias, y dejenera en tiranía. Los caprichos del Soberano se multiplican á lo infinito, por-

(1) Cuando la guerra de Luculo contra Mithridates, los Jenerales de este Monarca le ocultaron que el ejército, en que él mismo se hallaba en persona, padecia la mas cruel hambre. -- El primero que anunció al Rey Tigranes la aproximacion del mismo Luculo, fué degollado por mandato de este Príncipe.
Plutarco, Vida de Luculo.

que, á falta de ocuparse en el cumplimiento de sus deberes, necesita forzosamente de placeres y diversiones contínuas: las necesidades y las demandas del Príncipe crecen en la misma proporcion que su reino se agota, y que sus medios se disminuyen: los impuestos se duplican á medida que los pueblos se empobrecen; en fin, es indispensable entonces recurrir á todo jénero de estorsiones, á la perfidia y al fraude, acabando de arruinar enteramente un Estado oprimido por un gobierno delirante. Así el déspota, cada dia mas codicioso y miserable, no conoce ya freno ni medida; y reina solamente sobre esclavos sin vigor y sin industria. La conciencia entónces atormenta al tirano sobre el trono mismo; él sabe que se ha granjeado un ódio universal; de todo teme y se recela; no vé sino enemigos en cuantos le rodean; concibe el mayor temor de su pueblo, cuyo amor y ternura ha despreciado; inquieto y receloso, es cruel y feróz: por último, la tiranía estremada produce levantamientos populares, rebeliones y motines, de los qué el tirano es la primera víctima. De la esclavitud á la desesperacion apénas hai un paso.

Déspota se llama un Soberano que prefiere su capricho á la justicia, y su interés personal al interés de la sociedad. Semejante Soberano tiene la locura de creer que él solo compone el Estado, que su nacion es nada, y que la sociedad toda entera está destinada únicamente por el cielo para servir á sus caprichos. Tirano, es todo Príncipe que pone en rigorosa práctica los principios del despotismo, y que, creyendo hacerse felíz á sí mismo, hace á todo su pueblo infeliz y desgraciado. ¿Mas se hace él por ventura dichoso? ¿mas cómo ser dichoso y feliz, cuando vive lleno de turbacion y de inquietudes? *Es inevitable*, dice un antiguo, *que aquel que se hace temible á muchas jentes, viva en un contínuo miedo.* (1) *Los tiranos*, dice Plutarco, *temen á sus súbditos; mas los buenos Príncipes temen por sus súbditos.* Ningun poder sobre la tierra puede por largo tiempo ser tiránico con impunidad y sosiego.

Apetecer el despotismo, es apetecer los medios de hacer mal á los otros é infeliz á sí mismo. El tirano es desgraciado, puesto que gobierna á infelices con un cuchillo penetrante y agudo, con que se hiere á sí. No hai poder alguno firme y seguro, si no se somete á las leyes de la equidad. (2) Mas una inclinacion natural en todos los hombres, y que todo contribuye á fortificarla en los Príncipes, los hace apetecer un poder ilimitado; estos detestan y aborrecen todos los obstáculos que su autoridad puede encontrar; los Príncipes mas débiles y los mas incapaces son los mas celosos en esto; no hai cosa que mas los incite y los despierte, que el hablarles de la estension de su poder. Todos se creen desgraciados, cuando no pueden satisfacer sus caprichos: todos anhelan al despotismo, como el único medio de lograr la suprema felicidad, siendo así que este despotismo sólo pone en sus manos los medios de arruinar á sus súbditos y de sepultarse con ellos bajo las ruinas del Estado. El poder absoluto fué y será siempre la causa de la decadencia y de

---

(1) *Necesse est multos timeat, quem multi timent.* Publ. Syr. Sent. - - Arato hizo que Lisiades, tirano de Mégalopolis, renunciase el poder que habia usurpado, manifestándole los peligros y las inquietudes que de contínuo le acompañaban.

Plutarco, Vida de Arato.

Lo primero que hizo Numa al subir al trono, fué despedir la Compañía de sus Guardias; *porque*, dice Plutarco, *no queria ni desconfiar de los que se fiaban de él, ni ser Rey de los que ninguna confianza le dispensaban.*

Plutarco, Vida de Numa Pompilio.

(2) *Ea demùm tuta est potentia, quae viribus suis modum imponit.* Plinii Panegyr.

las desgracias de los pueblos, de que tarde ó temprano llegan á participar los mismos Reyes.

Esta verdad, confirmada por la esperiencia de tantos siglos, es ignorada de la mayor parte de los que gobiernan el mundo; y los Ministros complacientes y aduladores, cuyo objeto es aprovecharse de la neglijencia y depravacion de sus Monarcas, la ocultan de ellos con cuidado: sus almas viles é interesadas son efectivamente las verdaderas causas de la ignorancia de los Príncipes, y de las desgracias de las naciones. Estos aduladores son los que forman los tiranos; y estos tiranos son los que, corrompiendo las costumbres de los pueblos, hacen la virtud tan dificil y rara. Con razon dice Polibio "*la tiranía es culpable de todas las injusticias* "*y de todos los delitos de los hombres.*"

Seguramente, la tiranía, siempre injusta, sólo es servida á su gusto de hombres sin costumbres y sin probidad, de esclavos vilmente dominados del mas sórdido interés, que bajo Príncipes codiciosos y corrompidos se hacen los únicos repartidores de las gracias, de las dignidades, de los honores y de las recompensas. Estos no muestran su benevolencia sino á hombres como ellos; temen al mérito y la virtud, porque les causan confusion y vergüenza. Por el descuido ó la injusticia de un mal gobierno una nacion entera forzosamente ha de llegar á pervertirse; escluida la virtud del favor y de los empleos, es menester renunciar á ella para lograr fortuna; es necesario irse con el torrente, que siempre encamina al mal. La Moral se inutiliza y pervierte bajo un gobierno despótico, en el cual todo ciudadano virtuoso debe necesariamente disgustar al Príncipe y á los que gobiernan en su nombre. El tirano, para reinar, no necesita talentos ni virtudes; sino soldados, cadenas y calabozos. Un tirano es por lo comun un automato, un

ídolo de piedra, que se mueve al impulso que le comunican los esclavos hábiles y mañosos que se han apoderado del mando. Un déspota, que ha reducido su pais á la esclavitud, viene á ser un necio y miserable esclavo, que ni aun coje los frutos de su funesta tiranía.

La ciencia mas esencial al que desea gobernar con sabiduría *es*, segun Plutarco, *hacer á los hombres capaces de ser bien gobernados.* Las costumbres de los Soberanos deciden necesariamente de las costumbres de los súbditos. Dispensadores de los bienes, de los honores y dignidades que los hombres desean, puede á su voluntad inclinar los corazones al vicio ó la virtud. Las cortes sirven de norma á las ciudades; las ciudades corrompen los pueblos y los campos; y hé aqui como de unos en otros, los pueblos se imbuyen de las preocupaciones, de las vanidades, del luxô, de las fruslerias, de las locuras y de los vicios que infestan las cortes. Los Soberanos dan en todo y por todo el primer impulso á las voluntades de los Grandes, comunicando estos á las otras clases el impulso primero que han recibido: si este encamina al bien, las costumbres pronto se verán reformadas y buenas.

Todo el mundo conviene en que el luxô, esta emulacion fatal de la vanidad, es debido principalmente al fausto de los Soberanos y de los Grandes, á quien cada uno procura mas ó menos imitar: este mal tan peligroso parece ser inherente al gobierno monárquico, y sobre todo al despotismo, en que el Príncipe, transformado en una divinidad, quiere imponer respeto á sus esclavos con el fausto que los deslumbra: para contener los efectos de esta epidemía fatal, se han ideado repetidas leyes como capaces de reprimirla; mas estas leyes por lo comun han sido infructuosas. La mejor de todas las leyes suntuarias para un Estado, será siempre un Príncipe

frugal, económico, y enemigo del fausto y de la vanidad. Permitiendo el luxô á los Grandes, y prohibiéndole á los pequeños, no se hace mas que irritar la vanidad de estos, que poco á poco triunfa de las leyes mas severas.

Nada sería mas importante para la felicidad de los pueblos, que el inspirar desde mui temprano á los que deben reinar en ellos el amor á la virtud, sin la cual no hai prosperidad alguna en la tierra. Mas las máxîmas de una política injusta, cuyo objeto es ejercer impunemente una libertad desenfrenada, ocupan en los Soberanos el lugar de la sabiduría y de la Moral; asi los intereses de los Jefes jamas estan de acuerdo con los del cuerpo social. ¡Estraña política, seguramente, por la cual los que estan destinados á hacer observar los deberes de la Moral, se ocupan de contínuo en violarla, y romper los vínculos que deberian unirlos mas íntimamente á sus conciudadanos.

Privar á la virtud de las recompensas y de los honores que le son debidos, es, dice Caton, *estirpar de la juventud las virtudes.* Mas alejar la virtud de los primeros destinos, corromper á los hombres para sojuzgarlos y dividirlos entre sí, á fin de avasallarlos á todos, es á lo que se reducen los principios de una política odiosa, inventada claramente, no para la conservacion, sino para la disolucion de un Estado. Segun tales máxîmas, los Soberanos se hacen necesariamente los enemigos de sus súbditos, debiendo declarar una guerra cruel á la razon que podria ilustrarlos, y â la virtud que pudiera unirlos con los otros: vale mas, pues, cegarlos y corromperlos, tenerlos en una infancia perpetua, é inspirarles vicios capaces de fomentar las mayores discordias entre ellos, para impedir el que se reunan contra los que tan cruelmente los oprimen. La virtud necesariamente debe ser detestable á cuantos gobiernan sin justicia. La Moral tampoco puede ser conveniente á los esclavos: el esclavo no debe conocer mas virtud que la de la obediencia. (1)

Los cortesanos siempre estremados en sus adulaciones, han intentado deificar á sus Monarcas; pero es facil de conocer que sus esfuerzos han sido defectuosos, si con ellos pretendieron justificar su servidumbre, y ennoblecer su fama. Ademas de que ellos son los sacerdotes de los dioses que crea su ceguedad ó su codicia.

Una política mas sana y mas útil prescribe que los Soberanos se consideren hombres y ciudadanos, y que nunca separen sus intereses de los de sus súbditos: de la reunion de estos intereses resulta la concordia social, y la felicidad de la cabeza y de los miembros. El Príncipe solamente es verdaderamente grande y poderoso, cuando está sostenido por el afecto y cariño de su pueblo: el pueblo es siempre desgraciado, si el Soberano reusa ocuparse en su felicidad. Eléas, Rei de Escocia, decia *que cuando estaba ocioso, no se diferenciaba de su mozo de caballos.* Una vida holgazana y disipada es siempre vergonzosa y criminal en un Rey, cuyo tiempo pertenece á sus súditos.

Para gobernar de un modo que haga felices á las naciones, no es menester ni un trabajo escesivo, ni unas luces estraordinarias, ni un talento maravilloso; bastan la rectitud, la vigilancia, la firmeza, y

---

(1) "Consultando los Soberanos sólo á su propia seguridad, „y no á la razon y á la justicia, debieran proponerse mandar y „regir manadas de carneros, de bueyes y de caballos, mas no „á hombres en sociedad. . . Un tirano, que mas quiere mandar „á esclavos que á verdaderos hombres, se asemeja á mi parecer al labrador que mejor quisiese cojer langostas ó aves de „rapiña que no buen trigo y cebada."

Plutarco, Banquete de los siete Sábios.

los buenos y eficaces deseos. Un alma demasiado viva y exâltada puede algunas veces carecer de prudencia; un buen corazon es regularmente mejor y mas á propósito para gobernar á los hombres, que un talento ó un entendimiento mui elevado y penetrante. No exîjan, pues, las naciones de sus Jefes talentos sublimes y raros, ni cualidades dificiles de encontrar. Cualquiera hombre de bien tiene lo que se necesita para gobernar un Estado; todo Príncipe, que desee sinceramente el bien de sus súbditos, hallará con facilidad cooperadores que le ayuden; él fomentará en su Corte una noble emulacion entre los talentos y el mérito, no menos útil á sus intereses que á los de sus súbditos. Todo Monarca que quiera conocer la verdad, hallará mui pronto las luces necesarias para gobernar con sabiduría; en fin, todo Soberano, que aprecie y se atenga fuertemente á la justicia, la hará reinar en sus dominios, y respetar á sus vasallos. La justicia y la fortaleza son las virtudes de los Reyes.

La vana pompa que rodea á los Soberanos, la facilidad y prontitud con que son ejecutadas sus órdenes, las diversiones continuas que se les presentan, y los placeres en que se encuentran engolfados, hacen que el vulgo los tenga por los mas felices de los mortales; en una palabra, un error mui comun dá por supuesto que el poder supremo trae siempre consigo la suprema felicidad. Mas la vida de un Soberano que cumple con sus deberes, es activa, laboriosa, vijilante, incesantemente ocupada: la de un Príncipe ocioso, disipado y enemigo del trabajo, es un fastidio perpetuo. Todo Monarca justo y sensible vive sujeto á una ocupacion y cuidado contínuo. El Soberano que no se digna atender á sus propios negocios, se espone á todos los males que resultan de la falta de conducta ó de la perversidad de sus Ministros, que por su ignorancia

no puede elejir bien. Los Reyes tienen tanto y mas que temer de sus amigos que de sus enemigos; ó mas bien, no tienen nunca amigos, sino aduladores y hombres viciosos, sólo afectos á su persona por un sórdido interés, ó por la vanidad; ademas, no teniendo iguales, ni teniendo necesidades algunas, los Príncipes no gozan ni de las dulzuras de la amistad, ni de los encantos de la confianza, ni de los mas grandes placeres de la vida; se vén privados de estos bienes por la enorme distancia que el trono pone entre ellos y sus súbditos, aun los mas distinguidos; estos se hallan siempre oprimidos y violentados en presencia de un señor, en la que á nada se pueden atrever. De donde se refiere claramente que la alegría, que siempre supone libertad, seguridad, confianza é igualdad, no puede habitar ni manifestarse en la corte de los Reyes. En medio de un festin fué donde el grande Alejandro asesinó á Clito, á quien tenia por su mayor amigo. (1)

En fin, la mayor infelicidad, inseparable de la condicion de los Reyes, es no poder saber casi nunca la verdad. Esta se les oculta sobre todo cuando es amarga, es decir, cuando es mas importante saberla. *Algunos Príncipes*, dice Gordon, *se han visto destronados antes de saber que no erán amados de sus pueblos.* (2) Esto es lo que sucede principalmente á los Soberanos absolutos, á los déspotas, á los tiranos, á quienes sus pasiones indómitas no permiten jamás que se les hable con sinceridad; no acostumbrados á que se les contradiga, todo lo que se opone á sus caprichos basta para provocar la cólera de es-

(1) Este Príncipe decia que *Ephestion amaba al Rey*; pero que *Clito amaba á Alejandro.*

(2) Véase el Discurso preliminar de su traduccion de Tácito.

tos niños imprudentes, que desean poderlo todo impunemente. Los príncipes, cuyo poder es ilimitado, son los que debieran tener el mayor interés en conocer las verdaderas disposiciones de sus súbditos; porque no pudiendo estos hacer que lleguen al trono sus quejas, se esplican con motines, revoluciones y asesinatos, en que el tirano suele ser la primer víctima.

¡Hé aqui, pues, la felicidad suprema, á la que conduce el poder sin límites que los Príncipes desean con tanto ardor, y sin el cual se tienen por desgraciados! Este poder los priva de la confianza, de los consejos, de los ausilios y de los consuelos que proporciona la amistad. El Monarca, que pretende ser justo, debe armarse doblemente contra las seducciones de sus privados, y temer que su afecto ácia ellos no le haga pecar contra la justicia universal que debe á todos. Del pueblo es de quien debe ambicionar la amistad; al pueblo es al que debe oir para saber la verdad; sobre el pueblo debe fundar su propia seguridad; y en el bienéstar del pueblo debe establecer su propia grandeza, su gloria, y su felicidad: á los que le proporcionan estos bienes y ventajas, es á quien el Príncipe debe mirar como á sus amigos. Théopompo decia que *un gran Rey es aquel que permite á sus amigos decirle la verdad; que hace justicia á sus vasallos; y que observa las leyes.*

Cualquiera que sea la forma de gobierno que adopte una nacion, los deberes y los intereses de sus Jefes serán siempre unos mismos. La política y la Moral exîjen que, en el gobierno aristocrático, un necio orgullo, un vano espíritu de cuerpo, una terca y obstinada adhesion á prerrogativas injustas, no le hagan jamás hollar los derechos de la patria. Nada mas incómodo y molesto en las aristocracias, ni mas insoportable á los pueblos, que la vanidad

pueril de los nobles, y de los Majistrados ó Soberanos colectivos. Estos han de distinguirse en la decencia y gravedad de sus costumbres, en su probidad, su afabilidad, su modestia y su equidad, cualidades mucho mas capaces de hacerles queridos, y respetados, que no una gravedad insociable que los hará odiosos y aborrecibles á sus ciudadanos, y que nunca debe tener lugar en los gobiernos republicanos.

Dejen, pues, los Jefes de la aristocracía á los esclavos favorecidos del despotismo la vanagloria de distinguirse por su altanería y su insolencia, y distinganse ellos por su bondad, su moderacion y su integridad. La arrogancia y el orgullo deben ser desterrados de los paises donde se goza de alguna libertad. La aristocracía debe hacer mucho aprecio del pueblo, y no mirarle con los mismos ojos que la Monarquía, que sólo distingue á sus nobles; ó que el despotismo, que desprecia igualmente al vil rebaño que destruye y aniquila.

En una palabra, todo gobierno Republicano supone una cierta igualdad entre los ciudadanos igualmente sujetos á las leyes. Los Majistrados en él son Jefes, sin dejar por esto de ser ciudadanos; de donde se sigue que sus modales altaneros son mas chocantes y mas importunos al pueblo que bajo la Monarquía, acostumbrada á sufrir y tolerar la insolencia y el desprecio de los Grandes, y de cuantos gozan de algun poder. En todo Estado bien constituido, ningun ciudadano tiene derecho de ser insolente. Esos aristocratas tan celosos de su autoridad, y tan desconfiados, se ahorrarían de muchos dispendios, molestias y disgustos, si se dignáran recordar de que son ciudadanos y no déspotas ó tiranos; que la vanidad sólo es buena para hacerse abominables; y que ésta produce de contínuo enemigos y descontentos, cuya cólera revienta á veces en fatales y

terribles revoluciones. (1)

De esta verdad hallamos pruebas en la historia de la mayor parte de las aristocracías antiguas, las cuales por lo comun dejeneráron en verdaderas tiranías. La historia Romana nos ofrece un Senado orgulloso, avaro, celoso de sus prerogativas usurpadas, perpetuamente quejoso de la plebe, á la cual se arrogaba el derecho de abatir, de vejar con usuras, de oprimir de mil modos, y de enviarle á morir en guerras estrangeras cuando le era molesto. Bien pronto la division entre los Jefes de esta República siempre armada produjo facciones crueles, y se encendieron espantosas guerras civiles; los ciudadanos se arman los unos contra los otros; y por último, tras las sangrientas disputas y contiendas de Mário y de Syla, el ambicioso Cesar, apoyad o en la faccion del pueblo, se eleva sobre las ruinas del Estado, establece el despotismo de uno sólo en lugar del despotismo de los Majistrados, y deja al gobierno abandonado á una larga série de monstruos, que únicamente parece que se disputáron quien cometería mayores crímenes y mas grandes infamias. La nobleza Romana vino á ser sobre todo el objeto de la crueldad de los Caligulas y de los Nerones: mientras que estos monstruos acariciaban al pueblo, ó le divertian con es-

(1) La escesiva emulacion del poder, dice Tito-Livio, y la terca obstinacion de decaer en lo mas mínimo de su grandeza, en uno de los órdenes de una República, produce muchas veces grandes é inútiles disputas, funestas al mismo órden. *Nimia unius ordinis Reipublicae, in sua dignitate sibi retinenda; nullique alii communicandae solicitudo, magnas saepè, easque inutiles, et ipsimet illi ordini exitiales contenciones parit.*

"El pueblo, dice Plutarco, mira siempre como el mayor honor el no ser despreciado de los Grandes." Vida de Nicias.

pectáculos, hacian correr la noble sangre de Senadores y de patricios, cuyo linaje causaba recelo á su tiranica ambicion. En una palabra, el orgullo de un Senado discorde puso fin á la República mas poderosa que hubo jamás en el mundo. *Los Grandes*, dice Solón, *destruyen las Ciudades; y la imprudencia del pueblo las precipita en la esclavitud.*

Las democrácias ó gobiernos populares no perecen comunmente tan pronto sino por la injusticia, el desenfreno, los celos y la envidia del pueblo que con el poder se hace insolente. Un populacho arrogante, lisonjeado por sus demágogos, es ordinariamente el mas cruel de los tiranos; así sacrifica la virtud misma á su envidia, á su capricho y al bárbaro placer de hacer sentir su poder á los ciudadanos que debería querer y respetar; y comete el crímen sin remordimientos, porque no reflexîona, y porque además la vergüenza desaparece entre la multitud de los culpados. La ingratitud de los Atenienses con Aristides, Cimon y Phocion, hace que ninguno se compadezca ni lamente de un pueblo vano y perverso en la pérdida entera y absoluta de su libertad, que ni apreció ni supo usar. (1) Sócrates dice, segun Platón, que la democrácia *es el imperio de los malvados sobre los buenos. La multitud, cuando ejerce la autoridad, es mas cruel aun que los tiranos.* Á un déspota le contienen á veces el temor,

(1) La ingratitud de los Atenienses para con Pericles, en pretender que diese cuenta de su administracion, hizo que este hombre celebre suscitase la guerra del Peleponeso, que fué causa de la destruccion de todas las Repúblicas de Grecia. Temistocles decia á los Atenienses ¡ó miserables! ¿por qué os fatigais en recibir beneficios de unas mismas personas? Plutarco observa con mucha razon que en las revoluciones de la democrácia el mas perverso es regularmente el que prospera, y el que se eleva al mas alto grado. Plutarco, Vida de Nicias.

la vergüenza y los remordimientos; mas un pueblo tirano, enfurecido y agitado de sus pasiones, no conoce ni miedo ni pudor.

CAPÍTULO III.

Deberes de los Súbditos.

Todo gobierno justo ejerce, como se ha visto, una autoridad lejítima, á la que un ciudadano virtuoso está obligado á obedecer; mas el Gobierno injusto ejerce un poder usurpado. Bajo el despotismo y la tiranía no hai autoridad, no hai mas que usurpacion y ladronicio público: la sociedad se vé forzada á sufrir el yugo que le imponen el crímen y la violencia; su misma opresion le impide proporcionar á los ciudadanos los bienes y ventajas que se obligó á asegurarles en el pacto social: un mal Gobierno aniquila este pacto, é impidiendo á la sociedad el cumplimiento de las obligaciones que ha contraido con sus miembros, los exônera á estos de las que han contraido con ella.

Para que la sociedad tenga derecho de exîjir el buen afecto de sus miembros, debe mostrar un grande y tierno interés por todos; ella no se obliga á que todos los ciudadanos sean igualmente felices y poderosos; pero sí á protejerlos con igualdad, á preservarlos de la injusticia, á darles la seguridad necesaria para sus empresas y trabajos, y á recompensarlos con proporcion á los servicios que la hagan. Con estas condiciones los ciudadanos pueden amar su patria, interesarse en su bien, y contribuir fielmente á su conservacion y felicidad. ¿Mas cuál será el amor de la patria en un Gobierno tiránico? Exîjirle de un esclavo, sería evidentemente pretender que un preso amase su prision y sus cadenas. El amor de la patria, en un pais

sujeto á la tiranía, sólo consiste en una aficion servil á los tiranos, de quienes el esclavo espera recibir los despojos de sus conciudadanos: en una constitucion como esta, el hombre verdaderamente afecto á su pais es reputado por rebelde, por un mal ciudadano, por un enemigo de la autoridad. (1)

Los hombres, gobernados casi de contínuo por vanas ideas y palabras, imaginan que todo lo que lleva la señal ó el sello del poder debe ser ciegamente obedecido: y no ven que la autoridad lejítima (esto es, la que reconocida legalmente por la sociedad contribuye al bien de ella) es la única que tiene derecho de hacerse obedecer; no ven tampoco que la autoridad que es injusta, pierde todo derecho de obligar á los hombres, reunidos para gozar de las ventajas de la equidad, y de la proteccion de las leyes. *Ninguno*, dice Ciceron, *debe obedecer á los que no tienen derecho de mandar.* La tiranía es detestada por todo buen ciudadano; sus órdenes sólo pueden ser ejecutadas por los esclavos corrompidos, que procuran aprovecharse de las desgracias de su patria. Un sórdido interés y un temor vil, mas no el cariño y el aprecio, pueden ser los móviles de la obediencia forzada del ciudadano, que necesariamente ha de aborrecer en su interior una autoridad dañosa, bajo la cual está condenado á llorar su destino. Los Griegos, segun Plutarco, miraban el Gobierno despótico de los Persas como indigno de mandar á los hombres.

En fuerza de estas reflexîones tan sencillas no

---

(1) *Aquella ciudad*, dice Plutarco, *está bien gobernada... en que los que no son oprimidos ni ultrajados aborrecen y persiguen tan rigorosamente al que ha cometido una opresion ó ultraje, como la misma persona ofendida y ultrajada.*

Banquete de los siete Sábios.

debemos admirarnos de que la mayor parte de las naciones estén llenas de ciudadanos indiferentes á la suerte de la patria, faltos de toda idea de bien público, y únicamente ocupados en sus intereses personales, que nunca se refieren á los de la sociedad en que viven: los intereses de ésta nada efectivamente tienen de comun con los de la mayor parte de los miembros que la componen. No se encuentran leyes algunas que establezcan una justicia esâcta entre los ciudadanos: y las naciones se dividen en opresores y oprimidos. Las preocupaciones injustas, las vanidades despreciables, los inicuos privilejios ponen en perpetua discordia las diferentes clases del Estado; un fatal espíritu de cuerpo usurpa las veces del espíritu público y del patriotismo. Los ricos y los grandes se arrogan el derecho de vejar á los pobres y á los pequeños; el noble desprecia al plebeyo; el militar sólo reconoce la fuerza, y únicamente obedece á la voz del déspota que le paga. El Majistrado sólo piensa en las prerogativas de su cargo, y cuida poco de los derechos de sus conciudadanos; el Sacerdote sólo se ocupa en las inmunidades de su estado. Así los intereses discordantes de los hombres se oponen de continuo al interés jeneral, y destruyen lastimosamente la armonía social. El despotismo se vale astutamente de estas divisiones contínuas para sojuzgar la justicia y las leyes; fomenta las discordias; hace que sus hechuras se aprovechen de las calamidades de la patria; y ofuscados con unos favores engañosos, aquellos mismos que debieran mostrarse los mejores ciudadanos, sólo aspiran á obtener el crédito y poder de oprimir y dañar; ellos trabajan y se afanan por aumentar y fortalecer la autoridad fatal bajo quien la nacion entera será tarde ó temprano opresa é infelíz. Los pobres y los débiles, abrumados perpetuamente de la injus-

ticia de los poderosos y grandes, á los cuales ven únicamente prosperar, se hacen sus enemigos, y se vengan con crímenes de la parcialidad del Gobierno, que se muestra solamente pródigo y bienhechor con los felices de la tierra, y olvida á los desdichados.

Es necesario repetirlo: todos los ciudadanos de un Estado están igualmente interesados en que reine en él la equidad. No hai un solo hombre que siendo racional, no deba temblar al ver oprimido por la violencia al mas ínfimo de sus conciudadanos. La opresion, despues de haber hecho sentir sus efectos á las infimas clases del pueblo, los hace tambien esperimentar por último á las clases mas elevadas. Los cuerpos mas poderosos, si la discordia los desune entre sí, sólo pueden oponer una débil barrera á la tiranía, que corre sin detenerse al logro de sus fines. Todos los cuerpos, todas las familias, todos los ciudadanos tienen un solo interés, que es el de verse gobernados por leyes justas y equitativas; mas éstas no son tales sino cuando protejen igualmente al grande y al pequeño, al rico y al pobre. El buen ciudadano es aquel que dentro de su esfera contribuye de buena fé al interés jeneral, porque reconoce que su interés personal no puede separarse de aquel sin peligro y daño de sí propio: verdad que harémos conocer recorriendo los deberes de todas las clases en que se hallan divididos los ciudadanos de un Estado.

Un Gobierno merece el renombre de bueno cuando es justo para con todo el mundo; éste es el que puede formar buenos ciudadanos; éste solo tiene derecho de esperar de parte de sus súbditos la aficion, el cariño, la fidelidad, los sacrificios generosos; en una palabra, el puntual cumplimiento de los deberes de la vida social. La autoridad lejítima es únicamente la que puede ser amada, obedecida y respe-

tada; ella sola inspira á los hombres el dulce amor de la patria, el cual no es otra cosa que el amor de su seguridad y de su prosperidad.

Todo el mundo tiene en la boca este adajio: *Aquella es mi patria donde me vá bien*; (1) de donde resulta claramente que no es patria donde se vive bajo la opresion, sin esperanza de ver uno terminar sus trabajos. El ciudadano debe soportar con paciencia los inconvenientes inevitables de la vida social, y participar con sus conciudadanos de las calamidades pasajeras que éstos esperimentan; mas tambien él puede renunciar su sociedad, luego que vé y siente que ésta le niega constantemente las ventajas que debia prometerse. No es patria aquella donde no hai justicia, buena fé, concordia ni virtud. Sacrificar sus intereses, sus bienes y su vida por los tiranos, es sacrificarse no por su patria, sino por sus mas crueles enemigos. *El buen ciudadano*, dice Ciceron, *es aquel que no puede tolerar en su patria un poder que pretende hacerse superior á las leyes.* (2)

El ciudadano solamente debe obedecer á las leyes; y estas leyes, como hemos visto, no pueden tener otro objeto que la conservacion, la seguridad, el bienéstar, la union y el reposo de la sociedad. El que obedece ciegamente á los caprichos de un déspota, no es ciudadano, sino esclavo. No hai ciudadano bajo el despotismo, ni ciudad para los esclavos (3). La patria para estos no es mas que una dilatada prision guardada por satélites, bajo el rigor de un carcelero cruel é insensible. Estos satélites son unos mercenarios, cuya obediencia es una verdade-

(1) *Ubi benè, ibi patria.*

(2) *Bonus civis est, qui non potest pati ea in sua civitate potentiam quae suprà leges esse velit.*

(3) *Servorum nulla est civitas.* Publ. Syri. Sentent.

rá traicion. *Nada*, dice Ciceron, *es mas contrario á la equidad, que los hombres armados y reunidos; nada mas opuesto á la justicia que la violencia.* (1) La verdadera ciudad, la verdadera patria, la verdadera sociedad es aquella donde cada uno goza de sus derechos sostenidos por la ley. Donde el hombre es mas fuerte y poderoso que la ley, la justicia se vé obligada á callar, y la sociedad no tarda en disolverse. Pausanias, Rey de Esparta, decia que *es necesario que las leyes sean reinas y señoras de los hombres, y no los hombres de las leyes.* Solón decia tambien que *para que dure un Imperio, es menester que el majistrado obedezca á las leyes, y el pueblo á los majistrados.* En fin, Platón dice que *los mejores Príncipes son aquellos que con mas fidelidad obedecen á las leyes. Donde quiera que*, añade, *la ley es la que manda y los Majistrados los que la obedecen, allí se ven prosperar las ciudades, y abundar todos los bienes que pueden conceder los dioses; en vez de que donde el Majistrado manda y la ley calla y obedece, no puede esperarse sino ruina y desolacion.*

Mas, para poder arreglar la conducta de los Soberanos y de los súbditos, las leyes deben ser justas y conformes al bien público, al bien de la sociedad, á las necesidades y á las circunstancias particulares. Las leyes que no tuviesen por objeto sino los intereses personales del Soberano, ó de sus favoritos, serian injustas y contrarias al bienéstar de todos. Las leyes tiránicas no pueden ser respetadas, como que son hechas por hombres que no tienen derecho de mandar. El bien público y la equidad natural son la medida invariable de la obe-

(1) *Nihil est aequitati tam contrarium atque infestum, quàm convocati armatique homines; nihil juri tam inimicum, quàm vis.* Cicero, pro Caecina.

diencia que el ciudadano debe á las leyes. Todo el que tiene ideas verdaderas de justicia, puede fácilmente distinguir las leyes que debe obedecer, de aquellas á las cuales no podria sujetarse sin ofender su conciencia, y hacerse culpable con la sociedad. Ningun hombre que tenga alguna idea de la justicia, ó algun sentimiento de honor, se valdrá de una ley forjada por la tiranía que autorice á ciertos ciudadanos para robar á otros. Ningun hombre, á no estár enteramente ofuscado de un vil y sórdido interés, creerá que el Soberano pueda conferirle el derecho de enriquecerse á costa y con daño de su patria. Todo hombre de bien renunciará ántes á la fortuna, á la grandeza y al crédito, que retener un empleo que no puede desempeñar á gusto del Principe sino haciendo infelices á sus conciudadanos.

La justicia sería enteramente desterrada de la tierra, si las órdenes de los Príncipes fueran leyes, contra las cuales no fuese lícito y permitido resistir y reclamar. El cortesano que decia que *él no llegaba á comprender como era posible resistir á la voluntad de su Señor*, (1) hablaba como un esclavo criado con las máxîmas del despotismo oriental, segun las cuales el Sultan es un Dios, á cuyos caprichos es un delito oponerse, aun cuando sean los mas contrarios á la razon. Sinembargo con oprobio de personas que ocupan las clases mas distinguidas en muchas naciones ilustradas, estos principios odiosos y destructores son la regla de la conducta de muchos grandes, y de la mayor parte de los nobles y de los militares. Pero aun es mas, y es ¡que esta misma doctrina ha sido con fre-

(1) *Journal Hist. de la Revolut. opérée par le Chancelier de Maupeou.* tom. 2.

cuencia predicada por algunos Ministros de un Dios, oríjen y manantial de toda justicia y de toda Moral!

¿Qué sería de las naciones, si, desgraciadamente inficionadas de estas ideas funestas, los Majistrados no tuviesen valor para esponerse á la cólera del Soberano, reusando suscribir á sus arbitrarias voluntades? ¿Qué llegarian á ser los pueblos, si la justicia dependiera de los caprichos variables de un Sultan, de un Visir, de una Favorita, erijidos en leyes por un poder absoluto? ¿En qué se fundaría la autoridad del Monarca mismo, si abusando de ella pudiese destruir la equidad, que es la base de su trono, y la que constituye la seguridad de los Reyes y de los súbditos?

Asíqué los viles aduladores que pretenden que el Príncipe nunca debe retroceder, ni encontrar resistencia alguna á sus voluntades supremas, no solamente son unos malos ciudadanos, sino tambien enemigos del Príncipe. ¿No será ciertamente servir con fidelidad al Soberano, el no obedecerle ciegamente cuando sus órdenes son contrarias á sus mismos intereses? Los insensatos son los únicos que pueden prestarse á las estravagancias de un imprudente que se empeña en destruir su heredad; resistir cuerdamente á éste, es impedirle que se dañe á sí mismo; obedecerle, es hacerse cómplice de su locura y de su ruina.

Todo Príncipe que se rebela contra las leyes justas, incita á sus súditos á que se rebelen contra él. Todos los que le escitan ó le sostienen en sus empresas temerarias, son malos ciudadanos, aduladores infames, que á un mismo tiempo venden traidoramente á su patria y á su Jefe. Los que adoptan las máxîmas de una obediencia ciega y pasiva á las leyes impuestas por el despotismo delirante, son ó estúpidos que desconocen sus verdaderos intereses, ó esclavos que merecen sufrir por to-

da su vida el peso y la dureza de sus yerros.

Si uno asintiese á las nociones vagas de algunos políticos, llegaria á creer que todos los súbditos de un Estado, cambiados en automatos, debian una obediencia ciega é implícita á todo lo que fuese ley, ó que tuviese la sancion de la autoridad soberana; mas esta autoridad ¿es siempre justa, infalible, esenta de pasiones, é incapaz de estraviarse? La tiranía, que no es mas que el gobierno de la injusticia sostenido por la fuerza ¿tiene acaso derecho de fabricar leyes contrarias á la equidad, y estará todo ciudadano obligado á someterse á ellas sin murmurar siquiera? Si estos principios fuesen verdaderos, la sociedad no sería mas que un monton de víctimas obligadas á dejarse robar, y á presentar su cuello al cuchillo de los ciudadanos obedientes, que el tirano cuidadosamente elejiria para que fuesen sus verdugos.

Distingamos, pues, las leyes que deben ser respetadas y obedecidas por los ciudadanos virtuosos, de las leyes injustas y destructoras que la tiranía, la violencia, la sin razon y la rutina, la cual nunca razona, han podido establecer. *La justicia*, dice un Doctor celebre, *tiene derecho para romper los injustos vínculos.* (1) No es el ciudadano el que tiene derecho de juzgar de las leyes de su pais; es la justicia, de la que todo hombre sensato es capaz de formar y adquirir ideas firmes y seguras. Las leyes son respetables cuando son justas; ellas deben ser revocadas luego que son contrarias al bien público. *Las leyes*, dice Locke, *son hechas para los hombres, y no los hombres para las leyes.* Los mayores males de las naciones provienen de las leyes visiblemente injustas, ante las cuales la violencia hace proster-

(1) *Injusta vincula rumpit justitia.* San Agustin.

nar á los pueblos, y que las obedezcan ciegamente. *Las leyes*, dice Montagne, *conservan su crédito, no porque sean justas, sino porque son leyes.* (1)

El respeto debido á las leyes sólo puede fundarse en la equidad de ellas mismas, á las cuales, por su mismo interés, todo ciudadano debe obedecer, y mantener. *Las leyes*, decia Demonax, *son inútiles para los buenos, porque los hombres de bien no las necesitan, y tambien para los malos, porque estos no son mejores con ellas.* Sócrates, que llevó hasta el fanatismo la sumision á las leyes de un pueblo ingrato y vano, y que quiso ser mártir de ellas, fué injusto consigo mismo; si él hubiese salido de su prision, habria escusado á los Atenienses un crimen que los ha cubierto de una infamia eterna.

La Moral no tendria principios algunos constantes y seguros, si todas las leyes, muchas de ellas insensatas y criminales, debieran ser mas respetadas que la voz de la naturaleza ilustrada por la razon. Si se estiende la vista por todos los paises de la tierra, se sosprende uno al ver que los mayores delitos han sido no sólo aprobados por las leyes, sino prescritos por ellas. En todos los Estados despóticos no se vé por lo comun sino caprichos de tiranos consagrados con el nombre de leyes. ¡Pueblos hai que han creido lícito el parricidio! (2) Los cartajineses estaban precisados á sacrificar sus hijos á su Dios sanguinario. Los Egipcios, que pasan por tan sábios y tan civilizados, aprobaron el hurto. Entre los Escitas eran degollados millares de hombres y mujeres para honrar los funerales de los Príncipes. ¿Có-

(1) Essais, lib. 3. cap. 13.

(2) Elien, lib. 3. cap. 1. nos dice que en Cerdeña los hijos se hallaban obligados á quitar la vida á sus padres llegados que eran á la decrepitud. Los Dervis ó Dervikes, mataban igualmente á todos los que pasaban de la edad de setenta años.

mo es que semejantes leyes no han sido desobedecidas ó abolidas? *Los hombres*, pregunta Ciceron, *¿pueden hacer bueno lo que es malo, y malo lo que es bueno?*

Se nos dirá, quizá, que estas leyes sólo han tenido lugar entre los pueblos bárbaros que no tenian idéa alguna de Moral. Mas los pueblos modernos ¿nos ofrecen leyes mas justas y mas sábias? La equidad, la razon, la humanidad ¿no se ven indignamente violadas por las leyes de sangre establecidas en muchos paises contra los que no profesan la religion del Príncipe? ¿Se hallará una sombra siquiera de justicia en la mayor parte de las leyes fiscales, cuyo único objeto es fomentar las estravagancias de los Soberanos, despojando á los pueblos de lo mas preciso? Se hallará acaso en esas leyes feudales impuestas por los nobles armados á las naciones sobrecojidas del temor y del miedo?... Mas es forzoso detenerse, porque seria nunca acabar si se intentase hacer la enumeracion de las leyes inicuas, de las cuales los pueblos son forzadas ó voluntarias victimas.

¿Qué idéas claras y verdaderas de equidad natural podrian sacar los pueblos de ese agregado confuso de costumbres y de leyes injustas, contrarias á la razon, caprichosas, obscuras é inconciliables, como son las que forman en casi todos los paises la jurisprudencia y la regla de los hombres? ¿Qué nociones puede uno formarse de la justicia, cuando la vé perpétuamente destruída y despedazada con formalidades engañosas? ¿Qué recursos pueden hallar los ciudadanos en una jurisprudencia capciosa, que sólo parece favorecer la mala fé, los empréstitos y contratos fraudulentos, las mayores picardías; y los artificios mas á propósito para desterrar la probidad de los tratos y de las obligaciones recíprocas de los ciudadanos? ¿Qué confianza puede tenerse, ni qué proteccion encontrarse en leyes que dan lugar á

trampas y enredos interminables, que arruinan á los pleiteantes, engordan á los curiales, y facilitan á los gobiernos el cargar impuestos y derechos sobre las disensiones y pleitos eternos de sus súbditos? En la mayor parte de las naciones, el estudio de las leyes, las cuales debieran ser sencillas y al alcance de todos, es un estudio penoso que produce una ciencia mezquina, reservada únicamente á ciertos hombres, que saben aprovecharse de su obscuridad para engañar y quitar el pellejo á los desgraciados que caen en sus manos. En una palabra, las leyes destinadas á guiar las naciones, solamente sirven para descarriarlas, y hacer que ignoren y desconozcan los principios mas evidentes de la equidad. (1)

Las leyes, que no deben ser otra cosa que las reglas de la Moral promulgadas por la autoridad, han de ser claras, precisas y al alcance de todo el mundo. Mas por lo comun, no son sino unos lazos ó redes tendidas á la sencillez, unas cadenas pesadas y molestas, con que el poder y la fuerza han

---

(1) Para convencerse de lo absurdo, y aun de lo perverso de la Jurisprudencia Romana, y sobre todo de las leyes de Justiniano, las cuales sirven todavia de base á la lejislacion Europea, no hai mas que leer la obra intitulada *Traité des Loix Civiles*, par M. P. de T. publicada en el Haya en 1774; y se verá que propiamente hablando las naciones no tienen aun una lejislacion verdadera, esto es, verdaderamente conforme al bien de la sociedad. Por una neglijencia ó una impericia mui funesta, los Lejisladores modernos han considerado mas fácil y breve el adoptar las leyes antiguas, malamente correjidas ó modificadas, que no el hacer unas nuevas, mas justas, mas morales y mas análogas á la posicion actual de los pueblos. Los Francos, los Godos, los Lombardos, los Saxones, unos Bandidos ignorantes y estúpidos, alimentados y nutridos con el carnaje y la sangre ¿eran capaces de dar unas leyes sensatas á los pueblos vencidos, ó de rectificar las que estos mismos pueblos tenian?

oprimido siempre la humana debilidad. Semejantes leyes corrompen visiblemente las costumbres; autorizan al pícaro hábil y astuto para vivir sin pudor en la sociedad; y ensuma, sólo producen transgresores. Los hombres jeneralmente aborrecen las leyes, porque solamente encuentran en ellas contínuos obstáculos al ejercicio de su libertad y de sus derechos naturales, que les impiden satisfacer sus necesidades y contentar sus mas lejítimos deseos. Por confesion de los mismos jurisconsultos, nada es mas injusto, y de consiguiente mas contrario á la Moral que el derecho, si se observára al rigor de la letra. (1) El hombre que solamente es justo segun las leyes, puede mui bien carecer de toda virtud social: ausiliado de estas leyes, un hijo osará contender con su mismo padre; los esposos se difamarán recíprocamente; los parientes se robarán unos á otros; los deudores arruinarán á sus acreedores; los esactores de las rentas públicas se apropiarán la sustancia del pobre; los jueces sacrificarán sin remordimientos al inocente; y todos estos hombres tan malos y perversos se presentarán no obstante erguidos y soberbios en medio de sus conciudadanos.

Ningun clima, ningun gobierno, ningun poder tiene el derecho de hacerse superior al imperio universal que la justicia debe ejercer sobre los hombres; sinembargo ninguna lejislacion parece que ha consultado los intereses de los pueblos: pudiera decirse que el jénero humano entero no exîste ni vive sobre la tierra sino para un pequeño número de individuos privilejiados, los cuales se ocupan mui poco ó nada en proporcionarle la felicidad que debe prometerse en cambio de su obediencia y sumision. (2)

(1) *Summum jus, summa injuria.*
(2) *Humanum paucis vivit genus.* Lucan. Pharsal. lib. 5.

Una lejislacion verdaderamente sagrada sería aquella que consultára los intereses de todos, y no los intereses de algunos Jefes ó de los favorecidos de estos. Las leyes útiles y justas son aquellas que mantienen á cada ciudadano en el goce de sus derechos, y le preservan de la malignidad de los otros. Las naciones no tendrán una lejislacion respetable y fielmente obedecida, sino cuando ésta se conforme á la naturaleza del hombre en sociedad, esto es, guiada por la Moral, cuyos preceptos la lejislacion debe hacer inviolables; entónces la ley debe ser relijiosamente observada; entónces sus infractores deben ser castigados como enemigos de la patria, y como hijos rebeldes suyos.

La reforma de las leyes se ha mirado y mira como una empresa tan dificil que sobrepuja las fuerzas del entendimiento humano. Mas digamos con Quintiliano: (1) *¿Por qué no se atreverá uno á decir que la posteridad llegará á descubrir cosas mejores y mas perfectas que las anteriores?* Esta dificultad, ó esta pretendida imposibilidad no proviene de la cosa en sí misma, sino de las preocupaciones de los hombres, de la neglijencia, ó de la mala voluntad de los que los gobiernan. Los soberanos justos se hacen superiores á la opinion de los pueblos; si éstos se asustan de las novedades y reformas, es porque una esperiencia fatal los enseña que con ellas sólo consiguen regularmente redoblar sus miserias. En todas partes los pueblos están mal; pero temen siempre estár peor. El Príncipe que con su virtud se gane la confianza de sus subditos, disipará estos temores, y sustituirá cuando quiera leyes justas y claras á las

(1) *Ego non audeam dicere, aliquid in hac quae superest aeternitate inveniri posse eo quod fuerit perfectius?* Quintilian. lib. 12. cap. 1.

obscuras y contrarias á la razon, á las cuales las naciones sólo se atienen maquinalmente y por rutina. Un Soberano ilustrado desenvuelve y ejercita la razon del pueblo, y nada es mas fácil que el gobernar súbditos racionales; así como nada mas dificil que contener y refrenar á hombres ignorantes y embrutecidos. Una buena lejislacion se logrará facilmente, si ésta armare á la Moral de la suprema autoridad; y será facilmente obedecida, cuando todos los ciudadanos vean y reconozcan el gran interés que tienen en conformarse á ella. La Moral nada puede sin el socorro de las leyes, y las leyes nada pueden sin las buenas costumbres. (1)

Así pues, no perdamos las esperanzas de que llegue un dia, en qué los hombres sean gobernados por leyes mas sábias, mas conformes á su naturaleza, y mas capaces de hacerlos virtuosos y felices. Un buen Rey, como otro Hércules, puede ahuyentar de sus Estados los monstruos, los vicios y las preocupaciones que se oponen igualmente á la felicidad de los Soberanos y de los súbditos. Los pueblos serán felices cuando los Reyes sean sábios. (2) *Las naciones y los hombres*, dice Platon, *no se verán libres de sus males hasta que, por un favor del cielo, reunidos el soberano poder y la filosofía en un mismo hombre, logren que la virtud triunfe del vicio.*

---

(1) *Quid vanae, sine moribus, leges proficiunt?* Horat. od. 24. lib. 3. vers. 35. Aristóteles habia dicho ántes que él: *la ley no tiene otra fuerza para hacerse obedecer, que la que la presta el hábito; y el hábito es el que forma las costumbres.* Arist. Polit. lib. 2. cap. 8.

(2) *Plato tum denique fore beatas Respublicas putavit; si aut docti, aut sapientes homines eas regere coepissent, aut qui regerent omne suum studium in doctrina et sapientia collocussent.* Plutarco, Vida de Numa, y Cicer. ad Q. fratrem.

CAPÍTULO IV.

Debéres de los Grandes.

Se llaman *Grandes* las personas elevadas sobre sus conciudadanos por su poder, sus empleos, su nacimiento y sus riquezas. En un Estado bien constituido, esto es, donde la justicia fuese fielmente observada, los ciudadanos mas virtuosos, los mas útiles, los mas ilustrados, serian los mas grandes ó los mas distinguidos; el poder sólo se hallaría en manos de los mas capaces de ejercerle en beneficio de la sociedad; las dignidades, los empleos, los honores, las señales de consideracion pública solamente serian concedidas á los que las hubiesen merecido con sus talentos y su conducta; las riquezas y las recompensas serian únicamente para los que supiesen hacer de ellas un uso provechoso á sus conciudadanos. De donde se infiere claramente que la virtud sola dá justos y lejítimos derechos á la grandeza.

Si, como se ha hecho ver, toda autoridad que se ejerce sobre los hombres, no puede fundarse sino sobre las ventajas que ella les proporciona; si toda superioridad, toda distincion, toda preeminencia sobre nuestros semejantes, para que sean reconocidas por ellos, suponen unas dotes y cualidades superiores, unos talentos apreciables, y un mérito poco comun, es forzoso convenir en que los que carecen de estas cualidades entran en el número de la multitud, y que el poder ejercido por hombres indignos de él, y la autoridad de que se hallan revestidos, son unas verdaderas usurpaciones, á las cuales la violencia solamente puede hacer que los hombres se sometan.

El amor preferente que todo hombre se profe-

sa á sí mismo, le hace desear elevarse sobre sus iguales, y causa en él la envidia y los zelos de todo lo que le hace sentir su propia inferioridad; mas si el hombre tiene sentimientos de equidad, estos zelos desaparecen al ver que aquellos que le son preferidos, ó se distinguen de él, poseen talentos y cualidades apreciables, de las cuales él mismo puede aprovecharse. Así el mérito y la virtud calman la envidia de los hombres, y les obligan á reconocer la superioridad de los que se aventajan á ellos en sus lejítimos honores, y en una elevacion bien merecida; entónces los hombres consienten en manifestarles señales evidentes y ciertas de sumision y de respeto, superiores á las que manifiestan á sus demás conciudadanos.

Aunque la equidad natural prescribe que sean respetados y conservados los derechos de todos los ciudadanos fuertes ó débiles, ricos ó pobres, grandes ó pequeños, quiere sinembargo tambien, por la utilidad jeneral, que aquellos que producen mayores bienes y ventajas, sean recompensados con señales particulares de estimacion y aprecio, y con las deferencias que merecen sus servicios á la sociedad. Este es el oríjen natural y lejítimo de los diversos estados ó clases, en que se hallan divididos los ciudadanos de un mismo pais: esta desigualdad es justa, porque se dirije al bienéstar de todos; es laudable, porque se funda en el reconocimiento de la sociedad á los beneficios y servicios que recibe; y es útil, porque se vale del interés personal para escitar á los hombres á obrar el bien, como un medio de obtener la superioridad á que todo hombre anhela.

Con las pruebas de un verdadero mérito se adquiere justa y lejítimamente el derecho de elevarse sobre los demás; todo otro camino sería inicuo, no consentido por la sociedad, contrario á sus verdaderos intereses, y mirado por ella como una usurpacion manifiesta. Aun en los gobiernos mas despóticos, los empleos, el poder y las dignidades conferidas á los ciudadanos incapaces ó perversos, causan ódios y resentimientos á los demás ciudadanos; el temor únicamente puede impedir que se manifieste su ira, y él solo arranca con la fuerza una sumision á que resiste el corazon: la virtud consigue sinceros homenajes, recibiéndolos con un placer puro; miéntras que el vicio, siempre inquieto y receloso, sabe mui bien lo que valen los respetos que se le tributan.

La verdadera grandeza del hombre y su verdadera dignidad consisten en hacer bien á los hombres, en mostrarles afecto, en servirlos, en derramar sobre ellos favores y beneficios, por los cuales consienten y reconocen su poder y superioridad. De aquí se sigue que los grandes, si quieren hacerse dignos del cariño verdadero y de los respetos voluntarios de sus conciudadanos, deben evitar en su conducta el orgullo, los modales altaneros, un tono imperioso, y en una palabra, todo lo que pueda humillar á los hombres, haciéndoles sentir su flaqueza é inferioridad. La dulzura, la afabilidad, una tierna compasion, un profundo respeto á los desgraciados, un sincero deseo de servir, son las cualidades con que los grandes debieran siempre distinguirse. La grandeza que sólo se muestra en su dureza, su arrogancia y su desden, irrita los corazones de todos; los beneficios que de ella arranca la importunidad, son mirados como insultos, que producen ingratos.

¿Hai nada mas pueril y mas bajo que la vanidad tiránica de algunos grandes, que únicamente parece que desean el poder para granjearse enemigos? Parece que dicen á todo el mundo, *respetadme, porque sino yo puedo esterminaros.*

El poder ¿tiene nada de alagüeño, cuando sólo sirve para aterrorizar y atraerse las maldiciones de los hombres? La grandeza inaccesible no es buena para nada; la grandeza sin piedad es una ferocidad verdadera; un ministro cruel hace que caiga sobre su señor una parte del ódio con que es mirado de todos. ¡Cuántas sublevaciones no han producido los modales altaneros de algunos favoritos incapaces de reprimir su orgullo! ¡Cuántas sangrientas guerras han tenido por causa primera la insolencia de algun ministro altivo y soberbio, cuya temeridad ha hecho correr la sangre de las naciones! (1) ¡Qué ajitaciones de terror y espanto no debieran sentir todos los ministros de los Reyes, cuando se ven en la forzosa necesidad de aconsejarles la mas justa guerra, principalmente si reflexîonan todos sus horrores! ¡No debieran temblar al proponer un impuesto desolador, ó un edicto cruel, cuyos efectos transcenderán por siglos á los confines mas remotos del imperio!

Mas el poder y la grandeza ordinariamente ensoberbecen el corazon del hombre, le embriagan, y le causan una especie de delirio. (2) Pudiera mui bien decirse que los grandes sólo pretenden hacerse terribles, y cuidan mui poco de hacerse amables. En la clase elevada en que la fortuna los coloca, no creen que están enlazados con sus conciudadanos, con su patria, ni con su nacion. Estas falsas idéas son las que hacen tan frecuentemente odiosa á la

(1) El orgullo insolente del Marques de *Louvois* para con un Holandes distinguido fué, segun dicen, la principal causa del ódio de los Holandeses á Luis XIV, y de los disgustos y pesares que estos causaron á este Príncipe durante la guerra de sucesion de España.

(2) *Fortuna nimium quem fovet, stultum facit.*
Publius Syrus.

grandeza, y suscitan enemigos al poder. La educacion que se dá comunmente á los que su nacimiento destina á los grandes empleos, es casi tan descuidada como la de los Príncipes, á quienes deben representar algun dia: prescindiendo de las luces que estos empleos requieren, las personas llamadas á tomar parte en los cuidados de la administracion, debieran principalmente aprender á conocer á los hombres, y á descubrir lo que ellos son, á fin de saber lo que les deben, y el modo de moverlos mas eficaz y poderosamente en beneficio de sus propios intereses. La educacion de los grandes debiera enseñarlos sobre todo la Moral, como el arte de hacerse amar de los hombres, de conocerlos, y de unir sus intereses á los nuestros.

Pero en casi todos los paises, no es el mérito ni la virtud quienes abren el camino á las dignidades, sino el favor, la cabala y la intriga. No parece sino que la voluntad del Príncipe, ó la proteccion de sus favoritos bastan para hacer que desciendan sobre un hombre todos los dones necesarios para bien administrar un Estado. ¿Es acaso enmedio de los infinitos y complicados negocios, y enmedio de las intrigas y asechanzas, donde un Ministro aprenderá su ejercicio? Para mantenerse en el goce de su empleo, forzosamente ha de olvidar y desatender sus negocios; se fiará del trabajo de otros; falto de luces y conocimientos, su confianza quedará frustrada á cada paso; y ésta sólo podrá concederla á hombres mal elejidos, y á hechuras suyas, que habiéndose hecho lugar en su ánimo con adulaciones y bajezas, contribuirán con su impericia, sus necedades, sus vicios y sus traiciones mismas, á la ruina y caida de sus protectores.

Del mismo modo que las riquezas, todo el mundo desea el poder y la grandeza, sin sacar partido de estos bienes para su propia felicidad. ¿De qué

sirve el poder si con él no se consigue el cariño, la benevolencia, y la sincera consideracion de los hombres sobre quien se ejerce? ¿Cómo es que, caidos en la desgracia un válido ó un Ministro, se vén enteramente abandonados de todos? Esto consiste en que no han usado de su poder para obligar á nadie, ó porque sólo han servido y hecho bien á los ingratos, derramando sus beneficios y sus gracias en hombres sin mérito ni virtud.

El mérito ha de ser buscado, porque raras veces se presenta en la corte de los Reyes: la virtud, por lo comun tímida, no se atreve en ella á darse á conocer; y ademas poca entrada ó lugar tendria. El mérito se aprecia á sí propio, y no consiente deshonrarse con intrigas y bajezas. Por el contrario, el vicio atrevido y desvergonzado se manifiesta con descaro en un pais, donde conoce los medios de prosperar. Los Ministros intrigantes y perversos necesitan instrumentos que se presten á todos sus pensamientos y deseos; la probidad perturba y molesta á los malvados; el mérito obscurece y arredra á la medianía; los grandes talentos alarman é intimidan á los incapaces, y no tienen la docilidad que se requiere para agradar á los hombres injustos; esclavos de la adulacion, los hombres constituidos en dignidad están casi siempre rodeados de un sinnúmero de bribones unidos contra la virtud, y de traidores prontos á sacrificar á sus mismos protectores á cualquiera que les prometa alguna ventaja porque vendan su confianza, ó porque los abandonen. La serpiente, que camina arrastrando, se eleva á unas alturas inaccesibles á los animales mas ligeros; mas su veneno se hace mas sutil y activo con los esfuerzos y fatigas que le cuesta la subida.

La Moral, siendo la única ciencia que enseña á conocer á los hombres, á descubrir los móviles de sus acciones, y á juzgar de ellos, es útil á los Ministros, á las personas constituidas en dignidad, y á los poderosos de la tierra. La virtud, aunque menospreciada, desatendida y vilipendiada comunmente por la grandeza, ¿tiene sinembargo algo de real y verdadera? Sí, ciertamente: sólo en el corazon del hombre de bien puede encontrarse una sincera aficion, una verdadera amistad, un verdadero reconocimiento; envano sería buscar estas cualidades en las viles almas de esos sicofantas que acompañan de contínuo á los Ministros y á los Grandes; estos siembran casi siempre en una tierra ingrata, que nunca producirá sino espinas y abrojos. Un Ministro se vé de contínuo acometido por las intrigas de aquellos, á quienes sus favores han puesto en estado de que puedan dañarle con mas seguridad.

Mas el poder ciega al hombre; el Ministro, el válido, el cortesano, engañados de su amor propio, se vanaglorían de que su poder no se acabará jamás: los ejemplos de las frecuentes desgracias que ellos mismos han presenciado, no pueden desengañar á unos personajes tan vanos, que presumen que la fortuna hará escepcion de ellos, ó que su talento superior y sus ardides les sacarán libres de los escollos en que otros han perecido. Esta ilusion hace sin duda que tantos Ministros en su privanza trabajen incesantemente en apoyar los esfuerzos de un despotismo destructor, en echar por tierra el poder de las leyes, en destruir la libertad pública, y en esclavizar á su misma patria: estos imprudentes no ven que estas leyes y esta libertad que ellos destruyen, y estas barreras que echan por tierra, no podrán protejerles á ellos mismos en el dia de su afliccion. (1)

---

(1) La Historia tanto antigua como moderna nos presenta abundantes y terribles ejemplos de los reveses que la fortuna

Los Ministros debieran vivir desconfiados de los favores, siempre falaces de un déspota, el cual, regularmente falto de equidad, de luces y de reconocimiento, sólo sigue sus caprichos, y es guiado en sus cariños y en su ódio por los impulsos de los que momentáneamente se apoderan de su debil alma. Los servicios mas fieles y mas señalados, son bien pronto dados al olvido por los tiranos estúpidos, incapaces de apreciarlos, porque ellos mismos no son realmente sino esclavos y viles instrumentos de los que alagan sus pasiones momentáneas. No hai Ministros, cuyo favor pueda contrapesar en el ánimo de su corrompido y

ha dado en todos tiempos á los Ministros y á los favoritos. ¡Qué cosa mas espantosa que la caida de los *Sejan*, de los *Rufin*, de los *Marigny*, de los Condestables de *Luines*, de los *Strafford*, &c. &c. &c.! Poco hace que una nacion oprimida por largo tiempo vió con los mayores transportes de alegría la merecida desgracia de dos Ministros tiranos (el Canciller de *Maupeou* y el Abate *Terray*). El primero, despues de haber destruido insolentemente las leyes y los tribunales de su pais, y dispersado cruelmente á los Majistrados, se vió él tambien desterrado y conducido á un retiro, desde donde oia los gritos y la algazara de todo un pueblo aplaudiendo su caida. El segundo, despues de haber esprimido con la mayor impiedad las últimas gotas de la sangre de sus conciudadanos, á pesar de la dureza de su corazon insensible, se vió condenado á consumirse de vergüenza y confusion por la bajeza con que él mismo se hizo el verdugo de su nacion. Compárese la suerte de estos viles instrumentos de la tiranía con la de que, enmedio de su desgracia, gozaba poco ántes un Ministro noble, jeneroso y benéfico (el Duque de *Choiseul*) á quien las intrigas de estos monstruos habian separado de la Corte. Éste en su retiro halló la calma, el contento interior de su espíritu y la constante y fiel amistad; al paso que los otros hallaron en él la vergüenza, la impotente rabia, un jeneral abandono y la exêcracion de los hombres de bien.

Repetidos ejemplares antiguos, y bien recientes, confirman en nuestra España estas mismas verdades. T.

vicioso amo, con el de una manceba, con él de un rufian, ó con el de un nuevo favorecido: los que sirven ó contribuyen á los placeres de un Príncipe, le interesan mucho mas que no los que sólo tienen el mérito de servir bien al Estado. El buen Ministro no está seguro del favor, sino al lado de un Soberano ilustrado y virtuoso.

Los Ministros mismos tienen, pues, el mayor interés en que el Príncipe sea virtuoso; asíqué, léjos de adular á los déspotas sometiendo á su arbitrariedad la patria, léjos de provocar contra los pueblos á estos leones desencadenados, deberian oponer la razon, la verdad, la justicia, y aun el terror á sus furiosos enojos; deberian tener siempre mui presente que sin leyes no hai grandezas, dignidad ni privilejios algunos seguros; que un gobierno injusto, siempre guiado del capricho, destruye en un momento cuanto se opone á sus locas fantasías; que á sus ojos, los hombres mas elevados, los mas hábiles, no son sino esclavos, que un débil soplo los reduce al polvo y á la nada. Entre los tiranos del Asia, el Visir que mas ha contribuido á sostener ó ampliar la tiranía de su Señor, se vé frecuentemente obligado á ofrecer humildemente su garganta al cordon que el ingrato le envia con sus mudos-asesinos.

Todo favorito de un Soberano debiera tener presente de contínuo, que él es un ciudadano escojido para asistir con sus luces á otro ciudadano, encargado por la nacion de la administracion jeneral del Estado; todo Ministro debiera conocer que servir á un déspota en sus designios, es hacerse él mismo esclavo con toda su posteridad, es degradarse á sí propio, es arriesgarse sin defensa á los golpes de la tiranía, es renunciar al título de ciudadano por el de traidor. Todo Ministro virtuoso debe renunciar su destino, cuando la perversidad

ó la tiranía le ponen en la imposilidad de ser útil á su patria: el Ministro complaciente á los caprichos y vicios de una corte estragada, tan mal sirve á su amo como á su pais. Un depositario de la autoridad, si es que no ha sofocado en su alma todo afecto de honor ó de vergüenza, no debe estár un momento indeciso en huir y renunciar de un poder que sólo le atraeria el desprecio y el ódio de sus contemporaneos, y la exêcracion de la posteridad; el crédito de un Ministro de la tiranía, ademas de ser poco durable, es seguido de un oprobio eterno. El ejercicio de injusto, de cruel esactor y de verdugo de sus conciudadanos ¿puede acaso ser glorioso y digno de la ambicion de un hombre de honor?

Por los Ministros juzgan siempre los súbditos de sus Soberanos, los aman ó los aborrecen, los estiman ó los desprecian, Por esto los Príncipes tienen el mayor interés en no confiar el poder sino á hombres justos, moderados y virtuosos, que son los que harán amable y respetada la autoridad. El Soberano puede mui bien engañarse acerca de los talentos del espíritu, pero con dificultad se engañará en las costumbres de la vida privada; él debe saber que un avaro, un sensual, un hombre entregado á las mujeres, un pródigo, un hombre duro y sin piedad, ó un ente lijero y vano, son incapaces de hacer amable y respetado el poder. La probidad, el amor del trabajo, la afabilidad, las buenas costumbres, son cualidades mucho mas importantes en un Ministro, que no un talento superior, el cual es mui raro; ó que un entendimiento sublime, espuesto á estraviarse, y siempre temible y perjudicial, cuando no está sujeto á la razon tranquila. Una preocupacion mui comun persuade á los Soberanos como al vulgo, que el talento basta por sí solo para llenar los grandes destinos; mas el talento se halla sujeto á fatales estravíos, cuando no está acompañado de la bondad de corazon El talento y el entendimiento juntos con la justicia, la rectitud, la esperiencia y las buenas costumbres, constituyen un hombre de Estado, un Ministro querido y reverenciado; ellas forman un Sully, un Maurepas, un Turgot, un Ministro verdaderamente ciudadano, que jamás separará los intereses del Príncipe de los de sus vasallos.

No sólo prestándose á la injusticia y á la tiranía un Ministro se hace culpable con su patria, sino tambien descuidando sus deberes, y dando á la disipacion, á la intriga y á los placeres el precioso tiempo que debe á los negocios del Estado. Todo hombre empleado pertenece al público y á sus conciudadanos; si es lijero, inaplicado é indolente, puede hacerse tan criminal como si fuera decididamente un perverso. ¿Qué de acriminaciones y remordimientos, si éntra alguna vez en su interior, no sentirá al reflexîonar que sus diversiones, su inadvertencia, su descuido hacen jemir á una multitud de ciudadanos pobres y miserables, los cuales, despues de haber servido bien al Estado, se arruinan en solicitudes inútiles, viéndose reducidos al deplorable estado de hacer antesalas noche y dia como unos mendigos? ¿No es una verdadera crueldad el tener suspensos entre la esperanza y el temor á unos desgraciados, á quienes una pronta decision hubiera podido salvar de su ruina? Mas en el seno de la abundancia y de los placeres, los Grandes no tienen idea alguna de las congojas de los pobres. Ellos arruinan de paso, y aun sin notarlo siquiera, á millares de infelices y desgraciados. El conocimiento y la sensacion de las penalidades mas comunes á los hombres ¿es posible que estén tan ignorados de los que pueden y deben consolarlos? ¿En qué agonías y martirio no debiera vivir un depositario de la

autoridad, si pensase en que sus lijerezas y sus inadvertencias pueden causar la infelicidad de un sinnúmero de familias virtuosas, y condenarlas á vivir eternamente en el llanto y la desesperacion?

No aconsejes á los Príncipes, dice Solón, *lo que les agrade, sino lo que les sea útil*. Un Ministro complaciente y adulador no hace mas que alimentar en el alma de su Señor los vicios á que su Señor, el Estado y él mismo serán un dia sacrificados. La veracidad debiera ser la primera virtud de un Ministro fiel; destinado á ver mas de cerca que el Príncipe las necesidades, los deseos y las desgracias de los pueblos, no puede menos de ser traidor á la patria y al Príncipe, si engaña á éste, y le oculta la verdad. El Príncipe debe ser conmovido á piedad, cuando sus súbditos padecen; debe temblar, cuando estos se hallan descontentos; él es quien debe por su estado conocer los males y las disposiciones de su pueblo; y á él le toca acallar sus lamentos y sus quejas. Todo Ministro fiel debe ser el ojo de su Soberano, y el órgano del pueblo. Esos cortesanos aduladores, que temen disgustar á los Reyes ó aflijirlos, son prevaricadores y traidores, porque ¿cómo un Rey debe estar tranquilo, cuando su nacion es miserable?

Mas en los gobiernos imprudentes, vanos y corrompidos, la verdadera grandeza es totalmente desconocida. Tanto el déspota como sus privados son unos niños, que contentos con gozar de algunas ventajas y de placeres vanos y pasajeros, no fijan su vista en lo venidero. Cada uno procura sacar partido de su poder efimero, y cuidan poco ó nada en lo que serán algun dia él, el Príncipe y el Estado. Si es imposible que el poder absoluto forme buenos Soberanos, no es menos dificil que este mismo poder forme Ministros verdaderamente afectos á sus Soberanos, y fieles á sus deberes.

Los ciudadanos mas poderosos, igualmente que los mas débiles, se hallan evidentemente interesados en que se observe la equidad; así encontrarán en las leyes ausilios contra la perversidad y la intriga que pretendieren oprimirlos. La grandeza, para ser estable, debe apoyarse en la justicia; si esta virtud reina en la sociedad, ella sostiene á todos sus miembros, é impide que ninguno sea castigado sin causa, ó injustamente oprimido. Esta justicia universal y social es una muralla mucho mas segura contra la violencia, que no los vanos privilejios, los inútiles títulos, y las frívolas distinciones que el capricho dá y quita á su antojo. La grandeza y el poder ¿pueden apreciarse en algo, cuando dependen únicamente del capricho de un déspota, de una manceba, ó de un Visir? El ciudadano que vive en la obscuridad ¿no vive mas seguro en el goce de sus derechos bajo un gobierno libre, que un Ministro el mas acreditado bajo el imperio del despotismo, el cual no es otra cosa que un mar borrascoso perpetuamente ajitado de vientos encontrados? Todo déspota es un niño, que se complace en romper y destruir los juguetes que le divierten.

Si los Ministros, ó las personas revestidas del poder, hacen las veces de un Soberano justo en las diferentes partes de la administracion, deben de consiguiente hacerle querido de los pueblos, ser justos como él, y hacer amable su autoridad. Uno de los principales deberes de un Ministro, y de todo hombre constituido en dignidad, es ser accesible á todos, recibir bondadosa y benignamente las súplicas ó representaciones de los súbditos, y hacerles una justicia imparcial y pronta. Un Ministro duro, seco é inaccesible ofende la reputacion de un Soberano. El que es poco grave en sus modales, y entregado á sus placeres, descuida con gran perjuicio sus negocios y se hace inútil. Todo Ministro público debe

ser esacto y grave; no es decir que use altanería, sino atencion, gravedad en las costumbres, y el decoro que conviene á un puesto respetable. El Ministro que sólo atiende á los que le rodean, será siempre engañado, y pasará por un ignorante, y á veces por injusto ó vicioso.

Una de las mayores desgracias que siguen á la grandeza y al poder, es la de verse obligados el grande y el poderoso á temer á su misma familia y á los mas queridos amigos, y tener que armarse contra los afectos de su mismo corazon. Sus relaciones con el Estado deben siempre pesar y poder mas con él, que no sus conexîones particulares: el hombre público no es dueño de sus mismos afectos; ni debe recibir otras impresiones que las de la justicia y del interés del Estado, del que dependen su honor y su gloria. Un Ministro que sólo es bueno para los suyos, es un hombre de alma débil y pequeña. *Yo no puedo hacer lo que me pedís, porque sois mui amigo mio*, decia un sujeto digno de su empleo á un favorecido suyo que le pedia una cosa poco justa.

Un Ministro pródigo, ó que nada sabe negar, no es un hombre benéfico, sino un débil, un administrador infiel, un prevaricador. Derramar los tesoros del Estado para formar hechuras suyas, es hacerse culpable; todo Ministro que se conduce bien, no necesita ni de partidarios ni de cabalas; la inocencia de su conducta le basta mientras se halla empleado; y su conciencia debe ser su fortaleza y su apoyo, cuando deje de estarlo. Arrojar las riquezas del Estado á cortesanos hambrientos, ó á grandes siempre codiciosos, es privar de lo necesario al infelíz y desgraciado, cuyas verdaderas necesidades deben ser preferidas á las necesidades imajinarias de la vanidad.

¡Será posible que los hombres mas ricos hayan

de absorverse enteramente las riquezas y las recompensas de las naciones! No, ciertamente; ellas están principalmente destinadas para pagar, reanimar y socorrer al mérito laborioso, la tímida pobreza, los talentos aflijidos, los servicios hechos al Estado. A la honradez desgraciada es á la que el hombre en dignidad debe alargar su benéfica mano. El rico y el grande tienen sobrados recursos para obtener lo que desean, que de ordinario es criminal é injusto. Solamente, por lo comun, para oprimir al inocente, para sofocar los clamores del infelíz, para despojar al ciudadano, para esclavizar al débil, los odiosos y aborrecibles cortesanos importunan á un Ministro, pretendiendo de este modo hacerle cómplice en sus iniquidades. Bajo un gobierno injusto, los grandes se consideran desgraciados, sino gozan del horroroso y terrible privilejio de dañar á los otros, haciendo por lo comun consistir en esto su preeminencia.

Por una fatalidad harto comun, los hombres que mas debieran distinguirse en la elevacion de sus almas, muestran una pequeñez incomprensible; y sólo se muestran ocupados de vanidades, de fruslerías, y de juguetes, á los que sacrifican locamente su reposo, su fortuna, su propia seguridad, y la libertad de sus descendientes y de sus conciudadanos. ¡No parece sino que la grandeza de alma y la razon no exîsten para los grandes, y que las personas elevadas sobre las demas no se distinguen realmente sino en su imprudencia y sus locuras!

Un estraño trastorno de ideas hace que los grandes, por la mayor parte, se figuren que no gozan del poder, sino pueden abusar de él: crédito, poder, privilejio, grandeza, se hacen sinónimos de licencia, corrupcion é impunidad. Los Soberanos y sus subalternos anhelan únicamente hacerse temibles, y en nada procuran hacerse amables: sólo desean el poder para destruir á cuantos les incomodan, sin cui-

dar de atraerse el afecto de nadie. En el concepto de la mayor parte de los grandes, ser poderoso, es sér temible, y por consecuencia aborrecido; ser grande, es gozar del derecho de ser injusto, de dañar impunemente, de hacerse superior á las leyes, de oprimir al débil y al inocente, de menospreciar é insultar al ciudadano obscuro y desgraciado, y de hollar todo cuanto los hombres tienen de mas sagrado y respetable. Ser grande, á los ojos del vulgo imbecil, es ser dueño de suntuosos palacios, de grandes posesiones á veces mal adquiridas, de trenes magníficos, de soberbios caballos, de un enjambre de criados insolentes, de trajes costosos, y de cintas, dijes y collares, que indican el favor del Príncipe ó de sus Ministros; ser grande, es á veces, no teniendo verdaderas riquezas, hacer un gran papel á costa de una multitud de acreedores, indignamente sacrificados á su vanidad. En fin, ser grande, es tener por su nacimiento el derecho de aumentar la tropa de los esclavos *titulados*, que van vil y cobardemente á hacer la corte á un déspota, ó á recibir los desaires y menosprecios de un ídolo, que apénas deja caer una mirada sobre la multitud envilecida qué le rodea. ¡En estas bajezas, ó en estos crímenes, es en lo que los pueblos hacen consistir la grandeza de los ciudadanos que los oprimen! Cuanto mas injusto es un gobierno, tanto mas insolentes y fastuosos son los grandes; ellos se vengan con el pobre de las afrentas é injurias que sufren con frecuencia; y encubren y disfrazan su esclavitud y su verdadera pequeñez con el vano aparato de la magnificencia. Una corte mui brillante anuncia siempre una nacion pobre y miserable, y unos grandes que se arruinan por no parecerlo.

Á los ojos de la razon, el poder y la grandeza no son bienes apetecibles, sino cuando dan los medios de hacerse querido y apreciable. Ser verdaderamente grande, es mostrar una grandeza verdadera de alma; tener poder y crédito, es hallarse en estado de preservarse de toda injusticia, y de protejer á los otros; tener privilejios firmes y prerrogativas seguras, es poseerlas en comun con los demas ciudadanos. Ser libre, es no temer á nadie, y no depender sino de las leyes sólidamente fundadas en la equidad. Tener valimiento, es poseer los medios de hacer bien á los hombres, y no el fatal poder de dañarlos; es gozar de la facultad de hacer felices, y no de la horrorosa licencia de insultar á los miserables; es ser el hombre dueño de sí mismo, y huir de ser esclavo; es encontrarse en disposicion de derramar beneficios sobre sus semejantes, y no de ejercer el arte infame de arruinarlos con estafas criminales y punibles. Ser noble, es pensar noblemente, es tener unos pensamientos mas elevados que el vulgo; ser *titulado*, es haber adquirido unos derechos incostestables á la estimacion de sus conciudadanos. Ser hombre de *calidad*, es tener las buenas calidades que le distingan del comun de los mortales. ¿Qué serán, pues, los Grandes que sólo se distinguen de los demas hombres en vanos títulos y palabras, en sus vestidos, en sus dijes, y en meras esterioridades?

CAPÍTULO V.

Deberes de los Nobles y de los Militares.

Se llama *Nobleza*, entre nosotros, la consideracion que se tiene en la opinion pública á los descendientes de aquellos que han servido bien á la patria. Reconociendo los servicios de sus antecesores, la sociedad los *distingue*, esto es, los muestra mas aprecio que á los demas. Esta consideracion y estas distinciones, concedidas en memoria de una utilidad pasada, fuéron ideadas ciertamente para esti-

mular á los descendientes á que sigan las huellas de sus predecesores, y á que, como ellos, se distingan por sus talentos y su celo. Todo ciudadano que contribuye á la felicidad pública, debe ser reputado *noble*, esto es, merece ser preferido á los que ningunas ventajas producen á sus asociados.

Segun este principio, toda sociedad, por su propio interés, debe manifestar una consideracion particular á los militares valientes y jenerosos, que á costa de su vida y de su fortuna la defienden contra sus enemigos. Igual consideracion de aprecio y respeto es debida á los Majistrados, encargados de mantener la justicia entre sus miembros, y de reprimir las pasiones que turbarian su reposo. El derecho de hacer justicia á sus conciudadanos, es la funcion mas útil y mas noble que un ciudadano puede ejercer: si el soldado defiende su pais contra los enemigos de fuera, el majistrado le defiende contra los enemigos abrigados en su seno, no ménos peligrosos y temibles que los primeros. Si el militar consagra su vida á la defensa de la patria, el majistrado ofrece la suya y sacrifica sus dias al mantenimiento de la justicia, sin la cual ninguna sociedad podria subsistir. *Debe destruirse*, dice Ciceron, *la opinion de los que se imajinan, que las virtudes guerreras son mas apreciables que las que tienen por objeto el interior del Estado.* (1)

Por la misma razon, las naciones deben conceder un lugar distinguido en su estimacion á todos los ciudadanos, que con sus talentos y merecimientos les hacen servicios eminentes. La sociedad, só pena de ser injusta y desalentar á los miembros que podrian contribuir á su bienéstar, debe

(1) *Minuenda est opinio eorum qui arbitrantur res bellicas majores esse quàm urbanas.* Cicero, de Officiis. *1.*

proporcionar sábiamente su consideracion y sus recompensas á la estension de las ventajas que recibe. "Todos, dice Séneca, pueden aspirar á lo que »constituye la verdadera nobleza del hombre, como son la recta razon, un alma justa, la sabiduría y la virtud." Estas son las cualidades que una asociacion justa debe honrar y recompensar en sus miembros.

En toda nacion se halla establecida una suerte de *jerarquía* política, de la que el Soberano es el jefe, porque él dirije las voluntades y los movimientos de los diferentes cuerpos del Estado. Por consecuencia, el Príncipe es el distribuidor de las gracias á nombre de la sociedad, y el dispensador de sus recompensas: encargado del agradecimiento público, juzga del mérito de los ciudadanos, y del grado de aprecio y estimacion que debe asignárseles: si el Príncipe es justo, la sociedad aplaude su juicio y la fidelidad que muestra en pagar los servicios que se le hacen; pero si es injusto, la sociedad contradice sus dictámenes, como capaces de intimidar al mérito y los talentos necesarios á su felicidad, y rehusa sus respetos al que vé injustamente recompensado.

Cuando un Príncipe ennoblece á un ciudadano, ó le da algun título honroso, declara á su nacion que este hombre, habiéndola servido, es digno de ocupar un puesto distinguido entre sus conciudadanos, y que tiene derechos fundados á su gratitud. Si el favor, la intriga ó la bajeza son las que le dan esta nueva distincion, la sociedad léjos de suscribir en tal caso á los honores concedidos, y de tributar al hombre á quien se dan, su estimacion y su agradecimiento, le castiga ridiculizándole, le desprecia, y reclama contra la decision del Soberano, ó sorprendido ó parcial. Ningun Soberano, por absoluto que sea, puede so-

juzgar la opinion pública hasta el estremo de que considere y respete á un ciudadano que no es apreciable ni respetable por sí mismo.

Esta opinion respeta todavía ménos una nobleza adquirida á costa de dinero, la cual sólo supone en el que la logra, riquezas y no mérito ni talentos, que son únicamente los que merecen el reconocimiento público; este medio vil de obtener las distinciones, ha sido efecto de la avaricia de algunos Príncipes que han sabido aprovecharse de la vanidad de sus súbditos opulentos, vendiéndoles bien caro el humo de que tanta estimacion han hecho; mas los Soberanos se privaron así de un medio fácil de recompensar al verdadero mérito, dando á la riqueza una distincion, la cual, sábiamente economizada, hubiera sido mui útil para fomentar al mérito y los talentos. Con este vergonzoso tráfico la nobleza se vió prostituida á hombres nuevos, que sin haber hecho servicios algunos á la patria, lograron unos privilejios odiosos al resto de los ciudadanos.

Mas la opinion pública no puede nunca suscribir á este comercio vergonzoso y visiblemente contrario al bien de la sociedad, ademas de ser opuesto á las preocupaciones anteriores. Las naciones, poco dispuestas á reconocer las preeminencias de tantos nobles nuevos y sin mérito, reservaron su consideracion para una nobleza mas antigua, perpetuándola en la descendencia de los antiguos defensores de la patria. Todo lo que tiene el carácter de la antigüedad, tenida siempre por mui sábia, impone veneracion á las naciones. De este modo, por una preocupacion confirmada hace muchos siglos, continúan respetando los pueblos á los descendientes de los antiguos guerreros, sin exáminar los méritos de sus antepasados, y lo que es mas, sin atender á si estos descendientes han hecho servicios algunos efectivos á la patria. ¿Cómo un hombre puede honrarse á sí propio con lo que no es suyo? ¿Y cómo pondrá su grandeza en el mérito que esté en otro?

Así las preocupaciones antiguas se opusieron á las nuevas distinciones introducidas en la sociedad; los pueblos estúpidos admiraron la nobleza antigua, únicamente porque sus padres la habian temido y respetado por largo tiempo. Una ciega rutina decide de la opinion de los hombres, los cuales raras veces pueden dar razon de sus modos de pensar y de obrar; y por una especie de contajio heredan hasta las preocupaciones que mas los envilecen.

Si, puesta la balanza de la razon y de la justicia en la mano, se pesan en ella las ideas que tiene la Europa de la nobleza antigua, reverenciada en sus últimos retoños, será forzoso reconocer que esta opinion nada tiene de sólido. Se hallará que esos antiguos guerreros, de que traen su orígen los nobles del dia, turbaron mas bien á la patria que no la sirvieron; ellos contribuyeron mas bien á esclavizarla que á defenderla, libertarla, y hacerla felíz; si la defendieron fielmente contra los enemigos de afuera, la entregaron al mismo tiempo regularmente á los enemigos de adentro, sometiéndola al poder de tiranos.

Aun dando por ciertas la grandeza y la realidad de los servicios hechos á la patria por los antiguos héroes de las naciones, el agradecimiento de estas nunca hubiera debido estenderse hasta su mas remota posteridad. Si la equidad prohibe castigar á los descendientes por los delitos de sus antecesores, esta misma equidad no puede exîjir que se recompense sin fin ni término á los descendientes por las virtudes y talentos de sus abuelos. La virtud no se transmite con la sangre; el mérito es una cualidad per-

sonal: asíqué la razon y el interés público exîjen que los honores, las distinciones y la nobleza, en vez de ser hereditarias, queden en manos de un gobierno justo, como medios para estimular á servir útilmente al Estado, y para recompensar á los que verdaderamente contribuyan á su felicidad presente. ¿Es justo por ventura que un hombre, cuyo incierto linaje ha estado por lo comun ocioso siglos enteros enmedio de sus heredades, y sin hacer servicio alguno señalado á la patria, goce de consideracion y privilejios destinados á remunerar el valor guerrero? ¿Es justo que el hombre inútil sea honrado, distinguido, respetado y recompensado con inmensas prerogativas en perjuicio del ciudadano laborioso, porque hace siete ú ocho siglos que uno de sus antepasados tomó las armas en defensa de su pais? Posea enbuenhora este hombre las heredades ó posesiones concedidas en lo antiguo á sus padres; mas la equidad parece que exîje que si pretende gozar de las distinciones y privilejios de la nobleza, trabaje él mismo por merecerlas, y no se ensoberbezca con las proezas de sus abuelos, que no ha procurado imitar. *La estimacion y el aprecio de un hombre*, dice Montagne, *han de ser cordiales y voluntarios.* (1)

La vanidad es el vicio de la nobleza: fundado en opiniones tan frívolas como hemos visto, el noble se figura que es en realidad un ente de un órden superior al resto de los ciudadanos: no parece sino que, formado de un barro mucho mas puro, nada tiene de comun con sus compatriotas. *La ilusion de la mayor parte de los nobles*, dice Mr. Nicole, *les hace creer que su nobleza es en ellos un carácter natural é indeleble.* Otro Moralista habia di-

(1) Essais, lib. 1. cap. 30.

cho ántes que él: *á la verdad, la nobleza es un don casual, y una calidad de otro. ¿Qué cosa mas necia que gloriarse de lo que no es suyo?... aquellos que por sí mismos no tienen mas que esta nobleza, la hacen valer altamente, y siempre están hablando de ella: toda su gloria está en los sepulcros de sus antepasados.... ¿De qué le sirve á un ciego que sus padres hayan tenido buena vista?... Ser descendiente de los que sirvieron bien al público, es estár obligado á imitarlos.* (1) Podia añadir todavia, que el mérito real ó pretendido de sus padres ningun derecho le daba al noble para despreciar á sus conciudadanos, y que una vanidad enfadosa haria olvidar este mérito, aun cuando hubiese sido mas real y verdadero de lo que denota la historia.

Seguramente, los anales de todas las naciones nos muestran en los antiguos nobles un cuerpo de guerreros turbulentos, siempre divididos entre sí por contiendas tan injustas como fútiles, y únicamente ocupados en atormentarse los unos á los otros, ó en hacer sentir cruelmente el peso de su autoridad á sus vasallos y á sus siervos. Vemos á estos furiosos contínuamente en guerra, despedazando á las naciones con sangrientas pendencias. Los vemos imponer á sus súbditos unas obligaciones por lo comun tan ridículas como tiránicas, y formar de ellas sus derechos. Vemos, en estos desgraciados tiempos de turbaciones y de miserias, á los Reyes debilitados hasta el punto de no poder reprimir las violencias de estos frenéticos, ocupados incesantemente en destruirse los unos á los otros, y que con desprecio de la autoridad soberana se rebelaban contra ella siempre que intentaba contenerlos. Homicidios, robos, saqueos é infamias son los títulos respetables que la

(1) *La Sagesse de Charron*, lib. 1. cap. 59.

nobleza nos presenta en la historia. En fin, esta nobleza, siempre delirante y discorde, y siempre separada de los intereses del resto de la nacion, se vió rendida y agoviada al fin bajo la fuerza poderosa y reunida de los Príncipes ambiciosos, los cuales sujetaron á estos guerreros tan feroces de tal modo y á tal punto, que los redujeron á pedir y solicitar la única preeminencia de representar el papel de sus esclavos en la corte, y de hacerse los satélites y apoyos de los mas injustos tiranos contra la patria y sus conciudadanos. ¿Una servidumbre voluntaria puede ser compatible con la verdadera nobleza? *Todo el que entra libre*, dice Sofocles, *en el palacio de los Reyes, se transforma prontamente en esclavo.*

Tal fué, y tal debió ser necesariamente el término de los escesos contínuos de una nobleza ignorante, turbulenta é imprudente, que jamás conoció sus verdaderos intereses. Una necia vanidad, y unos privilejios las mas veces injustos, obtenidos astutamente de los Soberanos, hicieron siempre insociables á los nobles y á los grandes: ellos creyeron que no les convenia hacer causa comun con los *plebeyos*, ó las jentes del *estado llano*; despreciadas y arruinadas éstas por ellos, la nacion no tuvo ya fuerzas que oponer al despotismo; éste, por último, logró ir oprimiendo y sojuzgando todos los órdenes del Estado. (1) El espíritu de faccion, siempre contrario al espíritu patriótico, causó la pérdida de los Estados y el envilecimiento de la nobleza misma.

(1) Los grandes y los nobles Polacos arrancaron de Luis, Rey de Polonia y de Hungría, el privilejio de no ser juzgados por otros que por ellos mismos, con el fin de sustraerse de los tribunales ordinarios: esto les proporcionó la impunidad en todo jénero de crímenes, é introdujo la anarquía, la cual, en nuestros dias, terminó con la ruina y desmembracion de este Reino.

Federico I. Rey de Dinamarca, con el designio de obtener ausilios y socorros de los nobles de su Reino, se vió precisado á concederles el derecho de ser dueños de los pueblos, confiriéndoles la autoridad de vida y muerte sobre sus vasallos, y la de poder condenarlos á la pérdida de sus bienes inmuebles, sin apelacion alguna á los tribunales ordinarios.

Mallet, Hist. de Danemarxe, tom. 4. p. 10.

Por una preocupacion contraria á toda justicia, los hombres se figuran débiles y desgraciados, cuando no tienen la libertad de hacer mal á los que están bajo de ellos. El crédito, el poder y las prerogativas no son ordinariamente sino la facultad de oprimir á los mas débiles, y de hacerles sentir el peso de su autoridad. *Aun aquellos mismos*, dice Juvenal, *que no quieren matar á ninguno, desean tener poder para ello.* (1) ¡Insensatos! ¡pues no ven que el poder mas apetecible es el de hacerse amar! ¡y no conocen que la fuerza injusta puede ser sojuzgada por una fuerza mayor! ¡En fin, esos nobles, que cuentan entre sus privilejios el derecho infame de atormentar, de robar, y de hacer perecer á sus desventurados súbditos, no llegan á persuadirse que la anarquía y los desórdenes abren un ancho y libre camino al despotismo! Los pueblos oprimidos prefieren mas el tener un solo tirano, que no el obedecer á cincuenta, cuyas discordias entre sí hacen continua su infelicidad. (2)

Tantos ejemplos memorables que comprueban estas tristes verdades ¿no debieran abrir los ojos de la nobleza, y demostrarle con la mayor claridad, que nada es mas contrario al bien de la so-

(1) .... *Qui nolunt occidere quemquam, Posse volunt.* Satyr. X. vers. 96.

(2) La tiranía de los pueblos obligó á los Daneses en 1660 á conferir al Rey el poder absoluto. La mala administracion del Senado de Suecia fué la causa en 1772 de la revolucion en este Reino.

ciedad, á la prosperidad nacional, y á la buena política y sana Moral, que ese orgullo imbecil que la separa del cuerpo de las naciones? Todos los ciudadanos de un mismo Estado, grandes ó pequeños, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres, siendo miembros de un mismo cuerpo, no deben amarse, sostenerse, y trabajar de concierto en la felicidad pública? ¿Con qué razon ni derecho el noble puede despreciar al labrador que le alimenta y enriquece, al artesano que le viste, al comerciante que le proporciona sus recreos, al literato que le instruye y entretiene, y al sábio que trabaja en su beneficio?

Mas por un efecto de sus preocupaciones, ordinariamente la nobleza desdeña la instruccion, y parece que se vanagloría de su ignorancia. (1) Destinado casi siempre á la guerra, la cual unas necias prevenciones le presentan como la sola ocupacion digna de la nobleza, el noble desprecia las ciencias, y raras veces procura la instruccion. Si el noble es de una familia ilustre y distinguida, ó favorecida del Príncipe, está mui seguro de llegar á los grados mas elevados sin necesidad de tomarse el trabajo de cultivar sus talentos. Si está ignorado de la corte, no se dedica al ejercicio de la guerra, sino que vive totalmente inútil y desocupado en las heredades ó posesiones de sus padres, donde regularmente ejerce una tiranía fatal á sus vasallos.

Los héroes y los grandes capitanes de la antigüedad, que en nada cedian á nuestros guerre-

(1) El tirano Licinio decía que la sabiduría era la peste de un Estado. Habiendo dicho un Rey de Castilla que *el estudio de las ciencias no convenía á un noble*, Alfonso, Rey de Aragon, al contársele exclamó diciendo que *semejante dicho era propio de una bestia, y no de un hombre.*

ros modernos por su valor y talentos militares, no desdeñaban instruirse en las escuelas de la filosofia. Los Epaminondas, los Pericles, los Alejandros no miraban la cultura del entendimiento como un ornato superfluo en un guerrero. Escipion, el vencedor de Cartago, vivia en la mas íntima y estrecha amistad con Terencio el liberto: este grande hombre cultivaba las letras y la filosofia; "y nunca estaba „mas ocupado, segun Ciceron, que cuando parecia „que se hallaba en el mas profundo reposo."

No hai ciudadanos que mas necesiten del estudio y las ciencias que los nobles y los militares, que por lo comun entre nosotros hacen tanto alarde de su ignorancia. Esta, y la ociosidad fastidiosa en que por lo comun vive sepultada la nobleza moderna, son las causas de los vicios, de los escesos, y de las vilezas que con frecuencia la deshonran. El militar no está en accion sino mui corto tiempo con respecto á la duracion de su vida; una vez cumplidas sus funciones, nada tiene que hacer; la paz le deja en una indolencia y pereza completas; así es que entónces se le vé, á costa de sus bienes, entregarse desenfrenadamente al juego, á la disolucion, á la galantería, y á desórdenes de toda especie, haciendo para esto los gastos mas ruinosos: en fin, disipada toda su fortuna, se vé obligado á contraer deudas, á ser un petardista y un bribon, á *vivir de industria*, y quizá, quizá, á cometer acciones que causarían la mayor vergüenza á los mas ínfimos ciudadanos.

La ociosidad de los nobles y de los militares, su pasion al juego, su libertinaje, y sobre todo su impetuosa vanidad, son tambien las causas de sus frecuentes disputas y contiendas, que muchas veces terminan en sangrientos duelos. El honor, entre muchos de nuestros militares modernos, no es la justa estimacion de sí mismo confirmada por los

otros, la cual solamente puede fundarse en la conciencia de su propia dignidad, que la virtud inspira; sino que este futil honor es el temor de verse despreciados, porque saben que lo merecen. Un duelo no probará jamas que uno tenga razon ni honor; un duelo solamente prueba impaciencia, vanidad y atolondramiento, cualidades mui contrarias á la fortaleza, á la verdadera grandeza de alma, y á la humanidad. El hombre de honor es aquel que merece ser honrado. ¿Qué tiene de honrosa una accion, obra de la flaqueza y crueldad? Los famosos capitanes de Grecia y de Roma, tan valientes y honrados como pueden serlo nuestros militares modernos, soportaban un insulto, y no pretendian lavarle con la sangre de sus conciudadanos. (1)

---

(1) En los siglos bárbaros de la Europa, la relijion y la política ámbas igualmente aprobaban los desafios, mirándose el resultado como un juicio del cielo encargado de manifestarse encontra del culpado. Envano despues las leyes relijiosas y civiles han intentado abolir estos inhumanos y bárbaros usos. Hoi dia, en toda la Europa, el hombre que se bate en un desafio se espone á morir en un cadahalso, y el que reusa batirse se halla deshonrado y tenido por cobarde en la opinion de las jentes. Para proscribir enteramente los desafios, era necesario haber comenzado por rectificar la opinion nacional, declarando infame á cualquiera que cometiese semejante delito. La declaracion de infamia y la degradacion de todo noble que se hubiese batido en un desafio, habrian causado mayor impresion, que no el temor de la muerte, impotente para un militar. Fabio decia que *aquel que no puede sufrir una injuria, es mas cobarde que el que huye á la vista del enemigo.* Todo el mundo sabe el pasaje de Themistocles, contra quien habiendo levantado el baston Euribiades en un consejo de guerra, Themistocles, tranquilo y superior á este ultraje, se contentó con decirle, *dame, pero escucha.* Los que pretenden que el espíritu militar se conserva por medio de los desafios, lean la historia griega y romana, y verán en ella que aquellos guerreros valientes y temibles á sus enemigos, no tenian la locura de asesinarse los unos á los otros por jestos ó palabras.

Si las distinciones destinadas á la nobleza tienen el mérito y la virtud por fundamento real ó supuesto; si esta nobleza hace una verdadera profesion del honor, los nobles tienen unas obligaciones mas fuertes que los otros de acreditar en la sociedad sus talentos y sus virtudes. *La virtud es la verdadera nobleza*, dice Juvenal (1). Asiqué, un noble ignorante, un noble sin mérito y sin talentos, un noble vil y bajo, un noble infamado por sus disoluciones, sus vicios, sus deudas y sus picardías, en una palabra, un noble sin virtud es una contradiccion en los términos. Ciertamente, un plebeyo el mas obscuro, si es virtuso y trabajador, es un ciudadano incomparablemente mucho mas apreciable, que no el noble inútil ó malvado, que se figura autorizado á despreciarle: el que sirve bien á la patria nunca es villano ni plebeyo. *Mui pocos nobles hai sobre la tierra*, dice un Arabe.

No se ensoberbezca, pues, la nobleza por los méritos y servicios de sus padres. Jima ántes bien por su ceguedad y sus delitos, que tantas veces han destruido y hecho infeliz á la patria: espie con sus beneficios sus locuras, tan dañosas á ellos mismos como á sus conciudadanos: avergüenzese de que hayan contribuido tan cruelmente á poner su patria bajo el yugo del despotismo de quien se hicieron defensores y esclavos; renuncie á esa ignorancia y á esas preocupaciones que no le permiten otra profesion y ejercicio en la sociedad que la de sacrificarse á los injustos caprichos de los conquistadores: éstos no miran la nobleza entera sino como un monton

---

(1) *Nobilitas sola est atque unica virtus.*

Satyr. 8. vers. 20.

de víctimas destinadas á servir á su propia ambicion. Siempre engañada por la opinion transmitida á ella por sus antecesores, y mantenida por una política engañosa, esta nobleza se sacrifica y se arruina por solo un vano humo: en fin, seducida por la vanidad, un luxo ruinoso, que multiplica sus necesidades, la obliga á renunciar á su libertad, y á postrarse vilmente á los pies de sus amos y señores, para que estos la den con que satisfacerlas. Bajo un gobierno arbitrario, el luxo es un medio mui poderoso para humillar y abatir á los nobles, y obligarles á que reciban y sufran el yugo. El honor y el despotismo serán siempre incompatibles.

No hai ciudadanos á quienes la instruccion, la virtud y los talentos sean mas necesarios que á los nobles y á los militares: destinados por el Estado para reglar la suerte de las naciones, llamados á los consejos de los Reyes, encargados del mando de los ejércitos y de la existencia de los imperios, ¡cuántos conocimientos no deben reunir! Mas, por una fatalidad harto comun, los hombres nacidos para dirijir á los otros suelen burlarse de la virtud, despreciar las ciencias, y aborrecer la instruccion. El militar se figura que su profesion no le impone otro deber que el ser valiente y menospreciar la vida. ¿Pero cómo no vé que la guerra es un arte que supone esperiencia, reflexîon, y á veces el mayor talento? El ser tan raros los grandes generales ¿no prueba claramente la dificultad de su ejercicio? No es en el seno de las ciudades corrompidas, no es á los pies de las beldades, no es enmedio de las intrigas de la corte, no es en las antesalas de los ministros, donde un capitan aprende á defender á su patria, á formar los campamentos, á disciplinar á los soldados, á desplegar los batallones. ¿Hai nada mas funesto al Estado, ni mas criminal que la presuncion de aquellos generales que, faltos de luces y

esperiencia, tienen la audacia de ponerse al frente de los ejércitos, cuyas operaciones decidirán quizá para siempre jamás de la suerte y destino de un Imperio? ¿Cómo un jeneral se atreve á levantar los ojos á la presencia de su Rey y de sus conciudadanos, cuando sabe que su incapacidad es la verdadera causa de los infortunios de su pais? ¿Su corazon no debiera despedazarse con los mas crueles remordimientos, al oir los gritos lamentables de tantas familias, á quienes su impericia ha sumerjido para siempre en la pena y la afliccion? ¿Qué de baldones y acriminaciones no se hará á sí propio al representarse en su imajinacion las legiones enteras pasadas á cuchillo por su loca y cruel vanidad?

No se diga, pues, que la ciencia es inútil á los guerreros, y que el valor les basta. Sin luces, el valor es un atolondramiento ó una ferocidad. El estudio, la reflexîon, la ciencia, son de la mayor importancia tanto para los militares, como para el Estado que defienden. La Moral y la política cubren de una eterna ignominia esa vergonzosa ignorancia, que es por lo comun, el atributo del guerrero. El oficial no es regularmente mas instruido que el simple soldado. Seguir sin reflexîon la rutina del servicio; pelear ciegamente cuando los jefes lo mandan; vejetar en la ociosidad de una guarnicion; consumirse en un fastidio eterno, que sólo varía y alterna con el desórden y la disolucion; tal es la vida maquinal y molesta, en que, de ordinario, se corrompe el militar hasta llegar á una vejez, que lejos de granjearle respeto y consideraciones, le hace al estremo despreciable; hé aquí regularmente lo que se llama *servir*. (1) Por el

(1) *Con la sola práctica sin la teoría*, dice M. de Puységur, *por mas que se puedan montar las trincheras, no por esto se sabrá conducir un ataque al frente de una plaza, ni*

descuido de no haber adquirido en la juventud los conocimientos que el estudio y la meditacion pueden solamente producir, un oficial encanecido bajo el arnés nunca es mas que un objeto molesto á sí mismo y á sus conciudadanos. Un militar sin cultura, por valiente que él fuere, siempre será inútil y despreciable en la paz.

Á pesar de las preocupaciones de la mayor parte de los pueblos, que les hacen mirar la profesion de las armas como la mas elevada y distinguida, no hai ciertamente una situacion mas deplorable que la de un viejo militar sin fortuna y sin conocimientos: engañado las mas veces por un gobierno ingrato, en cuyo servicio locamente se ha destruido, se vé precisado por último á solicitar su retiro ó una moderada pension para subsistir; mas como los Príncipes y sus ministros son por lo comun poco benéficos con los súbditos que ya se hallan inútiles, irritado nuestro héroe al ver su desgracia, lleva aburrido sus continuas y molestas quejas de corro en corro, é incómodo para todo el mundo, sus enfermedades le acaban poniendo término, enmedio de la mayor miseria, á una vida que le hubiera sido mejor perderla en los combates. Las cualidades morales pueden solas merecer una consideracion que dure hasta el sepulcro.

Demas de esto, el militar por lo comun, falto de instruccion y de buenas costumbres, no trae á la sociedad civil otra moral que la que ha sa-

precaucionarse contra las salidas de ella: se encontrará uno muchas veces en el caso de formar sitio á una plaza, y tampoco sabrá hacerlo: del mismo modo podrá uno haberse hallado en los ejércitos de observacion, y habrá visto hacer todos los movimientos para cubrir un sitio, y no por eso sabrá dirigirlos. Traité de l' Art. de la Guerre por M. de Puységur.

cado de las guarniciones, de los campamentos y de los ejércitos; esta moral, poco delicada en todo lo restante, funda el mérito en la ferocidad puntillosa, y en la rudeza habitual ó fatuidad, que ni favorecen á los militares, ni hacen su trato apreciable, sino temible y arriesgado.

Los deberes y las reglas, que la Moral, la razon y la sana política imponen á los nobles y á los militares, los obligan á granjearse la estimacion pública, y á merecer los honores, los grados y las recompensas (siempre concedidas á nombre y á costa de la nacion) por sus servicios verdaderos, por sus ventajosos talentos, y por su aficion y cariño á su pais. Léjos por esto de tener el derecho de oprimir ó despreciar á sus conciudadanos, su alta clase, por el contrario, los pone en la necesidad de ser unos ejemplos de equidad, de moderacion, de verdadera fortaleza, de magnanimidad, de jenerosidad y de amor del bien público. Los militares y los nobles son los ciudadanos que, por todas razones, mas adictos y mas íntimamente apegados debieran estar á la patria. El mérito militar consiste en defender valerosamente las personas y las posesiones de todos contra los que tratasen de invadirlas. De aquí se infiere que el soldado es un traidor, y ademas un cobarde, si vende su vida al despotismo y la tiranía, que fuéron y serán siempre los mas implacables enemigos de toda sociedad (1). Un militar tan loco que se sacrifica á los caprichos de un tirano,

(1) No son hombres valientes y esforzados, dice Fírmico, los que venden su sangre arriesgándose á la muerte por los caprichos de otro. *Non fortes qui ob alienæ gratiæ voluntatem nundinantur, sanguinis jactura ad mortis spectaculum vendunt.* Julius Firmicus, lib. 8. cap. 13.

¿*No es ciertamente*, dice Antifanes, *arriesgarse á la muerte, el ganar el sustento con peligro de su vida*?

no es mas que un gladiator mercenario. Un ciudadano, que él mismo pone los yerros de la esclavitud á su patria, es un furioso que pega fuego á su propia casa, á riesgo de perecer él mismo con toda su descendencia. ¡Qué horrible y abominable herencia es dejar á sus hijos y descendientes el oprobio de la servidumbre! (1)

En obedecer ciegamente consiste toda la Moral del soldado. Pero si esta Moral conviene ciertamente y es necesaria en los campos y en los ejércitos, no se debe enseñar en las ciudades ó en la sociedad; porque esto sería transformar á los militares en insensibles máquinas, en viles instrumentos que, en manos de los tiranos y déspotas, destruirían las leyes y la libertad. La obediencia ciega y maquinal á los jefes injustos, es una traicion contra la patria, á la cual el militar debe defender contra sus enemigos: si esta obediencia es laudable y precisa en el simple soldado, incapaz siempre de razonar y de formarse idéas de justicia, ella es culpable y deshonrosa en los que le mandan; la educacion debiera haberles inspirado unos pensamientos mas nobles y mas jenerosos que á los automatos cuyos movimientos dirijen. Mas la política de los tiranos cuida mucho de levantar siempre una muralla de bronce entre los nobles, los militares, y sus demas súbditos. La nobleza militar, que forma una clase distinguida, se consagra servilmente á la voluntad de los Príncipes mas malos, y engañada y seducida con vanos privilejios, pensiones y títulos aëreos, nada tiene de comun con los diferentes órdenes del Esta-

(1) Un Lacedemonio respondió á Indarnes, oficial persa, que le persuadía á que se estableciese en Persia, *tú no conoces el precio de la libertad; porque el que le conoce, si es prudente, jamás le cambiaria por todo el reino de Persia.*

Plutarco, Dichos notables de los Lacedemonios.

do. Todo militar se cree siempre dependiente del Príncipe, y libre de todo vínculo con su nacion; y deja de ser ciudadano, para ser un satélite, un mercenario, un esclavo. Las leyes, la libertad, la justicia, y con ellas la felicidad, son bien pronto desterradas de los Estados, cuyos Soberanos tienen á sus órdenes muchas tropas veteranas.

Hablar de patria, de Moral y de obligaciones á los que por lo comun han compuesto hasta aquí los ejércitos, era esponerse claramente á la risa y á la mofa. La vanidad, el atolondramiento, el libertinaje, la pereza y el deseo de una licencia impune, éstos eran los motivos ordinarios que llevaban comunmente á una juventud imprudente á la profesion de las armas: los militares de este modo de pensar se figuraban que la razon, la reflexîon, la equidad y la virtud no hablaban ni se habian hecho para ellos. La Moral debe ser ménos poderosa necesariamente con la soldadesca grosera, elejida y compuesta regularmente de holgazanes, vagamundos, jente sin hogar ni domicilio, y muchas veces de malhechores que se han acojido á las armas para sustraerse de la miseria, ó de los castigos que tienen merecidos. (1)

Un gobierno militar influye del modo mas sensible en las costumbres de las naciones; cada uno quiere parecerse á los que componen el cuerpo mas distinguido, y por consecuencia todos afectan los modos y maneras militares, siendo vanos, lijeros, sin atencion, y sin buenas costumbres.

No era así como se formaban los ejércitos valerosos de los Griegos y de los Romanos, cuyas haza-

(1) Xenofonte atribuye la decadencia de los Persas despues de Ciro, al modo con que entónces se formaban los ejércitos, los cuales no se componian sino de una vil canalla recojida, poco mas ó ménos, del modo mismo con el que hasta hoi se han formado regularmente nuestros ejércitos.

ñas y hechos memorables nos ha transmitido la historia. Sus jenerales eran hombres desinteresados, instruidos, guiados de la pasion de la gloria: los simples soldados no eran viles mercenarios, sino ciudadanos, labradores y propietarios, que tenian una patria á la que amaban, porque encerraba y protejía á sus mujeres, sus hijos, y sus bienes; que peleaban valerosamente por la libertad, y no en favor del despotismo; y que acabada la guerra volvian á sus hogares, donde gozaban de las alabanzas de sus conciudadanos por haberlos defendido con valentía y esfuerzo. La Milicia Romana, cuando fué mercenaria, decayó de su antiguo espíritu: los soldados ya no fuéron sino los instrumentos aborrecibles de los ambiciosos que supiéron comprarlos; ellos esclavizáron el Estado á los tiranos, á los que tambien destruyéron á su antojo; y á fuerza de mortandades, de rapiñas y de indisciplina causáron la ruina del Imperio, que hubieran debido defender mas bien contra sus indignos Señores que contra los Germanos, los Parthas ó los Dacios.

¡Tal es la suerte que las tropas mercenarias preparan á las naciones! ¡tales los destinos de los tiranos que se confian y entregan á una soldadesca inconstante y perversa! Esta, despues que ha echado por tierra la equidad, la libertad y las leyes, ensoberbecida con sus victorias, se abalanza como una fiera contra el dueño mismo que ha desencadenado su furor. Los Emperadores mas justos y mas sábios, los Probos, los Alejandro-Severos, fueron víctimas de los furiosos soldados, que aborrecian de muerte la virtud de estos Príncipes. En fin, tal es todavía en nuestros dias la suerte que los Jenízaros rebeldes hacen esperimentar á sus Sultanes. Los déspotas mismos no pueden contar siempre con los esclavos que guardan su persona. Las fieras suelen despedazar con frecuencia á los mismos que las guardan. La licencia y la corrupcion de los soldados, que los mismos Príncipes favorecen, llegan á ser tan funestas á sus amos como á las naciones esclavizadas por ellos. Los instrumentos de la tiranía contribuyen y se emplean tarde ó temprano en la destruccion y ruina de los mismos tiranos.

Bajo los gobiernos introducidos por los pueblos bárbaros que repartieron entre sí las provincias del imperio Romano, los jenerales, los grandes, los nobles y los militares, únicamente obligados á seguir á los Reyes en la guerra, se hicieron poco á poco independientes de su autoridad en la paz; y fuéron despues representantes, majistrados, y jueces de las naciones reducidas á la esclavitud con sus armas. ¿Mas cuál pudo ser la justicia que unos siervos infelices obtendrian de unos hombres brutales, ignorantes, alimentados con la sangre y la rapiña? ¿Qué protecion hallarian unos ciudadanos despreciados en unos nobles que no tratáron jamas sino de sus intereses personales? Los Reyes, mui débiles para reducir á la razon á sus indómitos vasallos, los dividiéron entre sí, como se ha visto, y se aprovecharon de sus desavenencias y de su ignorancia para darles en los tribunales por asesores á los llamados *clérigos*, (1) jueces mas intruidos que los grandes, á quienes fueron substituyendo lentamente para formar despues la majistratura que hoi existe en Europa.

Los representantes armados se hacen prontamente unos tiranos temibles al pueblo, y unos súbditos rebeldes al Soberano. Esta nobleza militar, abusando de su poder, desprecia la justicia, y es incapaz de juzgar bien á los ciudadanos. Las naciones,

(1) Se llamaba *clérigo*, en los siglos de ignorancia, á todo el que tenia alguna tintura de las letras, las cuales estaban entónces reservadas al *clero*.

para que las representen, necesitan hombres justos, íntegros, ilustrados, obedientes á las leyes, inaccesibles á las seducciones de las Cortes, que obliguen al Monarca á respetar los derechos de la sociedad, y sobre todo que los respeten ellos mismos. Los representantes venales ó fáciles de seducir, son traidores que presto caerán en los yerros del despotismo, una vez que neciamente hayan caido en sus lazos.

De este modo, por falta de equidad, de razon y de ciencia, la principal nobleza, que en los tiempos antiguos iba casi al par de los Monarcas, fué no sólo hechada al suelo, y despojada de su poder, sino tambien privada de la prerogativa tan noble de representar y juzgar á los pueblos. ¿Su caida no debiera enseñar á todas los grandes, que ningun poder, por fuerte que parezca, puede sostenerse sin justicia y sin talento? Ningun órden del Estado, ningun cuerpo puede separar sin riesgo sus intereses de los intereses jenerales de la nacion: en una palabra, la Moral y los talentos son útiles y necesarios á la nobleza, y nada hai en ellos que merezca su desatencion y su desprecio. *El esclavo*, dice un poeta, *no tiene derecho á levantar la frente.* (1)

La nobleza impone evidentemente á los que la poseen la obligacion de amar á la patria con mas ardor que todos los demas ciudadanos. Cuanto mas se recibe de la sociedad, tanta mayor gratitud y celo se la debe mostrar. Ninguno mas que el noble se halla interesado en la prosperidad de la nacion, en que están sus bienes y propiedades, y donde goza de la consideracion y de los honores que desea. Nada mas lejítimo, ni mas bien fundado que el que los Soberanos, en la distribucion de los empleos

(1) *Poëte Greci minores. Teognidis carmina.*

importantes elijan y prefieran á los sujetos mas distinguidos por su nacimiento.

Debe suponerse, ciertamente, que las personas bien nacidas han sido bien educadas; ésto es, han recibido de sus padres principios de honor, pensamientos jenerosos, una noble ambicion, dotes y cualidades apreciables, y una razon y un alma cultivadas con el mayor esmero. Cuando semejantes disposiciones no se hallan en un noble, éste no es mas que un hombre comun, capaz de dañar al Señor á quien sirve y á los súditos sobre quienes ejerce alguna autoridad.

Mas, para ser justamente respetado, no es siempre necesario que el noble prodigue su sangre en las batallas, ó que ejerza empleos distinguidos; cuando, desnudo de ambicion, vive retirado en las posesiones y heredades de sus antepasados, sus bienes y opulencia le ponen en disposicion de hacer bien á los infelices que le rodean. Un señor benéfico y poderoso ¿no es ciertamente mas grande y mas feliz en sus estados, que no esos grandes que se esponen á las borrascas de las cortes? Cuando el noble goza solamente de una mediana fortuna, su vida retirada le liberta de los aguijones y estímulos de la ambicion: ella le sustrae del espetáculo molesto y vergonzoso de aquellos personajes indignos que la injusticia eleva frecuentemente á los honores: sus necesidades son limitadas, porque no está infestado del contajio del luxô: él labra y fertiliza en paz sus campos: cultiva su entendimiento en los ratos ociosos: en fin, cria sus hijos de modo que puedan algun dia salir de su retiro, y merecer con sus talentos y virtudes la estimacion del mundo.

La desgracia no interesa ni conmueve cuando vá acompañada de vanidad. - El vástago virtuoso de una antigua familia obscurecida, es un objeto que enternece y lastíma, recordándonos la instabilidad

de la fortuna: un noble desdichado y modesto gana los corazones de un modo mas seguro que un hidalgo pobre y soberbio. Con demasiada frecuencia vemos que el orgullo y la altanería no se apartan de la nobleza aun en el seno mismo de la miseria. En cualquier posicion que el noble se halle, debe reconocerse; ésto es, debe respetarse á sí propio, nunca jamás envilecerse, y ser siempre celoso de la estimacion de los demas. Estos sentimientos laudables ¿deberán nunca confundirse con una vanidad pusilanime é inquieta, con una vergonzosa indolencia y con un futil temor de degradarse con el ejercicio de un trabajo honesto ó con el uso de las dotes del alma? Las preocupaciones bárbaras, que por desgracia subsisten todavia, hacen que en muchas naciones todo noble, por solo su nacimiento, tenga á ménos ejercer ciertos empleos y ocupaciones honrosas; que mire como vil la profesion del comerciante; y que menosprecie á cuantos el destino no ha dado el nacimiento que á él: ningun talento, ninguna virtud le parecen comparables á la ventaja de haber nacido de padres nobles; esta preocupacion lastimosa le hace muchas veces injusto, insociable y odioso á cuantos no han sido como él favorecidos por la casualidad. Es menester hallarse enteramente destituido de todo mérito personal, para dar tanto valor á un accidente fortuito.

Los hombres no son iguales por naturaleza, ni lo son tampoco por las leyes de la sociedad, que para ser justas no deben igualar jamás el hombre inútil ó malvado al ciudadano virtuoso. El noble es respetado, cuando obra noblemente: y no merece en manera alguna ser distinguido de la multitud, cuando sus cualidades y virtudes no acreditan y comprueban su orígen. Sus conciudadanos tienen derecho para decirle: "Si sois verdaderamente de la »sangre de aquellos jenerosos guerreros que en otro

»tiempo se sacrificáron por la patria, probadnos vues»tro oríjen con acciones nobles, con un modo »de pensar digno de tales predecesores. Si descen»deis de los bienhechores de nuestros padres, no »trateis á sus hijos con una altanería insultante. »Si quereis ser honrado, mereced nuestra estima»cion con virtudes, y con un apego y afecto in»violables á las leyes sagradas del honor. Si sois »miembro del cuerpo mas distinguido del Estado, »no os hagais cómplice de los malvados, los cuales »despues de haberlo todo destruido por vuestro me»dio, aniquilarán vuestros privilejios, y os reduci»rán algun dia á la clase de esos plebeyos, que »tan cruel y locamente despreciais." (1)

Ofuscados hace mucho tiempo con frívolas distinciones, prerogativas pueriles y precarias, vanos títulos, y pretensos derechos, á veces infundados é injustos, los nobles se imajinaron unos entes de naturaleza distinta del resto de los hombres, y se avergozaron de reunir sus intereses con los de los plebeyos, mirándolos como unos libertos de sus predecesores; por manera que autorizados de una jurisprudencia feudal y bárbara, ejerciéron en los pueblos millares de vejaciones jurídicas. El de-

---

(1) Un noble aleman no se trata con un comerciante. Los habitantes del Indostan se dividen en clases ó tribus, de las cuales las superiores no solo desprecian á las inferiores, sino que las maltratan cruelmente. Un *Naire* ó Noble del Malabar tiene derecho para matar á un *Pouliet*, ó pobre que le tocáre por descuido. Los nobles *Chingules* tratan del mismo modo á los plebeyos; siendo así que ellos no se acercan al Rey sino en cuatro patas, y se califican de *perros*, cuando le hablan de sí mismos. Un noble polaco puede matar impunemente á un plebeyo. En Europa un Grande es á lo mas castigado con prision ó destierro por los asesinatos y por los mas enormes delitos; escepto en Inglaterra, donde las leyes no hacen distincion de personas en órden á esto.

recho tan respetado de la caza hizo las tierras estériles; las campiñas fuéron desvastadas, y los labradores arruinados con los recreos y diversiones de los señores; la vida de los gamos, ciervos y demas animales de los bosques fué tenida en mas precio que la del hombre mismo, (1) y bajo el pretesto de mantener la integridad de sus derechos, los grandes hiciéron sufrir á sus vasallos las mas crueles injusticias. ¡Es una bella diversion, ciertamente, y un placer mui noble y mui grande, trocar los campos estendidos y fértiles en selvas y desiertos, imposibilitando las cosechas, y haciendo derramar lágrimas á millares de familias desoladas!

La Moral y la política claman á una contra estos abusos feroces é irritantes. Los grandes y los nobles ¿no pueden recrearse y divertirse sin aniquilar sus mismas posesiones, y sin aflijir á los desgraciados, á quienes debieran protejer como padres? ¿Con qué buena voluntad el labrador indignado mirará á su señor que no se presenta en sus campos sino para traer á ellos la escasez, el hambre y el desórden? Mas la humanidad no es oida de los orgullosos que no conocen la miseria; ellos se rien de las lágrimas de los infelices; y se jactan del osado y bárbaro poder que impunemente ejercen contra los débiles. ¡Mas qué digo! ellos castigarían al que tuviese la temeridad de quejarse humildemente del mal que se le hacía. (2)

---

(1) Las leyes inventadas para la conservacion de la caza son atroces en algunos paises. Dícese que en Alemania los Príncipes hacian atar á los cazadores furtivos sobre los ciervos, echando á estos despues libremente á los bosques, donde aquellos infelices eran despedazados por las fieras.

(2) Yo he visto á un poderoso amenazar con que le daría de palos y le meteria en un calabozo á un aldeano, que sirviéndole de guia en el perseguimiento de un ciervo, le habia hecho dar un pequeño rodeo para no atravesar un sembrado.

Si los Príncipes, los nobles y los grandes, en el delirio á que sus placeres les reducen, son incapaces de escuchar la voz de la piedad, escuchen al ménos la de su propio interés. Renuncien, pues, á unos derechos que dejan baldíos, heriales y despoblados sus territorios; que acobardan y aburren á los labradores, de quienes necesitan para contentar y sostener su luxô y vanidad; y que hacen, en fin, á la grandeza y á la nobleza tan odiosas á los ciudadanos, cuyo cariño debieran codiciar, y cuyos trabajos debieran alentar y promover. ¿Es posible que sólo haciendo mal crean los grandes que muestran su poder?

La equidad natural, cuyas leyes son mas santas que las convenciones locas de los hombres, reclama y anula los privilejios concedidos por la injusticia, sostenidos por la violencia y confirmados por la ignorancia y la rutina de los siglos. El pacto social exîje que ninguna clase de ciudadanos se arrogue el derecho de aflijir á los otros; y pone al débil bajo la salvaguardia del poderoso, y al labrador bajo la proteccion de su señor: el castillo del noble, asi como su corazon deben ser el asilo de sus súbditos oprimidos. Una nobleza virtuosa, ciudadana é ilustrada sería la protectora y el modelo de los pueblos; sus miembros bien unidos serian de derecho representantes de los pueblos: y formarían una fuerte muralla que jamás la tiranía podría romper y echar por tierra. Los nobles, opresores, discordes, sin luces y sin costumbres, destruyendo á los pueblos, se destruyen tambien á sí propios.

La verdadera Moral, siempre de acuerdo con la equidad y sana política, está mui léjos de abatir á la nobleza, sino que la pone á la vista sus obligaciones para con la sociedad, recordándole su oríjen verdadero y su institucion natural. La justicia siempre de acuerdo con los intereses del Estado, no pue-

de proponerse introducir en las naciones una igualdad democrática, que presto dejeneraría en confusion. Todos los Imperios necesitan defensores animados del honor, ó á quienes la educacion haya inspirado unos elevados pensamientos; éstos deben ser recompensados con honrosas distinciones, con respeto, y con los premios merecidos. Mas la justicia no puede aprobar el que la nobleza, cuando vive en la ociosidad, goce de privilejios gravosos al resto de los ciudadanos, y no sufra las cargas del Estado, que por consecuencia recaen sobre la parte mas pobre y la mas laboriosa de las naciones. El noble, que por este título es defensor de su pais; el grande, que aconseja á sus reyes; el majistrado que consagra sus vigilias al mantenimiento de la justicia y del buen órden, son ciertamente unos ciudadanos distinguidos de los demás, y que no deben ser en manera alguna confundidos con el ciudadano obscuro que no hace los mismos servicios á la patria.

No demos, pues, oidos á las maxîmas de una Filosofia mal contenta y envidiosa, (1) que bajo el pretesto de restablecer la justicia y el reino de Astréa sobre la tierra, querria abolir distinciones y clases, para introducir en las naciones cultas una igualdad quimérica, que no existió jamás ni aun en las tribus de los mas remotos salvages. Aun en estas tribus vagabundas, cuya pasion habitual es la guerra (como por desgracia lo es aun todavía en la mayor parte de las naciones cultas) los hombres bravos y valientes ¿no son los mas distinguidos y los mejor recompensados? La razon no quiere que, en la cruel necesidad que pone tan frecuentemente en guerra á las naciones, se destruya y aniquile el espíritu militar,

(1) Véase el Discurso *sur l' inegalitè des conditions* par J. J. Rousseau.

y que se usurpe al valor la consideracion que justamente le es debida. La verdadera Moral ordena precisamente á los nobles, á los militares, á los grandes y á todos los hombres constituidos en dignidad, que se distingan en los talentos y buenas cualidades que convienen á su estado: ella les prohibe rigorosamente que se degraden con una conducta servil, ó con vicios capaces de confundirlos con los esclavos ó con el mas vil populacho.

La palabra *nobleza* anuncia valor, grandeza de alma, y una voluntad firme y constante de mantener los derechos de la sociedad.

Una clase elevada indica una superioridad de virtudes, de talentos y de esperiencias, digna de respeto y de consideracion.

Los grandes empleos denotan el poder, la capacidad y el deseo de hacer bien, y la autoridad lejítima á que los hombres deben sujetarse por su propio interés. *Nobleza*, *clase*, *grandeza*, son palabras vacías de significacion, sino producen ventajas algunas al público; y merecen ser despreciadas y aborrecidas, cuando solo se emplean en hacer mal: por tanto sería una injusticia el exîjir únicamente en razon de las dignidades, del nacimiento ó los empleos aquel respeto y amor, que solamente son debidos á las calidades personales que estas palabras representan.

CONTINUACION DEL CAPÍTULO V.

Deberes de los Nobles y de los Militares.

Hasta aqui hemos hablado de los deberes de los nobles y de los militares con relacion á sus conciudadanos y á la patria en que han nacido, en cuya felicidad, segun se les demuestra, son tan interesados á lo ménos como las otras clases del Estado. Nos falta ahora esponer en pocas palabras sus deberes con

relacion á aquellos contra quien su profesion les obliga á tomar las armas. Sería seguramente desconocer los principios mas evidentes de la razon ó de la Moral, creer que el hombre no está obligado á nada respecto de su enemigo. Sería degradar al guerrero y suponer que no es hombre y sí fiera, el pensar que habiendo nacido enmedio de naciones cultas y civilizadas, pudiese ignorar las maxîmas humanas y justas que estas han establecido entre sí, y que subsisten en toda su fuerza aun en medio del tumulto de los combates. En fin, sería mirar al militar como á un vil autómato, como á un cruel verdugo, ó como á un salvaje furioso, imajinar que no supiese hasta qué punto debe usar del valor contra los enemigos de su patria.

Los salvajes, estúpidos y faltos de razon, de prevision y de virtud, son los que únicamente se persuaden que todo es lícito con los vencidos, y que no deben tener fin ni término su furor y su venganza. ¡ Insensatos ! ¿ No conocen que la fortuna de las armas es inconstante, y que el que hoi vence, y usa cruelmente de su victoria, puede ser vencido mañana, y caer en manos de un enemigo á quien con su crueldad tenga irritado ? Estos ciegos y furiosos ¿ no ven que sus continuas y bárbaras guerras han reducido casi enteramente sus naciones antes numerosas, á unas miserables tribus, incapaces de poder defenderse contra un puñado de europeos ?

Hace ya mucho tiempo que la voz santa de la humanidad, la razon y el interés bien entendido han abolido en nuestro continente la ferocidad primitiva de sus incultos moradores. Á proporcion que los pueblos se han ido instruyendo, han usado de mas moderacion en la guerra. Si algunos hechos modernos nos ofrecen ejemplos de atrocidad, estos son debidos á naciones, que todavía no han sido curadas enteramente de la ignorancia y del frenesí de sus

salvajes projenitores. (1)

Gracias á los dogmas de la razon que han suavizado las costumbres de soberanos y guerreros, los hombres no se encarnizan ya tan cruelmente en su recíproca destruccion. El soldado oye la voz de la humanidad en el horror de la carnicería y la mortandad, y en medio del ruido espantoso de las armas. Ya concede la vida al enemigo desarmado que le pide piedad, y quedaria sin honor, si matase ó hiriese á un enemigo rendido á sus pies: hace prisioneros, y no esclavos, como aquellos á quienes los bárbaros Romanos sólo perdonaban la vida para hacérsela mucho mas insoportable que la muerte. Hoi en los ejércitos, los prisioneros hechos en la guerra son tratados con suavidad, preservados de todo insulto, y devueltos á su pais por medio del canje ó del rescate. En fin, las armas aunque tan estrepitosas de nuestros guerreros modernos, son mucho ménos destructivas y asoladoras que las de los antiguos.

Estos son los efectos que la Moral ha producido poco á poco en el corazon de los Príncipes y soldados. Debemos esperar que los dueños y señores del mundo, desengañados mas y mas de su sangrienta y mortífera ambicion, llegarán á conocer los males que las mas felices guerras acarrean siempre á sus Estados. Atentos, pues, á la razon, á la humanidad, á la justicia y á su interés bien entendido,

---

(1) Los Croatas y los Panduros, pueblos estúpidos y bárbaros, cometieron crueldades inauditas durante la guerra que siguió á la muerte del Emperador Cárlos VI. Los Kalmukas y los Tártaros que servian á la Rusia no han obrado mejor en varias ocasiones. La destruccion del Palatinado, ordenada en el siglo pasado por Luis XIV. nos prueba que este Príncipe, tan alabado por los Poetas, era un salvaje tan cruel como Atila. Este acto de barbarie le hizo exêcrable á la Europa entera.

prodigarán mucho ménos la sangre de sus súbditos; no decretarán con tanta lijereza la destruccion de los pueblos; amantes de la paz, minorarán sus ejércitos escesivamente numerosos, que absorven inútilmente todas las rentas del Estado; cuidarán de su administracion interior, de su lejislacion y de sus buenas costumbres; y á la sombra de las leyes serán ciudadanos, en fin, el militar y el noble.

Prescindiendo de los deberes jenerales que el derecho de Jentes, adoptado por las naciones cultas, impone al militar, hai otros que la Moral prescribe, y que no puede omitir en la práctica sin hacerse infame y criminal. Su patria puede mui bien ordenarle que combata y destroce á los enemigos que se arman contra ella; mas no que ejerza una venganza tan injusta como inútil contra el ciudadano desarmado, el pacífico labrador, y los habitantes de los pueblos. ¿No son acaso bastantes las desolaciones, las mortandades y las violencias de toda especie que trae consigo la guerra, sin estender todavía mas sus horrorosos efectos á los hombres que no han tomado las armas, y cuya desgracia y mala suerte es haber nacido en los dominios de otro Soberano?

Si exîste alguna idea de justicia y algun afecto de piedad en los Jenerales de los ejércitos y en los oficiales subalternos, no se querrán mostrar crueles con los infelices ciudadanos, cuya total ruina no puede contribuir en nada al buen éxito de sus armas, y que nada tienen de comun en las contiendas de los Reyes. Asiqué una severa disciplina debe refrenar poderosamente la licencia, la codicia y la disolucion de una soldadesca casi siempre ignorante y bárbara. No se envilezcan, pues, con una sórdida avaricia los Jefes verdaderamente nobles y desinteresados, en quienes el único móvil debe ser el honor. ¡Qué cosa mas vergonzosa que la conducta vil y despreciable de aquellos Jenerales de ejército, para quienes la guerra es un comercio, y que, humillándose al oficio cruel y bajo de tratantes y usureros, esprimen de las venas de los pueblos la poca sangre que la guerra los ha dejado!

Estos son los deberes que la Moral y el honor prescriben á los militares; deberes que fuéron jenerosamente observados por los Escipiones, los Turenne, los Catinat; y deberes que serán cumplidos igualmente por todos aquellos que prefieran una gloria sólida á la pasion del oro, propia solamente de almas bajas. La avaricia es un vicio indigno de un gran corazon. El valor militar se aniquila mui pronto en las naciones enervadas por el luxô, donde el militar por lo comun prefiere su enriquecimiento á su gloria. Los Romanos pobres, pero inflamados del amor de su patria, sojuzgáron al mundo; despues, enriquecidos con los despojos de las naciones, la avaricia fomentó discordias entre ellos; y debilitados con el luxô, estos guerreros tan temibles viniéron á ser un rebaño de esclavos medrosos y oprimidos bajo el yugo de los mas cobardes y aborrecibles tiranos.

Una nacion esclavizada, en quien domina un sórdido interés, no sabe qué es honor: el honor no es cualidad de esclavos, que ni pueden estimarse á sí mismos, ni aspirar á la estimacion de sus conciudadanos: la grandeza de alma, la nobleza de ánimo, el valor, serian cualidades inútiles, impropias y aun dañosas para aquellos que la opresion condena á la servilidad. ¿Cómo un hombre á quien el temor envilece, podrá tener una alta idea de sí mismo, cuando todo le demuestra su dependencia y su debilidad? Un cortesano, cuya dignidad, fortuna, libertad y vida están á la discrecion de un déspota débil ó malvado, de un Ministro perverso, ó de una caprichosa favorita, ¿puede acaso tener la fuerza y la elevacion que inspira la seguridad? Un es-

clavo, únicamente cuidadoso de agradar á su señor ¿qué interés podrá tener en granjearse la estimacion de un público que, caso de que él mostrase algunas virtudes, sólo le concedería una tácita y estéril aprobacion, ó condenaría en él estas mismas virtudes, como incompatibles con su estado?

El verdadero valor supone una enerjía y un vigor producido del amor de la patria; mas ¿dónde está la patria en un pais sojuzgado por el despotismo? El guerrero no tiene en él otro empleo que defender al carcelero que le tiene cautivo. Tampoco puede haber ni verdadera nobleza, ni distinciones efectivas, ni clases, ni privilejios permanentes entre unos hombres igualmente sometidos todos á los caprichos del que manda. Algunos esclavos, distinguidos momentáneamente por el favor inconstante del dueño, se ensoberbecerán con esta autoridad no durable, y se tendrán por algo; pero la menor reflexîon debe convencerlos de su nulidad y miseria, y hacerles conocer que la mano misma que los levanta y los sostiene, puede á su antojo reducirlos al polvo y á la nada. La nobleza que funda su soberbia en vanos títulos, en prerogativas imajinarias, en privilejios injustos, en futiles demostraciones esteriores, nada tiene de real ni de sólido. La verdadera nobleza sólo puede encontrarse en un gobierno que inspire afectos jenerosos, y en una patria que cuide de la libertad, de la justicia y de la seguridad de sus miembros. El noble, mas que ningun otro ciudadano, está interesado en la felicidad de su pais, y en el mantenimiento y observancia de las leyes, que ponen todas las clases del Estado á cubierto de la tiranía.

El hombre verdaderamente jeneroso, (1) segun

(1) La palabra *jeneroso* nace de la palabra latina *genus* que significa *raza ilustre* ó *linaje*: por esta razon se ha supuesto que un hombre bien nacido debe tener pensamientos mas nobles que los otros, y mostrarse capaz de mayores sacrificios por la Patria.

la fuerza de la palabra, es aquel que ha recibido de sus projenitores una alma tan grande, tan noble y tan esforzada, que sacrifica los intereses pueriles y despreciables, y las ventajas inciertas y precarias á los intereses sólidos y permanentes que le unen y estrechan con su patria al deseo de verse estimado de sus conciudadanos; y á la verdadera gloria, que consiste en el aprecio de los hombres de bien. *Del templo de la virtud*, dice Ciceron, *se pasa al templo de la gloria.*

¿Qué derechos pueden tener á la estimacion pública los nobles y los militares totalmente destituidos de grandeza de alma, de verdadero valor, y de principios jenerosos? ¿Puede una nacion demostrar algun sincero respeto á los cortesanos ocupados en adular á un Déspota que le destruye, ó á los militares cuyo oficio es tener á sus conciudadanos bajo el yugo de la opresion? No: los hombres de este carácter no pueden aspirar de modo alguno á la estimacion que constituye el verdadero honor; pueden, es cierto, deslumbrar con su fausto y orgullo; pueden, amedrentando, forzar á sus conciudadanos á que les den señales de un respeto y deferencia esterior; pero nunca conseguirán una verdadera gloria, ni los sincéros homenajes que codician, reservados únicamente á la jenerosidad, al patriotismo y á la virtud.

¿Cómo la facultad de ofender y dañar podria dar derechos algunos á la estimacion de los hombres? Sería formarse ideas mui falsas del honor, creerle compatible con el vicio, con los abusos del poder y con la perversidad. Sinembargo, en

los desórdenes es en lo que muchos que se llaman nobles y militares, no se avergüenzan de hacerle consistir. Se ven con mucha frecuencia hombres los mas culpables, los mas notados, y los mas dignos del desprecio de los hombres de bien, tenerse por *personas de honor*, y presentarse imprudentemente en todas las ocurrencias; á sombra de un grado militar ó de un gran título los vemos despreciar la censura comun, y conseguir á veces de sus censores mismos una favorable acojida. Las mas viles picardías, las deudas mas fraudulentas y vergonzosas no hacen que sean escluidos del trato de las jentes. Bajo los gobiernos injustos ó débiles, los grandes viven confiados en la impunidad; los crímenes mas públicos y notorios no los esponen al rigor de las leyes, porque se temería que el castigo deshonrase á sus familias. ¡Cómo si los crímenes no fuesen personales! ¡ó cómo si estos mismos crímenes no fuesen en sí mas deshonrosos que el cadalso! (1) En una palabra, la nobleza de nacimiento es un manto que cubre todas las iniquidades.

Cuando se observa esta desigualdad escandalosa entre súbditos que debieran gozar de un derecho igual á la justicia ¿no es claro que los Príncipes injustos ó débiles abandonan al ciudadano obscuro y miserable á la discrecion de los grandes?

(1) En 1763 el Lord Ferrers, de una casa enlazada con la familia Real, fue ajusticiado públicamente en Lóndres por haber matado á un criado suyo: ésto no le sirvió de impedimento alguno á su hermano para ocupar su plaza en la Cámara de los Pares de Inglaterra. En los demas reinos de Europa, los potentados y grandes nunca son castigados ejemplarmente, sino por causa de rebelion contra el Soberano ó sus Ministros; mas los delitos contra la nacion les son facilmente perdonados.

Hé aquí como un mal gobierno, no satisfecho con oprimir á los pueblos, los sacrifica indignamente á los ultrajes y atentados de una multitud de tiranos subalternos, los cuales, seguros de que nunca serán castigados, ejercen cruelmente su licenciosa autoridad sobre los inferiores. Los grandes se distinguen del pueblo en que por lo comun son mas viciosos é insolentes que él, y en que desdeñan el buen concepto de sus conciudadanos, á quienes desprecian porque éstos no pueden resistirles.

Si los Soberanos conceden la impunidad á los que se dignan favorecer, el militar se la procura con su espada, dispuesta siempre contra quien osare manifestarle el desprecio que merecen sus vicios. (1) En el trato del mundo resulta un gran mal de la preocupacion bárbara que llama honor á la temeridad ó locura con que un bribon, un petardista, ó un hombre despreciable logra que no se le pueda justamente correjir, ó echar de la sociedad de las jentes. Semejantes sujetos tienen la osadia de reñir á estocadas con cualquiera, porque nada es mas comun que el ver al atolondramiento y la

(1) El uso de llevar espada en las capitales, en tiempo de paz y enmedio de sus conciudadanos, es un resto de la barbárie gótica, el cual, visto los acaecimientos y los crímenes que produce, debiera ser abolido en toda nacion civilizada. Semejante uso era desconocido de los Griegos y de los Romanos, los cuales sinembargo no les cedian de manera alguna en valor á los descendientes de los Francos, de los Vándalos ó de los Visigodos. En algunos reinos de Europa, por un abuso mui peligroso, los lacayos ó cazadores, los cocineros, los artesanos, y todos indistintamente llevan espada, y por ésto muchas veces se atreven á insultar á los ciudadanos desarmados y pacíficos, á quienes por mil razones debieran respetar. El lacayo ó cazado de un grande ó de un poderoso tiene la locura de creerser por ésto superior á un vecino honrado.

locura unidos á la perversidad y á la impudencia. Por otra parte, el hombre mas honrado y mas valiente puede mui bien ser víctima de la destreza de un atrevido, de un valenton, de un espadachin de profesion. Para evitar las disputas y los desafios, se hace preciso sufrir en el trato de las jentes á muchos hombres necios, perversos é insolentes, que por amenazar alistante con su estoque y tener esta fatal habilidad, no pueden ser escluidos de él, creyéndose éstos por lo tanto unos hombres de honor y de respeto. Estas funestas preocupaciones hacen el trato de los militares tan desagradable como arriesgado.

Sinembargo, las luces de la razon, cundiendo poco á poco, han desterrado en parte estas ideas tan contrarias al placer y al reposo de la sociedad. Algunos cuerpos militares, mas sensatos ya, han llegado á conocer lo ridículos y perjudiciales que son estos pendencieros y gladiadores atrevidos, que ántes eran mirados con una especie de admiracion y respeto. Un interés mejor entendido ha hecho conocer por último que, para mostrar valor contra los enemigos de la patria, no es menester insultar, ofender y matar á sus conciudadanos. Segun que los hombres se vayan ilustrando, las costumbres se harán mas humanas y sociables.

Hai sinembargo militares que parece como que sienten no haber nacido en aquellos antiguos tiempos, en que los guerreros se asesinaban unos á otros con la mayor facilidad, y creen que estos frecuentes desafios son útiles á la conservacion del espíritu militar. Estos fanáticos sin duda se imajinan que un militar, para ser buen soldado, debe ser una fiera, un salvaje, un bruto incapaz de todo sentimiento de humanidad y de razon.

Efectivamente, al ver la conducta insensata de un gran número de los que siguen la profesion de

las armas, el atolondramiento y el descuido que presiden á todas sus acciones, y el desprecio que hacen de todas las reglas de la equidad y de las buenas costumbres, pudiera creerse que la Moral es enteramente incompatible con el ejercicio de la guerra, y que el militar nunca debe por su estado ni reflexionar, ni hacer el menor uso de su razon.

Una política tan falsa como injusta ha inspirado estas máximas tan perniciosas; y creyendo los Déspotas que sus soldados serian de este modo mas obedientes y sumisos, los han tenido siempre en una profunda ignorancia, permitiéndoles la rapiña, la injusticia y la licencia en sus costumbres. ¡Política mui perniciosa é imprudente, soltar la rienda á unos dementes, ciegamente arrastrados de todas sus pasiones! Los Príncipes que siguen semejantes ideas, no advierten en verdad que estos satélites, á quienes consienten que sean injustos y feroces contra los ciudadanos desarmados, lo son despues contra su Soberano mismo. ¿Cómo contener los furores de una milicia embrutecida, á quien en tolerar que se muestre culpable, han enseñado á que lo sea?

Asiqué, no dando nunca oidos á las máximas de una política ciega y bárbara, todo Príncipe racional, por su propia seguridad y por el bien de sus Estados, debe reprimir la licencia del soldado; debe cuidar de las costumbres de sus Jefes; debe estimularlos por medio de recompensas al estudio y la instruccion, y á que consagren á este fin una parte del mucho tiempo desocupado y fastidioso, que en la paz les dejan sus cargos militares. De este modo el Soberano se verá servido por hombres mas hábiles, mas esperimentados y ménos turbulentos; y las naciones tendrán en sus nobles y militares unos conciudadanos mas útiles, mas sociables, y mas dignos de ser queridos y respetados.

En jeneral nada contribuye mas eficazmente á la corrupcion de las costumbres de una nacion, que el gobierno militar: el desórden, la licencia, y la disolucion que le acompañan en todas partes se comunican por su medio á todas las clases de la sociedad, fijando principalmente su domicilio en los pueblos de guarnicion. Aquí es donde se vé ocupado de contínuo al militar en seducir á la inocencia, en tentar la virtud del sexô femenil, en vengarse de sus desprecios y repulsas con las mas horrorosas calumnias; en una palabra, en ultrajar con la mayor insolencia su reputacion, y en turbar el reposo de las familias virtuosas. (1) Á estos desórdenes hai que añadir la vanidad, el carácter frívolo, el atolondramiento, la fatuidad y la arrogancia, que constituyen, por decirlo asi, el distintivo de un gran número de militares, y que hacen su trato desagradable á las personas sensatas. En fin, el militar, casi siempre desocupado, tan léjos está de amar el trabajo, que ántes bien se vanagloría de su inepcia y de su ociosidad, como honrosas en su estado; y desprecia, como á *pedantes*, á sus camaradas, que buscan en el estudio un medio de emplear utilmente su tiempo libre y desocupado.

Es preciso repetirlo; la ignorancia y la ociosidad

---

(1) Hai muchas ciudades de guarnicion en las cuales los militares no son admitidos facilmente en las casas de honor y distincion. Esto es nacido de la conducta imprudente de muchos oficiales, principalmente con las mujeres, cuya reputacion, por una necia vanidad, suelen injusta y falsamente ofender. ¿Hai cosa mas baja, ni mas indigna de un hombre de honor que esas listas ó catálogos infamatorios, y las mas veces calumniosos, con que algunos militares tienen el desvergonzado atrevimiento de mancillar á un sexô respetable á todo hombre de bien, y cuyas faltas y flaquezas es un deber sagrado el ocultarlas?

serán siempre en los militares unos manantiales inagotables de desórdenes, de infelicidad y de fastidio. De estos males sólo se preservarán cultivando y perfeccionando sus facultades intelectuales: por lo ménos deben aprender en qué consiste ese honor de que tanto se glorían, y de que muchas veces no tienen ni aun la noticia mas remota: deben no confundirle con la vanidad, la arrogancia, ó los vicios, que tan odiosos y despreciables suelen hacerlos: por último, deben saber que la instruccion y las buenas costumbres no les son ménos útiles y necesarias que á los demas ciudadanos.

Por una necia vanidad, que muchas veces se substituye á la grandeza de alma, á la nobleza de ánimo y al verdadero honor, un luxô ruinoso causa los mas espantosos males en los ejércitos, y destruye las fortunas de los que se consagran á la defensa del Estado. Á este luxô destructor deben las familias nobles la indijencia y la obscuridad en que las vemos consumirse frecuentemente. Á esta miseria ha de atribuirse la dependencia servil, en que el despotismo mantiene á una nobleza arruinada con sus locos dispendios. En una palabra, el luxô y la vanidad de los nobles y de los militares sirven para consolidar y hacer mas fuertes las cadenas que los tienen aprisionados bajo el poder de los tiranos.

Para todo hombre que piensa es un espectáculo digno de compasion el ver hasta qué punto la opinion ha llegado á ofuscar á la nobleza, y á engañarla acerca de sus mas verdaderos intereses. Para lucir y ostentar en la guerra con gastos que esceden á sus fuerzas, un noble, ó un rico propietario, se adeuda, empeña sus haciendas, y se despoja de la fortuna que posee y que pudiera disfrutar; ¡todo con el designio de complacer á una Corte ingrata, á cuyos caprichos se sujeta por todo el resto de su vida! En cambio y recompensa de los bienes sólidos

de que su loca vanidad le ha privado, acaso obtendrá un grado, una pension precaria ó alguna distincion pueril, si es que tiene favor; pero sino, será desatendido y menospreciado por aquellos mismos en cuyo obsequio ha tenido la necedad de arruinarse. Ensuma, á esperanzas quiméricas, á preocupaciones engañosas, al acaso y á la fatalidad es á lo que muchos nobles y militares tienen la locura de sacrificar su fortuna, su reposo, su honor, su vida, y muchas veces la patria misma de quien se llaman defensores.

Una política ménos astuta y mas bien entendida debería reprimir un luxô y una molicie incompatibles con el ejercicio de la guerra. ¿Cómo es que unos hombres verdaderamente valerosos no tienen fortaleza para despreciar estos vicios? Los Príncipes justos y prudentes los desterrarán de sus ejércitos, introduciendo en su lugar la sencillez, la templanza, la frugalidad y la disciplina convenientes para fortalecer los cuerpos, y sustentar en los soldados el valor. ¡Qué espectáculo tan irritante para los infelices, es el ver los convites suntuosos de los Jenerales que, para sostener su luxô y su vanidad, esterilizan y destruyen los campos en que se hallan, y quieren que naden en la abundancia un sinnúmero de criados ociosos, miéntras que el soldado hambriento y estenuado carece ordinariamente aun de lo mas preciso!

¿Qué dirémos de esos costosos placeres, de esos teatros, de esas frívolas diversiones, de esos juegos ruinosos, de esa multitud de prostitutas, y de las disoluciones contínuas que el luxô y el hábito del vicio hacen indispensables á los militares corrompidos y enteramente afeminados? Pudiera decirse que una horrorosa política se propone en sus máxîmas enflaquecer y destruir los cuerpos, la fortuna y las costumbres de los que destina á la defensa del Estado. ¡Esta es la recompensa que el despotismo reserva comunmente á los insensatos que han tenido la imprudencia de sostener su injusto poderío! Él los corrompe y arruina, y despues los abandona al arrepentimiento, á la miseria, á las enfermedades y al desprecio. Por una ley constante de la naturaleza, de la cual ni el noble ni el militar están esentos, no hai desórden que no halle tarde ó temprano su castigo sobre la tierra. Los militares causan á veces la desgracia de las naciones, sin ser por esto mas afortunados y dichosos.

¡Entrad, por fin, dentro de vosotros mismos, grandes, nobles y militares! abrid los ojos sobre las vanas preocupaciones que os tienen ciegos hace tanto tiempo. Aprended á conocer mas bien el honor, al que por vuestra clase y profesion estais mas íntimamente unidos que los otros. Fundadle en el derecho incontestable á la estimacion de vuestros conciudadanos; no en el nacimiento, efecto del acaso; no en prerogativas y privilejios contrarios á la equidad; no en la privanza y el favor que en un solo momento pueden dejar de ser; ni en una licencia que os deshonra. Sed ciudadanos en las naciones que tantas veces vuestros projenitores han esclavizado y destruido. No favorezcais al despotismo, no desprecies las leyes, ni os mostreis enemigos de los Majistrados que las custodian y sostienen; ántes bien de concierto con estos, sed defensores de la patria, la cual no puede subsistir sin justicia, sin libertad y sin reglas permanentes. Sed columnas del trono; pero cimentadle en el bien público, en quien todo os demuestra que vosotros propios estais interesados, y á quien el Soberano es deudor de su seguridad. Este es el camino que conduce al honor. De este modo seréis verdaderamente estimados y distinguidos, y transmitiréis á la posteridad unos nombres amados y respetables.

CAPÍTULO VI.

Deberes de los Majistrados y de los Juristas.

Cuanto hemos dicho de los grandes y de los nobles puede mui bien aplicarse á los Majistrados, á los Jueces, y á los órganos de la ley, á quienes las naciones han asignado en todo tiempo una honrosa precedencia entre los ciudadanos. Unos hombres destinados á dispensar justicia á los otros, á obligarlos á cumplir las convenciones sociales, á reprimir sus pasiones, á castigar los delitos en nombre de la sociedad, deben mostrarse dignos del respeto del público en su equidad firme y constante, en su probidad no desmentida nunca, en su integridad, en el conocimiento profundo de las leyes, confusas por lo comun y numerosas, que componen la jurisprudencia de todas las naciones. Destinada á censurar y contener los vicios, y á castigar los desarreglos de los otros, la Majistratura prescribe á sus miembros una gran circunspeccion, una gravedad particular en las costumbres, y una conducta intacta y pura, enteramente esenta de los escesos que deben correjir.

Un Majistrado inícuo, vendido al favor, y que se deja seducir de la importunidad, del crédito, de la riqueza ó de la autoridad, es un monstruo en el órden social, es un verdugo. El Juez sin estudio y sin aplicacion es capaz con su ignorancia de trastornar el estado de las familias, y de aplicar á la inocencia la pena que merece el delito. *No hai diferencia*, dice un célebre Majistrado, *entre un juez malvado y un juez ignorante.* (1) El Majistrado que es dado á la disolucion, á la galantería, á la disipacion y á los placeres, es indigno de su empleo, es merecedor del desprecio de sus conciudadanos, y debiera ser vergonzosamente escluido de una clase, que con sus costumbres deshonra y envilece. Una censura mui severa debería, como entre los Romanos, purificar los Tribunales de los individuos que los degradan. La Majistratura es un estado que debe distinguirse entre todos en su circunspeccion, en la inocencia de su conducta, en la sabiduría de sus juicios, y en la penetracion y multitud de sus conocimientos; un Majistrado sin aplicacion, frívolo y disipador es una contradiccion, á la cual sola una depravacion jeneral ha podido acostumbrar la vista. El Ministro de las leyes es el que mejor debe conocerlas; el protector de las costumbres debe tener unas costumbres puras; el que juzga á los otros, debe temer los juicios del público, que sólo concede su estimacion al mérito personal.

¿Cómo estimar á un Majistrado que solamente mira su empleo como un título vano que no le impone obligaciones algunas? ¿Cómo apreciar á un Juez, cuyos decretos son comunmente dictados por el vicio y la corrupcion? ¿Qué idea ha de formarse de un Senador ó Consejero, tan necio y miserable, que imita la vanidad, el luxô, el orgullo, la altivez, y los desórdenes que se notan con indignacion en un atolondrado militar?

Muchas causas han contribuido al envilecimiento

(1) *M. le Cancelier Daguesseau.* Otro Majistrado se quejaba de la ignorancia de los Senadores de su tiempo. *Plerumque tamen*, dice Ciceron, *ad honores adipiscendos et ad Rempublicam gerendam nudi veniunt et inermes, nulla cognitione rerum, nulla sciencia ornati.* Cicero, de legibus... El mismo Orador dice en otra parte: *Senatorius ordo vitio careat; cæteris specimen sit: nec veniat quidem in eum ordinem quispiam vitii particeps.*

Cicero, de legibus, cap. 12 et 13.

de la Majistratura: la multiplicidad de las leyes, su continua contradiccion y la obscuridad de ellas han hecho fastidioso el estudio de la Jurisprudencia, y aun imposible á la mayor parte de los que debieran darse á él. ¿Cuánta penetracion, cuántos trabajos, cuán contínua aplicacion no son menester para recorrer y penetrar el laberinto que un enorme cúmulo de leyes ofrece á los que aspiran á instruirse en ellas? Así nada es mas raro que un juez que sepa ó que pueda saber su profesion. La muchedumbre de los majistrados se deja llevar de la práctica y de la ciega rutina, que hace tiempo se hallan en posesion de juzgar y decidir de la suerte de los hombres. De la obscuridad de las leyes y de su multiplicidad resulta no sólo la ignorancia de los jueces, sino tambien la impostura y la mala fe de una multitud de letrados, que prenden diestramente en sus redes y lazos á los infelices ciudadanos para devorar sus bienes, y que, sorprendiendo y engañando astutamente la justicia del Majistrado, consiguen las mas veces que triunfen el fraude y la iniquidad. Una jurisprudencia tenebrosa y complicada es un manantial de crímenes y de males en las naciones opulentas y civilizadas, mas infelices en esta parte que las naciones mas pobres y mas bárbaras.

La venalidad de los empleos de la majistratura, introducida por la codicia ó las falsas necesidades de algunos gobiernos, ha llenado los tribunales de sujetos, en quienes la opulencia substituye á la sabiduría, al mérito y á la virtud de que carecen. El derecho de juzgar á los pueblos fué vendido á una multitud de hombres faltos de los conocimientos y cualidades necesarias para cumplir dignamente con oficio tan noble. Éstos transmitiéron este derecho á su descendencia, quien, segura de heredar los empleos y dignidades de sus padres, no creyó por lo tanto que necesitaba merecerlas.

Cuando la eleccion de los Jueces y Majistrados fué obra de una Corte comunmente viciosa, los pueblos no pudieron hallarse contentos con los Majistrados que se les dieron. El estudio y el concurso de oposicion deberían ser solos los que adjudicasen á los mas beneméritos los empleos de la majistratura.

Los Majistrados, ensoberbecidos con su poder, abusáron de él frecuentemente, é hiciéron sentir de un modo incómodo el peso de su autoridad al resto de los ciudadanos; éstos no tuvieron sino unos débiles recursos contra las injusticias ó violencias de aquellos que estaban destinados á protejerlos. De este modo la majistratura formó en algunos Estados una clase separada, la cual, aprovechándose del derecho de juzgar, se arrogó fácilmente el de dominar y oprimir: en vez de hacer amable y respetado su poder con su afabilidad, su moderacion y su justicia; en vez de merecer el buen afecto de las diversas clases del Estado con un celo sincéro en favor del bien jeneral; en vez de granjearse la veneracion pública con su ciencia y su mérito, el Majistrado, embriagado con su poder precario, sólo quiso hacerse temible á sus conciudadanos.

Hinchada y engreida la majistratura con sus prerogativas, las cuales procuró siempre hacer mayores y sin límites, se la vió algunas veces esforzarse en formar, sin consentimiento de las naciones, una especie de aristocracía que se hizo sospechosa á los Monarcas: bajo el pretesto de defender las leyes y los derechos de los pueblos, los Majistrados pretendieron representar por sí á las naciones; mas estos designios, que una conducta equitativa, íntegra y mesurada hubiera tal vez hecho adoptar, desagradáron á la nobleza, celosa de sus derechos y prerogativas, la cual, como hemos visto, se ha resentido siempre de la pérdida de un derecho de que su imprudencia la ha privado; por otra parte, las

miras ambiciosas de los Majistrados no fueron apoyadas por las demas clases del Estado, perpetuamente discordes y contrarias. El despotismo entónces combatió, y sojuzgó fácilmente á un cuerpo sin fuerza alguna, que con su arrogancia, su indiscrecion y su indiferencia al bien público, habia destruido y aniquilado el afecto y la consideracion del pueblo, sin los cuales ningun cuerpo puede sostenerse largo tiempo.

Para lograr la consistencia que sólo presta la consideracion pública, son necesarias á los cuerpos, como á los individuos, la equidad, las luces, el mérito y la virtud. Un cuerpo, cuyos miembros están corrompidos y separados, no puede gozar sino de un poder precario. Todo cuerpo, que se forma unos intereses distintos de los de su nacion ó de los intereses de los otros cuerpos, no puede resistir por mucho tiempo á la fuerza, los artificios y los lazos del despotismo, el cual procura incesantemente dividir y arruinar todo cuanto puede servir de obstáculo á sus locas fantasías.

El despotismo fué y será siempre enemigo de las formalidades y de las leyes, como que le incomodan y retardan en sus insensatos y precipitados designios. El déspota aborrece y desprecia al Majistrado que, como defensor de las leyes de su pais, le recuerda de continuo la importuna idea de la equidad. No nos admiremos al ver que la etiqueta de algunas cortes monárquicas y despóticas haya establecido una mui grande diferencia entre la nobleza militar y la Majistratura aun la mas elevada: el militar en semejantes cortes es por su profesion un esclavo del Rey, consagrado enteramente á sus antojos y caprichos, cuando el Majistrado es un defensor de los derechos del pueblo, y un ministro de la equidad, con quien un mal gobierno está en perpétua guerra.

Los déspotas, codiciosos de una autoridad ilimi-

tada, tienen una antipatía natural con la verdad, con las formalidades, con las leyes y con sus intérpretes; la integridad de los Majistrados desagrada á las cortes injustas; su noble resistencia es una rebelion á los ojos de un Príncipe rodeado de cortesanos infames y serviles. Las mas humildes representaciones molestan y ofenden á los Soberanos, á quienes la verdad no puede ménos de arredrar y sorprender: las mas justas y lejítimas quejas alarman á los ministros y privados, que por lo comun son los verdaderos autores de las calamidades nacionales, y tienen el mayor interés en que ningun clamor llegue á despertar al Monarca adormecido con sus lisonjas. En una palabra, el Príncipe y su corte sólo ven en los Majistrados fieles á sus debéres, unos censores incómodos, á quienes es preciso obligar al silencio, ó hacerlos cómplices en los desórdenes que intentan enmendar.

Las leyes son inútiles cuando hai en el Estado una autoridad superior á la suya. Bajo un gobierno injusto, la justicia es sólo una fantasma que sorprende é intimida á los débiles, pero que nada puede ni vale con los poderosos. La Majistratura es un vano título que no da firmeza, poder, ni consideracion alguna real y verdadera. Los tribunales, precisados á prestarse á los caprichos del Príncipe ó de sus válidos, no pueden seguir principios algunos constantes, debiendo hacer que las leyes se humillen á los vicios y locuras de los grandes. El Majistrado no es ya entónces sino un vil esclavo, forzado á cada paso á renunciar su fortuna, ó á perder su libertad y aun su vida, si reusa el sacrificar su honor y su conciencia á los caprichos variables del Príncipe ó de sus ajentes. Bajo tales Jefes, el Juez debe armarse de un corazon de bronce; debe declarar culpables y sacrificar las víctimas mas inocentes que le designa el despotismo. Éste nunca se engaña ni obra

mal; se arroga la facultad de crear y establecer lo justo y lo injusto; desagradarle, es un crímen imperdonable; obedecerle, es el único deber y la única virtud.

Ensuma, el Majistrado envilecido con la servidumbre, se convierte en un autómato á quien da movimiento el favor, la solicitacion y el poder: además del menosprecio de sí mismo, se acarrea el ódio y el desprecio de los buenos, y vanamente busca en el fausto, la opulencia y la disipacion el medio de acallar los remordimientos que siente. Los majistrados y jueces se transforman en los mas injustos, en los mas crueles y despreciables de los hombres bajo la tiranía, cuya base es la injusticia, y su apoyo la crueldad.

Para un hombre de espíritu y probidad ¿hai una situacion mas horrorosa que la de un majistrado justo, que violentado á prestar sus ausilios á la tiranía y á sus ajentes, se vé precisado de continuo á inquietar las familias, y á vivir en un perpetuo trato con delatores, con espías, con calumniadores, en una palabra, con hombres infames, los únicos dispuestos á prestarse á los designios de un gobierno violento y suspicaz? ¡Qué débil y miserable es un gobierno cuando se sirve de semejantes instrumentos! ¡Un Majistrado es un héroe cuando bajo el despotismo conserva su integridad y el amor de sus conciudadanos!

La Majistratura sólo es honrosa y respetable cuando, fiel á sus debéres, cumple noblemente con sus augustas funciones; y sólo puede ser respetada y querida bajo un gobierno justo que le deja la libertad de conformarse á la razon, á las leyes, á su conciencia y á su honor.

Simplificando la Jurisprudencia, haciéndola mas clara, entresacando y perfeccionando con prudencia esa multitud de leyes y de costumbres obscuras, injustas y contradictorias, bajo las cuales tantos pueblos gimen oprimidos, los Majistrados no tendrán ya tanto trabajo en adquirir los conocimientos necesarios á su profesion. Unas leyes mas precisas y mas claras no necesitarán á cada línea de contento, esplicacion é intérprete: las decisiones de los jueces serán mas constantes y ménos arbitrarias: la razon y la equidad natural aniquilarán la hidra de esa capciosa sutileza en materia de pleitos, que devora las naciones, que arruina las familias, y que tan frecuentemente triunfa de la justicia: en fin, una sábia reforma aliviaría á los pueblos de la carga insoportable de tantos jueces, de tantos tribunales, y de tantos curiales y ministros subalternos de justicia, como los oprimen y destruyen. Un buen gobierno ¿no deberia apreciar mas el mandar y rejir á unos súbditos pacíficos, virtuosos y justos, que no la despreciable ventaja de aprovecharse de sus pleitos y contiendas? Un gobierno equitativo ¿ debería tolerar esas densas nubes de hambrientas langostas que devoran impunemente la mies del ciudadano? La cruel administracion de la justicia, y las iniquidades sin número á que cualquiera se vé espuesto luego que reclama sus derechos ante los tribunales, son una de las mayores calamidades que oprimen y asolan todas las naciones.

Entretanto que se consigue esta reforma saludable, la cual, como hemos visto, sólo puede ser efectuada por un gobierno instruido en sus verdaderos intereses, todo Majistrado que aspire á su propia estimacion y á la del público, se atendrá fuertemente á la justicia, defenderá vigorosamente sus derechos, y sacrificará con jenerosidad su fortuna, su crédito, y un favor incierto á la satisfaccion permanente que sigue siempre á una conducta irreprensible: él renunciará su destino en el momento mismo que vea le es imposible desempeñarle con honor y justicia:

llevará á su retiro aquel contento interior que el hombre virtuoso debe preferir á todo: y aun en este mismo retiro, no carecerá de los aplausos y la gloria que, enmedio de la mayor corrupcion de las costumbres, bajo los gobiernos mas perversos, y en las naciones mas frívolas é inconstantes acompañan siempre á la virtud.

En la estimacion de sus conciudadanos, y no en el favor de una corte por lo comun injusta y tiránica, debe el Majistrado constituir su gloria. La persecucion hizo siempre al hombre grande mas interesante y mas amado de los hombres de bien; á la admiracion que escita el valor, se junta entónces la ternura de la compasion. ¡ Estos afectos escitaste en todos los corazones virtuosos y sensibles, ilustre *Malesherbes*, (1) cuando el poder odioso de un ministro cruel te privó de tu dignidad, de tu fortuna y de tu estado obligándote á esconder en la soledad tus sublimes talentos, de los que te habias valido noblemente para lograr que llegasen hasta el trono el clamor de la libertad moribunda de tu patria!

¡La Europa entera ¿ no tomó parte en tus trabajos y aflicciones, jeneroso *La Chalotais*, cuando, sin respetar tu edad, tus bárbaros enemigos tramaban tu ruina, y te preparaban el cadalso ?! (2).

¡El amor público ¿no te acompañó en tu prision y en tus desgracias, jóven *Du Paty*, tú que ostentaste noblemente la firmeza de un Senador consumado en la edad todavía de los placeres y de la frivolidad? ! (3)

(1) Primer Presidente del Tribunal de Subsidios de Parìs, el cual fué despojado de su cargo, y desterrado por el Canciller de Maupeou en 1771. Este gran Magistrado fué llamado *le dernier des Français*, el último francés.

(2) *M. Caredeuc de la Chalotais.* Procurador Jeneral del Parlamento de la Bretaña.

(3) *M. Mercier du Paty*, Abogado Jeneral del Parlamento de Burdeos, el cual, á la edad de 25 años, á pesar de hallarse atacado de una peligrosa enfermeded, fué cruelmente aprisionado por el Canciller de Maupeou en 1771, y de allí conducido á un destierro.

Hai ciertamente consuelos, recompensas, honores, y aun aplausos públicos para los Majistrados jenerosos, que son queridos y venerados aun en el seno mismo de las naciones sojuzgadas por el despotismo. Los esclavos mas débiles ó necios no pueden ménos de admirar á sus defensores, y de verter al ménos algunas lágrimas pasajeras por las desgracias que se han acarreado en defender la causa de la patria. No, todas las violencias de la tiranía no podrán jamás arrebatar á la verdadera grandeza de alma los homenajes de los corazones sensibles y virtuosos. Todos los que con heróico valor sirvieren útilmente á los hombres, serán fielmente recompensados por ellos durante su vida misma.

Los Majistrados verdaderamente nobles y grandes, los Majistrados sinceramente abrasados del amor del bien público, y desprendidos de las pequeñeces del amor propio, del interés particular, del espíritu de cuerpo, y de sus vanos privilejios, se granjearán el afecto de sus conciudadanos, cuyos intereses son unos mismos con los de los defensores de sus leyes. Una Majistratura animada de este espíritu patriótico, y segundada por los conformes designios y deseos de todos los buenos ciudadanos, seria una fortísima barrera contra el despotismo y la tiranía.

La justicia y la virtud son tan necesarias á las diferentes clases de un Estado como á cada uno de sus individuos. El vicio, la arrogancia y el orgullo dividen las diferentes clases de la sociedad, destruyen la armonía social, y no dejan á cada una la suficiente fuerza para resistir á la opresion. Una necia vanidad, un pueríl apego á las vanas prero-

gativas, pretensiones frecuentemente injustas, quimeras, en fin, y devaneos, bastan á introducir la division y la discordia entre los ciudadanos que deberían sostenerse mútuamente: de aquí resulta que todos caen sucesivamente en los lazos del despotismo, viniendo este mismo, por último, á ser víctima de su propia vanidad.

Desde el Monarca hasta el último de sus ciudadanos, no hai uno que no tenga el mayor interés en que se observe la equidad; todos deben ser justos, y hacer todo el bien que puedan dentro de su esfera; cada uno debe ser querido y respetado, cuando cumple esactamente con los deberes de su estado. Por el suyo, el Majistrado es ministro de la equidad, órgano de la ley y no su intérprete, defensor del débil, refujio del pobre, consolador de la viuda y del huérfano, protector del inocente, y terror del culpado por grande y opulento que sea. Todos los ciudadanos necesitan ciertamente de la justicia; todos tienen un sagrado derecho á ella; mas la ley debe principalmente protejer y amparar al desgraciado, al pobre, al ciudadano sin ausilios; el corazon del Juez debe con especialidad franquearse para el infeliz; éste es el que mas necesita de la justicia; ¡y sin embargo este es al que por lo comun se le niega impía y cruelmente!

En fin, los Majistrados celosos, á quienes sus funciones diarias dan á conocer los inconvenientes de las leyes injustas, y de los usos perjudiciales introducidos por la barbarie ó la tiranía, deberian representar al Lejislador sus perniciosos efectos. Semejantes jueces, animados del amor de la humanidad, debieran sobre todo reclamar la derogacion de esas torturas verdaderamente salvajes, con las cuales, sin ventajas de la sociedad, se multiplican las penalidades y congojas de las desgraciadas víctimas de la justicia: debieran hacer ademas que se mitigasen las

leyes sangrientas, que hacen la pena de muerte demasiado frecuente, imponiéndola á delitos que no merecen en manera alguna un castigo tan terrible, y por la cual se vén privadas las naciones de un gran número de hombres que pudieran servirles con sus trabajos y tareas. En una palabra, el Majistrado mismo, cuando castiga los delitos, no debe mostrarse colérico y vengativo, ni olvidarse de que es hombre.

En medio de la obscuridad, de la sinrazon, de las contínuas contradicciones, y aun de la perversidad que reina en la jurisprudencia que sirve de regla á muchas naciones, es mui difícil que la sana Moral, siempre conforme con la naturaleza, halle preceptos que pueda dar, y que sean adoptados por la mayor parte de los hombres, cuya profesion es guiar, defender é ilustrar á los ciudadanos en sus contiendas jurídicas, y conducirlos por el terrible y espantoso laberinto de las fórmulas y procedimientos judiciales que, por lo comun, sólo sirven para hacer inaccesible á los ciudadanos la llegada al templo de Themis. Esta Moral envano hablaria á unos mercenarios siempre dispuestos á recibir y defender la causa del rico injusto, del opresor poderoso, y del pleiteante de mala fe contra el pobre, el inocente y el débil. ¿Qué conciencia, ó qué desvergüenza no es menester que tengan esos directores engañosos y falaces, esos apoyos de la injusticia, que, por medio de horrorosas connivencias y confabulaciones, de enredos criminales, de traiciones, de trampas, de efujios, y de fórmulas insidiosas, se vanaglorían muchas veces de los infames triunfos que consiguen sobre la justicia? ¿Hai un atentado mas detestable y digno de castigo, que el de esos imprudentes malvados que hacen profesion de engañar á sabiendas á los jueces, haciéndoles pronunciar sentencias favorables á la iniquidad? Á falta de

leyes, ¿ no debieran el oprobio y la pública infamia cubrir á esos ladrones autorizados, que por mil medios sutiles y falaces hallan el secreto de arruinar con los procedimientos judiciales á las familias mas opulentas, de absorver en gastos y dispendios mucho mas de lo que importan y valen los derechos ó reclamaciones de los demandantes en juicio? ¿Hai un ciudadano seguro en sus bienes y propiedades, cuando cae en las garras de estas aves de rapiña insaciables? En fin, ¿ qué proteccion puede esperar un hombre de bien de las leyes, no siendo éstas regularmente sino unas redes y lazos tendidos á la inocencia, á la sencillez y á la buena fe de los hombres?

En muchas naciones es caminar un hombre á su ruina el defender su justa causa. Los modos de proceder ó enjuiciar en casi todos los paises dán inestimables ventajas á los litigantes fraudulentos. (1) La multiplicidad de las leyes, contradictorias las mas de ellas, hace que la Jurisprudencia sea incierta, impenetrable y arbitraria aun para los que se dedican solamente á este estudio; ella hace que los Jueces mas íntegros sean á veces sorprendidos y engañados por esos astutos practicones, que se jactan de triunfar y salir bien en las causas mas desesperadas. Jeneralmente, los letrados, en casi todos los pueblos, son uno de los mayores azotes que los atormentan. Los ministros de la justicia son los que comunmente mas la desprecian y la ultrajan.

Sería sinembargo una injusticia el comprender en la misma condenacion á todos los que profesan la

(1) Un célebre abogado decia que *cuando una causa es evidentemente justa, lo mas acertado y prudente es avenirse y conformarse; mas cuando es dudosa, es menester pleitear.* Jeneralmente se observa que los buenos abogados y curiales son los que ménos gustan de pleitos.

Jurisprudencia. Entre ellos se encuentran muchos hombres de bien, nobles y virtuosos, que se compadecen con dolor de la iniquidad de las leyes, de lo absurdo de las fórmulas y procedimientos judiciales, y de los enredos, trampas y ladronicios de sus indignos compañeros. La inocencia desamparada encuentra en ellos unos campeones jenerosos que la defienden contra el poder y la altivez. No pocas veces se ha libertado el pobre inocente de las asechanzas y atentados de la iniquidad y tiranía por el amparo de estos protectores valientes y desinteresados. No una vez sola los litigantes mas irritados y furiosos han depuesto sus ódios enconosos con los pacíficos consejos de los jurisconsultos benéficos, que los han preservado de la ruina. En una palabra, si entre los miembros subalternos de justicia se encuentran muchos entes despreciables por el tráfico vergonzoso que hacen de sus talentos, otros nos ofrecen ilustres ejemplos de virtud, de justicia y de jenerosidad. Aun mas: una clase de hombres á quienes la orgullosa grandeza se cree con derecho de menospreciar, ha dado, enmedio de los mayores peligros, señales y pruebas de un patriotismo, de una nobleza, de un valor, y de un honor sólido y verdadero, desconocidas de los vanos y orgullosos esclavos de que tanto abundan las cortes, y que sus flacos corazones no serian capaces de imitar. (1) Estos leones, fero-

(1) Los anales de la Francia transmitirán á la posteridad los nombres ilustres de los *La Chalotais*, de los *Lamoignon*, de los *Malesherbes*, Majistrados tan distinguidos por sus talentos sublimes, como por su firmeza en la desgracia, y por el heróico valor que opusieron á los furores del despotismo. Estos mismos anales conservarán la memoria á las jeneraciones futuras del jeneroso *Target* (Abogado del Parlamento de París) cuya grande alma resistió constantemente á las seducciones y á las amenazas de la tiranía.

ces é indómitos en la guerra, se transforman en la corte en mansos y humildes corderos.

No confundamos, pues, los ciudadanos respetables de quienes hablamos, con la turba inmensa y despreciable de aquellos para quienes el estudio de las leyes es un medio seguro de ejercer impunemente todo jénero de iniquidades. Enmedio de los riesgos á que nos esponen unas leyes confusas, y muchas de ellas injustas, es utilísimo que unos ciudadanos honrados y celosos aclaren su caos obscuro, y nos indiquen los escollos en que de lo contrario dariamos á cada paso. ¡Quiénes mas apreciables que aquellos hombres moderados, cuya tranquilidad é ilustrada prudencia sosiegan y apaciguan las pasiones y las quejas de una multitud de insensatos siempre dispuestos á pleitos y contiendas! ¿Hai un cargo mas noble y mas honroso que el de un abogado que por sus luces y su probidad merece la confianza del público; cuyo gabinete es un santuario respetable; y que se constituye el árbitro, juez y oráculo de sus conciudadanos? Por unos medios los mas lícitos y honrosos, un jurisconsulto apreciable ¿no adquiere fácilmente y sin remordimientos una fortuna de que no tenga que avergonzarse?

Esta es, en jeneral, la conducta que la Moral prescribe á los que se dedican al estudio de las leyes, tan penoso por muchas causas y razones. Á los gobiernos sábios, justos y virtuosos pertenece el formar una Jurisprudencia mas clara que la actual, y mas conforme á la naturaleza y necesidad de las naciones. Este es el solo medio de hacer que huya y dasaparezca esa raza famélica, que devora impunemente la sustancia de los ciudadanos, y que destruye y borra de sus corazones las ideas mas naturales y sencillas de lo justo y de lo injusto. Tácito mira con razon la multiplicidad de las leyes como la señal cierta é infa-

lible de un mal Gobierno y de un pueblo corrompido. (1)

CAPÍTULO VII.

Deberes de los Ministros de la Relijion.

No entra en el plan de esta Obra, únicamente destinada á esplicar los principios de la Moral natural, el examinar los fundamentos de las varias relijiones que vemos establecidas en los diversos paises del mundo. Cualquiera que sean las ideas que los diferentes pueblos se formen de la divinidad, ó del motor invisible de la naturaleza, siempre fué á la bondad de este Sér á la que los hombres rindieron sus adoraciones y homenajes; ellos han debido suponer que este Supremo Sér los amaba, que escuchaba sus ruegos, y que tenia el poder y la voluntad de hacerlos felices; de donde han debido concluir, que el hombre estaba en obligacion de hacer bien á sus semejantes para conformarse con los designios de este Sér benéfico. Bajo este aspecto, la relijion no puede ser otra cosa que la Moral natural, ó los debéres del hombre confirmados por la autoridad conocida ó presumida del dueño y señor de la naturaleza y de los hombres, el cual no puede en manera alguna contrariar las leyes esenciales en qué visiblemente estriban la conservacion y la felicidad del jénero humano.

Segun los principios de todas las relijiones, las cualidades morales, y las voluntades divinas deben servir de modélo y de regla á los hombres: todos los cultos que suponen una divinidad mala, cruel, injusta, vengativa, enemiga de los hombres, en una palabra, inmoral, no puden ser mirados sino como supersticiones y mentiras, inventadas por impostores interesados en turbar el reposo del jéne-

(1) *In pessima autem republica plurimae leges.*

ro humano. Toda Moral sería inconciliable con un sistéma relijioso que supusiese un Dios déspota ó caprichoso, á cuyos ojos fuesen las miserias de las naciones y los llantos de los mortales un espectáculo indiferente ó agradable. *El mismo Jupiter*, dice Plutarco, *no tiene derecho á ser injusto. Dios*, dice Ciceron, *dejaria de ser Dios, si desagradase ú ofendiese al hombre.* En otra parte este orador filósofo representa á Dios como *protector, y amigo de la vida social*: esto mismo es lo que dice la Sabiduría eterna cuando declara que *sus mas caras delicias son estár con los hijos de los hombres.* (1)

Esto supuesto, toda opinion, toda doctrina, todo culto, que sean contrarios á la naturaleza del hombre racional y que vive en sociedad, deben ser desechados como opuestos á las intenciones del autor de la naturaleza humana: todo sistema relijioso, que indujere á violar la justicia, la beneficencia y la humanidad, ó á hollar las virtudes sociales, debe ser detestado como una blasfemia contra la divinidad: en fin, toda hipotésis que á nombre suyo produjere y fomentare disensiones, ódios, persecuciones y guerras entre los hombres, debe ser mirada como una mentira abominable.

Nosotros, pues, tenemos medios naturales para juzgar si una relijion es buena ó mala, esto es, conforme ó contraria á las ideas que formamos de la divinidad. Segun estos principios incontestables, la relijion mas conforme á la Moral, á la naturaleza del hombre, á la conservacion, á la armonía y á la paz de las naciones, debe ser preferida á las contrarias opiniones, y proscritas éstas con la mayor indignacion. La conformidad á los preceptos de la Moral es lo que puede constituir

(1) Proverb. cap. 8. vers. 31.--Cicero, de legibus, III.

la escelencia de una relijion, y hacer que ésta prevalezca constantemente sobre las muchas supersticiones que infestan á los hombres.

Asiqué la Moral es relativamente al mundo en que vivimos la piedra de toque de la relijion, y el objeto que mas interesa á la sociedad política. Si la teolojía regula y ordena los pensamientos y opiniones del hombre acerca de las sustancias celestes, y sobrenaturales, la Moral se limita á regular sus acciones dirijiéndolas á su mayor bien sobre la tierra. Si la relijion promete recompensas infalibles á la virtud, y amenaza al crímen con castigos rigorosos en otra vida, la Moral promete en la vida presente recompensas sensibles á todo hombre virtuoso, y amenaza al perverso con castigos visibles y seguros; y sus sentencias confirmadas por la sociedad, reciben una nueva fuerza de la autoridad de las leyes. La sociedad no puede ni debe ocuparse en los pensamientos secretos de sus individuos, á que no alcanza ni penetra; sólo puede juzgarlos por sus acciones, segun su influjo en ella. Con tal que el ciudadano sea justo, pacífico, virtuoso, y cumpla fielmente sus debéres dentro de su esfera, ni la sociedad ni el Gobierno pueden, sin una loca temeridad, escudriñar sus secretos pensamientos, ó arrogarse el derecho de arreglar sus opiniones verdaderas ó falsas, relativamente á las cosas que no son en manera alguna pertenecientes á la esperiencia ó la razon. Todo hombre con riesgo suyo propio puede errar en materias á que no alcanzan sus sentidos; mas la sociedad ó la ley, puede justamente impedirle errar en su conducta, y castigarle cuando sus acciones perjudican á sus conciudadanos. En una palabra, es una tiranía tan cruel como insensata el castigar á un hombre porque no puede ver las cosas invisibles con los mismos ojos que sus tiranos, que

sólo le atormentan por su particular modo de pensar. Por otra parte, un Dios infinitamente justo, sábio y poderoso, que permite que los mortales yerren y se estravíen en sus pensamientos y opiniones, no puede aprobar que se les atormente á causa de unos pensamientos y dictámenes que no penden de su voluntad. De donde se sigue que la relijion, de acuerdo con la Moral, prohibe el maltratar á los hombres por sus opiniones relijiosas.

Sinembargo nada ha costado mas sangre y lágrimas á las naciones que el engaño que las persuade á que la sociedad está fuertemente interesada en regular las opiniones particulares de los ciudadanos sobre los dogmas abstractos de la relijion: esta idea, que no puede dimanar de una divinidad benéfica, ha dado causa á persecuciones, á castigos, á revoluciones, á mortandades horrorosas, á abominables rejicidios; en una palabra, á crímenes espantosos y destructores. Ciertos sacerdotes ambiciosos han querido señorear al universo, sojuzgar á los Soberanos, y establecer su imperio sobre los pensamientos mismos de los hombres. Los fanáticos é impostores que fomentaban y protejian su ambicion fuéron osados á decir, que un Dios de paz y de misericordias queria que su causa fuese defendida á sangre y fuego: ¡y creciendo mas su demencia, se atrevieron á creer y afirmar, que Dios se complacia en ver humear la sangre humana, y que pedia que fuesen pasados á cuchillo todos cuantos no tuviesen ideas esactas y precisas de su esencia impenetrable!

Unas opiniones tan crueles, y tan contrarias á las nociones de la divinidad han irritado muchas veces á los filósofos ilustrados, y á hombres de rectas costumbres, convirtiéndolos en enemigos de un Dios, que se les ofrecia bajo apariencias tan odiosas y horribles: ofendidos de los escesos que veían

cometer en nombre suyo, á veces han repugnado y contradicho toda relijion como incompatible con los principios de la Moral, y han mirado á sus ministros como á unos impostores, tiranos, y perturbadores de la tranquilidad, y como á unos perversos coligados para esclavizar al jénero humano.

Pero sea cual fuese en este caso la duda ó la incredulidad; sean cuales fueren las opiniones de los hombres acerca de la divinidad, de la relijion y de sus ministros, estas opiniones no cambian ni alteran en nada las que deben formarse de la Moral. Esta tiene la razon y la esperiencia por base, y se funda en el testimonio de nuestros sentidos; bien sea que esta Moral haya recibido la sancion de la divinidad, ó bien que no esté revestida de esta autoridad sobrenatural, ella obliga igualmente á todas las criaturas sociables ó que viven en sociedad. El infiel, el que no creyere en una relijion revelada ó en una Moral espresamente confirmada por la voluntad divina, no podrá ménos sinembargo de admitir una Moral humana, cuya realidad está manifestada con las esperiencias innegables, y confirmada con el dictámen constante de todos los siglos y de todos los entes racionales: aun aquel que negase la exîstencia de un Dios remunerador de la virtud y vengador del crímen, no pudiendo negar la exîstencia de los hombres, forzosamente ha de conocer y confesar que estos hombres aman todo lo que es útil á ellos, y que aprecian la virtud, al paso que detestan el vicio y castigan el crímen. Aun cuando, como hemos dicho en otra parte, (1) los designios y las miras de un hombre no se estiendan mas allá de su vida presente, siempre estará obligado á conocer que, para vivir feliz y tran-

(1) Véase el discurso preliminar de esta obra.

quílo en este mundo, no puede ménos de respetar y obedecer las leyes que la naturaleza le impone, así á él como á todos los entes necesarios á su felicidad recíproca. Siempre que se conforma con estas leyes tan claras y evidentes, tiene un indubitable derecho á la estimacion y á los beneficios de la sociedad, sean cuales fueren por otra parte sus nociones verdaderas ó falsas acerca de la relijion. Además, hombres mui piadosos han creido que todos aquellos que siguiesen la sabiduría ó la razon, podian ser mirados, en cierto modo, como mui relijiosos, *aunque fuesen Atéos.* (1)

Estos principios nos facilitan el juicio que debemos formar de la doctrina y las acciones de los ministros de la relijion. Nosotros los tendrémos por órganos de la divinidad, por intérpretes del autor de la naturaleza, cuando nos hablan el lenguaje de la naturaleza, el cual no puede jamás ser contrario al bien de la sociedad. (2) Por el contrario, nosotros mirarémos como á órganos de algun jenio maléfico y perverso, como á unos embusteros, á todos aquellos cuyos preceptos nos incitasen al mal, ó cuyos designios fuesen visiblemente hacer á los hombres infelices ó malvados. En fin, aplaudirémos la conducta y las costumbres de los que fuesen virtuosos, sociables y útiles al Estado; y nos compadecerémos de los errores y estravíos de los que por sus acciones se hiciesen aborrecibles y despreciables á los ojos de los hombres sensatos.

El sacerdocio formó en todos los tiempos y naciones una clase mui distinguida: sus funciones su-

(1) Este es el dictámen de San Justino mártir. Véase su Apolojía.

(2) *Nunquam aliud natura, aliud sapientia dicit.* Juvenal. Satyr. 14 vers. 321.

blimes le hicieron participar con los dioses de la veneracion de los mortales. Los sacerdotes fueron, como véremos luego, (1) los primeros sábios, los primeros fundadores de las naciones; una larga prescripcion les dió, y les conserva en todo pais, el derecho de educar la juventud, de enseñar la Moral á los hombres, y de dirijir sus conciencias y sus costumbres en esta vida para su felicidad en ella; en fin, estendiendo sus miras mas allá de la muerte, los ministros de la relijion se proponen guiar al hombre á una felicidad mayor que la que goza en la tierra.

Limitados en nuestras investigaciones á sólo tratar de los estímulos humanos y naturales que deben mover al hombre á obrar el bien en este mundo, no elevarémos nuestro pensamiento á una rejion que solamente puede ser conocida por la fé; asiqué exâminarémôs únicamente los debéres que impone á los ministros de los altares la dignidad que ocupan en la sociedad.

El clero, igualmente respetado por los Soberanos y los pueblos, ocupa el primer puesto, ó constituye el órden mas distinguido en todas las naciones: en razon de los servicios que hace, ó debe hacer, está regularmente dotado con liberalidad; sus jefes, sus miembros mas ilustres, gozan de propiedades que los ponen en estado de mostrarse con esplendor y magnificencia á los ojos de sus conciudadanos. Tantas señales de honor, tantas distinciones, y tan cuantiosos bienes imponen evidentemente, sobre todo á las primeras dignidades del clero, el deber indispensable de un eterno reconocimiento, y de su apego y amor á la patria que los colma de beneficios. Só pena de incurrir en la mas odiosa in-

(1) Cap. IX. de la presente seccion.

gratitud, los Obispos y Prelados, en las naciones Europeas, deben distinguirse por su patriotismo y por su zelo en contribuir al mayor bien y conservacion de las sociedades, que con tanta jenerosidad contribuyen á su felicidad particular. Es claro, pues, que el sacerdote debe, mucho mas que otro alguno, mostrarse ciudadano, amar su pais, defender su libertad, promover sus intereses, fomentar la pública felicidad, sostener los derechos de todos, y en fin, oponerse con nobleza y energía á los progresos del despotismo, quien, despues de haber devorado las otras clases del Estado, devorará tambien al clero cuando le convenga.

Ninguna clase en la sociedad es mas respetable que el clero á los ojos de los Príncipes mismos; asiqué á los ministros de la relijion toca dar á conocer á los Reyes la verdad, que los cortesanos aduladores le ocultan de contínuo. En vez de sosegar la conciencia de los tiranos con espiaciones fáciles y aparentes, el sacerdote deberia llenar de un terror santo y saludable las cobardes y crueles almas de estos monstruos que causan todas las desgracias de los pueblos.

Colocados en un lugar eminente, los sacerdotes deben, aun mas con sus ejemplos que con sus discursos, predicar á los ciudadanos la union, la concordia y la tolerancia con los estravíos y defectos de los hombres. Un sacerdote intolerante y cruel no puede ser ministro de un Dios lleno de paciencia y de bondad. Un sacerdote que sacrifica hombres, es un sacerdote de Moloch y no de Jesu-Cristo. Un sacerdote perseguidor, un fanático que predica la discordia, no son mas que embusteros y engañadores que hablan en nombre de ellos mismos, y cuya lengua mueve el interés, el delirio y el furor. El Inquisidor que entrega un hereje á las llamas, es ciertamente un malvado, á quien el infame interés del tribunal que ocupa ha transformado en fiera.

Discípulos de un Dios de paz, cuyo reino no es de este mundo, los sacerdotes de nuestros paises no pueden, sin ofender á su divino Maestro, reusar sus tributos al Cesar, ó creerse dispensados de contribuir á las cargas del Estado bajo el pretesto de inmunidades *y derechos divinos*; mucho mas prohibido les está el resistir á las potestades, sublevar á los súbditos contra los Soberanos, ejercer imperio alguno sobre los Príncipes, quitarles sus coronas, y armar la mano parricida contra los Reyes. Los sacerdotes reos de semejantes atentados darian á entender al universo que no creian en el Dios que predican á los demas hombres.

Imitadores de un Dios, que nació pobre, sucesores de los Apóstoles, que fueron indijentes; los sacerdotes del cristianismo nada poseen suyo propio. Depositarios de las limosnas que los fieles han puesto en sus manos, nunca deben cerrarlas, cuando se trata de consolar y socorrer á la miseria. Un sacerdote avaro y cruel con los pobres, sería un administrador infiel, un ladron, un asesino. Un sacerdote apegado á las riquezas, un sacerdote soberbio y orgulloso, ni son ni pueden ser discípulos de Jesus.

Ocupados en estudios penosos, ó entregados á la vida contemplativa, los sacerdotes tienen medios de amortiguar en sí mismos la ambicion, la avaricia, la vanidad y las aficiones al luxo y á los placeres sensuales, de cuyos vicios son víctimas los demas hombres. La vida del sacerdote debe ser irreprensible; su estado debe preservarle del contajio del vicio; su oficio es mostrarnos en su persona al verdadero sábio y filósofo vanamente buscado en la antigüedad.

Abrasados, conmovidos con los ejemplos poderosos de la primitiva Iglesia, los sacerdotes cristia-

nos deben hacer que renazcan aquellos afortunados tiempos, en que los fieles estaban animados de un solo corazon y un solo espíritu. Las contiendas interminables y contínuas serían unas escenas escandalosas, que resfriarian la confianza de los ciudadanos; éstos, en sus directores, deben hallar unos ánjeles de paz, unos modélos de caridad, unos ejemplos vivos de todas las virtudes sociales.

Sí, como no puede dudarse, las ciencias son de la mayor utilidad para los hombres, ¿cuán inestimables ventajas no pudieran conseguir en ellas tantos Cenobitas ricamente dotados? ¿Quién se atreveria á quejarse de su ociosidad, y á ofenderse de la abundancia y opulencia de unos sábios, que empleasen el tiempo que les concede su retiro en hacer descubrimientos provechosos, esperiencias interesantes, é investigaciones que facilitasen en todo jénero los progresos del entendimiento humano y los trabajos útiles de la sociedad?

En fin, los ministros de la relijion, estando en casi todas partes esclusivamente encargados de la educacion de la juventud ¡de cuánto no les serían deudoras las naciones, si cumpliesen esacta y cuidadosamente con la tarea importante y penosa de cultivar los talentos de los que un dia han de ser ciudadanos! El clero sería ciertamente el cuerpo mas útil, y el mas digno de la confianza y del aprecio de los pueblos, si desempeñase los oficios que le están encargados.

Estos son en pocas palabras los debéres que la vida social y el reconocimiento imponen á los ministros de la relijion; si los cumplen fielmente, merecerán sin duda los bienes y la veneracion afectuosa de que gozan en el seno de la sociedad; y serán útiles y respetables aun á los ojos de los mismos que se resisten á sus dogmas relijiosos. La conducta de muchos sacerdotes y pastores, tan poco

arreglada á su doctrina, es una de las principales causas del disgusto con que muchas personas ilustradas miran á la religion: en vista del espíritu despótico, de la ambicion, de la codicia, de la intolerancia y de la inhumanidad de que los doctores y maestros de los pueblos se hacen culpables con frecuencia, muchas jentes repugnan y menosprecian á la relijion, como incompatible con los principios mas evidentes de la sana Moral. Todo hombre, ó todo cuerpo, que se aleja del camino de la virtud, trabaja en su misma destruccion.

Un clero ignorante y vicioso predica altamente la irrelijion y la incredulidad. Un cuerpo tan vano y orgulloso que se desdeña de hacer causa comun con los otros ciudadanos, no puede tener apoyo alguno sólido. Los sacerdotes ambiciosos y turbulentos desagradan y ofenden igualmente á los Soberanos y á los súbditos. Los maestros y directores codiciosos y corrompidos pierden la confianza y el amor de los pueblos. Los doctores sin ciencia, y sólo en el nombre, serán siempre despreciables á los ojos de las personas ilustradas. En fin, los sacerdotes favorecedores del despotismo y de la tiranía no dejarán algun dia de ser ellos mismos oprimidos y sojuzgados por los déspotas y tiranos; y como Ulises en la cueva del Ciclope no tendrán mas ventaja que la de ser devorados los últimos. (1)

---

(1) Los Jesuitas, que durante dos siglos, formaron una sociedad temible á todo el universo por su poder, su crédito, sus intrigas y sus riquezas, fueron constantemente las trompetas de la intolerancia, los favorecedores de la ignorancia y los aduladores del despotismo. Un Jesuita, confesor de Luis XIV, sosegó su conciencia acerca de un impuesto que el Monarca mismo tenia por injusto y pesado, diciéndole *que era dueño y señor de los bienes de todos sus vasallos.* En castigo de una máxima tan odiosa hemos visto destruida la Compa-

CAPÍTULO VIII.

Deberes de los Ricos.

Las riquezas dán, y deben dar á los que las poseen un lugar distinguido entre sus conciudadanos. El hombre rico es, por decirlo así, mas ciudadano que otro; su opulencia le pone en estado de dar á sus semejantes los socorros que no puede prestar el pobre; y está unido á la sociedad con mayor número de vínculos que le obligan á interesarse mucho mas en la suerte de ella, que no el pobre, que no teniendo nada, ó teniendo poco que perder, debe interesarse ménos en las revoluciones que ocurrieren en su pais. El que solamente vive de su trabajo y sudor, no tiene, propiamente hablando, pátria determinada, puesto que se halla bien donde quiera que encuentra medios de sub-

---

ñía de los Jesuitas sin oposicion alguna en toda Europa, y ocupados sus bienes é inmensas riquezas por los Príncipes.

Neque enim lex aequior ulla est,
Quam necis artifices arte perire sua. Ovid.

Esta doctrina Jesuitica fué resucitada en Francia, con motivo de la destruccion de los parlamentos en 1771 por el abate *Du Bault*, cura párroco de *Epiais*, el cual vino espresamente á París de lo interior de su provincia para predicar que los Franceses eran esclavos, y que su Rey era dueño y señor de los bienes, de las personas y de la vida de sus súbditos. *Journal historique de la rèvolution operèe dans la Monarchie Francaise*, &c. tom. 2. pag. 47.

En jeneral los jefes del clero de Francia mostraron la mas reprensible alegría al tiempo que los procedimientos del mas horrible despotismo destruyeron y anularon los tribunales de su pais. ¡Cómo es qué los ministros de la relijion son casi siempre los enemigos de la libertad de las naciones, cuando en esta libertad son ellos mismos los mas interesados!

sistir; en vez de que el hombre opulento puede ser útil á muchas personas, hallándose en disposicion de ayudar á su patria, á la cual se halla íntimamente unido en razon de sus haciendas y posesiones, cuya conservacion depende de la conservacion de la sociedad. Miéntras que en el asedio de Corinto los habitantes rechazaban al enemigo por todos los medios posibles, Diógenes, burlándose de su inquietud y miedo, se divertia en rodar su tonel.

No nos admiremos de ver que en casi todos los paises las leyes, los usos y las instituciones, por lo comun injustas y crueles para con los pobres, sean mas favorables á los ricos, y muestren una parcialidad visible con los que favorece la fortuna. Los grandes, los poderosos y los opulentos debieron comunmente ser preferidos á los pobres, los cuales son tenidos por ménos útiles á la sociedad. Sinembargo, estas leyes y estos usos son evidentemente injustos en permitir á los felices de la tierra oprimir y arruinar á los débiles y miserables. La equidad, que suple y remedia la desigualdad de los hombres, ha debido enseñar á los ricos á que respeten la miseria del pobre por el interés que en ello tienen. Seguramente, sin el trabajo y los socorros comunes del pobre, ¿el rico no sería miserable, y faltándole estos socorros no se vería mucho mas infelíz y desgraciado que el pobre mismo?

Así la justicia, de acuerdo con la humanidad, con la compasion y con todas las virtudes sociales, enseña al hombre rico á ver en el pobre uno de sus asociados, necesario á su propia felicidad, y de cuyos socorros debe hacerse merecedor, facilitándole en cambio de sus trabajos los medios de subsistir, de conservarse y de ser felíz en su estado. De este modo la vida social tiene á los hombres en una mútua dependencia. Hé aquí como los gran-

des necesitan de los pequeños, sin los cuales serian ellos bien pequeños y miserables. El opulento, para gozar de la abundancia, de los placeres y de las comodidades de la vida, necesita de los brazos y de la industria del pobre, á quien su miseria le hace laborioso, activo é industrioso. En una palabra, la menor reflexîon nos persuade que en la sociedad todos los miembros están recíprocamente enlazados con nudos indisolubles, que ninguno puede romper sin dañarse á sí propio; asi mismo debemos conocer que ningun ciudadano tiene derecho de menospreciar á los otros, de abusar de su flaqueza ó de su indijencia, de tratarlos con altanería ó con dureza; la justicia, en fin, nos muestra que el rico está siempre y de contínuo interesado en hacer bien só pena de ser despreciado y aborrecido sino cumple con su destino en la sociedad. El ciudadano, á quien la sociedad dispensa mas grande suma de felicidad, debe mucho mas á esta sociedad que no los desgraciados é infelices á quienes ésta olvida ó desatiende.

Los ricos pueden ser comparados á los manantiales, rios y arroyos que distribuyen sus aguas á las tierras áridas, haciéndolas producir plantas y frutos. El rico avaro se asemeja á los rios cuyas aguas se sumen y pierden en la tierra. El rico pródigo obra como los rios que saliendo de madre, se derraman por los campos sin fertilizarlos. En fin, siguiendo la comparacion, las riquezas mal adquiridas y locamente prodigadas son como los torrentes y avenidas que destruyen los terrenos por donde pasan y al cabo dejan seca la madre que formaron con tanta violencia y estruendo.

Estas reflexîones nos sirven para determinar nuestro juicio y dictámen sobre lo que la mayor parte de los moralistas han dicho de las riquezas. Los mas de los sábios las han reprobado como unos obs-

táculos á la virtud, como unos medios de corrupcion, como el manantial inagotable de un sinnúmero de necesidades imajinarias que nos sumerjen en el luxô, en los deleites y en la molicie; han dicho que endurecen el corazon, y nos hacen injustos; ensuma, que nos alejan y distraen de la investigacion de las verdades necesarias á la sólida felicidad de un sér intelijente. Éste es, en jeneral, el juicio que los antiguos filósofos han formado de la opulencia, considerándola como el mas peligroso escollo de la virtud. Oigamos por un momento á Séneca, el cual, en el seno mismo de las riquezas, se atreve á satirizarlas.

"Desde que las riquezas, dice, (1) han sido apre»ciadas de los hombres, y se han hecho en cierto »modo la medida de la consideracion pública, el »gusto de las cosas verdaderamente honestas y lau»dables se ha perdido enteramente. Todos nos hemos »convertido en unos mercaderes de tal modo cor»rompidos por el oro, que ya no preguntamos de »qué utilidad puede sernos una cosa, sino de qué »ganancia ó provecho; el amor de las riquezas nos »hace alternativamente hombres de bien, ó pícaros, »segun que lo exîje nuestro interés ó nuestra situa»cion.... En fin, las costumbres han llegado de tal »suerte á depravarse, que maldecimos la pobreza, y »á nuestros ojos es infame y deshonrosa; digna del »desprecio de los ricos y del aborrecimiento de los »pobres."

Platon decididamente asegura que *es imposible ser á un mismo tiempo rico y hombre de bien, y que no habiendo verdadera felicidad sin virtud, los ricos por lo tanto no pueden ser realmente felices* (2). Los mo-

(1) Séneca, Epist. 115.

(2) Plato, de legibus, lib. 5. pag. 742. E. & 743. A. B. tom. 2. Edit. Henr. Stephani, ann 1578.

ralistas nos pintan ademas las inquietudes que acompañan contínuamente á la opulencia, y que emponzoñan su posesion tan deseada de los hombres; demostrando ademas que son el instrumento de todas las pasiones. Mas, como dice Bacon, *las riquezas son el bagaje de la virtud; el bagaje es necesario en un ejército, aunque alguna vez suele retardar sus marchas, y hacer que se pierda la ocasion de alcanzar la victoria.*

Para reducir estas opiniones á su justo valor, nosotros dirémos que en sí mismas las riquezas no son nada, ni tienen mas valor que el que las dén sus poseedores. Un lecho dorado no alivia al enfermo ni los bienes cuantiosos hacen sábio á un necio. *La abundancia y la indijencia*, dice Montagne, *dependen de la opinion de cada uno, y lo mismo las riquezas, que la gloria y la salud, no tienen mas precio ni valor que el que les atribuye quien las disfruta.* (1) En manos de un hombre sábio, humano y liberal, la opulencia es evidentemente el manantial de los mayores bienes y de un contento que se renueva tantas veces como las ocasiones de ejercitar las buenas disposiciones del corazon: y al hombre sensible, cuya alma se deleita en hacer felices, en ser útil á su patria, en esparcir sus beneficios sobre todo el jénero humano, no le causarian embarazo todas las riquezas del Perú ó Potosí, si todas fuesen suyas. Dirémos, que lo que ordinariamente hace molestas al hombre de bien y compasivo la pobreza y la medianía, es la imposibilidad en que le constituyen de satisfacer los deseos de su grande alma, la cual querria aliviar á todos lo infelices y desgraciados que la suerte le ofrece, animar y fomentar los talentos útiles á sus conciudadanos, y enjugar las lágrimas de los que están oprimidos del infortunio y la miseria; en poder del hombre virtuoso y benéfico, los tesoros de Creso nunca servirian de obstáculo á su felicidad. "Si te aprovechases de las lecciones de la sabiduría, »dice Plutarco, vivirás en todas partes sin disgusto, »y serás feliz en tu estado: la riqueza te dará placer »porque tendrás mayores medios de hacer bien á »muchos; la pobreza, porque te hallarás con ménos »inquietudes y sobresaltos; la gloria, porque te verás »honrado; la obscuridad, porque serás ménos envi»diado. (1) Con la virtud, dice en otra parte, todo »jénero de vida es agradable. Tú estarás contento »con tu suerte, cuando hayas conocido bien en qué »consiste la rectitud y la bondad."

(1) *Essais de Montagne*, lib. 1 cap. 40. pag. 198. tom. 2. Edic. de 1745.

Es preciso convenir en que raras veces las riquezas se encuentran en manos de personas de esta naturaleza; la opulencia casi nunca está unida á los grandes injenios, ó á las grandes virtudes; (2) por lo comun la fortuna ciega se complace en colmar de dones á sus favorecidos, que no saben usar de ellos ni para su propia felicidad ni para la de los demas; en fin, hai mui pocas jentes á quienes anime un alma fuerte, capaz de sostener el peso de una grande opulencia. (3) *El oro*, decia Chilon, *es la piedra de toque del hombre.*

Mas esto no debe sorprendernos: las riquezas de la mayor parte de los hombres son ó el fruto de sus

(1) Plutarco *De virtute & vitio.*

(2) *Rarus fermè sensus communis in illa fortuna:*
Juvenal. Satyr. 8. vers. 72.

(3) *Infirmi est animi pati non posse divitias.* Séneca Epistol. 5. -- Plutarco observa sábiamente que, asi como no todos los temperamentos pueden resistir los efectos del vino, del mismo modo no todos los espíritus son capaces de una grande riqueza, sin embriagarse con ella y perder la razon.
Plutarco. Vida de Lúculo.

propios trabajos, de sus intrigas y de sus bajezas, ó bien las heredan de sus antepasados; en ámbos casos es bastante dificil que las riquezas caigan en manos verdaderamente capaces de hacer de ellas un uso conforme á la razon. (1) Los que trabajan y se labran su fortuna, no tienen ni tiempo ni deseo de cultivar su alma y su entendimiento, únicamente ocupados en cuidar de sus negocios, ni tienen ni pueden tener idea alguna de las ventajas que les resultarian de la cultura de sus facultades intelectuales. Por otra parte, los hombres, cuando están dominados del deseo de las riquezas, son regularmente poco delicados encuanto á los medios de conseguirlas. *Toda ganancia*, dice Juvenal, *gusta y complace, sea cual fuere su oríjen* (2).

Para lograr fortuna se necesita una conducta tan baja y rastrera, que los hombres de bien resisten y dificilmente se prestan á los medios que no cuestan nada á los que aspiran á enriquecerse á cualquier precio. En fin, nada es mas dificil que el adquirir grandes riquezas sin cometer grandes maldades. De aquí se deduce que la penosa ocupacion de labrarse

(1) *Dives aut iniquus, aut iniqui haeres.* S. Hieron. El rico es regularmente injusto, ó heredero del que lo ha sido. - "Muchos malvados, dice el Poeta Theógnides, se hacen ri-„cos, y muchos hombres de bien viven siempre pobres; mas „nosotros no cambiariamos nuestra virtud por sus riquezas, „porque la virtud siempre se posee, al paso que las riquezas „mudan contínuamente de dueño." *Poetæ Græci minores.*

Á Syla, que se vanagloriaba de su virtud, le dijo uno ¡ah! ¿cómo has de ser tú virtuoso, tú que, no habiendo heredado de tu padre cosa alguna, te encuentras poseedor de tan inmensos bienes? *Plutarco en la Vida de Syla.* Un proverbio vulgar dice: *Nuestros padres á pulgadas, y nosotros á brazadas.*

(2) *Lucri bonus est odor ex re qualibet.*
Juvenal. Satyr. 14. vers. 204.

uno á sí mismo su fortuna, es harto incompatible con la observancia escrupulosa de las reglas de la Moral. La fortuna, si parece ciega en la distribucion de sus favores, es porque los hombres dignos de ellos no quieren comprarlos al precio que los vende. *Tan fácil le es al sábio enriquecerse*, decia Thales, *como dificil que desee ser rico.*

"Solas las almas justas y buenas, dice Homero, „pueden ser fácilmente curadas de sus enfermedades." La Moral, inseparable siempre de las reglas inmutables de la equidad, no tiene preceptos capaces de reprimir á los hombres codiciosos, sin honor y sin probidad, que sólo tratan de enriquecerse; sus lecciones parecerian ridículas é importunas, si con noble osadía se dirijiesen á los impíos cortesanos, á los crueles esactores, á esos infames publicanos que se ceban con la sangre de los pueblos, y sacian su sed con las lágrimas de los infelices. La equidad natural no sería escuchada de aquellos que están creidos que la voluntad de los Príncipes hace justa la rapiña ó el robo, ni de esos hombres duros é inflexîbles que fundan su interés en la desgracia de sus semejantes.

Tampoco prestarian oidos á los consejos y preceptos de la Moral aquellos comerciantes, cuyas ganancias, aun las mas lícitas y permitidas por el uso y las leyes, no todas son igualmente conformes á la justicia y probidad: el mercader es regularmenre juez y parte en su propia causa, y esto le hace inclinar la balanza al lado de su interés particular; este interés le sujiere por lo comun mil sofismas que no tiene tiempo ni deseo de exâminar con atencion. En suma, es menester mucha fortaleza y mucha virtud para que un comerciante no caiga en la tentacion de aprovecharse ya de las necesidades, ya de la ignorancia y sencillez de sus conciudadanos. En jeneral, la Moral, sea ó no atendida, dirá siempre á los hombres que sean justos, que repriman su codicia,

que respeten la buena fe, que teman no llegue un dia en que se avergüencen de una fortuna adquirida á costa de la conciencia y de la probidad, porque en su posesion sufririan el torcedor contínuo de un remordimiento importuno ó los efectos de la indignacion pública, la deshonra y la afrenta.

Cuando la opulencia es fruto del trabajo de los antepasados, es todavía mas dificil que un heredero haya aprendido el arte de usar bien de ella. ¿Cómo unos padres faltos de buenos principios, y destituidos de virtudes podrán inspirárselas á sus hijos? La educacion de las personas opulentas no aspira comunmente á formar discípulos de corazon justo, sensible y benéfico; y ademas con dificultad consigue aficionarlos al estudio y á la reflexion. Los padres ignorantes y poco afectos á la virtud siempre dejarán sus bienes á hijos que se les parezcan. Los avaros, los usureros, los estafadores, los monopolistas, los cortesanos, los que manejan las rentas públicas ¿serán todos estos capaces de inspirar á sus descendientes pensamientos nobles y jenerosos, incompatibles con los medios de enriquecerse? Ademas, los padres codiciosos no saben ni aun enseñarles á conservar las riquezas que heredan; así vemos constantemente que la opulencia mas enorme llega raras veces á una tercera jeneracion; la locura de los hijos disipa en poco tiempo los tesoros acumulados por la injusticia de los padres. El hijo de un cortesano ó de un hombre de ánimo abatido, ¿apreciará acaso la virtud? Un padre fastoso y vano, sumerjido en el luxô y la disolucion ¿se dignará ocuparse en formar el alma de su hijo mostrándole el modo de usar bien de los bienes que algun dia heredará? Por último, el hijo de un hombre que nada en la abundancia ¿tendrá ni inclinacion ni deseo de adquirir por sí mismo la moderacion, la dulzura, las virtudes, los talentos y los conocimientos que le hagan un dia

feliz? Los hijos que nacen en el seno de la opulencia, no son por lo comun otra cosa que unos delirantes, que se les figura que todo les está permitido. *La hartura*, dice Theógnides, *produce la ferocidad.* (1)

Las fortunas enormes, las riquezas inmensas, acumuladas en pocas manos, son indicios de un Gobierno injusto que procura poco la subsistencia y la felicidad del mayor numero de sus súbditos. Cien familias con comodidad y medianía son mas útiles al Estado que no un rico avaro ó mezquino, cuyos tesoros escondidos fomentarian la actividad de una provincia entera. Las riquezas bien repartidas producen el bien y la felicidad de un Estado; ellas aumentan la industria y conservan las costumbres, que la grande opulencia, lo mismo que la grande miseria corrompen y destruyen. La inmensa fortuna embriaga al hombre, y le entorpece enteramente. *Los magníficos vestidos*, dice Demofilo, *son embarazosos al cuerpo, y las grandes riquezas al alma.*

---

(1) Plutarco observa, hablando de Syla, que las riquezas produjeron en él un trastorno jeneral, haciéndole feroz y cruel; y por esto dice este filósofo, "él dió motivo de »condenar los grandes honores y las grandes riquezas, y »de imputarlas que no permiten á los hombres el conservar »sus primeras costumbres, sino que enjendran en sus cora»zones la vanidad, el orgullo, la inhumanidad y la insolencia." Plutarco, Vida de Syla. Los mas de los ricos se hacen aborrecer de los pobres, no sólo por la envidia que escitan en ellos, sino aun mas por el mal que sin motivo alguno les causan, y por las incomodidades que les ocasionan. En las grandes ciudades sobre todo, el pueblo se vé de contínuo impedido y embarazado en sus mas necesarios trabajos por los trenes y equipajes de los grandes y ricos ociosos, que con la precipitacion que llevan siempre, huyendo del contínuo fastidio que los ocupa, atropellan y echan por tierra impune y tranquilamente á cuantos infelices encuentran al paso.

Por otra parte, una grande pobreza, como verémos mui pronto, estimula frecuentemente al crímen. No hai pais en donde se hallen ni tantos particulares ricos, ni tantos malhechores como en las naciones opulentas. Thales decia que "la república mejor or»denada es aquella en que ninguno es ni mui pobre »ni mui rico." El estado de medianía fue siempre el asilo de la probidad. El gobierno es mui imprudente y culpable, cuando inspira á sus súbditos una pasion desenfrenada á las riquezas, y destruye en ellos de este modo todo pensamiento de honor y de virtud.

El Filósofo Crates esclamaba ¡*ó hombres*! *adonde os precipitais afanados por acumular riquezas, al mismo tiempo que descuidais la educacion de vuestros hijos á quienes debeis dejárselas*! Nada modifica mas poderosamente á los hombres que la educacion, el ejemplo, la instruccion y las máxîmas de que los padres les dan los primeros impulsos. No es de admirar que se encuentren en las naciones infestadas del luxô, de la disipacion y de la corrupcion de las costumbres, tantos ricos faltos enteramente de las dotes necesarias para hacerse felices por medio de las riquezas, y mucho ménos dispuestos todavía á procurar el bien de los demás. El fausto, la ostentacion, la necesidad de *vivir segun su estado*, altamente ponderada por la vanidad, los enormes dispendios que cuestan los raros y esquisitos deleites, hacen que al hombre mas opulento no le quede nunca sobrante alguno: los mas cuantiosos bienes apenas le bastan para satisfacer todas las necesidades que su vanidad y el astío de los placeres ordinarios crean en su imajinacion. No hai tesoros que sufraguen á los caprichos y estravagancias sin número que producen el luxô, la disipacion y el fastidio: las rentas de los Reyes apenas podrán apagar la sed inestinguible de una fantasía caprichosa.

El fastidio, como ya hemos debido convencernos,

es un verdugo que á nombre de la naturaleza castiga siempre y perpetuamente á los que no han aprendido á regular sus deseos, á vivir útilmente ocupados, y á usar con economía de sus placeres y recreos. ¿Porqué vemos siempre á los grandes y á los ricos inquietos y ajitados? Porque en el seno mismo de los honores, de la fortuna y de los placeres no gozan de nada; porque agotadas ya por ellos todas diversiones y entretenimiento, sería menester que la naturaleza crease en su obsequio nuevos deleites y nuevos sentidos. Opípara mesa, placeres sensuales, espectáculos, gustos y placeres diferentes, nada los estimula ni interesa; (1) nada los saca de su profundo sueño: enmedio de las fiestas y diversiones mas bulliciosas el fastidio los asalta, y la imajinacion los atormenta persuadiéndoles que el placer se halla siempre donde ellos no se encuentran. De aquí esa ajitacion, esa inquietud convulsiva que se advierte comunmente en los Príncipes, los grandes y los ricos; parece que pasan su vida corriendo en busca de los placeres, sin gozar jamás de los que tienen á su vista: "el uno, dice Lu»crecio, deja su magnifico palacio por distraerse del »fastidio; mas pronto se arrepiente, porque ni es »mas dichoso, ni está mas tranquilo fuera dél: el »otro huye precipitadamente á sus haciendas de cam»po, como quien corre á apagar un incendio; mas »apénas pone el pie en ellas cuando ya siente y pa»dece un mortal fastidio... y con la misma precipi»tacion vuelve á tomar el camino de la ciudad." (2)

Vivir útilmente ocupados, y hacer bien á sus

---

(1) *Ipsæ voluptates eorum trepidæ, et variis terroribus inquietæ sunt; subitque, cum maxime exultantes, sollicita cogitatio: hæc quandiu.*

Seneca, De brev. vitæ, cap. 16.

(2) Lucrecio, lib. 3. "Yo creia en otro tiempo. ¡ó Fanias!

semejantes son los únicos medios de evitar el fastidio que atormenta á tantos ricos, para quienes no hai placeres en la tierra. Los placeres de los sentidos se agotan; la satisfaccion pueril que puede dar la vanidad, desaparece cuando es habitual; mas los placeres del alma se renuevan á cada momento, y el gusto inesplicable que resulta de la idea de la felicidad que por nuestra causa otros disfrutan, es un deleite libre de alteracion y fastidio. *Ocupaos en hacer felices para que lo seais*; hé aquí el mejor consejo que la Moral puede dar á los ricos.

Aristóteles, hablando de las riquezas, dice que *unos no usan, y que otros abusan de ellas.* ¡ Cuan felíz sería el hombre rico, si supiera aprovecharse de las ventajas que la fortuna le concede! ¿Cómo el fastidio le asaltaría nunca, si con un alma tierna y sensible poseyese un entendimiento ilustrado? todo se cambiaría en placeres para el rico piadoso y benéfico. Enjugar las lagrimas del infelíz, ocurrir con socorros y consuelos á una familia aflijida, reparar las injusticias del destino cuando este oprime al mérito desgraciado, recompensar liberalmente los servicios recibidos, desenterrar y dar á luz pública los talentos sumidos en el abismo de la miseria, estimular el injenio á útiles descubrimientos, saber gozar en secreto del placer de hacer felices sin descubrir al bienhechor, inspirar consuelo y alegría al corazon de un amigo angustiado, dar ocupacion y subsistencia á la pobreza laboriosa con trabajos útiles á la patria, animar al desalentado labrador, me-

---

„)dice Menandro por boca de un autor) que los que no se ha-
„llan necesitados á buscar la vida, gozaban de un dulce y
„tranquilo sueño, y que jamás esclamaban: ¡Cuan infelíz y
„desgraciado soy! Yo pensaba que sólo el pobre dormía sin
„quietud en su lecho; mas ahora veo que vosotros, que pasais
„por felices, no lo sois mas que nosotros."

recer el tierno afecto y las bendiciones de los que le rodean; hé aquí los medios seguros de disfrutar placeres durables y variados, de calmar la envidia que causan siempre las riquezas, y aun de hacer perdonables los caminos y arbitrios con que las adquirieron tal vez los injustos predecesores. Los descendientes virtuosos pueden lograr que se dé al olvido el orijen impuro de su opulencia: la indignacion y la envidia enmudecen á vista del buen uso que el hombre de bien sabe hacer de sus riquezas: éste se hace felíz en merecer la aprobacion y el aplauso de sus conciudadanos. (1)

En los campos es donde principalmente los ricos,

---

(1) La antigüedad nos presenta en Plinio el jóven un ejemplo interesante de lo que puede la opulencia compasiva y benéfica. Este grande hombre se muestra en sus cartas ocupado de contínuo en favorecer á sus amigos y á cuantos le rodean: al uno le perdona sus deudas, á otro le paga las que tiene, aumenta la dote de la hija de un amigo difunto, para que de este modo encuentre un casamiento ventajoso; vende una posesion en ménos de su valor para favorecer ocultamente á un sujeto á quien ama; á otro amigo suyo le pone en estado de vivir independiente y con reposo hasta el fin de sus dias; funda una Biblioteca en Comos, su patria, y ademas una casa para asilo de huerfanos. En fin, él nos enseña con su ejemplo que una sábia economía, aun mas que su riqueza, le facilitó el medio de cumplir con su benéfico natural. *Véanse las cartas de Plinio.*

Iguales disposiciones hallamos en Gilias, ciudadano de Agrigento, el cual, segun Valerio Máximo, no se ocupó en toda su vida sinó en usar de sus inmensas riquezas en favor de sus conciudadanos. El dotaba á las doncellas pobres; acudía al socorro de todos los infelices; ejercía la hospitalidad indistintamente con todos los estranjeros; traía toda especie de provisiones á su patria en tiempo de escasez; en una palabra, las riquezas de Gilias eran el patrimonio comun de todos los hombres. *Valerio Máximo, lib. 4. cap. 8.*

Compárese la conducta de estos ricos con la de una multitud de millonarios estúpidos de nuestros dias, que sólo se ocu-

lejanos de la pestilente atmósfera de las ciudades, hallarán ocasiones de hacer un bueno y honroso uso de su opulencia, y de mostrarse ciudadanos. Mas, acostumbrados regularmente al aire corrompido de las grandes poblaciones, al torbellino de los placeres frívolos y á los vicios que para ellos se han convertido en necesidades, los ricos miran las capitales como á su verdadera patria y domicilio, y se imajinan que están desterrados en sus haciendas y

---

pan en inventar locuras y caprichos para disipar su fortuna, ó en hallar medios de aumentarla. Los traficantes siempre codiciosos, los monopolistas cebados en las públicas calamidades, los ricos entregados á la disolucion, los hombres enteramente dados al luxô, nunca jamás se cuidan del bien público, en el cual no se creen de modo alguno interesados. ¡Que idea formará la posteridad de nuestro siglo, cuando sepa que enmedio de París, de la capital de un reino opulento y poderoso, donde el luxô levanta todos los dias monumentos tan costosos como inútiles, y entre tantas jentes que no saben qué hacer de su dinero, no se encontraban personas tan jenerosas que contribuyesen á la reedificacion de las escuelas de medicina, que bajo sus ruinas hacía ya mucho tiempo que estaban amenazando sepultar á los maestros y á los discípulos de una ciencia tan útil! ¡El arte de curar ¿es posible que no interesase y que se tuviese en nada por aquellos mismos que mas sujetos están á enfermedades? Los teatros y coliseos ¿son acaso monumentos mas importantes que la estancia y morada de los que velan por la salud de todos los ciudadanos? ¡Qué ignominia ésta para una Capital, que sustentando en la abundancia y en el luxô lejiones de farsantes, de cantoras y de bailarines, nada queria hacer en favor de los estudios largos y penosos de los sábios mas útiles á la sociedad! Al paso mismo que la Opera sacaba anualmente quinientos ó seiscientos mil francos de un público desocupado y ocioso, la facultad de medicina no poseía de rentas sino mil y ochocientos francos; sus profesores apénas tenian salario alguno; y el pobre se hallaba en la imposibilidad de solicitar el ser agregado á un cuerpo que hubiera honrado con su aplicacion y su mérito, si hubiese tenido proteccion! ¡Ó Atenienses! que niños sois aún!

posesiones, á ménos de no llevar consigo los desórdenes, el bullicio y las funestas diversiones á que ya están habituados. Sin ésto los rústicos placeres y la hermosura de la naturaleza les parecen insípidos; y es que los míseros ignoran el placer de hacer bien.

Sinembargo estos placeres son mas sólidos y mas puros que no los que sacian su vanidad. Puede ser comparada con ellos la futil ventaja de llamar la atencion del vulgo con trajes, trenes, libreas, muebles y adornos costosos, y con todo el vano y despreciable aparato que tanto aprecia el luxô? El rico injusto ¿puede gloriarse de merecer la estimacion pública ostentando con insolencia á los ojos de sus pobres conciudadanos una magnificencia insultante? Temerosos de escitar la indignacion jeneral estos hombres que se sacian y ceban con la sustancia de los pueblos, ¿no harian mejor en ocultar del público una opulencia comprada con iniquidades y delitos? El amor propio de estos favorecidos de Pluto ¿puede acaso cegarlos hasta el estremo de creer que una nacion oprimida porque ellos sean ricos, les perdonará la imprudencia con que se atreven á ostentar el fruto de sus robos? No: los aplausos y rendimientos de los aduladores y de los gorristas que rodean su mesa, no les persuadirán jamás que tienen mérito; jamás acallarán las acriminaciones y remordimientos de una conciencia atribulada; su fausto y sus convites sólo les darán envidiosos, mas no les granjearán amigos. Los convidados del que se ha enriquecido á costa del público, le ayudarán á consumir sus bienes; pero no le quedarán ni agradecidos ni obligados, porque miran los dispendios del rico como un deber, como una restitucion hecha á la sociedad, que á nombre de ésta reciben los aduladores parásitos. El hombre vano y orgulloso no son amigos los que tiene, son lisonjeros mentirosos, dispuestos á volver la espalda tan pronto co-

mo le falten las riquezas de que son partícipes. (1)

Nos admiramos de que los grandes y los ricos se vean abandonados de todo el mundo luego que la fortuna los abandona á ellos; pero mas sería de admirar el que sus pretendidos amigos obrasen de otro modo. El rico ostentoso y pródigo lo es por su propia satisfaccion, no con relacion á los otros; á su vanidad es á quien sacrifica su fortuna; porque le aplaudan y celebren derrama su oro á manos llenas, y porque de este modo ejerce una especie de dominio en hombres abatidos é infames es por lo qué los convida á sus banquetes y festines; asíqué éstos con razon consideran satisfechas sus obligaciones âcia él, si le pagan su necedad con el humo de sus inciensos. Efectivamente, éste mismo hombre que tiene la locura de gastar en un convite sumas que bastarían para sacar de la miseria á una familia entera, es bien seguro que no tendria valor de hacer un gasto mucho menor, que fuese oculto é ignorado. Tambien lo es que este mismo hombre tan jeneroso al parecer, y tan noble y franco con los aduladores que le cercan, no les daria secretamente en dinero el importe de su convite.

Ni la benevolencia ni el deseo de hacer bien son los verdaderos móviles de la ostentacion, ni la causa de la ruina de los pródigos: una reconcentrada vanidad hace en ellos por lo comun las veces de bondad, de afecto, de amistad y aun de amor. Nada es mas frecuente que vér á un hombre rico arruinarse por una prostituta, á la cual,

(1) Los viajeros dicen que hai Mahometanos que tienen escrúpulo de comer con los que se sospecha que han adquirido mal su fortuna. Un Califa de Bagdad se impuso á sí mismo la ley de no comer ni vestirse sino del producto de su trabajo.

en el fondo de su corazon no profesa amor alguno; él sólo aspira á la gloria de desbancar á sus rivales, y de conseguir el triunfo de ellos á fuerza de dinero. Por otra parte, ¿como un hombre semejante podría gloriarse de poseer el corazon de una mujer, que carece de sensibilidad con el uso contínuo del deleite, y que está dispuesta siempre á preferir al amante que mas la dé?

Los gustos comunmente ruinosos que los ricos codician, raras veces son verdaderos y sinceros; por lo comun están fundados en la vanidad, la cual los persuade que así serán tenidos por hombres de un gusto raro y esquisito, por hombres no comunes, por hombres mui opulentos y felices. Con solo este fin un hombre rico, que en realidad carece de todo gusto, reune á veces una inmensa coleccion de curiosidades que ignora, de libros que jamás leerá, de pinturas cuyos autores y mérito desconoce. (1) Sinembargo es preciso convenir en que el fastidio tiene comunmente tanta parte como la vanidad en los gastos inútiles que desha-

(1) Asi vemos frecuentemente que los artistas de luxo, los diamantistas, los sastres, las modistas, los revendedores de pinturas, etc., son por lo comun unas jentes poco delicadas en sus ganancias: acostumbrados á tratar con necios y descabezados, ellos suelen ser unos pícaros engañadores. Por otra parte, con el trato de los grandes y poderosos adquieren el hábito de la fatuidad. ¡Estas son las jentes que el luxo hace prosperar á costa y con perjuicio de los labradores y de los ciudadanos útiles! Júntense á éstos las rameras, las actrices, las encubridoras, las bailarinas y toda clase de viciosos y bribones, y hé aquí el catálogo de las personas interesantes que la corrupcion de las costumbres hace prosperar y lucir; las que absorven las fortunas de los hombres mas opulentos; y las que obtienen muchas veces las recompensas del gobierno. *Mendici, Mimae, Balethrones, hoc genus omne.* Horat. lib. 1. Satyr 2. vers. 2.

cen y arruinan las mayores fortunas; él es sin
duda el que hace pagar mui caro los objetos que
alistante disgustan, ó que alménos se miran como
insípidos tan pronto como se poseen; al fastidio
de los ricos se deben las producciones tan diferen-
tes, tan variables, y algunas veces tan ridículas
de la moda, que hacen perdonables al parecer
todos los males que el luxo causa á las naciones.

Mas los consuelos pasajeros que dá el luxo á
las molestias y á la vanidad de algunos ricos ocio-
sos, no deben ciertamente justificar los innume-
rables males que causa á los pobres, ésto es, á
la parte mas numerosa de toda sociedad. El luxo
solamente es ventajoso á sus mismos artífices; pero
en cambio es dañosísimo á la clase verdaderamen-
te útil y laboriosa de los ciudadanos. Lo que á
un rico caprichoso le cuesta una obra majistral de
pintura ó escultura, una soberbia tapicería, la
talla y adorno de su palacio, un vestido bordado,
una joya relumbrante é inútil, bastaría á veces
para vivificar á muchas familias de honrados labra-
dores, mucho mas necesarios al Estado que no
tantos artistas que sólo sirven para recrear vana-
mente los sentidos. Enhorabuena que el hombre de
gusto admire las producciones sublímes de las artes,
y haga justicia á los diversos talentos que recrean
sus sentidos; mas el verdadero sábio, siempre sen-
sible á las necesidades y aflicciones del mayor nú-
mero, no podrá jamás preferir estas artes á las útiles
y necesarias á la sociedad, que darían la subsis-
tencia á millones de infelices. Desmontar y hacer
fértil á una provincia para bien de sus habitantes,
secar pantanos y lagunas para dar salubridad al aire,
cruzar canales que faciliten los transportes y rie-
gos, son para un buen ciudadano objetos mas in-
teresantes que los mas suntuosos palacios adorna-
dos con cuadros de *Rafael*; y con estatuas de

Miguel Angel enmedio de los mas deliciosos jar-
dines de *Le Nautre*.

Mas los ricos regularmente no están acostum-
brados á ocuparse en hacer el bien que podrian
al pueblo que desprecian; ellos prefieren el hacerle
sentir el peso de su poder de un modo odioso y
aborrecible; y léjos de disminuir la envidia de los
pobres, hacen por irritarla con su conducta arro-
gante y tiránica. No parece sino que los hombres,
á quienes la fortuna ha dado todos los medios de
hacerse amables, sólo se sirven de ellos para ha-
cerse odiosos y aborrecibles. En vez de consolar y
socorrer la miseria del pobre, los ricos sólo pare-
ce que exîsten en la tierra para aumentar esta mi-
seria: en vez de fertilizar los terrenos áridos y es-
tériles, la opulencia y el poder se empeñan úni-
camente en destruirlos y asolarlos. ¿Puede ser el
hombre felíz cuando no vé á su alrededor sino in-
felices y miserables? ¿Las riquezas pueden tener
algo de lisonjero y alagüeño, cuando sólo acar-
rean el ódio y las maldiciones de los mismos de
quienes pudieran conciliarnos la buena voluntad?

CAPÍTULO IX.

Deberes de los pobres.

¡Con cuánta indignacion un corazon sensible
mira el luxo, al ver que endurece el alma de los
Príncipes, de los grandes, y de los ricos, forján-
doles necesidades infinitas y siempre insaciables, que
les impiden consolar y socorrer las miserias de los
pueblos, porque no les dejan sobrante alguno para
hacerlo! ¿Con qué ojos verá una sana política la
aversion que el luxo inspira á los ricos ácia la vida
campestre que sus riquezas debieran reanimar? ¿No
es forzoso que jima al ver esas campiñas que en

vez de ser ausiliadas con brazos que las cultiven, se hallan despobladas por solo aumentar el número inútil de los criados de la indolente opulencia? En fin, ¿todo hombre de bien no ha de llenarse de dolor y sentimiento al ver que tantos sirvientes, corrompidos con el ejemplo de sus amos, comunican á las últimas clases de la sociedad la corrupcion y los vicios que han adquirido en las ciudades?

En un Estado corrompido, las influencias del luxô, funestas para los ricos de quienes trastorna el juicio, se dejan sentir de un modo mas cruel todavía á los pobres, y á los que sólo tienen una fortuna limitada: todos estos quieren imitar á lo lejos los modales, los dispendios y el fausto de los opulentos y grandes; cada cual se avergüenza de su pobreza, y procura ocultarla con el adorno y compostura esterior: el pobre y el hombre de cortas facultades, llevados del torrente, se ven precisados á seguir el tono pomposo que los ricos, los grandes, y principalmente las mujeres, casi siempre frívolas y vanas, dan á la sociedad. Así todo el mundo se cree obligado á escederse en gastos, só pena de no poder alternar con los que, en vez de ostentar su opulencia é inhumanidad, debieran mas bien consolar y socorrer al menesteroso; éste de consiguiente se vé en la precision de salir de su estado, puesque no le basta ser pobre para ser socorrido. De este modo el infeliz y miserable que se encuentra en la necesidad de recurrir á los grandes y poderosos, se halla en el duro aprieto, para no verse ultrajado y despedido por lacayos insolentes, de hacer gastos que no puede, siempre que ha de presentarse á sus protectores, porque temería incomodarlos y ofenderlos, si en su esterior les manifestase su infortunio; y en fin, se arruina por no verse menospreciado y desatendido, sin llegar nunca á conseguir socorro alguno, cuando en esta esperanza ha

perdido lo poco que tenia.

¡Hé aquí como los ricos incapaces de hacerse felices á sí mismos, léjos de prestar consuelo alguno ó de contribuir al bienestar de los otros, les hacen contraer sus mismas enfermedades! La epidemia de la Corte, estendiéndose á las ciudades, pronto trasciende á las aldeas y á los campos, llevando consigo la semilla de todos los vicios, de todos los desórdenes, y aun de todos los delitos. Así es como la vanidad se propaga; así el gusto de la ostentacion y del ornato, fatal á la inocencia, se apodera del corazon del pueblo; así la indolencia y la pereza reemplazan el amor del trabajo; así, en fin, las buenas costumbres se pierden en el ócio, y éste llena la sociedad de ladrones, de forajidos, de malvados, de asesinos y de prostitutas, á quienes el terror de las leyes no puede reprimir en modo alguno. Un mal gobierno, que desanima al pobre y le envilece con indignas preocupaciones, le obliga á que se entregue al crímen, el cual no puede ser contenido sino á costa de muchas víctimas. Esta severidad sinembargo no corrije á nadie: el que envilece á los hombres, los incita á osarlo y á emprenderlo todo; el que los hace infelices y miserables, le quita á la muerte misma cuanto tiene de terrible para ellos. Haced felíz al pobre, libradle de la opresion, y le vereis como trabaja, como ama la vida, como teme perderla, y vive contento con su suerte.

El despotismo ha multiplicado siempre los perezosos y holgazanes. El ejemplo y la opresion de los ricos y de los poderosos corrompen la inocencia del pobre; éste á causa de su miseria se vé precisado á prestarse á los vicios de aquellos de quienes necesita para subsistir. Con el dinero el hombre corrompido y disoluto facilmente consigue seducir á una jóven, la cual se prestará á sus designios estimulada del deseo del luxô: con el dinero hará á sus mismos

padres cómplices de su deshonra: en fin, el oro, que de todo triunfa, hace que el necesitado se preste de continuo á los caprichos y delitos de los que se valen de él.

Por otra parte el pobre, abrumado de la idea de su propia debilidad y flaqueza, mira al hombre opulento como una criatura de una especie diferente de la suya, y esclusivamente feliz; asi le imita en cuanto puede; se hace codicioso y vano como el rico; desea por consiguiente enriquecerse á fin de gozar de las preeminencias que juzga inseparables de las riquezas, pareciéndole mejores los mas prontos medios, sean cuales fueren (1). De este modo el pobre, disgustado del trabajo, se hace á los principios vicioso, y despues criminal, buscando en el robo y la rapiña los medios de subsistir que le daria una honesta ocupacion.

La codicia de un gobierno tiránico, las estorsiones de tantos hombres que quieren hacerse ricos de la noche á la mañana, y los funestos ejemplos de los ricos libertinos pueblan las sociedades de un sinnúmero de holgazanes, de vagamundos y de malhechores incorrejibles á pesar de toda la severidad de las leyes. El rigor de tantos impuestos, de tantas cargas y de tanta servidumbre aburre y distrae al labrador de un trabajo que se le hace insufrible; así es que no trabaja cuando vé que todas sus penalidades y sudores no le producen cosa alguna, ni le prestan medios de subsistir, y mas quiere ser ó mendigo ó ladron, que cultivar una tierra ingrata que la tiranía le obliga á detestar.

Nada manifiesta y acredita tanto la neglijencia

(1) . . . . *Nec plura venena*
Miscuit, aut ferro grassatur sæpius ullum
Humanæ mentis vitium, quam sæva cupido
Immodici sensus. Juvenal Satyr. 14. vers. 175. et seq.

y la dureza de un gobierno como la mendicidad. En un Estado bien constituido todo hombre sano y robusto debe estar útilmente ocupado; aquel, cuya suerte infeliz y miserable ó cuyas enfermedades le impiden trabajar, tiene derecho á la humanidad de sus semejantes (1), y debiera ser socorrido y cuidado de sus conciudadanos, sin que le fuese permitido buscar su subsistencia por medio de una vida vagamunda, las mas veces viciosa y criminal. Por poco que se reflexîone se conocerá que esos suntuosos hospitales que una piedad mal entendida erije enmedio de las ciudades, no producen regularmente otro efecto, á pesar de sus enormes dispendios, sino el de aumentar las miserias y desgracias de los pobres, y no el de su alivio y socorro. Una humanidad mas reflexîva daría á los enfermos socorros mayores y mas eficaces en sus propias casas, y economizaria los enormes gastos de una ruinosa administracion.

Una compasion imprudente multiplica tambien en el seno de las naciones una clase de infelices que se llaman *pobres vergonzantes*: no hai un abuso mayor que la beneficencia ejercitada con los pobres de esta naturaleza, los cuales regularmente no son otra cosa que unos holgazanes orgullosos. El pobre no debe avergonzarse de su miseria, puestoque con ella enternece los corazones sensibles, y merece los socorros señalados por la sociedad. El hombre que ha llegado á la indijencia, debe renunciar enteramente á su antigua vanidad, y conformarse con su estado humilde; el infeliz no interesa ni compadece cuando es orgulloso. En fin, en vez de entregarse á las preocupaciones y quimeras de un perezoso orgullo, todo

(1) *La honrosa pobreza*, dice Helvecio, *no tiene otro patrimonio que los tesoros de la virtuosa opulencia.*
De l' Esprit, Disc. 2. cap. 6. pag. 31. edic. en 4.º

hombre pobre y desdichado debe buscar en un trabajo honesto el recurso contra su desgracia, cualquiera que haya sido su condicion ó clase anterior.

La humanidad, la justicia y el interés jeneral de la sociedad claman á una á los Soberanos que no reduzcan á la miseria y mendicidad á tantos ciudadanos, y que ejerzan alguna compasion con los pueblos, cuyas tareas y felicidad perturban y trastornan tan cruelmente, reduciéndolos á la desesperacion. Léjos de la sana política esas máxîmas horribles, que persuaden á muchos Príncipes que los pueblos deben estar sumidos en la miseria, para ser gobernados con mas facilidad. La opresion y la violencia no harán jamás sino viles y torpes esclavos; ó perversos, resueltos y arrojados, que se burlarán de las leyes y de los suplicios, con tal que puedan vengarse de las continuas injusticias que sufren. A los Príncipes toca de justicia el consolar eficazmente á los infelices y atraerlos á la virtud, que la Moral les predicará envano, miéntras que los mismos gobiernos los obliguen al crímen.

Acostumbrado desde su infancia el hombre del pueblo á trabajos penosos, no está su desgracia en que trabaje; lo está en que su trabajo es escesivo, y no le suministra medios de subsistir. La pobreza, se dice comunmente, es madre de la industria; pero tambien es madre del delito, si sólo es recompensada con crueles y gravosos impuestos. Entónces, cambiandose en furor, es fatal y temible á la sociedad.

Una sábia administracion debe hacer de modo que el pobre esté ocupado; debe por el bien de la sociedad alentarle al trabajo, necesario á la conservacion de sus costumbres, á la propia subsistencia y á su felicidad. No hai en política una máxîma mas falsa y peligrosa que la que ordena favorecer la ociosidad del pueblo. El verdadero oríjen de

la corrupcion de los Romanos provenia evidentemente de la pereza á que arrastraban al pueblo las distribuciones frecuentes de granos y los espectáculos continuos que le daban los ambiciosos, que de este modo procuraban captarse su ausilio y favor, ó adormecerle en su esclavitud. Bajo los tiranos que asolaron este Imperio, tan poderoso en lo antiguo, el pueblo ya depravado se mostraba indiferente á las crueldades que estos monstruos ejercian con los ciudadanos mas ilustres: su deseo y su ansia eran *pan y espectáculos*. (1) Por esta causa el mismo Neron fué un Príncipe adorado en vida, y sentido en muerte.

Una política ilustrada debiera procurar que el mayor número de los ciudadanos poseyesen alguna propiedad territorial, aunque fuese corta; la propiedad fijando al hombre en su heredad, le hace amar su país, estimarse á sí mismo, y temer la pérdida de los bienes que disfruta. No hai patria para el desgraciado que nada tiene. Mas en casi todos los paises

---

(1) *Panem et circenses.* Juvenal. Sátira 10. vers. 81. Plutarco dice que Xerjes, queriendo castigar á los Babilonios por una revolucion, les obligó á dejar las armas, y á danzar, cantar y entregarse á todo jénero de disolucion.— "Numa repartió las tierras entre los ciudadanos pobres para que, sacados de la miseria, se viesen libres de la necesidad de obrar mal, y paraque, dados á la vida campestre, se suavizasen sus costumbres, y cultivasen su entendimiento cultivando los campos." Plutarco Vida de Numa. Las turbulencias de Atenas, y las locuras y desórdenes que echaron por tierra esta República, deben atribuirse á las estravagancias y á la perversidad de los ciudadanos ociosos, y á los pobres llamados *Thétes*, cuyo ánimo se habia corrompido con la holgazanería, con las adulaciones de los Oradores y con los contínuos espectáculos. Los Atenienses, en jeneral, tenian injenio, destreza y gusto, mas poca ó ninguna virtud; por tanto cuidaban de oprimirla y castigarla siempre que ofendia sus enfermizos y envidiosos ojos.

Véase la Economía de Xenofonte.

los ricos y potentados todo lo han invadido; ellos se han apoderado de los campos para no cultivarlos, ó cultivarlos poco y malamente; bosques sin término, jardines dilatados, montes espesos y sin fin ocupan terrenos, que bastarian para emplear todos los brazos de cuantos ociosos y holgazanes llenan las ciudades y los pueblos. Si los ricos renunciasen en favor de los pobres necesitados las posesiones superfluas que poseen, y de las que no sacan provecho alguno, sus propias rentas se verian considerablemente aumentadas, la tierra sería mejor cultivada, las cosechas fueran mas abundantes, y los pobres, que tan incómodos y molestos son á la nacion, se harian unos ciudadanos tan útiles y felices cuanto su estado lo permite. Gelon llevaba consigo los Siracusanos á los campos, á fin de estimularlos asi á la agricultura.

No nos engañemos, la pobreza no escluye la felicidad; (1) antes bien puede gozarla con mas seguridad por medio de un trabajo moderado, que no la opulencia perpetuamente entorpecida, ó incesantemente ajitada con las necesidades contínuas de su loca vanidad. La pobreza ocupada tiene buenas costumbres; la pobreza teme disgustar y ofender; la pobreza es compasiva; el indijente es sensible á los males de sus semejantes, porque se considera espuesto á ellos: si el pobre carece de muchos deleites y placeres, tampoco siente el tedio y el fastidio propios del rico, que hastiado y sin fuerzas con nada se deleita, ni halla placeres algunos que le muevan. Los deseos del pobre son limitados como sus necesidades; contento con su subsistencia, no se afana por lo ve-

(1) . . . . *Neque divitibus contingunt gaudia solis :*
Nec vivit malè, qui natus moriensque fefellit.
Horat. Epist. XVII. lib. 1. vers. 9. 10.

nidero; y como es poco lo que posee se encuentra libre de los sobresaltos é inquietudes que turban de contínuo el reposo de la opulencia y de la grandeza, que tan envidiables sinembargo suelen parecerle: en fin, el que no recibe nada de la fortuna, nada puede temer de ella. "La pobreza, dice Epicuro, es »una cosa mui estimable, con tal que viva tran»quila y contenta con su suerte: el hombre es »rico luego que ha llegado á familiarizarse con la »escaséz: no es pobre el que tiene poco, sino aquel »que teniendo mucho, desea todavía tener mas. . . »¿Quieres ser rico? añade el mismo; pues no te afa»nes en aumentar tus bienes, sino en disminuir tu »codicia." (1)

Del seno de la pobreza es de donde por lo comun salen la ciencia, el injenio y los talentos. Homero, poeta inmortal de la Grecia, hizo inmortales á muchos héroes famosos cuyos nombres, á no ser por él, estarían sepultados en un eterno olvido. Virjilio, Horacio, Erasmo, nacieron en la obscuridad. Á los grandes talentos de los hombres, que la necesidad misma ha creado, son deudores de su gloria los Reyes, los Conquistadores y los grandes Jenerales. Las sociedades deben sus mayores descubrimientos al estudio y á las luces de los sábios, que por lo comun han vivido en pobreza y miseria; á tales hombres, tan despreciados por los grandes orgullosos y por los ricos soberbios, deben estos todos sus bienes y placeres.

(1) El camino mas pronto de enriquecerse, segun Séneca, es menospreciar las riquezas. *Brevissima ad divitias, per contemptum divitiarum, via est.* Séneca, Epist. 88 — El mismo dice en otra parte, *Si ad naturam vivis, numquam eris pauper, si ad opiniones, numquam eris dives..* Reprimiendo el luxô, un Rey podrá de repente enriquecer toda su Corte y consolar á todo su pueblo.

¿Con qué derecho los ricos y los grandes pueden despreciar al pobre? Por el contrario, éste debiera hallar en ellos unos bienhechores y unos apoyos contra la violencia y los rigores de la suerte; en vez de ultrajarle con crueles desprecios, debieran mirarle como un individuo interesante por su misma miseria, necesario á su felicidad, y muchas veces superior á ellos por sus respetables talentos. Reflexîonen los ricos y los grandes que la indijencia ó la medianía gozan acaso en su cabaña de una felicidad pura y no conocida de los mortales, que habitan suntuosos palacios erijidos por el crímen. (1) El indijente, dominado de la envidia, debe convencerse de que la inocencia ocupada es infinitamente mas feliz y dichosa que no la grandeza y la opulencia, rara vez capaces de limitar sus deseos.

El pobre, pues, debe consolarse y vivir resignado con su humilde fortuna; y siempre que trabaja útilmente en obsequio del rico tiene derecho á su piedad y beneficencia. Si él necesita de los ricos y de los grandes, es mui justo que les muestre la sumision, la deferencia, los respetos y las consideraciones que éstos pueden exîjir en cambio de su asistencia y proteccion. El pobre debe esforzarse por granjear su benevolencia valiéndose de medios honestos y lejitimos, de la dulzura, de la paciencia y de las demas virtudes necesarias á su clase; mas no con las bajezas é infamias que el vicio tiránico y despótico pretenda exijir de él. Cuando en los grandes halle unos protectores de su flaqueza, y en los ricos unos consoladores de su miseria, debe el pobre pagarlos con su agradecimiento; pero jamás un débil temor ó

(1) .... *Licet sub paupere tecto*
Reges et regum vita præcurrere amicos.
Horat. Epist. 10. lib. 1. vers. 32 et 33.

una indigna complacencia han de hacerle sacrificar su honor y su conciencia. El honor del pobre, lo mismo que el del ciudadano mas ilustre, consiste en atenerse firmemente á la virtud. La probidad, la buena fé, la rectitud y la fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, son prendas mas honrosas que la opulencia ó la grandeza, cuando en estas no se encuentran aquellas virtudes. ¿Hai cosa alguna mas noble y respetable que la virtud, que persiste firme y constante enmedio de la miseria, y que rehusa salir de ella con aquellos medios injustos, que los ricos y los grandes, sin necesidades algunas urjentes, no se avergüenzan de emplear y seguir? La pobreza noble y esforzada de un Arístides, ó de un Curio ¿no fué mas honrosa que la opulencia de un Craso ó de un Trimalcion?

Si la virtud es amable en cualquier estado que se encuentre, mucho mas venerable es todavía y mas interesante en la indijencia miserable. La probidad se halla mas comunmente en la medianía contenta con su suerte, que en la grandeza ambiciosa y siempre inquieta; que en la opulencia siempre codiciosa; y que en la profunda miseria tan fácil al delito ó al mal.

Sería casi imposible entrar en el pormenor de los deberes que la Moral impone á las diversas clases en que estan distribuidas las naciones: asiqué se contenta con hacer presente á todas ellas que la probidad, la virtud y la integridad no sólo son necesarias para ser cada uno respetable en su esfera, sino que ademas pueden ser útiles á su fortuna. Un mercader arreglado y de buena fé, que se ha granjeado la reputacion de no engañar á nadie, será preferido á todos sus concurrentes; y las pequeñas ganancias que hará, acompañadas de una conducta prudente y económica, le producirán seguramente una riqueza que no le darian el fraude y el engaño: el que

una vez ha sido evidentemente engañado, no se deja engañar la segunda. El artesano racional, atento y de buena conciencia es buscado con preferencia al que su neglijencia, su disolucion y sus vicios hacen bribon y falto de palabra.

La Moral es una misma para todos los hombres, grandes ó pequeños, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres: sus lecciones están al alcance del Monarca y del labrador; á todos les son igualmente útiles y necesarias; y su práctica dá iguales derechos á la estimacion pública. Un Príncipe, cuyas injusticias hacen infelices y miserables sus Estados, ¿es acaso mas apreciable que el labrador que los vivifica con su labranza y sus cosechas? (1) Un ciudadano laborioso ¿no es preferible á tantos grandes inútiles á la patria que la devoran? Un honrado comerciante y un artesano industrioso ¿merecen ser comparados con un señor injusto que se niega á pagar lo que les debe? En fin, el literato indijente y miserable que consagra sus tareas y vijilias á la instruccion ó al inocente recreo de sus conciudadanos ¿no merece ser mas querido y respetado, que no el imbecil opulento que afecta despreciar los talentos?

El hombre pobre, que vive de su trabajo y de su industria, no sea, pues, despreciado de esos hombres altivos y soberbios que le tienen por de una especie diferente á la suya. El ciudadano obscuro no jima ni se avergüence de su suerte, no se tenga por desgraciado, no se menosprecie á sí mismo cuando cumple honestamente con sus obligaciones en la so-

(1) Los antiguos deificaron á los inventores de la Agricultura. Los Escitas decian que el arado les habia venido del cielo. Entre los modernos, el labrador es un ente vil, escluido de todo privilejio, despreciado, y de continuo maltratado de los ricos y nobles, y por lo comun destruido y aniquilado por los Gobiernos.

ciedad. Contento con su estado, no envidie á los cortesanos inquietos, á los grandes atormentados de deseos y perturbados de contínuas ajitaciones, ni á los ricos con nada satisfechos. La medianía, como constituida en un buen medio, logra del movimiento equilibrado de este mundo, sin esperimentar sus vaivenes.

El labrador, tan respetable en sí mismo como despreciado de los insensatos á quienes alimenta, viste y enriquece, dése la enhorabuena de ignorar el sinnúmero de necesidades, de fruslerias y de tormentos que aflijen noche y dia á los favorecidos de la fortuna. El morador de los campos, en su pacífico albergue, conozca la felicidad de verse libre de los cuidados y pesadumbres que en las ciudades se introducen y asaltan á los cortesanos bajo sus artesonados y relucientes techos. No envidie ni cambie su cama de paja, en la que descansa tranquila y profundamente, por el lecho de pluma, donde el crímen ajitado de contínuo envano busca el sueño y el descanso. Sepa apreciar la salud y el vigor que le prestan su frugal y sencilla comida, comparando su robustez y sus fuerzas con la flaqueza y las enfermedades de esos desarreglados, cuyo apetito ya no se irrita con los mas estimulantes manjares. (1) Cuando, al ponerse el sol, entra en su morada y halla dispuesta su simple comida de manos de su laboriosa consorte, rodeándole sus amantes hijos, que gozosos de su vuelta le festejan y acarician, ¿no debe preferir su suerte á la de tantos ricos fujitivos siempre de su propia casa, donde sólo hallan por lo co-

(1) Virgilio ha pintado bien la felicidad del labrador en estos versos:

Interea dulces pendent circum oscula nati;
Casta pudicitiam servat domus: ubera vaccæ
Lactea demittunt, ect. Virgil. Geor. lib. 3. vers. 523.

mun mujeres insufribles é hijos desobedientes? Aprenda, pues, el labrador á vivir contento con su estado; viva íntimamente persuadido de que el que alimenta y hace felíz á su patria, es mas dichoso, mas libre y mas estimable que el grande envilecido, que el guerrero feroz, que el cortesano servil, y que el codicioso traficante, todos los cuales hambrean y desolan la patria, sin lograr hacerse felices á sí mismos á pesar de todos los daños y males que causan á sus conciudadanos.

No hai duda que la felicidad exîste aun para aquellos hombres que la opulencia y la grandeza miran como la escoria de la naturaleza humana, á los cuales por lo tanto se interesan mui poco en consolar y socorrer. Para los pobres exîste tambien una Moral, mejor acojida en sus sencillas almas, que no en los espíritus exâltados, incapaces de ser convencidos; ó que en los corazones empedernidos, á los cuales no hai cosa que pueda enternecer. Es mucho mas fácil dar á conocer las ventajas de la equidad al que su flaqueza espone á la opresion, que no á los Príncipes, á los nobles y á los ricos, que fundan su felicidad y su gloria en la facultad de oprimir. Mas bien se consigue escitar afectos de humanidad y compasion en el que sufre y padece con frecuencia, que no en esos hombres á quienes su estado parece que les preserva de las miserias de la vida. En fin, cuesta mucho menos trabajo contener las pasiones tímidas del pobre, á quien sus miserias no han conducido al crímen todavía, que no las pasiones indómitas y furiosas de los tiranos, para quienes á su parecer nada hai que temer sobre la tierra. La felíz ignorancia en que el pobre vive de mil objetos distintos que atormentan el corazon del rico, le exîme de un sinnúmero de necesidades y deseos; y acostumbrado á todo jénero de privaciones, se abstiene de las cosas dañosas, de qué

otras jentes no pueden privarse sin dolor.

Por esta razon los Moralistas, que ordinariamente sólo se proponen la instruccion de las clases mas florecientes y elevadas de la sociedad, no debieran desdeñar la de los hombres ménos favorecidos del destino; proporcionando las lecciones de la Moral al estado y á la capacidad del pobre, el sabio se haria merecedor de otra tanta gloria, y recojería mayores frutos de éste modo, que anunciando solamente á los poderosos de la tierra verdades ó infructuosas ó desagradables para ellos. Mas al pueblo se le mira por lo comun como á un vil rebaño, incapaz de reflexionar y de instruirse, y al cual se le debe mantener en el error y la ignorancia para mejor y mas impunemente oprimirle.

CAPÍTULO X.

Deberes de los Sabios, de los Literatos, de los Artistas.

En todo tiempo y en todos paises, los talentos del alma han merecido á los que los poseian el aprecio y la consideracion de sus conciudadanos, y han tenido entre ellos un lugar honroso y distinguido. En el orijen de las naciones los hombres mas ilustrados, los mas instruidos, los mas esperimentados adquirian tanto crédito y tal ascendiente sobre los pueblos, que estos recibieron con reconocimiento las leyes que les dictaron, mirándolos como oráculos y como á unos séres sobrenaturales. Los *Sacerdotes* en el Egipto, los *Magos* en la Persia, los *Bracmanes* en el Indostan, los *Caldeos* en la Asiria, los *Filósofos* entre los Griegos, fueron por sus luces unos personajes respetados igualmente de los Soberanos y de los pueblos, á quienes eran útiles por sus conocimientos, por su ciencia y por sus descubrimientos, fruto de sus traba-

jos y de sus meditaciones. La historia los califica de inventores de la mitolojia, de la relijion, del culto y de la lejislacion que se establecieron en la mayor parte de las naciones del mundo. Los primeros sabios fueron los primeros Soberanos. "*Aquellos*, dice el grande autor del Espíritu de las Leyes, *que habian inventado las artes, hecho la guerra en defensa de los pueblos, reunido los hombres dispersos y errantes, ó que les habian adquirido y dado terrenos, obtenian de ellos el Reino, y le transmitian à sus descendientes. Ellos eran Reyes, Sacerdotes y Jueces.* (1)"

Asi la consideracion pública no fue esteril ni mezquina para con estos hombres divinos y raros: los sacerdotes, ademas del respeto público de que gozaban, fueron ricamente dotados por la gratitud nacional; y aún obtuvieron inmunidades, gracias y privilejios que les facilitaron el aplicarse tranquilamente á sus meditaciones, á sus cargos respetables, y á las investigaciones útiles y provechosas para la sociedad. Por consecuencia, estos personajes reverenciados, y dados á la contemplacion y á la esperiencia, pudieron hacer descubrimientos útiles ó curiosos, y los pueblos hubieron de tenerlos por entes de un órden superior, que tenian trato con el cielo. Las naciones debieron á estos primeros sábios la Teología, la Astronomía, la Jeometría, la Medicina, la Física, y un gran número de artes útiles ó agradables á la vida. Por informes é imperfectas que fuesen las primeras nociones de estos especuladores, ellas no obstante debieron parecer sublimes á unos salvajes faltos de esperiencia; y para hacerlas mas respetables aún, se las cubrió con el velo de las alegorías, enigmas y misterios, los cuales, solamente entendidos de los Sacerdotes, sirvieron para perpetuar el poder y as-

(1) Vease *L' Esprit des Loix*, lib. 1.

cendiente de éstos sobre los pueblos.

De esta manera, la ciencia, los talentos, la industria y el artificio elevaron á los sábios sobre los demas hombres; asi los Sacerdotes, que poseian esclusivamente los conocimientos interesantes á las naciones, fueron mirados como sus guias y directores; así eran tenidos por intérpretes de los Dioses, y á su presencia se postraban los Príncipes y los pueblos. Se vé, pues, que la utilidad social ha sido el orijen primitivo de la veneracion que los hombres han mostrado en todos los siglos al sacerdocio, como tambien de los honores, de las riquezas y de los privilejios con que tan ampliamente ha sido recompensado.

Este es el verdadero orijen de las ciencias y de las artes, que de siglo en siglo se han ido perfeccionando mas ó ménos, y que el transcurso del tiempo puede enriquecer aun con nuevos descubrimientos. Los pueblos ignorantes fueron siempre curiosos, inquietos y supersticiosos; embelesados con el espetáculo de los astros, sus débiles ojos no descubrieron en ellos sino objetos de admiracion: los Sacerdotes observadores ostentaron el secreto de leer en ellos sus destinos: esta curiosidad produjo la Astronomía, la cual en los principios no fué sino la *astrologia judiciaria*, ciencia falaz y engañosa, que los posteriores conocimientos han hecho justamente despreciables á las personas sensatas. Para el hombre inesperto todo es milagro; por consecuencia la Medicina, la Física, la Química, la Botánica etc. en su cuna fueron ciencias *májicas*, fundadas en el supuesto trato de los Sacerdotes con los Dioses. El gusto de lo maravilloso, hijo de la ignorancia, produjo despues la Poesía, la cual le adornó con sus gracias, contribuyó mas que todo á inflamar la imajinacion de los hombres ácia los objetos á los qué quiso ofrecer su admiracion y respeto, y grabó,

en fin, profundamente en los espíritus, las nociones, los cuentos y las fábulas que se propuso inspirarles.

La Moral de los primeros maestros de los pueblos fué una ciencia tenebrosa; por no conocer suficientemente la naturaleza del hombre, y los motivos mas poderosos y eficaces para escitar á la virtud y separarle del vicio, se recurrió á motivos sobrenaturales, y á ideas vagas de sus deberes; en vez de establecerlos sobre sus relaciones con los otros hombres, los fundaron sobre sus relaciones con las potencias ocultas, por quien se suponia gobernado el mundo, y cuya benevolencia ó cólera se atraia. Ademas se inventaron para los pueblos practicas y ceremonias, que se consideraron capaces de conmover favorablemente á estas potencias sobrenaturales, ó de calmar sus venganzas.

No es de un mundo invisible y desconocido de donde han de sacarse los deberes de la Moral universal del hombre, sino de las necesidades de su naturaleza, y de su propio corazon. No es menester buscar en el favor ó en la cólera de estas potestades invisibles los motivos que muevan al hombre á obrar el bien, ó que le desvien del mal, sino en el afecto y el ódio de sus semejantes, presentes siempre á sus ojos. Las ceremonias y los ritos jentílicos no purifican el corazon del hombre; lo que suelen hacer solamente es adormecer su conciencia.

Mas á pesar de esto se creyó necesario y preciso gobernar y rejir á los pueblos groseros y salvajes con la superstición, ó porque así se les quiso engañar, ó porque se les miró como á incapes de obedecer á la razon. Por consecuencia, la ciencia de las costumbres, y la política, entre los primeros sábios ó sacerdotes, fueron apoyadas en las fábulas. Es de creer seguramente que las Mitolojías relijiosas que se encuentran establecidas en los diferentes paises de nuestro globo, no son otra cosa

que la ciencia primitiva y grosera de la naturaleza y de los hombres, adornada por la poesia, consagrada por la relijion, y envuelta en misterios, á fin de hacerla venerable á los ojos de los pueblos, amantes siempre mas de lo maravilloso que de principios simples y bien raciocinados. En todos tiempos se ha procurado sorprender, seducir y ofuscar á los hombres para empeñarlos al cumplimiento de sus deberes. Una doctrina sencilla y racional no se habia encontrado aún; y como por otra parte esta doctrina no hubiera sido conforme á las miras políticas de los primeros preceptores de las naciones, de aqui es que estos trataron á sus discípulos como á unos niños, á quienes era menester engañar y persuadir con cuentos, con narraciones maravillosas, y con prodijios. La claridad y la sencillez son los últimos esfuerzos de la sabiduría, y solamente propias de los hombres en su madurez. "Los hombres, dice Tácito, son siempre »mas propensos á creer lo que no entienden; y las »cosas obscuras y misteriosas tienen mas atracti»vo á sus ojos, que las que son claras y fáciles de »comprender." Eurípides habia dicho ántes que él, que *en las tinieblas hai una especie de majestad.* Lucrecio decia tambien que *las personas estúpidas sólo admiran las cosas que se esconden bajo términos misteriosos* (1).

Asíqué los primeros conocimientos dados á las naciones salieron por lo comun de las nubes de la impostura. Por una fatalidad ordinaria, los hombres menos ignorantes que los otros engañan á estos primero, para esclavizarlos despues. Sobre esta po-

---

(1) *Omnia stolidi magis admirantur, amantque,*
Inversis quæ sub verbis latitantia cernunt.
Lucret. lib. 1. vers. 642.

lítica no sincera se fundó sin duda el espíritu misterioso de la antigüedad, espíritu que durante muchos siglos fue corrompiendo los escritos de los Filósofos mas célebres, los cuales por su estado y profesion hubieran debido ilustrar al jénero humano, mostrándole la verdad necesaria á su felicidad.

En fuerza de estos principios, los doctores y maestros de las naciones hicieron que bajasen del cielo sus preceptos y doctrina: *Brama* presentó á los habitantes del Indostan unos dogmas, leyes y prácticas que aseguró habia recibido del dueño y señor invisible del mundo. *Osiris*, despues de recibir del cielo el arte de la agricultura, se hizo Lejislador, Soberano, y Dios tutelar del Egipto: *Zoroastro*, en nombre de Oromáses, ordenó el culto, las costumbres y los deberes de los Persas. Segun estas mismas ideas, *Orféo* instruyó á los Griegos, y fundó los misterios de Eleusis; *Numa* dió sus leyes á los Romanos; *Mahoma* á los Arabes &c...

Todos estos Lejisladores, hallando á los pueblos groseros dominados de una fuerte pasion por lo maravilloso, y de un grande respeto á los enigmas y misterios, se aprovecharon astutamente de tan favorables disposiciones para someterlos á su imperio (1). Un lenguaje obscuro escita la curiosidad; y las nociones maravillosas admiran y agitan los es-

(1) El verdadero campo en que se dilata la impostura, dice Montagne, son las cosas desconocidas, por cuanto en primer lugar la misma enseñanza dá crédito y opinion, y ademas, no estando sujetas á nuestros discursos ordinarios, nos quitan los medios de combatirlas.» Lib. 1. cap. 31. César habia dicho ántes que èl, que por un vicio comun de la naturaleza nosotros confiamos mas en las cosas invisibles, ocultas y desconocidas, y que estas nos causan mas asombro. *Communi fit vitio naturæ, ut invisis, latitantibus atque incognitis rebus magis confidamus, vehementiusque exterreamur.* De bello civili, lib. 2. sec. 4.

píritus. Semejante al trueno, una ciencia rodeada de nubes hace respetables á los que se jactan de poseerla; pero si es útil y ventajosa para estos, es inútil y dañosa á los progresos del entendimiento humano, puesto que le divierte sin provecho, y le mantiene en una perpetua infancia. Ya se vé que hablamos solamente de las ciencias naturales y de los conocimientos que no esceden el alcance de su comprehension. Darnos sus ideas en nombre de la Divinidad, es, ó hacernos perder todo el resorte del injenio de que ella nos dotára, ó comprometer los altos respetos que la debemos, cuando está en clara y manifiesta oposicion con las luces y los dictados de la razon que dimanan de ella misma.

Del Egipto y la Fenicia fue, pues, de donde evidentemente recibieron los Griegos su relijion, sus primeras nociones sobre la Naturaleza y sobre la Moral, y en una palabra su *Filosofia*. Pitágoras, como hemos dicho en otra parte, fue á buscar su ciencia mística á las escuelas de los sacerdotes Egipcios y de los sábios Caldeos. Platon, despues de él, sacó del mismo manantial la doctrina oculta y sublime que difundió en su patria (1). La Gre-

(1) Platon sobrepujó en su estilo misterioso al de los sacerdotes de Egipto; asi es que los reprende por haber hecho un mal irreparable á las ciencias inventando la escritura. Sinembargo la escritura es el único medio de esparcir y conservar los conocimientos humanos; los salvajes viven en una continua infancia, porque los descubrimientos, las esperiencias y las reflexiones de sus antepasados, por falta de escritura, son siempre inútiles y perdidas para ellos. Cada jeneracion, privada de los socorros de este arte, está obligada á comenzar de nuevo con nuevos trabajos y dispendios. Es menester hablar con claridad á los hombres para serles útiles verdaderamente. El sábio misterioso y reservado no es bueno sino para confundir y embrollar los entendimientos y retardar sus progresos; por lo tanto un hombre semejante no

cia poco á poco se llenó de filósofos y pensadores, que se hicieron célebres y respetables con sus sistemas y descubrimientos, adoptados en seguida por los Romanos: estos conquistadores los comunicaron á los pueblos sujetos á su Imperio: y de mano de estos, los modernos han recibido los conocimientos que disfrutan, y que deben perfeccionar, simplificar, y hacer mas claros y mas útiles.

Tan respetables y honrosas, como hemos visto, han sido siempre las ciencias y el injenio en todos los pueblos. Este ascendiente de la sabiduría se ha observado en todos los paises de la tierra. Hace muchos siglos que *Confucio*, por los preceptos morales que se le atribuyen, gobierna todavía la China; su memoria es allí siempre grata; sus máxîmas han sido igualmente respetadas en aquel Imperio como oráculos por los mismos Tártaros feroces, que mas de una vez le han sojuzgado; para obtener los empleos y dignidades es preciso haber estudiado los libros de este sábio, á quien se le tributa culto, y se le ha dado el sobrenombre de *Rey de las letras.* Estos homenajes, tributados por toda una nacion á la memoria de este hombre célebre, prueban almenos que los Chinos, sinembargo de lo corrompidos que están, se consideran obligados á mostrar esteriormente su veneracion á los talentos y á la virtud, aun cuando ellos carezcan de estas dotes. Á pesar de su respeto á los escritos atribuidos

---

es bienhechor del jénero humano. La verdad es la que dá toda su brillantez á las ciencias; el que menosprecia la verdad y la pospone á la frivolidad, no es mas que un necio charlatan. Un Griego, hablando de Pitágoras, dijo: *Pitágoras el encantador, que quiere y busca la vanagloria y afecta un lenguaje grave y misterioso para hacer caer á los hombres en sus redes...*

Plutarco, vida de Numa.

á Confucio, los Chinos son miserables y viciosos, porque viven bajo un gobierno despótico y bárbaro, que pone obstáculos invencibles á los progresos de la verdadera sabiduría, y hace que sean inútiles las lecciones de una Moral mas sensata (1).

Si durante algunos siglos la ciencia fue despreciada en Europa, y estuvo como sumida en el olvido, este estado de envilecimiento debe atribuirse á la confusion y á los desórdenes que produjeron las revoluciones y las guerras continuas que ajitaron las naciones. Entonces el entendimiento humano recayó en su primitiva ignorancia; los estúpidos y furiosos guerreros no conocieron otro mérito que el de saber pelear; los pueblos, totalmente privados de luces y de razon, vejetaron en un funesto embrutecimiento, acompañado de todos los males que traen consigo el error y las preocupaciones. Los hombres, llenos de vicios y torpezas, se corrompieron en el infortunio, porque les faltaron los socorros, los con-

---

(1) Nosotros observarémos de paso que la Moral de este famoso sábio, tal y como nos la han transmitido algunos Misioneros de Europa, no puede darnos una idea alta y ventajosa de los conocimientos de los Chinos. Las obras atribuidas á Confucio y á su discípulo *Mentzio*, no encierran mas que máxîmas comunes y triviales, que en ningun modo pueden ser comparadas con las de los Griegos y los Romanos; ademas estos escritos, tan alabados por algunos modernos, favorecen el despotismo, es decir, el mas injusto de los Gobiernos, la tiranía paternal, la cual confunden con una autoridad razonable, la poligamia, el poder tiránico sobre las mujeres: en fin, ellos no tienen otro objeto que el de formar esclavos. Se vé, pues, que este Sábio del Oriente, ó los que han adoptado sus máxîmas, no han llegado á conocer las primeras nociones de la verdadera Moral y del Derecho Natural. Estremece y horroriza el pensar que la ley permita en la China á los padres esponer y abandonar á sus hijos, los cuales se encuentran con frecuencia en las calles de Pekin rebentados por los carruajes ó devorados por las bestias.

suelos, los placeres y las comodidades que las ciencias y las artes ofrecen. Los feroces soldados no conocieron de ningun modo las ventajas inestimables que los talentos, el injenio y la industria podian acarrear á la vida social. Las naciones estuvieron ciegas y mal morijeradas, porque sola la razon, fruto de la esperiencia ó de la sabiduría, puede hacer á los hombres humanos y sociables.

En fin, las tinieblas de esta larga noche comenzaron á disiparse; los Soberanos, amigos de las letras, de las ciencias y de las artes, les alargaron una mano benéfica y protectora; el entendimiento humano, libre ya de su pesado letargo, recobró su actividad; los talentos fueron considerados, honrados y recompensados; desde entonces escitaron en todas las almas una viva fermentacion y una emulacion dichosa; las costumbres se suavizaron; la reflexìon sucedió á la impetuosidad y al atolondramiento; el estudio se hizo la ocupacion de muchos ciudadanos inflamados del deseo de la reputacion, de la gloria, y aun de la fortuna que ya lograban los talentos. Las letras llegaron á ser por lo menos un agradable recreo para muchas personas, que sin ellas vejetarian en una fatigosa ociosidad.

Aristóteles decia que "los sábios tenian sobre los »ignorantes las mismas ventajas que los vivos sobre »los muertos. Que la sabiduría es un adorno en la »prosperidad, y un refujio en la adversidad.—La »sabiduría, segun Diójenes, sirve de freno á la ju»ventud, de consuelo á los viejos, de riqueza á los »pobres, y de ornato á los ricos.—Las ciencias y »las letras, dice Ciceron (1), son el alimento de la »juventud, y el recreo de la vejez; ellas nos dan es»plendor en la prosperidad, y son un recurso y un

(1) Cicero, *Orat. pro Archia Poeta*, cap. 7. §. 16.

»consuelo en la desgracia: ellas forman las delicias »del Gabinete, sin causar en parte alguna ningun »estorbo ni embarazo; por la noche nos acom»pañan, y nos siguen en los campos, en los via»jes &c."

Este es el juicio que formaba de la sabiduría un hombre de Estado, al cual le fué confiado el gobierno del mas poderoso Imperio del mundo: esto debiera causar rubor y vergüenza á tantos Grandes y Nobles que afectan despreciar á la sabiduría, que la miran como inútil y peligrosa, y que se vanaglorian al parecer de una ignorancia, que fué siempre el manantial del error y del vicio. La sabiduría sólo puede desagradar á los impostores y á los tiranos (1).

¿Habrá sido acaso por merecer los votos de semejantes hombres, por lo que algunos literatos han empleado sus talentos y sus luces en declamar contra la utilidad de las ciencias? Pero exáminemos en pocas palabras las razones en que un célebre detractor de las letras funda sus imputaciones contra ellas. *Las ciencias*, segun M. Rousseau de Ginebra, *son defectuosas en su orijen, en su objeto y en sus efectos. En su orijen, puesto que la Astronomía nació de la superstición, la Elocuencia de la ambicion, del ódio, de la adulacion y de la mentira; la Geometría de la*

(1) Calígula quiso destruir las obras de Homero. Un Emperador de la China hizo quemar todos los libros de sus Estados. Los malos Príncipes se han declarado siempre enemigos de la sabiduría. Valentiniano y Licinio la llamaban veneno, y peste de un Imperio. El impostor Mahoma proscribió astutamente toda ciencia, temeroso de que ella destruyese sus imposturas. El Gran Turco, dice *la Boëte*, está bien convencido que los libros y la doctrina dán mas que ninguna otra cosa á los hombres la proporcion de reconocer y odiar la tiranía. Véase su Discurso *Sur la servitude volontaire*, impreso á continuacion de los Ensayos de Montagne de la Edicion publicada por *Coste*.

avaricia; la Física de una vana curiosidad; y todas, hasta la Moral misma, del orgullo de los hombres.

En su objeto, porque no hai historia sin tiranos, sin guerras, sin conspiradores; no hai artes sin luxô; no hai ciencias sin el olvido de los deberes mas indispensables. ¡Qué de peligros, qué de errores y estravíos no encuentran en la carrera de las ciencias los que buscan sinceramente la verdad! Su mismo criterio *es tambien incierto.*

En sus efectos, las ciencias son hijas y madres de la ociosidad; son inútiles á la felicidad; inventan y proponen mil paradojas que dan por pie á los fundamentos de la fé, y destruyen la virtud. Ellas sofocan el sentimiento de nuestra libertad orijinal, é introducen una falsa y engañosa Política, que aniquilando la confianza y la amistad, abre la puerta á mil vicios; ellas producen el luxô y el loco deseo de distinguirse, de donde nacen la depravacion de las costumbres, la corrupcion del gusto y la molicie (1).

Para responder una á una á todas estas acusaciones tan graves, nosotros dirémos que la Astronomía nació de un racional deseo de conocer los movimientos de los cuerpos celestes, de cuyo conocimiento necesitaban los hombres para ordenar los trabajos precisos á la vida, como la Agricultura y la Navegacion; y que si la Astronomía nació ciertamente de la superstición, esta no es una ciencia real ni apreciable. La Elocuencia nació de la necesidad de escitar y mover las pasiones y los intereses de los hombres, para determinarlos por este medio á cosas útiles, ó persuadirlos la verdad, tan indispensable á su bienéstar: si algunos impostores han abusado de

(1) Véase el Discurso de M. Rousseau, premiado por la Academia de Dijon, sobre esta cuestion: *Si el restablecimiento de las Ciencias y de las Artes contribuye á correjir y purificar las costumbres.*

ella para seducir y engañar, esto solamente prueba que las cosas mas útiles se convierten en las mas dañosas por el abuso que se hace de ellas. La Física es efecto de una curiosidad laudable, que conduce al hombre á buscar en la naturaleza lo que puede contribuir á su propia felicidad; conocimiento sin el cual no podria conservarse, ni vivir. La Jeometría no es fruto de la avaricia, sino de la necesidad de distinguir y poner límites á las posesiones de los hombres, sin cuya distincion todo sería desórden y confusion. La Moral no es obra del orgullo, sino de la necesidad indispensable de saber como deben comportarse los hombres reunidos en sociedad.

La historia nos enseña hechos útiles á nuestra instruccion; y nos muestra tiranos, guerras, revoluciones, conspiraciones y tumultos populares para inspirarnos horror, y estimularnos á buscar los medios de preservarnos de los males que tan frecuentemente han aflijido al jénero humano. Las artes, es verdad, florecen en el seno del luxô; mas aquellas artes que no tienen por objeto una real y verdadera utilidad, no deben confundirse con las otras, sin las cuales la sociedad no podria subsistir. La sabiduría no produce el olvido de nuestros deberes; por el contrario, la verdadera sabiduría nos conduce á ellos; ella nos hace cumplir un deber, en el hecho mismo que nos constituye utiles á nuestros semejantes con las verdades ó las esperiencias que nos facilita comunicarles. No se pueden imputar como un crimen á las ciencias los peligros á que se arriesgan los que indagan la verdad; este es un crimen de la perversidad de los que hacen que la verdad sea dañosa á los que la predican, ó de los que se esfuerzan en privar de ella al jénero humano. Los errores y estravíos que se encuentran en la carrera de las ciencias, no prueban en manera alguna que las ciencias mismas son malas ó falsas; prueban sí que los hom-

bres están sujetos á estraviarse á veces por largo tiempo hasta encontrar la verdad, y á engañarse siempre que no parten de esperiencias seguras: estos falsos caminos ó estravíos hacen ver al sabio que debe desconfiar de sí mismo, y que á fuerza de caidas es como se aprende á caminar. El *criterio* de la verdad es cierto, cuando se emplea en objetos que pueden someterse á la esperiencia, dejando á un lado todos los que sólò tienen por base á la imajinacion.

Las ciencias verdaderamente útiles no son madres ni hijas de la ociosidad; son hijas de las verdaderas necesidades del hombre, que le llevan en busca de lo que puede contribuir á su conservacion, y hacer su exîstencia felíz y agradable; ni son inútiles á la felicidad sino cuando se ocupan en vagas especulaciones, y en objetos inaccesibles á la razon y á la esperiencia. Las paradojas que destruyen la virtud, son efecto del delirio, y tan malamente se llamarian éstas ciencias, como la embriaguez ó la locura. Las ciencias no sofocan ni ahogan el sentimiento de nuestra libertad; todo al contrario, la verdadera sabiduría nos conduce á ella, y nos hace amarla y desearla en vista de las desgrácias é infelicidades que acompañan siempre á la esclavitud. Las ciencias suponen reflexîon, y la reflexîon nos hace civiles é ilustrados, porque nos hace sociables, instruyéndonos en las atenciones y respetos á que están unos con otros obligados los hombres. La urbanidad en el trato de ningun modo escluye la sincera amistad y la confianza, que principalmente debe establecer la ciencia de las costumbres. Las ciencias no habren la puerta á mil vicios (1);

ocupándo al hombre de una manera útil ó agradable, ellas le separan y distraen de mil desórdenes, que son los recursos ordinarios de la ignorancia y la pereza. Las ciencias no producen el luxô; antes bien le deprimen y condenan; ellas exôrtan á los hombres á preservarse de él; ellas impiden á los estudiosos el que piensen en las vanidades de que se ven atormentados perpetuamente los ociosos y los ignorantes. El deseo de distinguirse no es un loco deseo, sino mui natural y mui laudable, cuando el hombre logra distinguirse por medio de una conducta honesta y virtuosa, y unos talentos ventajosos al público: un loco deseo de distinguirse lo és, sí, ciertamente el aspirar á ser tenido y reputado por hombre célebre, impugnando y combatiendo las nociones mas evidentes y racionales, las cuales nos hacen ver que la ignorancia es un mal, y que la sabiduría es un bien mui apreciable, bajo cualquier aspecto que sea considerada.

Toda ciencia, como hemos dicho al principio, es un resultado de la esperiencia y de los hechos; las esperiencias mal hechas constituyen la falsa ciencia ó el error, cuyas consecuencias son tan funestas para el hombre. Las esperiencias constantes, reitera-

(1) Epicuro decia al contrario, que "la Filosofía es el ori»jen y manantial de todas las virtudes que nos enseñan que »la vida es desagradable, si la prudencia, la honestidad y la »justicia no dirijen todas nuestras acciones; mas siguiendo »constantemente el camino que nos indican, nuestros dias se »pasan con cierta satisfaccion, de la que es inseparable la fe»licidad; porque estas virtudes y su práctica constituyen una »vida llena de tranquilidad y de placer." *Horum auten omnium initium, maximumque bonum prudentia est. Quocirca ex philosophiæ bonis prudentia antecellit, ex qua reliquæ virtutes omnes oriuntur: docentes quod jucunde vivere possit nemo, nisi prudenter et honeste justeque vivat; nec contrà prudenter et honestè justèque, quin et vivat jucundè. Virtutes enim jucundæ vitæ conjunctæ sunt; jucundaque vita separari à virtutibus nequit.* Diog. Laert. De vit. et dogmat. Philosoph. lib. 10, sec. 132.

das y hechas con reflexîon producen la verdadera ciencia, y nos dan á conocer la verdad, siempre útil y necesaria á los hombres. Pretender que la ciencia es inútil, es lo mismo que decir que los hombres, para conducirse en este mundo, no necesitan ni de la esperiencia, ni de la razon, ni de la verdad; esto no es reducir al hombre al estado salvaje ó al abstracto de la naturaleza, sino hacerle inferior á las bestias, las cuales tienen un cierto grado de esperiencia, de razon, de ciencia y de verdad, las suficientes para conservarse y satisfacer sus necesidades. Las necesidades del hombre, como que són mayores y mas multiplicadas que las de los brutos, requieren mayores esperiencias, conocimientos mas estensos, y un mayor número de verdades, sin las cuales sería mas desgraciado que las bestias. El hombre ignorante y estúpido carece de los recursos, que lo que se llama *instinto* concede á los *castóres*.

El medio de que un hombre sea superior á los otros está en que cultive mas que ellos su razon, y adquiera otros conocimientos mas profundos y vastos. ¿Qué prodijiosa diferencia no establecen la ciencia y el injenio entre unos y otros hombres? Los pueblos mas ilustrados son los mas florecientes. La Europa dá la ley á las demas partes del mundo por la superioridad de fuerzas que la comunica la sabiduría; entre las naciones que comprende, las mas poderosas, las mas activas, las mas industriosas son aquellas que poseen mayores conocimientos. Un pais sumerjido en la ignorancia es un reino de tinieblas, cuyos habitantes están en un profundo letargo.

El hombre nace en socidad y continúa viviendo en ella, porque la sociedad le es agradable y necesaria; el hombre no ha sido destinado en manera alguna por su naturaleza para vivir en los bosques, privado de los socorros de sus semejantes: la vida social le forma, le modifica, le labra y le cultiva,

porque disfruta en ella de sus propias esperiencias y de las de los demas; sus esperiencias desenvuelven su razon, y le enseñan á distinguir el bien del mal. Declamar contra la razon humana y la sabiduría es afirmar que el hombre no ha menester absolutamente distinguir lo que puede conservarle de lo que puede destruirle, lo que le es agradable de lo que le es perjudicial y molesto. El hombre *natural*, fabricado por el sofista elocuente á quien refutamos, sería una desgraciada criatura sin recursos algunos contra los males que le amenazan á cada paso. ¡Y es en la ignorancia y la estupidez donde han de buscarse los remedios contra la corrupcion que producen de continuo la inesperiencia y el delirio (1)!

Una insensata tradicion persuade á casi todos los pueblos, que sus groseros antepasados han debido gozar en aquellos tiempos de una felicidad desconocida de sus descendientes. De aqui la fábula de la *edad de oro*, que se refiere siempre al oríjen y nacimiento de las naciones, esto es, á una época en la cual los hombres, privados de todo conocimiento y recurso, é ignorando hasta la agricultura, vivian como las bestias, y se alimentaban con raices y bellotas. Es bien dificil de creer que estos hombres, tan faltos de medios para satisfacer sus necesidades naturales, fuesen ó mas sabios ó mas felices que nosotros; porque si desconocian el luxô, tambien carecian de todo; si no tenian pleitos ni tribunales, lidiaban y se mataban de continuo por cosas de poquísima monta.

(1) Dacier (en su comparacion entre Pirro y Mario) dice con razon: "las Musas no son aborrecidas impunemente: Ma»rio fué como las tierras fuertes que, estando ociosas y sin »cultivo, producen mas yerbas malas que buenas." Véase su traduccion de las vidas de los Varones ilustres de Plutarco, tomo 4, pag. 205, edic. de Amst. de 1734.

La ignorancia de lo mejor, segun el dictámen de un antiguo, *es la causa de todos los errores y defectos.* La vida social, ilustrando al hombre, le facilita toda especie de socorros, y le descubre los motivos que le empeñan á reprimir sus pasiones; cuanto mayores conocimientos adquiere, tanto mas conoce sus verdaderos intereses, siempre enlazados con los de sus semejantes; él no es perverso y malvado sino porque ignora ó ha perdido de vista el modo de conducirse con sus asociados. Los Príncipes, los grandes y los ricos, si hacen tanto mal sobre la tierra, es porque son ignorantes. Algunas naciones son infelices y viciosas, no porque sean mui sabias, sino porque los que debieran hacerlas prudentes y juiciosas, no quieren ilustrarlas por sus fines particulares.

Montagne, conforme en esto con los detractores de la sabiduría, dice, *que es menester embrutecernos para enseñarnos; y deslumbrarnos para dirijirnos* (1). Este autor nos hace observar en la antigua Roma la mas grande ignorancia y las mas altas virtudes: ¿mas cuales podian ser las virtudes de un pueblo injusto y bárbaro, cuyas crueles manos continuamente se bañaban en sangre? ¡de un pueblo que, bajo el pretesto de amor á la patria, se entregaba impunemente á toda clase de delitos! La moderacion de un *Curio*, la continencia de un *Escipion*, y algunas otras virtudes particulares ¿pueden contrapesar los horrores con que una República de bandidos afligió al universo, y los delitos que en seguida causaron su misma destruccion? Se nos dirá que Roma cuando mas ilustrada fue mas perversa; mas á esto responderémos que las débiles armas de la Filosofia Romana no pudieron nunca reprimir con buen éxito los vicios introducidos por el luxô, ni ahuyentar la sombría ferocidad que siempre caracterizó al pueblo Romano: esta Filosofia, siempre feroz y repugnante, era incapaz de inspirarle otras costumbres mas suaves, mayormente bajo el Imperio de los tiranos que acabaron de destruirlo todo (1).

(1) *Essais*, lib. 2, cap. 12, pag. 268.

No es, pues, de la ignorancia ó de la disolucion de la humana sociedad de donde debemos esperar la felicidad de los pueblos; sino, por el contrario, del acrecentamiento de sus luces, de su razon mas cultivada, de su esperiencia y de su sabiduría podemos prometernos la perfeccion de la vida social, y la reforma de tantas instituciones dañosas, de tan insensatos usos y costumbres, de las preocupaciones pueriles, y de las locas y necias vanidades que tanto se oponen á la felicidad de los hombres. Esta suspirada reforma solo puede ser obra del tiempo, el cual poco á poco cura á los hombres las locuras de su infancia, conduciéndolos á la madurez; los reiterados esfuerzos del entendimiento lograrán ir reprimiendo los errores y disipando las nubes que han impedido hastaquí á los Soberanos y á los pueblos prestar una seria atencion á los objetos que mas los interesan.

Algunos pensadores amilanados y melancólicos nos dirán quizá que es envano prometerse ilustrar á todo un pueblo, y que la Filosofia y los principios de la Moral no están al alcance del vulgo. Á esto dirémos que para hacer á una nacion racional, no es

(1) Es evidente que la Filosofia entusiasta y fanática de los Estoicos era la mejor y la mas conveniente á hombres que vivian bajo los Tiberios, los Nerones, los Domicianos etc. Alli era necesario aprender á pasarse sin nada y á sufrirlo todo (*abstine et sustine*). Era menester, á fuerza de imajinacion, contrastar y resistir á los peligros que á todos rodeaban. Era preciso separarse de los otros y recojerse dentro de sí mismo. Tal es la Filosofia que conviene bajo todo mal Gobierno.

necesario que todos los ciudadanos sean sábios ó profundos filósofos; basta que sea gobernada por hombres de bien. *Los pueblos*, segun Platon, *serán felices cuando sean gobernados por hombres prudentes y juiciosos.* Todas las ciencias son superiores á la capacidad del vulgo; mas sinembargo le son útiles, y los hombres mas groseros hacen diariamente uso de los principios y de las reglas, cuyo descubrimiento es debido á los mas grandes esfuerzos del injenio. Demócrito fué, segun dicen, el inventor de la bóveda, y sinembargo vemos todos los dias bóvedas construidas segun reglas por simples peones de albañil. Para inventar y discurrir se necesita injenio; mas para aprovecharse de los mas dificiles descubrimientos basta sólo el sentido comun. Los principios de la sabiduría son penosos de descubrir; pero todo gobierno bien intencionado puede hacer de ellos las mas útiles aplicaciones.

La sabiduría no es inútil al vulgo: los sábios, los literatos, los doctos, pueden ser considerados como unos ciudadanos que recojen y abastecen de ideas á los otros; que facilitan los trabajos; que combaten contra el error. El injenio mas asombroso puede, ciertamente, errar y estraviarse; mas á los conocimientos reunidos de todos los hombres que meditan, pertenece el apreciar, correjir, y perfeccionar las ideas que cada uno ofrece al público. Las verdades mas interesantes á la felicidad jeneral son dificiles de encontrar, y no pueden ser sino el fruto tardío de las investigaciones de los hombres. Todo escritor público debe ser claro, sincero y veráz; al público justo, imparcial é ilustrado corresponde juzgar sus ideas: los autores frívolos y necios confunden por lo comun un vano aplauso con la gloria, y sólo consiguen la aprobacion de los que se les asemejan. Á los hombres que piensan, á las personas justas, racionales y virtuosas son á las que un verdadero autor reconoce por

jueces competentes. *La Filosofia*, dice Ciceron, *sólo admite un corto número de jueces, y reusa como sospechosos los juicios de la multitud, á quien es preciso que disguste* (1).

Un Filósofo debe escribir para los hombres de todos tiempos y de todas naciones: el que sólo escribe para lograr los votos pasajeros del público, el favor de los grandes y los aplausos de los contemporáneos, se hace por lo regular esclavo de las opiniones reinantes, y á ellas sacrifica débilmente su razon, sus conocimientos y el interés del jénero gumano. *Es menester denuedo*, dice Eveno, *para buscar la sabiduría*; y para anunciarla á los hombres es necesario tener nobleza, valor y un carácter franco. La verdad es la que hace durables las producciones del entendimiento; para complacer y agradar á todos los siglos se requiere un alma esenta de preocupaciones, cuya dominacion es variable y poco duradera. Aristóteles dice que *la mas necesaria de todas las ciencias es la de olvidar lo malo que una vez se aprendió.* En una palabra, para ilustrar á los hombres se necesita un alma fuerte y un corazon recto y penetrado del amor de la humanidad; son necesarias é indispensables libertad y virtud.

Ninguno, dice un antiguo, *vé lo que tú sabes, mas todos pueden ver lo que haces.* De aquí es que el literato debe regular sus costumbres antes de dar preceptos á los otros (2). El sabio, cuyas costumbres son

---

(1) *Philosophia paucis est contenta judicibus, multitudinem consulto ipsa fugiens, eique ipsi et suspecta et invisa.* Tusculan. 2. cap. 1.

(2) Véanse en los caracteriscos de Milord *Shaftsbury*, dos tratados, el *Soliloquio* y el *Aviso á un Autor*, que sólo tienen por objeto formar el espíritu de los que quieran escribir. Diójenes comparaba los sábios sin costumbres á los instrumentos de música, que no oyen ni entienden ellos mismos los aires é canciones que se tocan con ellos.

desarregladas, es comparado mui bien á un ciego que tiene en su mano una grande hacha con la que alumbra á otros, sin ver él cosa alguna: *sábio y justo* debieran ser siempre sinonómos. ¿Puede uno, en realidad, gloriarse de ser verdaderamente sábio, cuando ignora los deberes que nos ligan con los demas hombres? *La ciencia*, dice Thales, *es tan dañosa para los que no saben aprovecharse de ella*, *como útil á los otros*. No basta conocer sus deberes, si con las acciones no se acredita este conocimiento. Pocas personas pueden juzgar de los talentos del alma, mas todo el mundo puede juzgar de la conducta. El sábio en sus escritos debe proponerse la gloria que producen las verdades útiles que ofrece á sus conciudadanos; mas no es bastante el instruirlos, sino que ademas es necesario hacerles amables los preceptos con el ejemplo, para de este modo hacer mas poderosas y convincentes las instrucciones que se les dieren.

El honor es un movil necesario á los literatos. *Las Musas*, dice Hesiodo, *son hijas de Jupiter*; ellas, pues, no deben olvidar jamás la nobleza de su origen. (1) Asiqué el literato debe respetarse á sí mismo en sus competidores. Nada es mas vil ni despreciable para las letras que esas contiendas deshonrosas, que esos mortales y envenenados ódios, que esa envidia baja y mordaz que con tanta frecuencia vemos reinar entre los que las cultivan. ¿Acaso no tiene la gloria premios y galardones para todos sus adoradores? La envidia ¿no es una pública confesion de flaqueza é inferioridad? Enbuenhora que los sá-

(1) Este Poeta dice que *Mnema* ó *Mnemosina*, Diosa de la memoria, *que reina en las alturas de Eleuteria*, es decir, cuyo imperio es noble y libre, tuvo de Júpiter á las nueves Musas. En esto se dá á entender que las ciencias y las artes sólo pueden nacer y prosperar en un pais libre. *Teogonia*, vers. 52. y siguientes.

bios se émulen entre sí; pero no sean jamás envidiosos ni mordaces (1): reflexìonen sobre todo, que es degradarse salir á la palestra para recrear con sus mordaces sátiras é invectivas á un vulgo siempre dispuesto á deprimir á los hombres, cuya superioridad teme.

Nada perjudica tanto á las letras y á las ciencias como la arrogancia y el tono insultante y despreciador que toman á veces los que las profesan. La reflexìon debe enseñarles que el desprecio y el orgullo son insoportables, y bastan por sí solos á destruir y aniquilar los afectos de gratitud y benevolencia que pueden escitar los grandes talentos.

El hombre verdaderamente ilustrado es justo, y da á cada uno lo que es suyo; muestra á la dignidad, al nacimiento y al poder los respetos y deferencias que la sociedad los tributa; honra á los grandes sin bajeza; se granjea su aprecio y estimacion por medio de una conducta prudente y juiciosa; no hace sentir á nadie su superioridad; y en fin, es indulgente con el ignorante y con el debil. La intolerancia y el orgullo son molestos é insufribles. Procurar hacerse amable, y temer llegar á ser aborrecible ó desagradable, es un deber que obliga igualmente á todos los miembros de la sociedad. No es gloria el ofender; como tampoco bajeza el consultar y deferir prudentemente al amor propio de los que pueden hacer mucho bien á las naciones.

Los hombres mas ilustrados debieran conocer mejor que nadie sus verdaderos intereses, y por consecuencia distinguirse en su sociabilidad, en su humanidad con todo el mundo, y en su estrecha union

(1) "El sábio, dice Epicuro, no envidia la sabiduría de »otro." *Non commotum iri, si alter altero dicatur fuisse sapientior.*
Diog. Laert. De vit. et dogm. Philosoph. lib. 10. sec. 121.

entre sí mismos. La discordia, comun entre los literatos, sólo sirve para hacer despreciables á unos hombres, cuyo verdadero móvil ha de ser el deseo del aprecio, de la reputacion y la gloria. El público, á veces injusto, imputa como un crímen á un cuerpo entero las faltas ó estravíos de algunos individuos; los vicios del filósofo hacen sospechosas sus lecciones; y no puede ménos de ser tenido por charlatan ó hipócrita, el que no practica los preceptos que dá á los demás.

Los talentos son armas peligrosas en manos de un malvado, que se sirve de ellas para ofender á los otros y aún á sí mismo. Epicteto queria, y con razon, que la Filosofia estuviese reservada para los hombres de bien: al ver á un disoluto y corrompido que aspiraba á ella, *¿qué intentas?* le dijo este filósofo: *procura limpiar tu vasija ántes de hechar nada en ella.* Los mas grandes talentos se envilecen y se prostituyen, cuando se hallan en hombres sin costumbres y sin conducta. Aristóteles decia que la ventaja que él habia sacado de la Filosofia era el hacer, sin que se lo mandasen, lo que otros hacian por temor de las leyes. La conciencia del sábio es para él un freno mas poderoso que el terror. " *Los hombres »de bien*, dice Horacio, *se abstienen del mal por amor »sólo de la virtud* (1); es decir, por sólo vivir con»tentos consigo mismos, y no perder el derecho de »amarse y ser amados de los demás."

Los que se dedican á la instruccion de los otros, deben distinguirse en unas costumbres mas honestas, mas sociables y mas puras. El hábito de reflexîonar, de entrar en su interior, de prever las consecuencias de las cosas, debiera hacer á los hombres mas virtuosos á proporcion que adquieren mayores luces y conocimientos. Que un fátuo ó un atolondrado, faltos siempre de reflexîon, se hagan molestos y ridículos con su vanidad y sus impertinencias, nada tiene de admirable; mas la vanidad y las pequeñeces deben estár mui distantes de un hombre que ha de acreditarse con la elevacion de su modo de pensar y la gravedad de sus costumbres. El estudio y la aplicacion deben enseñarnos á desconfiar de los impulsos de la imajinacion, y á resistir sus ímpetus fogosos; deben enseñarnos á raciocinar; deben inspirarnos otros afectos mas delicados, mas nobles y elevados que los de las almas vulgares. El hombre de talento, dotado de un tacto mas fino que los otros, debe conocer con mas prontitud sus deberes para con los hombres, ó lo que necesariamente ha de hacer para granjearse su estimacion y afecto. El verdadero sábio debe ser el mas sociable de los humanos.

(1) *Oderunt peccare boni virtutis amore.* Horat. Epist. 16. lib. 1. vers. 52.

Mas no creamos por ésto que esta sociabilidad haya de arrastrar de contínuo al literato á que busque la confusion del mundo, que le disgustaría del trabajo y de la meditacion. Sin ser pedante ni misántropo, el hombre dedicado al estudio debe tener dignidad y circunspeccion en sus costumbres, y preferir el silencio del retiro á las concurrencias bulliciosas y frívolas. El espectáculo del mundo y su contínuo y vario movimiento deben ser para él una distraccion pasajera, y no una ocupacion constante y seguida; el mundo le instruirá y enseñará útilmente, si de él sacáre las ideas, los hechos, y las observaciones que sirvan de pasto y alimento á sus reflexîones. Es útil y aun necesario al Filósofo, al Moralista y al Literato ver á los hombres mui de cerca y conocerlos bien, para dar á luz perfectas sus obras, asemejadas sus pinturas, y agradables sus preceptos á fin de que sean provechosos. El Escritor que no conoce el mundo, no

puede hablar del mundo oportunamente, y las pinturas que haga dél, serán ridículas ó quiméricas. Mas el hombre de talento y esperiencia á una mirada penetra los objetos, y los pinta con enerjía: el contínuo fruto y comunicacion con hombres enervados y sin seso sería causa que sus cuadros perdiesen los matices de la verdad que los anima. Las obras, cuyos autores sólo se proponen complacer á los poderosos, á las mujeres y á un vulgo novelero, raras veces son dignas de la inmortalidad.

En jeneral, los Sábios y los Literatos pierden mas que ganan en el trato demasiado frecuente con las jentes del mundo; porque si en él adquieren ciertas gracias de estilo, y lo que se llama *buen tono*, pierden por otra parte fuerza y profundidad, y sobre todo la verdad, que es demasiado austéra para unos niños superficiales y volubles, que sólo quieren que se les divierta y entretenga, pareciéndoles toda instruccion inútil y enfadosa. Para complacer á las jentes del mundo, el Literato debe ser frívolo, chancero, superficial, y no hablar nunca con razon. Además, en el gran mundo es donde el Literato que sólo aspira á los vanos aplausos de una multitud indiscreta, contrae el hábito del fausto, de la pompa, de la soberbia, de la fatuidad, del libertinaje y de todas las demás irregularidades opuestas á su clase: y así se hace codicioso, intrigante, envidioso, adulador y pusilánime. Despues de haberle comunicado sus vicios y locuras, las jentes del mundo son las mismas que le acriminan con mayor acritud, y se burlan de él con toda la fuerza de la ridiculez.

De este modo los hombres destinados á instruir, se hacen despreciables por querer agradar y divertir, en vez de enseñar con utilidad. Asi son las lecciones de la sabiduría infructuosas por falta de virtud de los que las proponen á los otros, cuando sus

acciones no son conformes á ellas.

Por una preocupacion harto comun en el mundo la mala conducta de los sábios recae sobre su doctrina: esta es desatendida y desechada cuando las costumbres del que la enseña no van acordes con ella. Hai mucha distancia, segun se dice comunmente, del corazon á los labios, ó del decir al hacer; un hombre puede discurrir bien, y obrar mui mal. "Las cos»tumbres de los Filósofos, dice Séneca, no son con»formes con sus preceptos; pero si no viven como »enseñan, enseñan como se ha de vivir." Asiqué no vivamos con el hombre de perverso y mal corazon; leamos sus obras, cuando en ellas encontremos instrucciones útiles; mas detestemos del hombre y de sus obras siempre que él y ellas sean malas y peligrosas. *Un hombre de buenas costumbres*, dice Montagne, *puede tener opiniones falsas; y un malvado puede mui bien predicar las verdades mismas que no cree. La mas hermosa y bella armonía resulta de la conformidad entre los discursos y las acciones* (1).

El verdadero literato, cuya conducta es verdaderamente sábia y prudente, gozará de una felicidad mayor que los demas hombres; pues seguro siempre de hallar en sí mismo y en sus meditaciones los medios de ocuparse agradablemente, será poco sensible á las pasiones, á los caprichos y á las vanidades, que atormentan á los entes frívolos de que está lleno el mundo: satisfecho con los tranquilos placeres de su retiro, y con las riquezas adquiridas por su aplicacion se encuentra en estado de disfrutar á su arbitrio de los deleites y recreos, que no conocen ni la Grandeza ignorante y soberbia, ni la opulencia embrutecida y grosera. La ambicion, la codicia, la sensualidad, la disolucion, nada pueden contra aquel que

(1) *Essais*, lib. 2. cap. 31.

vive contento consigo, y que, como Bias, lleva consigo sus riquezas: *á la verdad*, dice Epicuro, *el sábio está sujeto á las pasiones, mas toda la impetuosidad de estas nada puede contra su virtud* (1).

Cultivar y adornar el espíritu, es adquirir con el estudio un gran fondo de ideas, las cuales el hombre puede contemplar á su voluntad cuando quisiere. El retiro, tan penoso para los hombres disipados, es delicioso al literato, el cual, semejante en esto al avaro, aumenta su tesoro á cada momento; el estruendo del mundo le fastidia y desagrada; el verdadero sábio pierde siempre en el trato con las personas que viven en él. Sus libros, sus reflexîones, la conversacion con sus iguales, bastan para hacer felíz al hombre estudioso; su contínuo deleite es la contemplacion de las riquezas que diariamente vá depositando en su cerebro; sin salir de su interior considera el vário espectáculo de la Naturaleza, el contraste de las pasiones y acciones de los hombres, el cuadro de las vicisitudes de este mundo, y las revoluciones contínuas á que estan espuestas las cosas humanas; y en fin posee bienes que ni la injusticia de la tiranía, ni los caprichos de la fortuna pueden nunca robarle. El estudio causa al hombre que piensa una dulce satisfaccion, que le mantiene siempre en estado de recojerse plácidamente á su interior, sin necesidad de otros vanos recreos y diversiones, tan indispensables á las personas que no pueden tratar consigo mismas.

No creamos, sinembargo las máxîmas exâjeradas de una Filosofia salvaje que trata de prohibir al Literato el aspirar al logro de su bienéstar. No dé-

(1) *Perturbationibus obnoxium quidem fore: sed nullo inde ad sapientiam impedimento.*

Diog. Laert. De vit. et dogm. Philosoph. 117. lib. 10.

mos oidos á las declamaciones de los Cínicos, que prescriben al sábio la renuncia de las riquezas, bajo el pretesto de que son engañosas y perecederas. La hacienda adquirida con el saber y los talentos no puede sér vituperada (1); el hombre sensato debe evitar la indijencia, que poniéndole en una gran dependencia, le espondria frecuentemente al peligro de envilecerse con bajezas. La verdadera sabiduría no consiste en un soberbio desprecio de todo lo que los hombres aprecian y desean; consiste en no apegarse fuertemente á ello, y en conservar una constancia inalterable enmedio de los rigores de la fortuna. La singularidad, el desaliño, la suciedad, la falta de atencion y de urbanidad, la indecencia, no anuncian un Filósofo, sino un fanático, un insensato, un alma débil engañada por su su vanidad, ó un hipócrita que quiere engañar á los hombres con una simulada grandeza de alma.

Si la utilidad social es el fundamento de la consideracion debida á los talentos, el sábio debe aspirar á ser digno de la aprobacion y del respeto de sus conciudadanos por medio de trabajos realmente útiles y ventajosos á la sociedad. Instruyendo ó deleitando es como el Literato puede hacerse amable, y lograr la reputacion que desea.

"Nada es mas dulce y alagüeño, dice Ciceron, »que instruir y formar los espíritus." El hombre ilustrado y el hombre de talento ejercen en el mundo una autoridad que, como fundada en la verdad, es irresistible (2). Segun Plutarco, el Filósofo Menedemo comparaba los Literatos que se entregan á

(1) *Quæstum facturum, sed ex sapientia sola, si inopia labore.*

Diog. Laer. ut supra, Sec. 121.

(2) El famoso Swift dice " que en un siglo á lo mas

estudios inútiles ó frívolos á los amantes de Pénelope, los cuales, no pudiendo lograr nada de ella, se envolvian con sus criadas. " Del mismo modo, de»cia él, los que no pueden conseguir la Filosofia, se »afanan por objetos futíles é indignos de serle com»parados." En las naciones corrompidas y dominadas por el despotismo, el talento forzosamente ha de emplearse en objetos frívolos, y el injenio en bagatelas. *La gloria*, dice Fedro, *es una verdadera locura, si creemos hallarla en las cosas inútiles* (1).

Las opiniones por lo comun perjudiciales y falsas, lo mismo que las malas costumbres, introducidas en la Sociedad, contribuyen á veces á pervertir á los Literatos, inclinando sus talentos á objetos inútiles ó dañosos. Asiqué la depravacion pública produce las obras obscenas y torpes que dan á sus autores una infeliz celebridad, que los degrada á los ojos de los hombres de bien. ¿No es un delito emplear los talentos en corromper á la juventud, y en propagar el vicio? ¿Qué acriminaciones y remordimientos no debiera sentir un Escritor, cuyas obras seductoras producen y fomentan las pasiones funestas que cunden y trascienden á la posteridad mas remota? ¡Cuán odiosa y miserable es la inmortalidad que se adquiere con la perpetua corrupcion del corazon humano!

La Moral y la equidad escluyen enteramente del número de los Sábios y de los Literatos á todos esos críticos insolentes, malvados y envidiosos, que declaran la guerra á los grandes talentos, que vituperan y denigran á los sábios distinguidos, y que los

»suelen aparecer cinco ó seis hombres de talento; pero que si »reuniesen su poder, el mundo no podria resistirlos."

The Adventurer, tom. 1. pag. 234.

(1) *Nisi utile est quod facimus, stulta est gloria.* Phed. Fab. 17. lib. 3. vers. 12.

sacrifican á la mofa y la risa de un Público envidioso y maligno, ofuscado y prevenido siempre contra el mérito. Los Escritores de este horrible carácter deben ser mirados como unos declarados enemigos de las ciencias, de las letras y de los progresos del entendimiento humano. Ellos se hacen viles cómplices de la envidiosa ignorancia, de la inquieta impostura, y de la tiranía sospechosa, las cuales, para dominar impunemente en la tierra, querrian que reinase en ella una obscura y eterna noche (1). ¿Hai una ocupacion mas infame que la de divertir al Público á costa de los ciudadanos que le ilustran, que le sirven útilmente, y que merecen todo su reconocimiento? Paraque la crítica sea verdaderamente útil debe ser justa, instructiva y urbana, sinque jamás le sea permitido el dejenerar en sátira mordaz y ofensiva.

Las diversiones y entretenimientos que cause el Literato, deben ser interesantes, y contribuir en todo y por todo á la felicidad pública: las que sólo tienen por objeto distraer el molesto fastidio de algunos hombres frívolos, adular los vicios de las jentes del *buen tono*, promover la disolucion, patrocinar las malas costumbres, ofrecer incienso á la tiranía, no merecen mas que la indignacion y el desprecio. Para merecer una bien fundada estimacion, las diferentes clases de la República de las Letras debieran, por diferentes caminos, dirijirse todas á la utilidad jeneral: la consideracion y el aprecio de los Literatos solamente pueden fundarse en la verdad y las ventajas que producen á los hombres.

La Poesía, cuyo objeto es agradar con sus imájenes, en vez de pintarnos pasiones débiles y afemina-

(1) .... *Immensi fruitur caligine mundi.* Stath. Thebaid. lib. 3.

das, amores torpes y despreciables, debiera interesar la imajinacion de los hombres con la verdad, adornándola con atractivos y colores capaces de mover el corazon humano.

La Trajedia, para ser útil, debe inspirar horror á los crímenes de los Reyes, cuyas desenfrenadas pasiones producen frecuentemente catástrofes crueles y terribles: debiera hacer temblar á los Tiranos, y hacer á los ciudadanos amables la virtud y la libertad, sin las cuales ninguna Sociedad puede ser feliz y floreciente.

La Sátira, empleada tan frecuentemente para sacrificar á la malignidad pública los ciudadanos mas dignos de compasion, debiera respetar siempre las personas, y avergonzar al vicio con sus desórdenes y estravíos. La Sátira jeneral es útil y laudable; mas la sátira personal es inhumana y punible.

La Comedia, inventada para dar á conocer á los hombres lo ridículo de sus vicios, de sus defectos y de sus caprichos, jamás debiera escitar su risa á costa de la razon, de la decencia y de las costumbres, dignas siempre del mayor y mas santo respeto (1).

Los cuentos y novelas, que por lo comun sólo sirven de criar y fomentar en la juventud de ambos sexôs pasiones peligrosas, debieran por el contrario armarla contra las flaquezas que pueden influir en la felicidad ó desgracia de toda la vida.

La Elocuencia, de la que frecuentemente se abusa para engañar y seducir, el hombre de bien debe usar de ella para persuadir la verdad, para inflamar

(1) Á los Autores que abusan de sus talentos, pudiera aplicárseles la maldicion de Demócrito. ¡*Ai de vosotros! los que de las gracias recatadas y honestas no habeis sabido hacer sino viles prostitutas*! ¿Cuántas piezas dramáticas vemos, que encierran lecciones las mas vivas de corrupcion, y sinembargo los Gobiernos permiten que se representen á la juventud?

los corazones de los hombres en celo del bien público y amor de las virtudes, para inspirarles horror al mal y enseñarles á que desprecien todo aquello que los separa del camino de la felicidad.

Mas por desgracia, en un mundo dado á frivolidades, la sabiduría, la moral, la filosofía, y aun la virtud misma son frecuentemente ridículas á los ojos de muchos presumidos de sábios; acostumbrados á confirmar á las jentes en sus locuras habituales, temen acaso que se acerque el reino de la razon. La conducta de éstos pudiera mui bien compararse á la de las mujeres de mala vida, que lloran y se aflijen cuando los necios, á quienes tenian entontecidos, comienzan á pensar y atender á sus negocios, renunciando á sus locuras y usando de una conducta mas sensata. Las naciones están inundadas de producciones que raras veces tienen por objeto los intereses del hombre. Los grandes talentos, arrastrados comunmente de su imajinacion, miran con desden los estudios profundos, frutos lentos de la meditacion. Nada suele oponerse tanto á los sólidos progresos del entendimiento como el injenio desmedido y sin reglas; la razon está muchas veces reñida con los que pudieran mas bien patrocinar sus esfuerzos. Por otra parte, la República de las Letras se envilece tambien á los ojos del mundo con la conducta poco racional y prudente de algunos de sus miembros, que sólo parece que se empeñan en persuadir al Público que la ciencia y los talentos son incompatibles con la bondad de corazon y con la mesurada razon.

Del mismo modo que los Estados libres, la República de las Letras comunmente está dividida en facciones que la debilitan, y que la esponen al desprecio de aquellos mismos de quienes mas debiera hacerse respetar. ¿Qué pueden ni deben pensar los Grandes y las jentes del mundo al ver á los sábios y literatos torpemente ocupados en arruinarse y depri-

mirse los unos á los otros, y en contrariar los esfuerzos de la razon, cuando ésta trata de desengañar á los hombres de sus locuras? Al mismo tiempo que el Filósofo propusiere unos principios evidentes, un injenio declamará contra la verdad como demasiado triste, contra la Moral como en estremo lúgubre, y contra la sabiduría como escesivamente severa: otro exajerará la incertidumbre de nuestros conocimientos, y consolará á los necios é ignorantes, asegurándoles que los mayores talentos no saben mas que los regulares y comunes: otros, en fin, tratarán de ridículos los mas útiles descubrimientos, mirando las obras mas profundas como producciones de una metafísica obscura y de algunos cerebros evaporados y huecos. Por último, las mas interesantes verdades quedarán sepultadas en el olvido, si no las visten y hermosean las gracias del estilo, y carecen de este oropel tan apreciable para el vulgo.

Los adornos del estilo no deben, ciertamente, desatenderse: las gracias de la diccion son apropósito para hacer la verdad mas interesante; mas éstos adornos son meros accidentes que no deben prevalecer sobre la esencia de las cosas. El sábio que ha meditado profundamente, no siempre tiene el talento de escribir bien; asicomo el que posee este talento tan ponderado, no siempre se toma el trabajo penoso de reflexionar mucho. Sea como fuere, recibamos nosotros con gratitud y reconocimiento lo verdadero de cualquier modo que nos fuere presentado, y tengamos presente que el desprecio de la verdad es el carácter distintivo de los impostores, de los charlatanes, de los ignorantes, y principalmente de los tiranos enemigos del jénero humano, con quienes los Literatos no deben consentir jamás ser confundidos. Los que de éstos aborreciesen y deprimieren la verdad, son unos insensatos que destruyen los fundamentos de su propia gloria; ésta sólo puede

sólidamente cimentarse sobre la utilidad y la verdad, á la cual tantos ciegos tienen la locura de vilipendiar.

Llorémos semejantes desórdenes, y no cesemos de repetir que los Literatos deben distinguirse por su concordia y union en obsequio de los designios de la Moral y de la sana Filosofia, que no son ni pueden ser otros que el hacer á los hombres mejores. Los conocimientos y las luces nada son, sino contribuyen al bienéstar de la Sociedad; la gloria que producen es nada, cuando no proporcionan una felicidad duradera; las ciencias son despreciables si son infructuosas; y detestables si son contrarias á la verdadera Moral, que es de todas las ciencias la mas interesante (1). *La sensibilidad del alma*, dice Quintiliano, *es la que hace á los hombres discretos y elocuentes* (2). Un tierno interés por la humanidad debe animar á los Sábios y Literatos; ellos deben ilustrar al hombre, interesarle viva y eficazmente en su propia suerte, é inflamar su corazon de la virtud; porque la virtud sola puede librarle de los males de que es víctima, y hacerle poseer la felicidad que incesantemente desea. *El estudio mas interesante al hombre*, segun Pope, *es el hombre mismo.*

El amor de la gloria y el deseo de agradar y ser estimado de los hombres de bien, son y deben ser los grandes móviles de los Literatos y de los Sábios: imputarles á crímen el amar la gloria y aspirar á la reputacion, es acusarlos de no obrar sin motivos. Nada mas digno de alabanza que procurar hacerse respetables con aquellos talentos que son provechosos

---

(1) .... *Quod magis ad nos*
Pertinet, ac nescire malum est.
Horat. Satyr. 6. lib. 1. vers. 72. et 73.

(2) *Pectus est quod disertos facit, et vis mentis.*
Quintilian. Instit. Orator. lib. 10. cap. 7. n. 15. Edic. de Gesner.

á todos. Mas el Literato falta á su instituto, si deja de ser útil, y él no puede ser útil si no presenta á los hombres verdades dignas de interesarlos. Las pomposas bagatelas, las producciones agradables, las obras efimeras é insustanciales pueden tener unos aplausos momentáneos: una reputacion facticia, conservada por medio de cabalas, de intrígas, de artificios, de complacencias y de bajezas, puede sostenerse por algun tiempo; mas la gloria sólida, la consideracion permanente, la inmortalidad sólo están reservadas á las obras, de que el jénero humano en todos tiempos recoje frutos deliciosos. El hombre que en sus escritos sólo se propone agradar á su siglo, ó que no piensa y consulta sino á su fortuna ó engrandecimiento personal, dificilmente transmitirá su nombre á la posteridad.

¡Hombres verdaderamente ilustres y respetables cuando trabajais para bien y felicidad de las naciones! Sábios y Literatos! que por caminos diferentes aspirais á la reputacion, reflexîonad que ella no es otra cosa que el afecto y estimacion pública, y que estos sentimientos sólo son debidos á la verdad, á la utilidad y á la virtud! Enseñad á los hombres á que respeten el noble cargo que con vuestros talentos ejerceis en la Sociedad! Respetaos á vosotros mismos: tened siempre presente vuestra dignidad: desterrad de vosotros la bajeza y la adulacion, que os envilecerian á los ojos de un Público celoso de vuestras prerogativas! ¡Abjurad esas querellas recíprocas y esas contiendas deshonrosas, que sólo pueden recrear la malignidad de los que os envidian. ¡Uníos estrechamente para combatir la ignorancia, los vicios y las locuras que asolan y aflijen al mundo, y que tanto se oponen á la felicidad social! ¡Mas cuando ataqueis los caprichos y los errores de los hombres, consultad con delicadeza su amor propio, paraque vuestras lecciones sean eficaces: temed ofender y herir á

los que deseais complacer y sanar!

¡Filósofos! vuestro sublime cargo es estudiar al hombre, descubrir los tortuosos senos de su corazon, y mostrarle la verdad, sin la cual no puede obtener la felicidad. ¡Oradores! Arrancad al hombre y libradle con vuestra elocuencia, robustecida por la filosofia, de sus errores y de sus inclinaciones viciosas; interesadle tiernamente en su bien y felicidad; é inspirad á su corazon la compasion, la humanidad y el amor que debe á sus semejantes! ¡Historiadores! ¡Emplead las investigaciones del sábio y los colores de la elocuencia en pintarnos con verdad y valentía el interesante cuadro de las vicisitudes humanas! ¡Poetas! Valeos de las luces de la sabiduría, de la fuerza de la elocuencia y de las lecciones de la historia para adornar la verdad de las gracias y adornos con que la imajinacion puede hermosearla! Abandonad esos cánticos vanos y peligrosos, que no han tenido casi siempre otro fin que hacer amable el vicio é inspirar el menosprecio de la virtud! ¡Sábios y Eruditos! ¡Dejaos de remover y escrudiñar una Antigüedad tenebrosa, para no hallar en ella sino cosas inútiles á las jeneraciones presentes! ¡Profundos Metafisicos! ¡No os embosqueis en el obscuro laberinto de una metafisica tortuosa, de que no puede resultar bien alguno á nuestra especie: emplead mas bien la sutileza de vuestro entendimiento en objetos conformes á nuesrra naturaleza, y que estén á nuestro alcance! ¡Físicos! ¡Naturalistas! ¡Médicos! ¡Renunciad á vuestras vanas hipótesis; seguid sólo la esperiencia, la cual os enriquecerá de hechos y observaciones, cuya reunion podrá formar un sistema seguro y verdaderamente útil al jénero humano! ¡Jurisconsultos! ¡Abandonad yá los cenagosos senderos de la rutina; desembarazaos de los andadores y del imperio de la autoridad; buscad en la Naturaleza misma del hombre le-

yes conformes á su sér; en ella encontraréis una Jurisprudencia moral, justa, sencilla y fácil, de la que tanto necesitan los Pueblos!

En fin, cualquiera que sea, ¡ó sábios! el camino que vuestro talento emprendiere, proponeos todos y cada uno la utilidad del hombre, el bien público, los intereses de la Sociedad y la felicidad del Universo, á quien vuestras lecciones deben ser consagradas. Siendo uno mismo vuestro designio, ninguno desdeñe ó desprecie los trabajos de sus asociados. El campo de las letras, ¿no es bastante fértil y vasto para que cada uno de vosotros pueda cojer en él laureles abundantes? cese pues, ¡ó útiles y respetables hombres! la discordia que tan perjudicial seria al logro de vuestros intentos: háganse vuestras nobles y jenerosas almas superiores á las bajezas de la envidia y á las pequeñeces de la vanidad; la jactancia y el charlatanismo son indignos de vosotros. Al público toca y pertenece el tributaros sus alabanzas. Recordaos que las ciencias y las letras deben hacer al hombre mas humano, mas apacible y mas sociable; y no olvideis jamás que vuestra modestia, circunspeccion, urbanidad y buenas costumbres son las únicas que pueden conseguir que el público reconozca y respete vuestros talentos, vuestros beneficios y vuestra superioridad. Observando estas máxîmas merecereis el amor, la estimacion y los votos de vuestros contemporaneos; y la utilidad de los trabajos que emprendiereis transmitirá vuestra gloria y alabanzas á la posteridad, que gozará, como vosotros, de vuestras inmortales tareas.

La esperanza y el deseo de la inmortalidad, que muchos hombres han mirado como una vana quimera, como una locura, como un humo, son sinembargo unos motivos que en todo tiempo han estimulado poderosamente á los hombres de talento: estas pasiones se fundan en la idea que justamente se

han formado de los derechos que sus trabajos les darán al aprecio y reconocimiento de las jeneraciones futuras. Asíqué no llamémos una quimera lo que es un bien real para quien goza de él dentro de sí en todos los momentos de su duracion. La buena conciencia produce al hombre de bien una felicidad mui verdadera y sólida, aunque sólo goce de ella en su imajinacion, mostrándole sus justos derechos al cariño y aprecio de los demas hombres. La idea de la inmortalidad es una verdadera quimera para los que no tienen ni el valor ni el derecho de aspirar á ella.

El afecto y las alabanzas de la posteridad son unas deudas que ella satisface muchas veces á nombre de sus injustos padres: esta paga es segura é infalible para los que han producido grandes ventajas, grandes placeres y grandes verdades al jénero humano. Por un privilejio especial y esclusivo de los sábios y de los literatos, el Escritor célebre y distinguido conserva sus derechos mas allá del sepulcro. Una obra verdaderamente útil ó agradable es un beneficio perpetuo que obliga á las jeneraciones mas remotas. La muerte, que por lo comun sumerje en un total olvido á tantos personajes soberbios, no destruye la memoria y las relaciones del hombre de talento con el jénero humano, ni minora ni aniquila nuestros deberes para con aquel que se ha dignado de instruirnos ó recrearnos. ¡O! ¡cómo seriamos injustos, ingratos é insensibles, si olvidasemos en su muerte á los que cada dia nos procuran momentos felices y dichosos!

En el dia de hoi subsiste todavía un comercio de afecto y gratitud entre nosotros y los sábios de la antigüedad. Con el mayor reconocimiento leemos las obras inmortales de los Homeros, de los Cicerones, de los Virgilios, de los Sénecas: y les pagamos con fidelidad el tributo que con tanta jus-

ticia se prometieron obtener de nosotros. Ademas del provecho y placer que sacamos de los escritos de estos ilustres difuntos, el interés actual y permanente de las naciones exîje que rindamos nuestros homenajes á los bienhechores del jénero humano. Alabar á los muertos es alentar y estimular á los vivos: aunque sus yertas cenizas sean insensibles á nuestros elojios presentes, ellos los gozaron en vida, y estos elojios sirven de siglo en siglo para conservar la llama del injenio, y transmitirla á sus imitadores.

En fin, la idea de la inmortalidad ó del futuro reconocimiento consuela al hombre grande de la ingratitud, de la injusticia y de la envidia de sus contemporaneos. La conciencia de haber practicado el bien le indemniza de las alabanzas que le son negadas; espera y se refiere al tiempo venidero, porque sabe que los hombres son siempre justos con sus bienhechores, cuya superioridad no temen yá.

Una vez esplicados los deberes de los hombres destinados por sus talentos á instruir con su doctrina á sus conciudadanos, la Moral no puede omitir los deberes de los que ejercen las bellas Artes, que afectando el sentido esterior, se proponen por blanco en sus tareas recrear y divertir al hombre, é inspirar en su imajinacion ideas placenteras y alagüeñas. Entre las letras y las producciones de las Artes hai una grande y conocida afinidad; *la Pintura*, dice Horacio, *es como la Poesía.* Cuando nos representa acciones, ¿no hace el oficio de la Historia? Cuando las representa de un modo que nos interesan y mueven vivamente, ¿no imita á la Oratoria, cuyo objeto es mover y avivar las pasiones?

Lo mismo, pues, que los Literatos, los Artistas deben en sus diversos trabajos proponerse un fin moral; conocer su poder é influencia; respe-

tarse los unos á los otros; considerarse como unos ciudadanos destinados no sólo á recrear, sino á instruir; formar otro designio mas noble y grande que el de adular la vanidad ó la depravacion de la opulencia; estar poseidos de la noble y laudable ambicion de ser útiles á los hombres, y de contribuir á su mejoría y perfeccion. ¿Porqué un Artista hábil, cuyas obras inspiran en nuestras almas ideas y pasiones, é imprimen en los corazones imajenes profundas y durables, no se ha de proponer el instruir al tiempo mismo que deleitar?

Los grandes Artistas entre los Griegos fueron unos ciudadanos mui apreciados, y no eran tenidos por viles mercenarios: criados en las escuelas de la Filosófia, admitidos al trato y conversacion con los sábios, reflexîonaban acerca de sus artes, perfeccionaban sus talentos, y de este modo las elévaron á un grado de sublimidad, que es hoi la envidia y emulacion de los Artistas modernos: estos, privados por lo comun de las luces y conocimientos que dá de sí una cuidadosa enseñanza, faltos de toda instruccion sólida y fundamental, y poco dedicados á la meditacion, mui raros de ellos son capaces de dar á sus obras aquella noble sencillez, aquella enerjia, aquella vida y duracion que admiramos en las de los antiguos.

Para producir obras bellas, el Artista debe ser instruido, debe haber reflexîonado mucho sobre su arte, debe conocer los objetos que se propone imitar: ensuma, debe presentir los efectos que puede causar; sin estos conocimientos nunca será mas que un automato que trabaje á salga lo que salga; y falto de principios, no podrá estar seguro de acertar ni de complacer.

El corazon del hombre es el blanco á quien el artista se dirije; pero no por eso ha de tratar de depravarlo. Asi, en vez de sacar sus argumentos

de una mitolojia lasciva y criminal; en vez de representarnos de continuo los amores de una multitud de divinidades, de Ninfas y de Sátiros deshonestos, un Pintor mas decente y moral nos traerá á la memoria aquellos rasgos de grandeza de alma, de bondad, de justicia, de amor á la Patria, que en abundancia le ofrece la Historia, presentándolos en el modo y situaciones mas interesantes. Las produciones de las Artes serían unas vivas lecciones para nosotros, si sólo nos presentasen objetos capaces de escitarnos á la virtud; estos darian ciertamente mas honor al pincel del pintor, al cincel del escultor, y al buril del gravador, que no los desórdenes y torpezas consagradas por la relijion impura de los Griegos y de los Romanos, ó que las vergonzosas desnudeces que, sin respeto alguno de las buenas costumbres, vemos espuestas frecuentemente á la vista, lo mismo en los Palacios que en las casas y en las calles. ¿Cuánto no debieran avergonzarse y confundirse los Artistas que sólo emplean sus talentos en corromper las almas con imájenes obscenas y en hacer brotar en los corazones pasiones peligrosas? ¿Cómo es qué, en las naciones cultas y civilizadas donde las costumbres de la juventud debieran ser defendidas del vicio con la mayor vijilancia, se sufre y se permite que tantas causas concurran á corromperlas y envenenarlas?

Mas en las naciones corrompidas, las buenas costumbres no entran en cuenta para nada; los Artistas, faltos por sí de educacion, de luces y de virtud, no pueden agradar á una multitud depravada sino presentándole objetos conformes á sus gustos malos y perversos.

En una Sociedad que fuese sabiamente gobernada, todos los talentos se darían la mano para escitar y robustecer las cualidades ventajosas al Público, y sofocar aquellas de que pudiesen resultar

delitos y vicios. Entonces las Artes serían verdaderamente apreciables; y se verian mas honradas trasmitiendo á la posteridad el reconocimiento público á los grandes hombres y á los verdaderos bienhechores de la Patria, que no perpetuando los hechos y la memoria de tantos odiosos tiranos, de tantos pretendidos Héroes, de tantos conquistadores detestables, dignos sólo del mas eterno olvido.

Aprendan, pues, los Artistas á ser unos ciudadanos útiles; conozcan su dignidad; únanse con los Filósofos, los Oradores y los célebres Escritores; mediten en la fuerza y los recursos del Arte, y usen de él en beneficio del bien público. Acorde el Músico con el Poeta, en vez de corromper y afeminar las almas con los blandos acentos de una pasion enfadosamente repetida, haga resonar en los oidos de sus conciudadanos aquellos varoniles y enérjicos sonidos, aquella harmonía, que en lo antiguo fue tan poderosa entre los Griegos. Escite la Música con sus modulaciones unas veces la fortaleza, el valor, la grandeza de alma; inspire otras en los corazones el dulce consuelo, la piedad y la tranquilidad del ánimo: en fin, que unida con las palabras convenientes al caso, las dé una espresion mas animada, y las haga capaces de producir afectos agradables y conformes al bien de la Sociedad.

El Arte del Músico tiene una mui grande analojía con el del Orador y el del Poeta. Para hacer las palabras mas espresivas y mas fuertes, el Músico debe estar poseido de los mismos afectos que quiera inspirar á los otros. De donde se infiere que la instruccion y la reflexìon no le son á este menos esenciales que á los pintores y á los demas Artistas de quienes hemos hablado. Componer una buena música es pintar al oido, y escitar en él las sensaciones que la esperiencia y la reflexìon han mostrado capaces de producir afectos agradables y deseados del oyente. Un

Músico que no tiene conocimiento del hombre y de los medios de moverle, es una pura máquina, es un instrumento sonoro, no otra cosa.

No nos admirémos, pues, de que sean tan raros los grandes músicos. Muchos poseen las reglas de la música; pero ignoran los medios de aplicarla filosóficamente. Muchos Artistas, á fuerza de trabajo, han llegado á vencer las mayores dificultades y á granjearse así la admiracion del vulgo; mas esta música puramente mecánica sólo manifiesta ciertas disposiciones naturales ejercitadas con empeño y obstinacion, pero no injenio ni reflexìon; y por lo tanto es incapaz de producir en las almas los grandes efectos que podrian esperarse del músico, que ha conocido y meditado el gran poderío de su arte.

La Danza se cuenta tambien comunmente en el número de las Artes liberales. Indicada por la naturaleza de los fluidos de nuestro cuerpo, cuyos movimientos son periódicos, la vemos adoptada y establecida en todos los pueblos de la tierra, tanto salvajes como civilizados (1): algunos la han consagrado ó divinizado uniéndola al culto relijioso, al paso que otras relijiones la proscriben como un ejercicio contrario á las buenas costumbres.

Si consideramos la danza ó baile como un ejercicio corporal, es útil á la salud, hace al hombre mejor dispuesto, le enseña á moverse con mas ajilidad y soltura, á sostenerse con mas firmeza, á andar con mas seguridad, y á mostrar gallardía en sus movimientos y ademanes, de un modo que manifieste una fina educacion, conforme á los usos y modales adoptados por la Sociedad. Bajo este aspecto el baile no

(1) Erofilo, músico Griego, observó que la pulsacion de las arterias habia dado oríjen al compás de la música.
Censorinus, de die natali, cum notis Havercamp. pag. 57.

puede ser reprensible: útil para nosotros mismos, nos hace mas agradables á los otros.

Empero la sana Moral no puede menos de condenar esos bailes que solo ofrecen á la vista actitudes indecentes, capaces de producir en el ánimo de ambos sexôs pensamientos deshonestos y deseos desarreglados. Ya hemos visto en otra parte los peligros á que se espone frecuentemente la juventud en esas asambleas confusas, donde la inocencia, aturdida con el bullicio, naufraga muchas veces, y donde las pasiones criminales buscan y encuentran tantos medios de satisfacer sus deseos. Los bailes de este jénero son aventuras peligrosas, á las cuales los padres virtuosos temerán entregar una juventud inesperta, y por lo menos conocerán que la razon no puede aprobarlos. Conforme en esto á las reglas de la Moral mas severa, la Moral de la Naturaleza exôrtará siempre á los hombres á que huyan de semejantes peligros. Al ver la perversidad de costumbres que reina en muchas naciones, aun las jentes mas corrompidas han de convenir forzosamente en que el baile es un escollo contra el qué la virtud viene á estrellarse á menudo.

De todo lo dicho en este capítulo debemos concluir que la sabiduría es útil y necesaria á las naciones; que los que las instruyen son unos ciudadanos dignos de ser honrados, queridos y recompensados; que los detractores de los conocimientos humanos, los opresores del injenio, los que menosprecian las letras, todos son unos insensatos que desconocen tanto los bienes que ellas acarrean á los hombres como los peligros que trae consigo la ignorancia, la cual ha sido siempre el oríjen y manantial de las desgracias del mundo. Todo nos está demostrando, que la meditacion, el estudio y la reflexìon son necesarias no solamente en las ciencias y en las letras, sino tambien en las artes: y que los sábios, los literatos y los artistas no deben perder jamás de vista la moral y la

virtud, cuyas lecciones deben inculcar cada uno á su modo para ser verdaderamente útiles. Acreciendo asi de dia en dia el cúmulo de luces, de conocimientos y verdades, ellos podrán justamente gloriarse de contribuir á la felicidad de la vida social.

CAPÍTULO XI.

Deberes de los Comerciantes, Fabricantes, Artesanos y Labradores.

Toda sociedad es una porcion de hombres unidos con el fin de concurrir cada uno segun sus fuerzas y estado á la conservacion y felicidad del cuerpo político de que son miembros. Todo el que trabaja útilmente en beneficio de sus conciudadanos, se hace por este mismo hecho un hombre público, á quien su patria debe protejer, honrar y favorecer con proporcion á las ventajas que el público saca de sus trabajos.

Esto supuesto, el comerciante es un miembro apreciable siempre que llena dignamente las obligaciones de su destino. Él es quien desahoga y desembaraza su pais de los jéneros y producciones superfluas del cultivo y de las manufacturas de la industria, y el que le proporciona en cambio las cosas bien sean necesarias, bien agradables que no tiene, y de qué necesita. De este modo el comerciante hace florecer la agricultura, que decaeria sin su ausilio: él es quien, en los tiempos de escasez, hace venir de paises estraños los comestibles de que han privado al suyo las malas estaciones. El comercio es quien da vida á todas las artes y oficios: él anima la industria, y de este modo ocupa y mantiene un número prodijioso de hombres, que sin él serian por su indijencia una carga gravosa para las naciones. ¡Cuántos brazos se ocupan de contínuo en la navegacion, destinada á llevar las órdenes del comerciante á las estremidades de la tierra! Estas órdenes son siempre mas puntualmente ejecutadas que las del mas absoluto déspota. En los paises mas lejanos millares de brazos se afanan y apresuran á satisfacer sus deseos; el Océano jime bajo el peso de las naves que, de los climas mas remotos, traen á sus pies las riquezas y la abundancia para sus conciudadanos. El escritorio del comerciante puede ser comparado al gabinete de un Príncipe poderoso, que pone á todo el universo en movimiento.

¡Este es, sinembargo, el ciudadano respetable á quien las preocupaciones góticas y bárbaras tienen el atrevimiento y la desvergüenza de infamar en el seno mismo de las naciones que deben al comercio sus riquezas y esplendor! ¡El pacífico comerciante es despreciable á los ojos del estúpido guerrero, sin ver que este hombre á quien menosprecia, le viste, le sustenta y mantiene su ejército! Una profesion tan útil ¿no es en sí misma mas honrosa que la punible y vergonzosa ociosidad en que se corrompen y consumen tantos nobles de aldea, que no tienen mas ocupacion que la caza y el triste placer de vejar y oprimir á los humildes plebeyos? ¿Hasta cuando la vanidad de los hombres les hará despreciar á los mismos de quienes recibe todos los dias los mas importantes servicios? ¿Será posible que el aprecio y el respeto se queden reservados para los destructores de los hombres? ¿No debieran en justicia estenderse á cuantos se ocupan en su bienéstar, en sus comodidades y en su felicidad?

La preocupacion que degrada y envilece al comercio, lo mismo que á las artes, trae su orijen de los tiempos de barbarie y ferocidad, en que las sociedades en su infancia no conocian todavía las ventajas que podian sacarse de él. Aristóteles nos dice, que en las antiguas Repúblicas de Grecia los mer-

caderes estaban escluidos de los empleos de la majistratura. Á causa de una ignorancia igual los antiguos Romanos, únicamente ocupados en la agricultura y en la guerra, menospreciaron á los mercaderes y artesanos; pero despues el tiempo y las necesidades desengañaron poco á poco á los Griegos y á los Romanos de esta ridícula opinion, y las personas mas distinguidas no se avergonzaron de ejercer una profesion lucrosa en sí y ventajosa para la patria.

Cuando cien enjambres de naciones guerreras repartieron entre ellas el vasto imperio de los Romanos, la preocupacion, que siempre acompaña á la ignorancia, vino de nuevo á envilecer al comercio. La Europa estuvo sumerjida por muchos siglos en espesas tinieblas y contínuas guerras. Los pueblos, avasallados de guerreros estúpidos y disolutos, no tuvieron unos con otros comunicacion alguna. El comercio, el cual no puede florecer sin libertad, fue esclusivamente atribuido á los usureros, que sin cesar estaban espuestos á la avaricia de una multitud de tiranos: de esta suerte cayó el comercio en manos despreciables; y hombres infelices, estimulados del atractivo de un logro desmedido, eran los únicos que podian emprenderle, á pesar de todos los peligros de que se veian rodeados. Este es, sin duda, el oríjen del injusto desprecio que los nobles orgullosos muestran todavía á una profesion, que ya hoi merece la consideracion pública.

Entretanto algunas Repúblicas, usando de su libertad, hiciéron el comercio con buen exîto, y llegáron por medio de él á un grado de poder y de riqueza que estimuló y dió envidia á los otros pueblos. Venecia, Génova, Florencia enseñáron á toda la Europa los efectos que podia producir el comercio; los Príncipes ya le favoreciéron; un nuevo mundo fué descubierto, y sus riquezas irritáron la codicia de muchas naciones; la indiferencia con que hasta

entónces habian mirado al comercio, se convirtió en un entusiasmo universal; y bien presto no tuviéron las guerras mas objeto que el de aumentar cada nacion el suyo con daño del comercio de otras.

Hé aquí como las pasiones y las locuras de los hombres los llevan siempre á estremos contrarios. Todo fué sacrificado despues al furor del comercio; por él la agricultura se vió descuidada; los reinos se despobláron para formar colonias en los paises mas remotos; torrentes de riquezas inundáron la Europa, sin hacerla por ésto mas dichosa; estas riquezas produjeron el luxô y todos los vicios que éste trae consigo; y este mismo luxô trabajó sórdamente en destruccion de los Estados que una codicia sin límites habia escesivamente enriquecido.

El comercio, para ser útil, debe conocer reglas y término, y no perjudicar á otros ramos de la administracion. Nada es mas contrario al bien jeneral que la pasion de enriquecerse, cuando se cambia en epidemia. Á veces vemos naciones dominadas de este delirio descuidar por él los objetos mas importantes; recibir su primer impulso de algunos mercaderes insaciables; arrojarse, por complacerlos, á guerras ruinosas é interminables; contraer deudas inmensas para sostenerlas; y jemir despues por largo tiempo los males qne siempre causan los mas brillantes sucesos. Tal es ¡ó Bretones! la causa de vuestras desgracias y de la miseria que esperimentais á pesar de las riquezas que de ámbos mundos arriban sin interrupcion á vuestros puertos: entre vosotros unos cuantos negociantes deciden de la suerte del Estado, y os hacen emprender contínuas y temerarias guerras; y mientras que ellos se enriquecen, los enormes impuestos abruman á los demás ciudadanos, y la nacion apurada se halla en la mayor angustia. La opulencia de un cierto número de individuos no prueba en manera alguna la opulencia y la riqueza del Es-

tado. Los dorados y preciosos adornos de un Palacio no le preservarán de su ruina.

El Comerciante debiera amar la paz, y sacrificar por ella su propia codicia: él es un ciudadano malo y perverso, si pospone la felicidad jeneral á su propio interés. Un gobierno sábio, siempre guiado por la Moral, debe refrenar la pasion de las riquezas, por que de lo contrario llega á ser ilimitada: ni debe permitir que esta pasion se ejerza á costa del labrador y del propietario, cuyos trabajos debe promover y fomentar el comerciante. El interés del labrador constituye el verdadero interés del Estado; al labrador ha de consultar el lejislador con preferencia á la avaricia de algunos mercaderes opulentos, ó á los caprichos de algunos inaccesibles poderosos, que nunca forman la porcion mas numerosa de la sociedad. En fin, todo nos persuade que la codicia del hombre debe ser reprimida, por que si se le suelta la rienda, destruye las buenas costumbres y la virtud: estas costumbres son mucho mas esenciales á la felicidad de una nacion que las riquezas, las cuales rara vez contribuyen á su fuerza real y verdadera y á su bienéstar permanente. Roma, pobre aún, triunfó de la opulenta Cartágo.

La pasion desordenada de enriquecerse, cuando se ha hecho jeneral en un pueblo, destruye en él por lo comun el principio del honor, y le inspira un espíritu *mercantíl*, y un amor sórdido del logro, directamente opuesto á todo pensamiento noble y jeneroso. Poseido de este espíritu, el mercader de nada que le sea provechoso se avergüenza; para él en este caso no hai patria; y si se promete alguna ventaja, hará el comercio mas contrario á los intereses de la nacion; en fin, acostumbrado á mirar el dinero como á su único ídolo, le sacrificará su misma vida. La venalidad no es otra cosa que el tráfico vergonzoso de vender el hombre su honor, su virtud

y su libertad á cualquiera que les imponga precio.

Así como todos los escesos, el comercio ilimitado es al fin castigo de sí mismo: aumentando en un pais la masa de las riquezas, aumenta necesariamente el precio de todos los jéneros, y por consecuencia los jornales de los obreros y oficiales. Ya entonces las mercancías y manufacturas nacionales pierden en concurrencia con las de los pueblos ménos ricos que las dán mas baratas. Por otra parte, es propio de las riquezas reconcentrarse en manos de un corto número de hombres, que no sienten la carestía de los jéneros y mercadurías; mas el oficial, el artesano, el trabajador, sufren y padecen por esta carestía: y por lo comun perecen de hambre á las puertas del rico avaro, que nunca se enternece ni apiada de las necesidades y miserias del infeliz. El efecto ordinario de la riqueza es endurecer los corazones.

La política pues, siempre de acuerdo con la Moral, debe refrenar la pasion de enriquecerse para que no llegue á ser un contajio funesto y perjudicial al Estado. De su propio suelo es de donde los pueblos han de sacar principalmente sus riquezas; el comercio debe cambiar lo sobrante con lo que el terreno de su pais no produce. La tierra es el fundamento físico y moral de toda sociedad. El negociante es el ajente y el proveedor del labrador y del propietario de la tierra; el fabricante labra y dá un nuevo ser á las producciones del terreno. Todo el órden se trastorna, si los ajentes se constituyen árbitros y señores de aquellos á quienes deben servir; y las costumbres se estragan cuando estos ajentes los distraen de su trabajo con el luxo, con vanas fruslerías, ó fomentando en ellos necesidades imajinarias que no pueden satisfacer sino á costa de sus costumbres y de su reposo.

El comercio es útil sin la menor duda: la po-

lítica debe favorecerle, la Moral le aprueba, y los que se dedican á él son unos hombres útiles; mas el comercio debe tener sus límites, y no fundar su prosperidad en daño y ruina de otros ramos de la economía política. El comercio es verdaderamente útil, cuando favorece la agricultura, hace florecer la industria, y aumenta la poblacion; pero si es contrario á estos objetos esenciales, su utilidad desaparece; y se transforma en una funesta locura, cuando es causa de guerras sangrientas y continuas: en fin, es un mortal veneno, cuando su único objeto es alimentar el luxo y la vanidad de los hombres. El comerciante que esporta los jéneros sobrantes y superfluos de su pais para traer á él trigo, vino, aceite, lanas ú otros artículos que le faltan, es un ciudadano mui útil, y merece el respeto y consideracion pública. El que sólo trae á sus conciudadanos objetos capaces de fomentar sus pasiones, de irritar su vanidad, de escitar sus locuras y caprichos, es un hombre perjudicial. Casi todos los vanos objetos que la India suministra á la Europa, no tienen otro mérito que el que les dá el capricho inconstante de las mujeres, y la vanidad de algunos hombres necios siempre malcontentos de las manufacturas de su pais. ¡ Será posible que los Europeos no dejen nunca de sacrificar á estas vanidades inútiles tantos hombres y tantas sumas del oro en qué idolatran (1)! Todas las futiles riquezas, que la Europa vá á buscar á las estremidades del mundo, ¿son acaso comparables con los tesoros que la agricultura podria sacar de su territorio, si ésta estuviese ausiliada y protejida?

(1) Es bien seguro que el comercio de las dos Indias cuesta cada año cuarenta mil hombres á la Inglaterra. La sola mutacion de clima es causa de la muerte de la mayor parte de los Europeos.

¿Y qué dirémos de este comercio afrentoso que consiste en el tráfico de sangre humana? Comprar y vender hombres para condenarlos á la mas dura esclavitud, es una barbarie que estremece y horroriza á la humanidad y á la justicia. Mas la avaricia es cruel á sangre fria; reduce el crimen á sistema; procura cubrirle con el pretesto de un grande interés nacional; y las naciones sedientas de riquezas admiten sus escusas.

Si todos los comerciantes se hiciesen reos de semejantes escesos, no sólo serían despreciables, sino que ademas serían odiados de todos los corazones justos y virtuosos. Mas distingamos los indignos y malos comerciantes de los que son útiles á sí mismos y á la patria por medio de un comercio mas lejítimo y justo. Estos, sin perjudicar á nadie, hacen comunes los bienes, las cosas agradables y los descubrimientos de todo el universo. En efecto, la navegacion y el comercio forman una sociedad que se compone de todos los pueblos de nuestro globo; establecen correspondencias entre ellos; los hacen gozar recíprocamente de un sinnúmero de ventajas; y sirven principalmente para estender la esfera de los conocimientos humanos. Si algunas naciones han abusado cruelmente del comercio, y para saciar su irritada avaricia han llevado la mortandad y los crímenes á los pueblos, cuya amistad debieran haberse granjeado, no imputémos estos horrores al comercio, sino á la ignorancia y á la feroz supersticion, que en todos tiempos han cegado á los hombres, y los han hecho crueles sin remordimientos......

El verdadero negociante, el comerciante apreciable es un hombre justo. La probidad, la buena fé, el amor del órden y la escrupulosa esactitud en el cumplimiento de sus obligaciones y contratos son sus cualidades distintivas. Una sábia y

prudente économía arregla su conducta; conducta que no ha de imputársele á crímen, pues con ella puede y debe preservar su riqueza y la de los otros de una infinidad de accidentes que no se pueden evitar ni prever. Si es un insensato el que arriesga locamente sus bienes, tambien es un bribon el que arriesga los bienes de los otros con empresas temerarias. Además el negociante que está ocupado en sus negocios, está por lo comun libre y esento de los caprichos, de las pasiones y de las vanidades que atormentan á los demas hombres. Todo comerciante instrüido es un hombre de honor, racional y prudente: celoso de conservar la estimacion de sus conciudadanos, procura que su reputacion se mantenga intacta, porque necesita de la pública confianza; sencillo en su porte y grave en sus costumbres, se abstiene de todo gasto frívolo, del fausto, y de los vicios que le ocasionarian su ruina. El negociante que se abandona á las estravagancias del luxo, pierde al fin sus negocios y los de aquellos imprudentes que han confiado en él. Las bancarrotas tan frecuentes, y por lo comun impunes, que se ven en las naciones mál rejidas, anuncian una depravacion criminal y deshonrosa; y no son mas que ladronicios que ejercen la traicion y la perfidia. El comerciante justo y esperimentado no arriesga loca y temerariamente sus propios bienes, y mucho ménos los de sus conciudadanos.

Asíqué no confundamos el verdadero negociante, el comerciante apreciable y prudente con esos hombres viciosos ó lijeros que deshonran una profesion respetable; distingámosle igualmente de la multitud despreciable de engañadores y embusteros codiciosos que, faltos de educacion, de conciencia y de honor, creen lejítimos y permitidos todos los medios de ganar, abusan de la sencillez del públiblico, y no forman escrúpulo de apreciar las cosas

en mas de lo que valen, y de engañar tanto en la calidad como en la cantidad de las mercancías. Los mercaderes de este modo de pensar son culpables; ellos causan al comercio una mala nota y un desprecio, que sólo deben recaer sobre ellos mismos.

La sana Moral forma el mismo juicio de esos monopolistas siempre dispuestos y ansiosos de aprovecharse de las calamidades de sus conciudadanos, de las cuales, por lo comun, suelen ser ellos verdaderos autores. ¡Es necesario tener unos corazones mui endurecidos para gozar tranquilamente y sin pudor de una hacienda adquirida á costa de calamidades públicas! Envano la Moral clama contra esos orgullosos esactores ó arrendatarios de las rentas públicas, que negocian con los déspotas para comprar la licencia de oprimir á la sociedad, y cebarse con la sangre de las naciones: semejantes hombres son verdugos privilejiados, que debieran confundirse y avergonzarse del orijen impuro de una opulencia fundada en la ruina de la felicidad jeneral. Sinembargo hai paises en que este tráfico vergonzoso no es vil ni despreciable. Un administrador ó arrendatario de las Rentas públicas, enriquecido con semejantes estorsiones, es tenido por un ciudadano mas útil al Estado á quien oprime, que no el comerciante que le hace florecer y prosperar.

El verdadero negociante, lo mismo que el fabricante son unos hombres benéficos, los cuales, enriqueciéndose á sí mismos, dan actividad y vida á toda la sociedad, y por lo tanto merecen su aprecio y proteccion: ellos dán qué trabajar y con qué vivir al pobre, á quien los dependientes de la Real Hacienda desnudan y reducen á la mendicidad. ¡Qué inumerable multitud de artesanos de toda especie no ponen en movimiento las fábricas y el comercio! De este modo se establece y estrecha una grande é íntima coherencia entre todos los miembros de la so-

ciedad. El artesano que subsiste de su trabajo, contribuye sin cesar al aumento de la riqueza de los que le emplean, asicomo al logro y satisfaccion de las necesidades, de la comodidad, de los placeres, y aun de la vanidad de los mismos ricos ingratos que le desprecian, al tiempo mismo que se aprovechan de sus trabajos, sin los cuales no pueden en manera alguna subsistir.

Nada es mas injusto ni mas vil que el modo insultante con que la soberbia y altiva opulencia miran á los artesanos que de continuo trabajan y contribuyen á satisfacer las necesidades ó placeres, á que ella por su propia debilidad nunca podria subvenir. Este mismo artesano, mirado con orgullo y desden, es sinembargo un hombre verdaderamente útil, dotado á veces de unos raros talentos, y cuando es fiel y puntual en su trabajo, es incomparablemente mas apreciable que los holgazanes y viciosos que le desprecian. El soberano fastuoso, que quiere erijir monumentos á su vanidad, ¿no necesita del albañil, del carpintero, del cerrajero, y de una multitud de trabajadores, sin los cuales no lograría sus deseos? Estos diferentes artesanos, ¿no son ciertamente dignos de aprecio, de cariño y de benevolencia, cuando acreditan su celo y puntualidad en sus oficios? El monarca y el noble, ¿no se ven precisados á recurrir al fabricante y al mercader para adornar sus palacios? Estos ponen en movimiento y actividad una multitud de hombres que, en el seno mismo de la indijencia, contribuyen á la magnificencia de los monarcas.

Cuando la pobreza es activa y laboriosa, nunca debe ser despreciada ni envilecida. La pobreza industriosa y aplicada es regularmente honesta y virtuosa; y sólo es digna del desprecio cuando se entrega á la ociosidad y á los vicios, cuyo ejemplo recibe frecuentemente de la opulencia. Las injusticias

y la soberbia de las clases elevadas son las que con frecuencia reducen al artesano á la desesperacion y al crímen. ¿De cuántos delitos, robos y asesinatos no se hacen cómplices muchos grandes, que tienen la crueldad de retener el precio y los jornales del fabricante laborioso, del mercader que los abastece, y del artesano que ha trabajado fiel y puntualmente para ellos, y que en recompensa se ven condenados por su injusticia á perecer de hambre? ¿Y es posible que estos hombres desprecien asi á unos honestos y virtuosos ciudadanos que tan bien les han servido? El oprobio y la ignominia ¿no debieran recaer mejor y con mas justicia sobre los crueles ingratos que causan la ruina y desesperacion de un gran número de hombres, haciéndoles inútiles ó dañosos á la sociedad? Un salteador de caminos roba y mata de un golpe al infelíz que tiene la desgracia de caer en sus manos; mas el ladron que no paga el salario del pobre, causa una muerte lenta y cruel á él y á su familia entera.

Los injustos desprecios de los Grandes se estienden, como hemos dicho en otra parte, hasta la primera de las artes, hasta la que es la base de la vida social: arrastrado de su locura el rico desprecia y desdeña al labrador, al cultivador, al que alimenta y mantiene á las naciones, á aquel sin cuyos trabajos no habria ni cosechas, ni ganados, ni manufacturas, ni comercio, ni artes algunas, aun las mas indispensables para la sociedad. ¿Y será posible que vosotros, ¡ó ricos estúpidos, y vosotros Grandes insensibles¡ nunca vengais en conocimiento de que á la agricultura es á quien debeis vuestras rentas, vuestras riquezas, vuestras comodidades, vuestros palacios y castillos, y ese luxo mismo cuya embriaguez os deslumbra y preocupa? Si: ese mismo aldeano, cuyos toscos vestidos y modales os cansan, ese mismo es el que cubre vuestras

mesas de manjares suntuosos y vinos delicados: de sus ovejas es la lana de vuestros vestidos: sus manos cultivan el lino que necesitais: sin él no tendriais esos ricos encajes tan preciosos y estimados de vuestra vanidad: ¡y sinembargo, teneis el atrevimiento y la injusticia de envilecerle y vituperarle!

La vida campestre y el trabajo preservan regularmente de los vicios y del contajio que infestan las ciudades; las injusticias, los duros modales y los desórdenes del rico son los que corrompen su corazon, y alteran la inocencia de sus costumbres. Los Grandes se quejan frecuentemente de la malicia de los aldeanos; pero los grandes y los ricos deben buscar en sí mismos la causa. Perpetuamente desdeñado, oprimido y abrumado de todo jénero de vejaciones, forzosamente el aldeano ha de aborrecer á su señor, que es con él un tirano incómodo y cruel. El infelíz, á quien un continuo y penoso trabajo apenas dá para mal sustentarse, ¿podrá ver sin dolor y sin envidia nadar á la opulencia en la abundancia y la superfluidad, y raras veces compadecerse de la miseria del pobre? En fin, la educacion tan descuidada de las jentes del campo ¿cómo ha de darles fortaleza para resistir á los impulsos, á las tentaciones, y aun á las necesidades que tan fuertemente los solicitan al mal? Los aldeanos son ladrones, cazadores furtivos y bribones, porque la opulencia los desprecia, los maltrata, y rara vez les alarga una mano benéfica.

De este modo la falta de reconocimiento, de bondad y justicia en los ricos y poderosos de la tierra destruye y aniquila la virtud de los aldeanos y jornaleros. Estos regularmente sólo conocen á sus dueños por las vejaciones que sufren en su nombre. Si los soberbios señores se dejan ver de sus vasallos, es únicamente para deprimirlos, para arruinarlos, para fatigarlos con su luxo y su vanidad, y para

hacerles sufrir los ultrajes de sus insolentes criados. ¿Será de admirar que con una conducta tan irritante no hallen los ricos en las jentes del campo sino envidiosos, rebeldes, y enemigos siempre prontos á tomar venganza de los males que se les hacen?

Todo en la sociedad está unido y enlazado entre sí: si los grandes se corrijiesen, se correjirian los pequeños. Abolidas esas leyes góticas, esos privilejios injustos, esas onerosas costumbres, los unos y los otros obrarán con virtud. Una buena educacion, sobre todo, debe enseñar á los ricos, á los nobles y á los poderosos, que deben hacerse amables de sus inferiores, que deben mostrarse reconocidos á los bienes que reciben de estos, y que no pueden cumplir con sus obligaciones sino es mostrándose equitativos, humanos y benéficos.

Cuando los grandes del mundo estén imbuidos de estas máxîmas, dejarán entonces de menospreciar á unos ciudadanos, cuya exîstencia es necesaria á su propia felicidad, y sin los cuales de nada gozarian. Ellos conocerán entonces lo que deben á otros hombres. Conocerán que toda profesion, de que la sociedad saca utilidades y ventajas, debe ser mas estimada que la que no produce bienes algunos apreciables. Todo les probará que cuantos de distintos modos trabajan por su comodidad y sus placeres, tienen derecho á su benevolencia y afabilidad. Todo les convencerá de que nada es mas contrario al fin de la sociedad que su orgullo y su vanidad. Por último, todo les hará ver que el vicio es solo el que deshonra y hace á los hombres despreciables, y que todo el que cumple fielmente con los deberes de su estado es digno del respeto y consideracion de sus conciudadanos.

Cuando se conformen en sus obras á unos principios tan claramente demostrados, los nobles y opulentos encontrarán en sus inferiores prendas mas es-

timables; costumbres mas honestas, aficion mas sincera, y menos envidia y malignidad; en fin, lograrán de ellos el amor filial y la sumision voluntaria que no es obra del miedo. No hai hombres tan salvajes que sean insensibles á la bondad. Por una propension natural los hombres se inclinan á querer á los que están acostumbrados á respetar. Los grandes tienen siempre la culpa de no ser amados de sus vasallos é inferiores. Si viviese cerca de estos un grande se constituiria su padre, se haría respetar y obedecer, y conseguiria su tierno amor; amor que nunca pueden conseguir ni la altanería ni la fuerza.

Mas, por desgracia, hace mucho tiempo que las estravagancias y el luxô han arrastrado á las cortes y capitales á los que su estado y opulencia destinaban á ser los protectores de las jentes del campo, y el apoyo de la agricultura: los vasallos llegan á ser estraños y desconocidos de sus señores; estos deseando lucir su fausto en la corte y en las capitales dejan vergonzosamente que perezcan los campos que su presencia haria fértiles y abundantes. La vida campestre y su pacífica uniformidad se hacen odiosas á unos hombres que viven en el elemento del vicio. El labrador carece de amigos poderosos y de consoladores en sus trabajos. El colono tiene que tratar con ajentes ó administradores que, para satisfacer las necesidades y caprichos del propietario, usan de tiranía y crueldad. El labrador descuida la cultura, ó la tierra se muestra escasa é infecunda al sudor que la riega; las aldeas despobladas y desiertas se transforman en tristes soledades; y por último, el señor mismo se encuentra adeudado, empobrecido y despreciado de los mismos que mas han contribuido á disipar sus bienes.

Tal es la suerte que por lo comun preparan el luxô y la vanidad á sus sectarios. En los campos es donde el noble sería verdaderamente respetable y poderoso: viviendo en sus posesiones conservaria su fortuna y sus buenas costumbres: se preservaria del aire contajioso que se respira en las cortes: y promoviendo el trabajo, hallaria los únicos medios seguros de aumentar su comodidad y la de los otros; placer mas sólido y mas inocente que el del vicio, al que siguen siempre la ruina y el arrepentimiento (1). De este modo tantos ricos, que sólo saben destruir y disipar sin provecho suyo ni de la sociedad, serian unos ciudadanos útiles, amados de sus vasallos, y dignos del mayor respeto.

Cuanto hemos dicho en esta seccion confirma claramente, que la política no puede nunca sin peligro separar sus máximas y preceptos de los de la Moral. Los diferentes estados de las personas no son mas que los medios diferentes de servir á la patria; la profesion mas noble es la que mas útilmente la sirve. Luegoque la administracion pública se aparta de estos principios, todo cae en desórden y confusion. Un pueblo sin providad se constituye el azote de los otros y el destructor de sí mismo. Un Soberano sin justicia es la ruina de su imperio, y nunca ejerce sino un poder precario. Los grandes, los nobles, los majistrados, los ministros de la relijion, los ricos etc. no pueden ser justamente respetados, sino encuanto se manifiestan vivamente interesados en la felicidad pública. Las ciencias y las letras no mere-

---

(1) La ley de Zoroastro enumera entre las mayores virtudes *sembrar con pureza las simientes* y *plantar árboles*. En efecto, practicar la virtud es ser útil al público. Segun estos principios desmontar y limpiar los terrenos, secar pantanos y lagunas, hacer caminos, establecer fábricas etc. y en una palabra, dar trabajo y manutencion á los hombres, son acciones mas virtuosas, que muchas prácticas que el vulgo tiene por virtudes: dar al pobre trabajo es la mejor de las limosnas.

cen nuestro aprecio, sino cuando ilustran la sociedad acerca de lo que la interesa. El comercio no puede florecer sin la buena fé. En fin, la agricultura, necesaria á la sociedad, exîje la proteccion y el ausilio de los ricos y de los poderosos; y á la sombra de esta proteccion es el apoyo de las buenas costumbres.

? Qué es, pues, lo que impide á los ciudadanos de las diferentes clases del Estado que concurran fielmente al fin y objeto de la vida social? No otra cosa que la ignorancia, que impide que el hombre vea con claridad la estrecha union de su interés personal con el interés de todos los demas hombres. Una necia vanidad es, quien preocupando á los grandes con futiles quimeras, les hace creer que para ser felices no necesitan de nadie: error fatal á que deben atribuirse esas disensiones, esos odios, esos desprecios recíprocos, y esa separacion de intereses que vemos dolorosamente reinar en casi todas las sociedades. La vanidad, pues, de los hombres es la que la Moral debe combatir para obligarlos á la union y concordia, tan necesarias al poder, á la conservacion y á la felicidad de las naciones. Ningun hombre, ningun cuerpo, ningun órden del Estado tiene derecho de apreciarse por si mismo, ni puede ser apreciado sino en razon de las ventajas reales y verdaderas que proporcione á la Patria.

Fin de la seccion cuarta.